

C. G. DE LA CRUZ



LO QUE DEBÍ  
CONTARTE

VOL. 2

# Contents

[Título](#)

[Creditos](#)

[Descripcion](#)

[Dedicatoria](#)

[Capítulo 1](#)

[Capítulo 2](#)

[Capítulo 3](#)

[Capítulo 4](#)

[Capítulo 5](#)

[Capítulo 6](#)

[Capítulo 7](#)

[Capítulo 8](#)

[Capítulo 9](#)

[Capítulo 10](#)

[Capítulo 11](#)

[Capítulo 12](#)

[Capítulo 13](#)

[Capítulo 14](#)

[Capítulo 15](#)

[Capítulo 16](#)

[Capítulo 17](#)

[Capítulo 18](#)

[Capítulo 19](#)

[Capítulo 20](#)

[Capítulo 21](#)

[Capítulo 22](#)

[Capítulo 23](#)

[Epílogo](#)

[Agradecimientos](#)

[Notes](#)

# Lo Que Debí Contarte

C.G. De La Cruz

Copyright © 2016 C.G. De La Cruz

Todos los derechos reservados.

ISBN: 978 1520150697

Esta novela es una obra de ficción. Nombres, personajes y acontecimientos son producto de la imaginación de la autora. Cualquier parecido con hechos reales, lugares o personas, vivas o muertas, es una mera coincidencia.

## DESCRIPCIÓN

¿Qué estarías dispuesto a sacrificar por amor?

Ésta es la pregunta que se hace Tessa a cada segundo de su nueva vida.

Tessa se siente culpable, intenta olvidarlo todo y se refugia en el trabajo, incapaz de asumir la pérdida.

Necesita recomponer su vida después de los terribles sucesos acontecidos.

Pero cada día se siente más lejos de su hogar, mientras su mundo gira del revés.

¿Volverá Alexandr a cruzarse en la vida de Tessa?

Dos personas que se encuentran en mitad del caos de mundos diferentes y con un pasado complicado.

¿Serán capaces de volver a luchar por su felicidad?

Lo Que Debí Contarte es la esperada segunda parte de la bilogía de Lo Que Quise Contarte.

*Siempre existirán motivos para recordarte*

## CAPÍTULO 1

Miro el reloj de pulsera y voy haciendo la cuenta atrás. Con la otra mano juego con las monedas que tengo en la palma para realizar la llamada. Es una costumbre que he adquirido en estos últimos meses. Con ésta, es la cuarta llamada. Durante las dos primeras, no se dio cuenta de qué significaban. En la tercera, dedujo quien era la persona que le llamaba y me habló. Conecto un dispositivo a la línea, marco todos los números del prefijo y añado el número de teléfono conteniendo la respiración. A estas horas el ruido de las calles es escaso y esto me da cierta privacidad cuando llamo. Aun así, cambio de cabina telefónica con cada llamada.

Oigo el tono internacional a través de la línea. Un tono, dos, tres, cuatro y al quinto oigo su voz.

—¿Hola? —pregunta apresurado. Suelto el aire de mis pulmones lentamente —¿Eres tú, verdad? Te he oído respirar —se vuelve a hacer un corto silencio en la línea —Solo dime dónde estás, sabes que yo puedo parar todo esto y podrás volver a casa. No te hagas esto.

Mi respiración por momentos se hace más pesada y siento un profundo dolor que me aprieta en el pecho. Al oír su voz, suplicándome que le informe de dónde me encuentro, hace que los ojos se me llenen de lágrimas. Agacho la cabeza y lo oigo suspirar repetidas veces. Juego con la tierra que hay en la calle con mi sandalia y observo la pequeña cicatriz que me quedó de aquella noche en los nudillos de la mano derecha. Una gruesa lágrima me empieza a rodar por la mejilla sin poder contenerla.

—Te echan de menos. El té inglés no es lo mismo, pero lo superará. Ahora tiene más trabajo que nunca y eso hace que no piense tanto en ello, no ha sido fácil. Las flores que hay en esta época del año son espectaculares, en ocasiones acudo a comprar donde solías hacerlo, y transmiten lo que tú deberías sentir, son blancas como la nieve que ha caído esta última semana — cada vez habla más rápido, sabe que en cualquier momento cortaré la llamada. Yo mientras, voy controlando los segundos que quedan con mi reloj de pulsera para que nadie pueda localizar la llamada. Cinco, cuatro...—No fuiste un entretenimiento. Él te está buscando...

No ha podido terminar la frase cuando ha llegado el momento en el que he tenido que colgar. El dolor en el pecho es ahora más intenso y las lágrimas corren por mis mejillas libremente. Miro a un lado y a otro de la carretera para asegurarme que no viene ningún vehículo y cruzo levantando polvo a cada paso en la tierra. Acelero el paso para llegar a la parada de autobús. No debo perderlo, es el último de la tarde y pronto anochecerá.

Poco a poco voy recuperando la respiración y limpio rápida las últimas lágrimas a cada paso que doy. No debo llamar la atención. Espero sentada junto a varias mujeres que conversan animadas y van cargadas de grandes bártulos de alimentos del campo para llevar a sus casas. Pago al conductor y me siento junto a una mujer que me cede el asiento de la ventanilla. No es recomendable viajar sola por estas carreteras ante un trayecto tan largo. Por primera vez en días

siento que con el traqueteo del vehículo mis ojos, sin poder evitarlo, se van cerrando. Llevo varias semanas sin apenas poder dormir.

Siento el frío de la noche, continuo quieta en el maletero del vehículo. Me he atado un pañuelo en mi mano derecha, llevo varios cortes y sangra. Oigo el sonido de aviones al despegar a lo lejos. Sé que estamos muy cerca de un aeropuerto y por el tiempo que ha transcurrido desde que me metí y me encogí en ese sucio maletero, tiene que ser Schiphol, el aeropuerto de Ámsterdam. No he podido dejar de llorar en todo el trayecto. Nunca pensé que tendría que dar este paso y no dejo de preguntarme si es el correcto. La teoría era muy sencilla, nunca simpatizar ni crear lazos afectivos en los asuntos del trabajo, pero en la práctica todo había sido mucho más complicado. Yo había cometido todos los errores que se podían cometer en mi trabajo. Había creado fuertes y sólidos lazos de unión con varias personas que no debía y ahora al haberme expuesto yo, podía ponerlos en peligro a todos ellos.

Noto que el vehículo cambia de dirección y se mete por un camino de tierra, disminuyendo la marcha. Frena y oigo una de las puertas como se abre y se cierra.

—¡Sal! —ordena fríamente alargando una de sus manos para que salga del maletero —Aquí no corres ningún peligro.

Mis músculos están totalmente agarrotados y me cuesta salir del maletero del coche. Me agarro fuertemente y cuando deposito los pies en el suelo mojado se me doblan las rodillas. Miro a mi alrededor entre las sombras. Estamos en campo abierto y el sol ya se ha puesto. En la parte delantera del coche, puedo ver una humilde casa, franqueada por algunos árboles con gran ramaje. Se abre la pequeña puerta de madera principal y sale un hombre corpulento con un impecable traje oscuro.

—Ya estás aquí. Te esperábamos hace un rato. Ven conmigo —me dice al verme dudar —Tranquila, no pasará nada malo.

Observo detenidamente su mano sin llegar a estrechársela cuando la alarga frente a mí. Ante su insistencia simplemente lo saludo inclinando la cabeza frente a él. Le sigo hasta el interior de la casa donde se encuentra otro hombre sentado junto a la destartada chimenea de piedra y una gran taza de algo que humea en una de sus manos. Reviso la diminuta sala rápidamente antes de tomar asiento frente a ellos cerca de la puerta de salida.

—¿Cómo estás? —pregunta una voz que reconozco.

—Nadie me avisó de lo que podría pasar, sabéis que se podía haber evitado —contesto muy cabreada mirándolo fijamente.

—Avisamos lo más rápido que pudimos. Enseguida mandamos a Marcel al ver que tú faltabas a las reuniones con él —me informa tranquilo.

—No me echéis la culpa a mí de la porquería de vuestra organización. Mi trabajo estaba concluido —le contesto controlando mi respiración.

—¿Qué hay de Zhurkov? —insiste.

—No hay nada, ya se comunicó. Zhurkov está fuera de toda sospecha y él nunca os importó

hasta que supisteis que me podía acercar más de lo que nunca pensasteis. Pero si vais a por él, no contad conmigo —respondo más seria —No sé por qué volvemos a lo mismo, esto se habló hace un par de días y no avisasteis de nada.

—No supimos nada hasta el último momento. No debiste descubrirte.

—¿En serio me estás diciendo eso? Si para ser buena en este trabajo tengo que dejar morir gente a mi lado, sin alterarme ni un ápice, permitiendo que eso suceda, creo que nunca lo seré. De todas formas nadie se ha percatado que lo he hecho. Nadie sospecha de mí y estoy segura de que si hablo con Zhurkov y su equipo no habrá ningún problema. ¿Sabemos ya el estado de Nikolái?

—Sigue en quirófano. Su estado no es bueno. Los Borovik sospechan de ti y eso lo único que puede conllevar es que para llegar hasta ti causen dolor a las personas que están cerca. ¿Vas a arriesgarte a hacerles daño? ¿Sabes que jugarán con ello? Teresa, debes dejar esta vida atrás. No permitas que sufran por tu trabajo —me informa encendiéndose un cigarro antes de ofrecerme uno al ver como miro sus movimientos.

—¿Y si ya no quiero este trabajo? —pregunto dándole una profunda calada al cigarro.

—Déjalo. Pero no permitas que a ellos les pase nada. Tengo un último trabajo para ti —me informa tirando lentamente el humo hacia el techo tras observar mi reacción ante su proposición —Acompáñame y encontremos a Pablo Almeida.

—No. No, necesito parar. Nunca se sospechó de mí y sé que no tendré problemas con Alexandr. Puede que le cueste, pero lo entenderá. Todos lo entenderán —le digo intentando convencerme a mí misma.

—¿Crees que Pablo Almeida no atará cabos y vendrá a por ti? ¿A por tus amigos? —pregunta con una burla e irritante sonrisa —Sabes que debes alejarte de ellos y lo tienes que hacer ya. Piénsalo, esto no es un juego y sabes lo que les vas a hacer arriesgar. En seis horas saldré a buscar a Pablo y tu deberías acompañarme y dejar atrás una vida que nunca fue tuya.

Se levanta de su destartalada silla de madera y tira el resto de su cigarro a la chimenea que rápidamente es engullido por las llamas. Pasa junto a mí y depositando su mano en mi hombro me dice en tono más sosegado.

—Teresa, es lo que debes hacer. Su seguridad depende de que tú desaparezcas de sus vidas. Haces lo correcto. En tu cuarto tienes un dossier con toda la información y todo lo necesario. Descansa, mañana dejaremos todo esto atrás.

Mi cabeza no deja de dar vueltas, no dejo de pensar que tenía que haberme quedado y explicado a Alexandr lo que sucedía en lugar de salir corriendo, pero hice lo que siempre me indicaron. Mi mente reaccionó como me habían aleccionado. No dejo de pensar que no debería haber actuado así. Alexandr puede que me hubiera escuchado, de todas formas es lo que íbamos a hablar hoy mismo.

Entro en la habitación que me han indicado y tras leer el informe me convenzo que es lo que debo hacer y no debo tentar a la suerte con ellos. Hago lo que me solicitan, entre ello, teñirme el pelo de un tono oscuro. Es el color más oscuro que he visto nunca, más oscuro que el cabello de Jane. Brilla pero ha perdido toda la suavidad que tenía antes. Lo acaricio mirándome en el

espejo, me da un aspecto hosco junto al aspecto cetrino de mi rostro. Me he quitado todo rastro de maquillaje y los surcos de las ojeras son profundos y oscuros. No dejo de mirar el rostro apagado que se refleja en el espejo, cuesta reconocermé en la persona que fuerza una pequeña sonrisa, intentando infundirse valor por todo lo que va a dejar atrás.

Miro en la bolsa que hay junto a mi cama y saco uno de los vestidos casi sin color de su interior. Vuelvo a mirarme en el espejo y me asombra que me cueste tanto reconocermé. Con el color negro de mi cabello, el rostro pálido sin una gota de maquillaje y ese vestido sin formas ancho de colores apagados, y algo raído, el cambio ha sido radical. Me tumbo en la cama echando sobre el cuerpo una cálida manta que hay en la mesita junto a la cama. No puedo pegar ojo en toda la noche, aunque mi cuerpo intenta descansar lánguido en ese viejo colchón.

Salgo al encuentro de John, está junto a otra persona más, con una taza de café en la mano. Cuando me ve salir cargada con la bolsa se aprecia cómo su rostro se relaja y se acerca a mí para ofrecerme una taza de café.

—Buenos días, Teresa.

—Buenos días, John. ¿Se sabe algo de Nikolái? —pregunto aceptando la taza de café.

—Está en cuidados intensivos. Perdió mucha sangre —me explica acercándose un pequeño plato con unas galletas —Tienes que hacerte la foto y enseguida tendrán tus papeles para poder salir del país.

—Antes quiero dejar claros unos puntos —le informo mientras mordisqueo una galleta.

—Tú dirás —me dice John animándose a hablar.

—Cuando termine de ayudarte con Pablo Almeida necesitaré un tiempo.

—De acuerdo. Tendrás todo el tiempo que necesites —me dice asintiendo con la cabeza —¿Alguna cosa más?

—Quiero que le hagáis llegar a Hans este collar —le digo sacando una pequeña cadena que llevo al cuello, cuando veo que va a decir algo añado rápidamente —Lo sé, sé que no debo comunicarme con ellos, pero quiero que se lo hagáis llegar. El resto de cosas ya te las iré comunicando.

Tras aceptar lo que le he pedido, la otra persona que nunca he visto me hace un par de fotos y John guarda mi cadena en un sobre pequeño. Permanecemos en silencio en la sala fumando y bebiendo café junto a la chimenea de la sala. Hasta que sale el hombre delgado que me ha hecho las fotos y me pasa una documentación.

—Esta es tu nueva identidad, Luz Morales. Ayudarás en diferentes programas de integración en varias comunas. Así podrás conocer a los jóvenes de las pandillas de la comunidad que seleccionan para las oficinas de cobro. Si te ganas su confianza podremos ir conociendo sus ejércitos urbanos para las oficinas de cobro y lavado de dinero. Tienes que integrarte lo antes posible para poder acercarnos a Pablo. Aquí tienes información de la cultura y expresiones del país. Volaréis hoy mismo. Cuando lleguéis allí os estarán esperando.

Hablamos largo y tendido de lo que se espera de mí. Y finalmente nos dirigimos al aeropuerto. Cargo con mi equipaje que voy arrastrando por la primera planta y cuando tengo que

pasar el control de seguridad, siento que la respiración se me acelera. Lo controles de seguridad son últimamente muy estrictos, pero paso sin problema. Me vuelvo a colocar la gruesa chaqueta de lana sobre los hombros y tras comprobar la puerta de embarque y comprar un café, decido permanecer sentada en uno de los asientos que hay con grandes pantallas donde se está informando de lo sucedido hace menos de veinticuatro horas. En total se habla de seis individuos fallecidos y un ajuste de cuentas fallido, según comunican. No hay noticias de ningún herido y temo lo peor por Nikolái. Reparo en John que está cerca y controla todo lo que hay a nuestro alrededor. Me hace una mínima señal para que me mueva de donde estoy, pero no le hago caso. Estoy intentando averiguar el estado de salud de Nikolái. Pasan los minutos hasta escuchar por los altavoces que la puerta de embarque se abre. Cojo mi equipaje de mano y me dirijo allí. En unos instantes se agrupan todos los pasajeros. Casi al final diviso a John con su pequeña maleta y un libro en la mano. El vuelo no es muy largo, pero apoyo mi chaqueta en la ventanilla y duermo durante gran parte de él nada más despegar.

Tenemos que hacer escala en Madrid y allí cambiar rápidamente de terminal para coger la conexión para nuestro destino final. Cuando salimos de la terminal dos para coger el autobús lanzadera que une ambas terminales me acerco a John y le insto.

—Quiero saber el estado de Nikolái, no han dicho nada en las noticias y me quedaría mucho más tranquila si me comunicarais que ya está fuera de peligro —le digo en un susurro a su espalda.

Me adelanto y subo al autobús colocándome junto a una de las puertas centrales. Tras varios pasajeros pasa John y se coloca al final donde lo veo que saca su teléfono móvil y habla con alguien durante un par de minutos. Lo he estado observando, gran parte de la conversación simplemente ha estado escuchando. En menos de quince minutos el autobús nos deja delante de la terminal cuatro y la mayoría de los pasajeros nos dirigimos presurosos. Alguien choca contra mí dándome un pequeño empujón apartándome del tumulto de personas que se dirigen hacia sus puertas de embarque.

—No quiero que esto te afecte —me dice John ayudándome a recoger mi chaqueta que ha caído al suelo —Ahora estás haciendo lo correcto. Necesito que sigas adelante, no vamos a permitir que a nadie más le pase nada.

—¿Qué ha pasado? —le digo girándome.

—Ahora tienes que hacerlo por las personas que quieres —dice mientras coge de nuevo su bolsa del suelo.

—Dilo ya, no des más rodeos —le insto desesperada.

—Aunque sabemos que hiciste lo que pudiste por salvar su vida, estaba muy grave y no ha sobrevivido —expone intentando ver la reacción en mi cara.

No solo es mi cuerpo el que se queda paralizado, mi mente sufre un colapso en ese instante. No puedo moverme, la cabeza me da vueltas y la opresión que siento en el pecho es inenarrable. Me cuesta respirar y todo mi cuerpo empieza a temblar. Nunca pensé que podría suceder. Sabía que había perdido mucha sangre, pero acudimos urgentemente al hospital. No sé cómo reaccionar y cuando veo que John acerca su mano para ponérmela en el hombro, reacciono y me muevo hacia un lado.

—Déjame, ahora no —le digo intentando controlar todo pensamiento que pasa por mi mente.

Levanto la mirada tratando de respirar y veo la señal que indica los lavabos. Procurando guardar el equilibrio y sosteniéndome junto a una de las paredes, llego hasta allí. Una vez dentro dejo caer mis cosas al lado de mis pies y abro rápidamente el grifo de agua fría. Me la echo por la cara y la nuca sin ningún cuidado cuando las náuseas aparecen y tengo que inclinarme en uno de los servicios libres. Cuando pasan los minutos, allí encerrada, me doy cuenta que estoy sufriendo el mayor ataque de ansiedad que he tenido en mi vida. He dejado atrás a todo el mundo que quería, estoy en un aeropuerto que no conozco, sola y mi mente no deja de revivir los últimos momentos que pase junto a Nikolái y que ha muerto por mi culpa. Alcanzo mi bolso todavía en el suelo y saco un par de pañuelos. Intento realizar tres respiraciones profundas y es en la tercera cuando apoyo la espalda y llevándome las manos a la cara rompo a llorar sin poder evitarlo. No sé cuantos minutos pasan, pero oigo a lo lejos por los altavoces la última llamada para embarcar en mi vuelo. Respiro muy hondo dejando salir todo el aire que llenan mis pulmones y cuando lo espiro siento que me vacío por dentro. Me levanto del suelo e intento recomponerme frente al espejo. Agarro mi equipaje junto a mi bolso y salgo corriendo mirando por el camino las pantallas que me indican hacia qué puerta de embarque debo dirigirme.

Soy la última pasajera en embarcar. Entro casi apresurada al avión, pido disculpas por el retraso y me dirijo hacia el asiento asignado, cuando en mi camino vislumbro a John. Hace ver que está interesado en las noticias del periódico que sostiene en sus manos, pero cuando me ve entrar en la cabina su rostro se relaja, respira y vuelve a centrarse en las noticias.

Es un vuelo largo, son más de diez horas así que aprovechando que a mi lado no hay ningún pasajero, decido sacar el dossier y verifico todos los pormenores de mi trabajo. Analizo el país, sus costumbres, su gente, repaso y memorizo el vocabulario más utilizado por los habitantes de la zona donde voy a estar,...hasta que mis ojos empiezan a cerrarse y caigo rendida en un sueño reconfortante.

Un brusco e inesperado movimiento hace que despierte de inmediato. Miro a mi alrededor confundida, ya no me encuentro en el avión sobrevolando el atlántico, me pongo la mano en el pecho y calmo la respiración. Desde que llegué tengo pesadillas con la última noche que pase en La Haya. Estoy en el asiento de un destartalado autobús que me lleva de nuevo a la ciudad. El vehículo ha frenado bruscamente y alguna de las pertenencias de la señora que hay a mi lado han caído sobre mí. Me incorporo en mi asiento y la ayudo a volver a colocar las cosas en la bandeja que hay sobre nuestras cabezas, al mismo tiempo observo a qué es debido la interrupción de nuestro viaje. A uno de los lados de la polvorienta carretera se encuentra un control de policía que busca insistente en el maletero de un vehículo. Despacio, vamos avanzando hasta que superamos el control y reanudamos la marcha. Poco a poco en el horizonte se va dibujando la ciudad.

Antes de llegar al centro de la ciudad me bajo a varias paradas del final del trayecto y me dirijo a la comuna 20 donde está el barrio de Siloé y voy caminando alerta mientras recorro las calles. Desde hace más de dos meses es mi nuevo hogar. Trabajo con muchachos pandilleros y con las hermanas de la caridad de la fundación Armonía de la Misericordia. Al principio no le encontraba sentido y llegué a pensar que estábamos perdiendo el tiempo, pero los muchachos

que habitan en estos barrios agradecen una distracción de su forma de vida. Son buenas personas, aunque algunos de ellos han caído en las malas influencias de las oficinas de cobro de los narcotraficantes. Es ahí donde empieza mi trabajo para poder ir acercándome a Pablo Almeida.

—Señorita linda ¿salió a tardear? —oigo a mi espalda.

Al girarme despacio, veo a una de las pandillas de jóvenes, algunos de ellos sin camiseta y viejas armas agarradas a sus cinturas de los pantalones. Entre ellos veo a Pedro y Luis, dos jóvenes que acuden a la casa de la fundación en alguna ocasión.

—Buenas tardes. Sí, salí a tardear un rato. ¿Qué hacen ustedes? —les pregunto imitando su acento caleño.

—¿Viene usted a bailar? —pregunta uno de ellos —Lleva en el barrio más de dos meses, tiene que aprender a bailar, señorita Morales. Hay que gozar la vida, es usted muy joven.

—Voy a casa e iré a bailar con ustedes —les digo decidiendo que es lo mejor para verlos en otro ambiente que no sea con las hermanas de la caridad.

—Señorita apúrese, yo la recogeré y la llevaré en mi motocicleta —me informa uno de los jóvenes que conozco.

## CAPÍTULO 2

Me encamino al pequeño habitáculo donde resido desde que llegué a Cali. Es una edificación extremadamente sencilla de simples ladrillos sin terminar, situada en una de las cuestas de la colina. Accedo a la vivienda tras subir unos escalones empinados y abrir una reja de seguridad que hay tanto en la puerta principal como en las ventanas y que impide la entrada a la vivienda de maleantes de las diferentes pandillas. Cierro la puerta y entro a mi habitación donde me cambio por un vestido de manga corta, hasta la rodilla, de pequeñas flores azules y amarillas. Cuando me estoy atando la hebilla de mis zapatos de medio tacón oigo un claxon sonar bajo mi ventana.

—Apúrese señorita o llegaremos tarde —grita bajo mi ventana todavía con la moto en marcha —Vamos al centro a gozar.

Todavía no me he acostumbrado a la pasión por la salsa que tienen los habitantes de esta ciudad. Agarro mi bolso y cruzándolo sobre el pecho bajo rápidamente los escalones tras asegurarme de cerrar bien la puerta.

—Pedro, no vayas muy rápido —le digo tras subirme con él.

La moto del muchacho empieza a traquetear entre las calles llenas de baches y sin asfaltar bajando la colina. A nuestro paso vamos dejando atrás el barrio.

—Señorita, agárrese bien para no caerse ¿oís? —me grita girándose hacia atrás cuando estoy a punto de caer tras esquivar varios vehículos —Yo voy con todos los cuidados.

Tras dejar atrás el barrio y adentrarse en otro, veo al resto de sus amigos apoyados en sus motocicletas hablando cerca de una cantina típica de la zona. Próximos, veo varios puestos de comida y me acerco a varios de ellos, mi estómago empieza a tener hambre. Encontramos rápido donde comer unas ricas arepas<sup>1</sup> rellenas, y vamos saciando nuestro apetito mientras intento ir introduciéndome en sus conversaciones. Para ellos es una charla más, para mí es uno de los momentos más productivos desde que aterricé en Cali.

Varios de ellos pertenecen a una especie de ejército urbano que dependen de una de las oficinas de cobro de los Almeida. A estos jóvenes sin recursos los apartan y entrenan para operar como pandillas. Ellos se encargan del cobro de las deudas por tráfico de drogas o armas a través de la fuerza. Los Almeida poseen un imperio global en la zona, parece que no tiene límites. Según parece tienen una reputación muy extendida de hombres románticos con sus mujeres, construyen escuelas e iglesias para la comunidad a la que pertenecen, los vecinos los glorifican sin ver más allá. No ven lo poderosos que son y la gran violencia que utilizan para llegar a ello. Poseen uno de los imperios más conocidos del país. Son los dueños del monopolio de la droga con socios en todas las grandes ciudades. Hablan de cómo el hermano Carlos Almeida cayó cuando estaba tratando de asociarse con un gran empresario ruso, burlándose de él por no haber

sido precavido por su ambición desmedida por el poder. Ahora ese poder recae en las manos de su único hermano, Pablo Almeida, mucho más violento y con fama de ser un verdadero psicópata a la hora de torturar y matar a los que le traicionan

Pablo Almeida vive en uno de sus ranchos de la sierra, donde es realmente difícil acceder. A través de la intimidación tiene controlados a varios agentes de diferentes instituciones y la última vez que estuvieron a punto de capturarlo un agente murió a manos de los traficantes que lo torturaron brutalmente hasta matarlo.

Hablan con orgullo y altanería de pertenecer a su ejército, pero observo que varias veces, Pedro no está conforme con la violencia extrema que se utiliza.

Tras beber innumerables chupitos de aguardiente y dar una gran cantidad de pisotones a Pedro intentando llevar su ritmo con la salsa, éste me lleva a casa, subidos en su escacharrada motocicleta.

—Señorita Morales, no le haga mucho caso a mi hermano Luis, ¿oís? —me dice cediéndome el único casco que posee. Todavía no me he acostumbrado a ese nuevo nombre — Está cegado por el poder.

—¿No es lo mismo que buscan todos? —le pregunto intentando parecer distraída ajustándome el casco con su pequeño broche y agarrándome a su hombro para subirme a la parte trasera.

—Señorita, yo no busco eso. Ese dinero viene de lo ilegal o está manchado de sangre es una riqueza perversa que yo no quiero —me contesta iniciando la marcha.

Me agarro a su cintura temiendo caer en alguno de los hundimientos que tiene el asfalto en esa zona. Pedro es un buen muchacho que intenta disfrutar de la dura vida que le ha tocado vivir, procurando no meterse en nada ilegal.

Está oscuro pero él conduce decidido y a los pocos minutos disminuye la velocidad cuando ve una de las pandillas del barrio discutiendo. Incluso para la gente que no tiene nada que ver con las pandillas, caminar por las calles del barrio a ciertas horas representa en ocasiones un peligro constante.

—Señorita tranquila, conmigo no le pasará nada —me dice bajando la voz —Sé lo mucho que ayuda usted a mi madre junto a las hermanas y a usted conmigo no le pasará nada ¿Oís?

Sigo oyendo el griterío cuando nos vamos alejando tras pasar lentamente cerca de la riña. Llegamos a casa y me bajo de la motocicleta y desabrochándome el viejo casco le doy las gracias. Es un joven muy educado.

—Pedro, creo que después de enseñarme a bailar esta noche la salsa deberías llamarme por mi nombre de pila —le digo con una sonrisa.

—Señorita, usted no baila salsa. Sus caderas no se balancean, están estáticas y siempre está tensa. Pero no se preocupe, yo la enseñaré a no parecer una estaca y que no se rían de usted. Descanse señorita —me dice poniéndose el casco que minutos antes he llevado yo.

En los sucesivos días me entero que la amante de Pablo Almeida, Zulema, quien no le teme a la muerte, ha entrado en contacto con el círculo de John y quiere entregarlo, pero siempre lleva

escorta de su patrón. Zulema es una reina de la belleza que buscaba un hombre rico que no la hiciera trabajar, está muy metida en el círculo íntimo e inmediato de Pablo y sabe de todos sus secretos desde el narcotráfico a toda la corrupción pasando por su red de distribución.

El siguiente fin de semana los muchachos deciden ir a pasar el día al lago Calima. Es una hora y media de viaje en motocicleta por sus estrechas carreteras llenas de verde vegetación, así que decido ir con ellos. Allí me veré con John. Es difícil que nos relacionen en un ambiente tan diferente al que nos solemos mover.

Para ese día Pedro llega con una moto de mayor cilindrada junto a otros de la pandilla. Pasan por casa con un atronador ruido acelerando y vociferando constantemente el “oiga” característico de la zona. Lo repiten incesantemente hasta que bajo y me monto con Pedro, para esta ocasión ha traído dos cascos ya que la distancia y las carreteras son diferentes a las que hemos circulado en alguna otra ocasión. La algarabía del principio queda aplacada cuando salimos de la ciudad y nos encaminamos a nuestro destino. Son aproximadamente cien kilómetros de distancia pero al ir por la vía Panorámica el viaje se hace más apacible. Pedro, de vez en cuando alarga uno de sus brazos para señalarme alguna de las zonas de interés del camino.

El verde paisaje se va configurando ante nuestros ojos subiendo la estrecha carretera. Mentalmente voy tomando nota de todo lo que me gustaría ver cuando veo una señal del Museo Arqueológico de Calima. Le indico a Pedro que me gustaría entrar ya que no es muy grande por lo que parece en el exterior. Tras varios gestos a los compañeros de excursión decidimos entrar mientras ellos toman un refresco en una cafetería cercana.

—Pedro, muchas gracias, pero si prefieres irte con ellos yo terminaré pronto. Es una pena subir hasta aquí y no aprovechar el momento para ver el museo —le comento acercándole el casco.

—No se preocupe señorita, mi mama estará orgullosa cuando le cuente que he ido a un museo y no solo pierdo el tiempo con la pandilla ¿oís? Nunca he entrado a un museo —me explica algo tímido cuando finaliza la frase.

Su hermano Luis no quiere ni oír la idea de entrar al pequeño museo, así que finalmente nos encaminamos decididos a la entrada los dos solos. La parte principal del museo es una edificación de tamaño más bien pequeña en colores tierra rodeada de abundante vegetación. Vamos accediendo a sus salas atendiendo a las explicaciones de cada una de sus magníficas piezas. Nos encontramos con piezas de cerámica y textiles que nos van enseñando parte de la cultura Calina, una de las más antiguas de América.

—Sabe usted mucho de todo esto —me dice admirado Pedro —Mi mama siempre dice que es usted muy sabia.

—Tu mama es muy considerada, pero de la cultura Calina no sé gran cosa, por eso quería parar a investigar más sobre ella. Siempre es bueno saber sobre los antepasados —le digo con una pequeña sonrisa saliendo al exterior —He trabajado algunos años en una galería por eso entiendo un poco de arte.

—Yo quiero ser un artista, no como estos —me informa señalando una escultura exterior del recinto —compongo música y quiero dedicarme a ello.

—Eso es estupendo, Pedro. Me parece magnífico —le digo con una amplia sonrisa y guiñándole un ojo le pido —Y Pedro, por favor, llámame Luz, que no soy tan mayor.

—De acuerdo señorita Luz, como usted quiera, yo la llamo, ¿oís? —contesta encaminándonos hacia donde nos esperan los demás, ya arriba de sus motos.

Es un bonito día para hacer la ruta hasta el lago. El cielo está casi totalmente despejado y solo rompe el intenso color azul algunas algodonadas y mullidas nubes blancas. Respiro hondo agarrada a la cintura de Pedro que cuando baja la velocidad me va informando de sus proyectos y sueños. Está siendo un viaje agradable, pero eso no quita que me venga a la cabeza lo mucho que ha cambiado mi vida. Echo de menos mi vida en La Haya y no puedo evitar que el corazón se me encoja cuando pienso en todo lo sucedido. Lo he analizado miles de veces en mi cabeza. Por haberme distraído con Alexandr, no vi las posibles señales de que algo podría pasar y por ello Nikolái había muerto. Las lágrimas empiezan a deslizarse por mis mejillas, nunca pensé que le pudiera haber cogido tanto cariño a ese hombre desconfiado y rudo conmigo que nunca conseguí que se fiase de mí. Era muy bueno en su trabajo. No hay día que pase sin que piense en todo lo que debí contarle a Alexandr cuando me di cuenta que nuestra relación podría ir un poco más lejos. Pero es algo que por mucho que me duela en el pecho, no puedo o no quiero olvidar.

Cuando ya estamos a punto de llegar a nuestro destino nos encontramos con la Cascada de la Gringa. Según cuenta la leyenda, la cascada le traerá suerte y fortuna a todo el que se baña en ella. Sin perder tiempo y en medio de la algarabía nos acercamos al borde de la carretera metiendo uno tras otro las manos bajo las frías aguas de la cascada y echándonos agua por los brazos y la cabeza. No sé qué esperar de la suerte que me traiga sus cristalinas aguas. He perdido todo lo que realmente me importaba en la vida.

Llegamos a la orilla del lago y buscamos un sitio para bañarnos y comer. Los muchachos hablan entre ellos con confianza de cómo se comporta Pablo Almeida tras la detención de su hermano. Todo es un círculo de sobornos e intimidación que tiene a los jóvenes pandilleros trabajando a sus órdenes en toda la zona para poder tener a salvo su red de distribución, tanto a nivel nacional como internacional.

Con la llegada de los vientos que azotan el lugar por las tardes, al atardecer los chicos deciden hacer *windsurf*. En un momento de confusión decido salir a pasear sola y disfrutar de un paseo en barco por el lago. Pago mi billete y me sitúo en la zona de la popa. Es un sitio mucho más tranquilo y desde esa posición puedo controlar a todos los turistas que en ese momento viajan conmigo. No pasan ni cinco minutos desde que hemos salido del pequeño muelle de madera, cuando John se acerca y con disimulo me pide permiso para sentarse en el mismo banco en el que estoy sentada. Cruza las piernas y deposita el periódico que lleva en ellas.

—¿Qué tal estás? —pregunta.

—Estoy bien —le contesto secamente, y mirando disimuladamente su traje le comento —No deberías vestir así, en un sitio como este llamas la atención.

—Olvídate de mi vestimenta. ¿Qué has averiguado? —me pregunta adusto.

—Pablo Almeida controla en estos momentos toda la zona. Como pensabais, su punto de entrada para establecerse en Europa es España y su red de distribución mueve la droga por los cinco continentes. Está empezando a desviar el contrabando de drogas hacia el norte y el de las

armas hacia el sur. Tiene a sus órdenes a casi todos los grupos pandilleros de la zona que se ocupan por él del trabajo sucio. Se ha quedado con todo el negocio de su hermano Carlos y le gusta acudir regularmente para cerrar los tratos a las montañas donde proliferan sus cultivos. Ya ha mandado matar a dos funcionarios que no le eran leales y se espera un gran cargamento de armas no rastreables desde Filipinas —le informo admirando los verdes paisajes que se contemplan desde el barco en movimiento salpicados por las coloridas villas, fincas y restaurantes que se sitúan esparcidos a lo largo del lago.

—Zulema quiere hablar y eso nos permitirá terminar con los Almeida y volver a nuestra vida —me informa colocando una de sus manos en forma de visera en su rostro.

—¿Qué vida? —le pregunto con ironía —Vosotros os encargasteis de joder mi vida.

—Tú no deberías haber mezclado tu vida personal —responde ceñudo.

—Te repito que en ningún momento se sospechó de Zhurkov. Vosotros erais los que teníais que cubrirme tras la operación —le digo colérica, y casi escupiendo las palabras, le informo — Vosotros no lo sospechasteis porque estabais celebrando vuestras medallitas por todo lo acontecido y os descuidasteis.

En esos momentos en los que el barco está atracando en el muelle y la tensión se puede cortar con un cuchillo, diviso no muy lejos de allí a Pedro con su hermano Luis, que me observa detenidamente. Intento sonreír tras discutir con John y esperando que el barco se detenga, alzo mi brazo derecho y saludo a los chicos que se van acercando al muelle.

—Te avisarán para lo de Zulema —me dice apartándose un poco de mí, justo en el momento que Pedro alarga una de sus manos para ayudarme a bajar del barco.

—¿Te está molestando? —pregunta brusco Luis.

—No, no. No te preocupes Luis, estoy bien —le contesto rápida intentando alejarme de allí.

—¿Está bien señorita Luz? —Vuelve a preguntarme Pedro —Tenía usted cara de muy cabreada.

—Puede que haya sido el cansancio —contesto intentando que se olviden de todo.

—Si usted quiere puedo darle un susto a ese trajeado ¿oís? —comenta Luis con una mirada altanera.

—Luis, no. No ha pasado nada. No se puede ir metiendo miedo a las personas así como así. No he cruzado ni dos palabras con ese señor. Vayamos a tomar un raspado<sup>2</sup> —les digo cuando veo un sencillo puesto que tiene todo tipo de deliciosas frutas naturales.

—Lo que usted diga señorita, pero si no puedes meterles miedo, siempre puedes meterles el cargador entero —dice riendo metiéndose un trozo de fruta en la boca.

Pongo los ojos en blanco y no le río la gracia, pero él ya está fanfarroneando con el resto del grupo. Nos sentamos tranquilamente en la orilla del lago mientras vemos esconderse el sol entre las montañas con un precioso atardecer, nos terminamos nuestros raspados en silencio. Colombia es un país extraordinario.

A los pocos días, cuando estoy trabajando con las Hermanas de la Caridad, se acerca una de

las mujeres que acuden con regularidad a visitar a las hermanas para aprender un oficio y sacar a sus familias adelante. Yo también estoy aprendiendo con ellas. Me hace conocer más de cerca la vida de los jóvenes o de las mujeres que tienen hijos pandilleros y a la vez desconecto de todo.

—¿Señorita Morales? ¿Luz Morales? —oigo una voz que me pregunta amablemente.

—¿Sí?—contesto girándome.

—Hola. Soy la mama de Pedro y Luis. Creo que les conoce —comenta con una gran sonrisa en su rostro.

—Oh, sí, claro que los conozco. Encantada de conocerle. ¿Viene usted al curso de cestería?

—¿En qué proyecto está usted señorita? —pregunta haciéndose hueco a mi lado —¿Está este asiento ocupado?

—No, adelante, siéntese —le digo apartando una silla —Estoy en los talleres de cerámica y mezcla de colores.

—Pedro me ha comentado que le iba a ayudar con su música —me comenta haciendo que varias de las mujeres de la mesa intenten escuchar nuestra conversación.

—En el Parque Artesanal se está preparando una gran exposición de artesanía y vamos a intentar que los muchachos participen con sus bailes y su música —le informo.

Mientras, intento comenzar a tejer desde dentro con una aguja gorda para ir creando mi centro de mesa de vivos colores. Las mujeres allí van mucho más rápidas y hablan de sus cosas mientras cosen figuras geométricas o de vivos colores; platos, centros de mesa, porta cazuelas e incluso jarrones.

Las mujeres no dejan de reír por mi poca habilidad con estas piezas artesanales. Ellas han ido evolucionando y a través de diferentes fibras teñidas de varios colores van creando nuevas piezas artesanales que se van adaptando a las nuevas necesidades de la vida diaria. Con ello, no solo no pierden sus raíces, sino que también les sirve para obtener un recurso más para sobrevivir. Según van comentando esa misma tarde, algunas de ellas son viudas y luchan con uñas y dientes para que la delincuencia no se lleve también a sus hijos. Van conversando confiadas unas con otras, mientras yo estoy atenta a su charla para no perder ningún tipo de información. Muchos de sus hijos están metidos en las pandillas por influencias familiares o de amistades. Cuando no se tiene para subsistir en una de las zonas más empobrecidas de Cali, es el camino más fácil para salir adelante. Pero una vez que están dentro, es casi imposible salir.

Cuando terminamos con la jornada acudo caminando lentamente a comprar unos cigarrillos. Es un vicio que no me he podido quitar. Cuando estoy encendiéndome el cigarrillo veo pasar caminando a Pedro con su madre. A través del bullicio que hay a esas horas de la tarde, me observan y me saludan con la mano.

—No debería usted fumar ¿oís? Es malo para usted —dice Pedro elevando su voz haciendo que su madre me mire y sonría.

Desde la otra parte de la calzada le hago una señal como aceptando su comentario. Sé que fumar es malo, pero eso es lo único que me calma los nervios en estos momentos, ya ni siquiera la deliciosa comida colombiana lo hace. Cuando inspiro la primera bocanada de aire del cigarro

me viene a la mente la cara de Alexandr recriminándome que fumara y aconsejándome que lo dejara. Recuerdo que los últimos días junto a él no tuve ocasión de fumar, me olvidé totalmente de ello. Creo que Alexandr sabía que lo hacía por él y a la vez me sentía más relajada y aliviada tras finalizar con éxito la detención de Carlos Almeida y Sergei. No había día que algo no me recordara a Alexandr, poco a poco me había ido enamorando de él sin poder evitarlo, lenta y dulcemente. Me fue enseñando lo que realmente era vivir y estaba siendo imposible apartarlo de mi mente.

Voy caminando por la calle sumida en mis pensamientos, sin estar muy pendiente de lo que hay a mi alrededor, cuando me doy cuenta de que ya estoy en el bar del centro donde se ha acordado hablar con la amante de Pablo, Zulema. Todavía es pronto así que decido entrar y sentarme en la barra a tomarme un refresco. Es un sitio con una entrada bastante oscura. Pero a mano derecha se encuentra su barra bien iluminada. Tras unos altos biombos se encuentra una especie de salón que lo separa de la barra y se respira un ambiente mucho tranquilo. No tengo que esperar ni veinte minutos cuando veo que entran en el local y se sitúan en una esquina del salón semi oculta por unas columnas. A los dos minutos de que Zulema haga su aparición, veo entrar a Pablo y tras él veo a John, al que le hago una casi imperceptible señal para que no se acerque ni a mí, ni a Zulema. Pasa cerca pero se coloca al final de la barra. La tensión que hay en el ambiente no se puede disimular. Pasan los minutos y observo que Zulema se dirige al servicio de señoras y tras finalizarme el refresco y pagar mi consumición me dirijo yo también a ellos.

—Hola —saludo cordialmente. Está lavándose las manos, nerviosa.

—Hola —me contesta bastante desconfiada al principio. Y tras estudiarme detenidamente y hacerle un gesto, se seca las manos y me explica en un susurro —Hoy no puede ser, Pablo está aquí. Hay que dejarlo estar, la semana que viene tiene negocios fuera. Hablaremos entonces.

Se atusa la larga melena azabache y repasa su carmín en el momento en que uno de los hombres de Pablo toca a la puerta. Contesta y sale resuelta como si nada pasara. Está mucho más tranquila de lo que yo lo hubiera estado nunca. Escribo una pequeña nota y la escondo en mi puño cerrado. Dejo pasar unos segundos y salgo del baño en dirección a la calle. Cuando estoy casi llegando a la puerta de salida del local tropiezo con la persona que está al final de la barra, dejando caer la nota en uno de los bolsillos de su chaqueta.

Ya es noche cerrada y salgo del local con la respiración acelerada. Casi voy a girar la esquina, doy un traspié y estoy a punto de caer al suelo cuando alguien me sujeta fuertemente.

—Señorita Luz, ¿qué hace usted por aquí a estas horas? No es el sitio más adecuado para usted, señorita ¿oís? —me dice Luis ayudando a incorporarme.

—¡Luis! Muchas gracias —exclamo sorprendida y apoyándome en su brazo le pregunto inocente —¿Qué haces tú por aquí?

—Tengo una reunión de negocios. ¿Qué hace usted tan lejos de la comuna? —insiste.

—Salí de los talleres y quise explorar parte de la ciudad. Lo hago en muchas ocasiones, pero ya me iba a casa —le informo intentando que no mire hacia la entrada del establecimiento del cual en un momento u otro John saldrá. Puede reconocerlo de cuando estuvimos en el lago —Se ha hecho tarde.

—Es muy tarde para que camine usted sola a estas horas. Ahorita mismo la acercaran a casa. Apúrese —decide por mí.

Subo en la motocicleta de uno de sus amigos que no conozco mucho, pero Luis se encarga de darle las pertinentes indicaciones para que me lleve a casa y vuelva lo antes posible. Me agarro a su cintura y cierro los ojos implorando al cielo que a John no se le ocurra salir en esos momentos o Luis podría reconocerle e imaginar que tenemos algo juntos.

El regreso a casa es rápido, va encontrando las callejuelas perfectas para acortar el camino, justo las que yo sola nunca hubiera utilizado por su estrechez, oscuridad y desconocimiento de la zona. Una vez en las escaleras que dan acceso a la vivienda, me giro y creo ver una sombra tras la esquina, pero la escasa iluminación hace que no esté segura.

## CAPÍTULO 3

Se acerca el fin de semana del festival de música de la temporada en el Parque Artesanal. Los asistentes a los diferentes talleres de artesanía se afanan en terminar sus piezas, para poder montar sus puestos en las laderas de la entrada al parque y venderlas. Los muchachos por su parte ensayan a todas horas sus canciones con sus grupos y algunos de ellos bailan al son de las canciones, mientras afinan sus instrumentos.

—¿No baila usted Luz? —me dice sobresaltándome María Mercedes, la madre de Pedro y Luis acercándose donde yo estoy situada, apoyada en una pared lateral mientras su hijo Pedro canta con su banda.

—¡Oh! No, no. Yo no sé bailar. Pedro ha insistido varias veces, pero creo que mis caderas no han nacido para seguir el ritmo de los caleños —le digo con una amplia sonrisa.

—Es muy sencillo, solo tienes que cerrar los ojos, sentir el ritmo y tener una buena pareja de baile —me informa sentándose cerca de mí y empezando una conversación — Pedro es muy bueno con la música, ¿verdad?

—Sí, él sí que lleva el ritmo en el alma —le digo mirando hacia el escenario donde se encuentra Pedro con su banda.

—El que verdaderamente lleva el ritmo en el alma es Luis, sabe bailar salsa como nadie. Desde muy pequeño siempre quiso montar su propia escuela de salsa, esa idea era su vida. Hasta que murió mi marido y se acostumbró a ir con personas de malas influencias. Le enseñaron la forma sucia y fácil de hacer dinero —me explica con pena en los ojos —Yo tenía la esperanza que mis hijos salieran de todo esto, pero creo que a Luis ya no le interesan sus sueños, solo las pandillas y la mala vida.

—No se angustie María Mercedes —le digo pasándole un brazo por el hombro y sentándome a su lado, mientras se limpia con un delicado pañuelo de encaje las lágrimas que le caen de los ojos —Puede que todavía no sea tarde.

Me paso la mañana ayudando con los diferentes talleres y se van concretando las actuaciones. Tras la hora del almuerzo la gente se va animando y van saliendo a bailar a la pista improvisada frente al lugar donde las bandas están ensayando. Luis está conversando con su madre cuando ésta insiste en bailar con él. En un principio Luis se resiste, pero ante la insistencia de su adorada madre, la lleva al centro de la sala y empieza a bailar con ella ante el júbilo de las jovencitas y no tan jovencitas que se encuentran allí. Nunca había visto a Luis tan relajado, incluso en algunos de sus movimientos, sonríe. Es un chico muy apuesto, con el cabello y la tez morena. Sus ojos color avellana destacan en sus facciones. Tiene un cuerpo realmente fibroso y se mueve perfectamente al compás de la música.

Mientras me estoy tomando un café disfrutando del ambiente, se acercan al fondo de la sala

donde estoy situada junto a otras mujeres que jalean a María Mercedes con su hijo. La respiración de ésta es acelerada y su pecho sube y baja con cada respiración.

—Luz, sal a bailar con mi hijo. Mi edad ya no me permite seguirle el paso a estos jovencitos de hoy en día. Apúrate jovencita ¿oís? —me dice agarrando una de mis manos instándome a que salga a bailar con su hijo.

—María Mercedes, créame que yo no sé bailar estos ritmos —le contesto bastante azorada ante la mirada de todas las mujeres que hay a mi alrededor.

—Si nunca lo intentas nunca lo conseguirás —dice ante mi sorpresa Luis agarrando mi mano y dirigiéndome junto a él a la pista de baile.

Suena una nueva canción y tras darme un pomposo giro me coloca casi en el centro de la improvisada pista de baile, pone sus manos en mis caderas y me pide que siga el ritmo con él. No he llegado a realizar tres pasos y ya le he pisado en dos ocasiones. Me mira desconcertado ante mi falta de ritmo.

—Mírame a mí y repite lo que yo hago —me dice separándome de él, frente a mi —No mires a la gente, olvídalos ¿oís? Sólo estamos tú y yo.

Como puedo, voy siguiendo el ritmo que Luis impone. Me inicia en pasos de baile que nunca pensé que mi cuerpo podría realizar y poco a poco los va puliendo con paciencia. Se le escapa alguna que otra sonrisa divertida con mis tropiezos, hasta que decide que ya es suficiente y me agarra de una de sus manos y pega su cuerpo al mío deslizándolos a un ritmo agitado y apasionado. Me sonrojo por la gran proximidad de nuestros cuerpos y Luis al darse cuenta, los separa un poco.

—No se preocupe señorita, es sólo un baile ¿oís? —me comenta divertido haciéndome girar alrededor de él.

La música resuena por todo el local y la gente animada no deja de bailar. Luis de forma firme y calmada sigue explicándome pasos y giros para que podamos seguir el ritmo. Cada paso me lo va indicando y terminamos los dos riendo en medio de la pista tras un sinfín de giros y vueltas. No pasa mucho tiempo sin que me falte el aliento y dándole las gracias por sus excelentes indicaciones con los pasos, nos dirigimos hacia el fondo de la sala donde se encuentran congregadas mis alumnas de un taller de cerámica junto a María Mercedes, que sonríen y nos aplauden a nuestro regreso. En ese momento aparece Pedro que se acerca sonriente a nosotros.

—¡Hermano, lo has conseguido! Llevo semanas intentando que aprenda los pasos y no hay manera —dice con una amplia sonrisa golpeando cariñosamente a su hermano Luis en el hombro.

—Si practica cada día y deja de fumar, empezara a bailar salsa muy pronto —contesta mirándome a los ojos.

El resto de personas me felicitan, pero yo me quedo mirándolo fijamente. ¿Cómo es que sabe que fumo? Tras unos momentos de duda recuerdo que Pedro y María Mercedes me vieron el día que había quedado con John. Una vez Luis ha besado en la mejilla a su madre y ya se dirige hacia la puerta de salida, me acerco más a Pedro.

—Pedro, ¿le habéis contado vosotros que el otro día me fume un cigarro por la calle? —le pregunto recelosa mirando la silueta de Luis que se difunde en la lejanía.

—No, no lo había visto en toda esta semana. No sé en qué negocio sucio está metido con su patrón que no ha vuelto a casa en toda la semana —me comenta ingenuo sin sospechar nada por mis preguntas —¿Te ha gustado el sonido de las nuevas canciones?

—Pedro, son fantásticas. Vas a triunfar en el festival. Estoy segura —le digo impaciente por salir de allí.

Me disculpo con todos y salgo precipitadamente de allí tras mandar un mensaje para reunirme con John. Accede a verme a pesar de avisarlo con tan poco tiempo pero pone sus propias reglas. Todavía no llego a entender por qué él pasa más de la mitad de su tiempo en el Club Campestre de Cali entre lujos, mientras yo estoy en una de las comunas más empobrecidas de la ciudad. Sigo todos los protocolos para asegurarme de que nadie me sigue y doy vueltas y más vueltas controlando los coches o las personas que me cruzo. Una vez accedo al Club me dirijo a uno de los restaurantes y me siento al final de la barra, solicitando un refresco.

—¿Qué necesitas para que nos veamos de manera tan urgente? —me pregunta John sentándose en uno de los taburetes cercanos sin mirar hacia donde me encuentro.

—Creo que Luis Santos sabe algo —le contesto en un susurro.

—¿Y cómo has llegado a esa conclusión? —me pregunta sorprendido.

—Yo nunca fumo cuando estoy con ellos y hoy me ha comentado que debo dejar de fumar.

—Eso es una tontería —me espeta ceñudo y malhumorado —Continúa con tu trabajo.

—Créeme John, Luis sabe algo y hasta que no sepamos que es, deberíamos de dejar pasar la reunión con Zulema. Se percataron de tu presencia el día del lago por tu estúpido traje en una zona deportiva y ahora sabe ciertas cosas que yo tengo mucho cuidado en no desvelar —le contesto empezando a cabrearme por su insistencia e indiferencia a mis dudas con sus directrices a seguir —Saben algo.

Con desprecio John se gira me mira de arriba a abajo y espeta.

—Limítate a hacer tu trabajo. Yo decido lo que está bien y lo que no.

—Eso es lo que intento, te estoy avisando. Luis me vio el otro día salir de donde nos encontrábamos.

—Yo hablaré con Zulema en el festival. Tu no faltes a tu cita al día siguiente con ella —me informa dejando un billete sobre la barra y marchándose.

Aturdida por lo que acaba de pasar me quedo unos minutos sentada en la barra observando como el hielo de mi refresco va deritiéndose. Nunca había trabajado con John, es cabezota, insensato y creo que se precipita. Solo pido al cielo que pronto terminemos y no tenga que volver a trabajar con él.

Ando distraída parte del trayecto de vuelta a casa. Qué sencillo era trabajar con Hans y qué difícil es hacerlo con John. No me estoy acostumbrando ni a él ni a este trabajo. Cada día tengo más ganas de ponerme en contacto con la gente a la que quiero y que he dejado atrás en los

Países Bajos, pero sé que no debo hacerlo para no ponerlas en peligro y eso me está matando por dentro. Miro a mi alrededor cuando estoy en la parada del bus esperando mi turno para subir a él. Ahora más que nunca debo llevar cuidado, no quiero que vuelva a suceder lo que pasó con Nikolái, que no me deja dormir por las noches. El trayecto es largo y voy mirando por la ventanilla como la ciudad va pasando ante mis ojos. Todavía no la conozco bien, es una ciudad muy grande y sé que desgraciadamente pronto la abandonaremos y le diremos adiós una vez que nuestro trabajo esté completado.

El último trayecto del viaje lo hago caminando, ya que los autobuses no entran en parte de la comuna donde vivo. Mientras camino me distraigo con la algarabía de los niños jugando en la calle. Saludo a varios vecinos que me cruzo, ya estoy cerca de casa y subo las escaleras mientras saco la llave. Cuando estoy en el cuarto peldaño, me paro y me giro sobre mí misma mirando hacia el pequeño conjunto de árboles que hay en el lateral. ¿Qué ha sido eso? He creído ver una sombra y he sentido como alguien me observaba. Espero unos segundos y decido terminar de subir y cerrar bien la puerta tras de mí una vez dentro de casa. Puede que los nervios me estén jugando una mala pasada, he mirado bien y no había rastro de nadie. Paso una noche inquieta, no dejo de recordar la mirada de Nikolái cuando lo subimos al coche, entre tanto dolor y sangre, parecía tan sereno. No supe hacerlo mejor y eso me inquieta cada noche y hace que no pueda conciliar el sueño. Tras despertarme en repetidas ocasiones durante la madrugada, casi al amanecer, concilio finalmente el sueño y me quedo en la cama hasta casi la hora del almuerzo.

Hoy es el día del festival y hasta media tarde puedo descansar. Me preparo un café y vuelvo a observar a través de las cortinas de una pequeña ventana lateral el espacio donde ayer creí ver a alguien observándome. No distingo nada fuera de lo común, pero la sensación de estar siendo observada no se me va.

Al atardecer me arreglo para el festival con un sencillo vestido y unas cómodas sandalias. Sé que voy a estar mucho tiempo de pie y andando entre los diferentes puestos de los participantes de los talleres con sus cuidadas artesanías. Me dejo el pelo secar al aire, poco a poco está volviendo a crecer, y aunque eche de menos mi larga melena, a lo que tardé más en acostumbrarme, es al intenso cambio de color negro azabache al que lo sometí. Me cruzo sobre el pecho uno de los bolsos que suelo llevar en estas ocasiones, es pequeño y de discretos colores y voy guardando todo lo que pueda necesitar a lo largo de la noche. Llaves, teléfono móvil, pintalabios, dinero, spray pimienta...

Salgo decidida a ayudar a John a terminar el trabajo. Mañana a estas horas todo habrá acabado y tendré que empezar a decidir qué es lo que quiero hacer. Resuelta me decido a ponerme en marcha hacia la colina. Bajo el último escalón y empiezo a andar cerca de la carretera cuando vuelve a venirme la sensación de que alguien me está observando. Ando un par de pasos más y me detengo bruscamente, me doy la vuelta, he oído un pequeño crujido entre el ramaje donde anoche creí ver a alguien.

El terreno es abrupto pero consigo abrirme paso entre los arbustos, buscando con ímpetu y muchos nervios. Tras unos instantes de casi locura me doy cuenta de que allí no hay nadie y si alguna vez lo hubo ya se ha marchado. Retrocedo hasta la zona donde se ve claramente la vivienda y ante mi sorpresa veo una zona con claros signos de maleza aplastada y un casi inapreciable aroma mezclado con olor a herbaje. Alguien ha estado allí observando hacia mi

ventana, ahora no hay duda. Inquieta me dirijo hacia la parada del bus caminando deprisa cuando oigo una motocicleta vieja a mi espalda. No puedo evitarlo y me pongo tensa intentando que pase por mi lado y siga su camino, pero no lo hace. Me giro impaciente y me tropiezo con la mirada escrutadora de Luis.

—Mi mama me ha enviado a recogerla —me dice finalmente a mi lado —Suba, la llevo a la colina ¿oís?

—Luis, por poco me da un infarto —le contesto llevándome la mano derecha al pecho.

—¿Qué hacía entre la maleza? —me pregunta al observar que mi respiración esta acelerada.

—Nada, el otro día me voló un papel y pensé que había caído en esa zona —le contesto rápidamente.

Irreverente me da un viejo casco que lleva colgado en el manillar y subo detrás de él en la motocicleta. Con desconfianza intento no acercarme mucho e intento controlar a cada momento las calles por las que circula. Llegamos a la base de la colina, donde ya se vislumbra un ambiente festivo. Los puestos ya están listos y destacan con su hermosa artesanía expuesta y las bonitas luces de colores con las que han sido engalanados. Le doy las gracias a Luis entregándole el deteriorado casco y éste me vuelve a mirar desconfiado.

—¿Tú no vienes al festival? —pregunto intentando parecer confiada.

—No, tengo trabajo y hoy debo controlar junto a la pandilla. Lleve cuidado ¿oís? No haga usted ninguna tontería, señorita Luz —me dice huraño arrancando de nuevo su vieja motocicleta y levantando gran cantidad de polvo al marcharse de la entrada del recinto.

Me encamino presurosa por la cuesta que lleva a la cima, y no le presto atención a ninguno de los bonitos puestos que hay por el camino. Sé que John hoy iba a darle instrucciones a Zulema y necesito encontrarlo antes. Si alguien me está siguiendo a mí, seguramente a él lo estén siguiendo también. Doy vueltas una vez en la cima y voy acercándome a los tumultuosos puestos de comida que hay repartidos alrededor del escenario donde todavía no han empezado a cantar, aunque ya se ven a algunos técnicos realizando un pequeño ensayo de luces y sonido. En algunas zonas es un desafío poder pasar y en numerosas ocasiones la gente se apretuja ante la gran cantidad de visitantes que han acudido esa noche. Junto a un puesto de pancacho<sup>3</sup> diviso a María Mercedes, que me saluda alzando su mano derecha y me solicita que me acerque y coma algo junto a ella y las demás mujeres. Conozco a la gran mayoría de ellas de los diferentes talleres y al girarme me percató que es una buena zona desde donde se divisa toda la explanada. Decido tomar algo y conversar con ellas mientras voy mirando en repetidas ocasiones a un lado y a otro para intentar avisar a John de la situación. He intentado ponerme en contacto con él, pero me ha sido imposible. En varias ocasiones María Mercedes me pregunta si estoy buscando a alguien y que parezco distraída. Al final entre ellas creen que es un amor secreto que busco con la mirada, pero están muy equivocadas.

Por megafonía se avisa a los asistentes que en unos breves momentos comenzaran las actuaciones musicales de los diferentes grupos. Poco a poco nos vamos adentrando entre el alborotado público, hasta estar en una zona bastante privilegiada donde podemos observar el escenario sin empujones. Varias de las luces se apagan y los diferentes focos van iluminando

parte del público allí congregado. La música empieza atronadora y la multitud empieza a saltar y cantar al ritmo que marcan desde el escenario. En una de las pantallas diviso a John, quien está muy cerca de donde estamos nosotras. Decido ir en su busca en medio de la confusión.

—John, tienes que parar esto. Me están siguiendo y si no me equivoco a ti también. Créeme tienes que pararlo —le digo a su espalda.

—¿Estás loca? —pregunta incrédulo —Yo dirijo esta operación y pararemos cuando yo lo diga. Tú no eres nadie. ¿Te crees que porque una de tus operaciones fuera un éxito lo sabes todo? Tú no sabes nada, ¿me oyes? Estoy cansado de tanto despropósito. Mañana cuando Zulema te entregue la información no quiero volver a trabajar contigo.

—No, tú eres un imprudente. Te estoy diciendo que hay alguien que sabe que estamos haciendo. Páralo ahora que nadie está herido y cuando lo resolvamos terminaremos el trabajo— le digo perdiendo totalmente la paciencia —Vas a conseguir que nos maten.

Veo que da un paso atrás disimuladamente y con todas sus fuerzas echa el codo hacia mis costillas golpeándome sin esperarlo.

—Eres una paranoica, nadie te sigue. Nadie sabe nada. Esto no es como cuando no hiciste bien tu trabajo y mataron a ese guardaespaldas. Yo controlo este trabajo. Haz lo que te ordeno — dice marchándose con una sonrisa cínica en los labios.

No he podido reaccionar, no sé si me ha dolido más el golpe que me ha dado en las costillas o lo que ha dicho de Nikolái. John es un hombre que pierde rápido los estribos y no sigue las normas. Cuando me di cuenta de cómo era, investigué y descubrí que había sido retirado en repetidas ocasiones de operaciones por su temeridad, rebeldía y altivez, según rezaba un informe con sus subordinados.

Empiezo a separarme del gentío, mi cabeza da vueltas. No sé a quién acudir y noto que me falta el aire. Empiezo a apresurar el paso, me cuesta respirar, casi voy corriendo entre la multitud sujetándome el costado en el que me dan fuertes punzadas. Creo que cuando subía la colina, vi una cabina de teléfono y antes de que me pueda dar cuenta, he introducido todas las monedas y he marcado uno a uno todos los dígitos. Al otro lado, alguien descuelga con voz adormecida.

—¿Sí? —oigo al otro lado de la línea y eso provoca que un cúmulo de tensión ahogue las palabras en mi garganta, pero no un desconsolado sollozo.

—¿Hans? —pregunto finalmente inquieta en un susurro.

—Tessa ¿eres tú? —pregunta sorprendido.

—Hans, no puedo más. John está como loco y creo que alguien lo sabe y no quiere parar. ¡Va a conseguir que nos maten! —le voy relatando entre sollozos con la voz entrecortada.

—Shhh, tranquila Tessa, respira —me dice intentando tranquilizarme —¿Dónde estás?

—Estamos en Cali —le digo intentando respirar más pausadamente.

—¿Qué coño estáis haciendo en Colombia? —pregunta sorprendido.

—Vamos tras Pablo Almeida —le confieso en voz más calmada —Pero John se está saltando todo el protocolo de actuación.

—Dame un teléfono adonde pueda llamarte, voy a hacer unas llamadas y te sacaré inmediatamente de allí —dice con gran determinación. Eso hace que todo el tiempo que lo he estado echando de menos aflore en forma de lágrimas a mis ojos y sienta unas incontrollables ganas de llorar —Tessa ¿estás bien? ¿Me escuchas? Tranquila, te sacaré de allí lo antes que pueda.

—Mañana tengo la última reunión con Zulema, la amante de Pablo, debo ir Hans. Si no voy, todos estos meses no habrán servido para nada —le digo más calmada.

—De acuerdo, pero si ves o sientes cualquier cosa que no te guste y desconfías, no lo hagas. ¿Tienes dinero? —pregunta afable.

—Sí, tengo dinero.

—Mañana en el momento tengas la información vete a casa, recoge lo que quieras llevarte contigo, dirígete al aeropuerto internacional más cercano y compra un billete en el primer avión que salga para Europa. Si tienes algún pro...—dice antes de que la comunicación se corte tras repetidos avisos de que el crédito de la llamada se había agotado.

Gracias, susurro colgando el auricular. No sé si he hecho bien, pero ahora me encuentro mucho más relajada. Sé que John no lo está haciendo bien, creo que va demasiado rápido y está cometiendo errores que pueden afectar a todo. Voy sumida en mis pensamientos con una mano en el costado donde John me ha dado el tremendo codazo, cuando veo que Luis está parado junto a otras personas de su pandilla y me observa obstaculizando el camino a la cima de la colina.

—¿Qué le ha pasado? —pregunta serio señalando mi mano.

—Nada, en medio del tumulto alguien me dio un codazo y me ha lastimado en el costado —le digo haciendo una estúpida mueca.

—Esto no es un juego ¿oís? —me dice apartándose del camino —Lleve usted cuidado señorita de controlar a quién se arrima.

Estas palabras de Luis me confirman que sospecha algo de mí a pesar de haber llevado un cuidado extremo en no dejarme ver con nadie o hacer algo diferente. Me acerco donde está María Mercedes con las otras mujeres y le comento que no me encuentro bien, que alguien me ha empujado y tengo un fuerte dolor en el costado. Al principio se preocupa y tras hacerle ver que no sucede nada, que solo necesito descansar, bajo de nuevo por el camino repleto de pequeños puestos de artesanía local hasta llegar a la parada de un bus nocturno que me dejará muy cerca de casa. No creo que pueda dormir, pero quiero tenerlo todo preparado para mañana cuando regrese de mi encuentro con Zulema. No quiero perder más tiempo y no quiero seguir a las órdenes de John. A esas horas de la noche solo se escuchan lejanos ruidos de motores y algún que otro perro que ladra en mitad de la oscura madrugada. La temperatura ha bajado y llego a casa frotándome los brazos enérgicamente. Cuando estoy metiendo la llave en la cerradura giro rápidamente la cabeza hacia donde se encuentran los arbustos.

—¿Hay alguien ahí? —pregunto decidida sin obtener respuesta.

No creo que quien haya estado observándome vuelva al mismo sitio sabiendo que me he dado cuenta de su escondite. Entro a casa rápidamente y aseguro la puerta tras correr todas las cortinas que dan a la calle.

## CAPÍTULO 4

La noche se hace más corta de lo esperado. Mi mente no deja de rugir mientras empiezo a recoger en una maleta todo lo que quiero llevarme. Me tumbo en la cama y no dejo de dar vueltas. Ahora más que nunca me doy cuenta de que John me manipuló para que le ayudara con Pablo Almeida. Tengo que terminar esto y marcharme. Mis pulsaciones van más rápido de lo normal. Voy a volver a mi hogar en Holanda y tengo muchas cosas a las que enfrentarme. Sigo mirando hacia el desconchado techo de la pequeña habitación a las cuatro de la madrugada, decido levantarme y poner una cafetera al fuego. Me siento junto a una humeante taza de café con papel y lápiz en la destartalada mesa redonda de la cocina. Esta vez he de hacerlo mejor que la otra vez, y aunque no les cuente ciertas cosas, no voy a volver a desaparecer de las vidas de las personas que han estado conmigo y me han ayudado durante esta pesadilla de misión. Son notas de agradecimiento por el cariño y sostén que me han dado en estos meses. Ha sido poco tiempo pero ciertas personas han hondado bien en mí gracias a su gran corazón. Se acerca la hora y los nervios van aflorando, espero que John no haga ninguna estupidez. En unas horas toda esta angustia y opresión habrá terminado y yo iré rumbo a casa. Aunque una vez allí tendré que empezar de nuevo. Dudo que mi bonito apartamento siga libre y que el señor Van Doorn quiera que vuelva a mi antiguo puesto de trabajo. Apoyo los codos en la mesa y me llevo las manos a la cabeza suspirando ¿Cómo fui tan tonta de dejarme manipular por John de esa forma?

Me pongo en marcha y tras una ducha, guardo mi maleta en el armario. Cuando termine con Zulema no quiero perder tiempo y correr hacia el aeropuerto.

Me visto de manera sencilla, con un vestido ligero, unos cómodos zapatos y una chaqueta fina de hilo. Me decido a salir de casa tras cruzarme un bolso por el pecho. Cierro la puerta y empiezo a andar por la pequeña acera quebrada y llena de arena. He salido con tiempo, así podré ir despacio y observar bien si hay algún problema. La calle principal donde debo coger el autobús está abarrotada, hoy hay una especie de mercadillo de fruta y los viandantes van agolpándose frente a los puestos decidiendo que comprar. Cruzo la transitada calzada y me siento en uno de los bancos libres de la parada del autobús. Vuelvo a mirar el viejo reloj de pulsera, voy muy bien de tiempo y me quedo allí observando y repasando mentalmente todo el plan para hoy.

Cuando voy a subirme al autobús, entre la muchedumbre de la zona de los puestos ambulantes, creo ver una cara conocida. Me pongo muy pálida, es imposible. Me muevo entre las personas que están esperando su turno para subir al autobús alterada. Intento ponerme de puntillas para ver mejor, pero ya no está, ha desaparecido. Creo que voy a vomitar, pero una y otra vez me convengo a mi misma que es una locura, no es posible. Con una mano en el pecho y otra vez en la cola del bus, me vuelvo a convencer de que ese hombre, que era igual que Nikolái, con unas oscuras gafas de sol y que me observaba desde la otra parte de la carretera, no es real. Debo tranquilizarme o los nervios seguirán jugándome malas pasadas. Debo estar tranquila.

El trayecto es de más de tres cuartos de hora debido a todas las paradas que hace. Mientras tanto yo voy observando las personas que van subiendo y bajando. Cada vez estoy más tensa y presiento que esto no puede salir bien, mi mente no deja de repetirlo. Cuando llego a mi destino bajo y me encamino al local donde se ha acordado que me encuentre con Zulema. El recorrido hasta allí no es largo, pero me detengo una y otra vez a observar a mi alrededor. Es una calle bastante concurrida por la gran cantidad de sitios de comida y tiendas que se encuentran en ella. Mi mente solo se distrae con los fuertes ruidos de las motocicletas cuando aceleran. Vuelvo a mirar el reloj, es casi la hora y me abro camino entre un grupo de jóvenes que conversan animadamente cerca del local. Vuelvo a mirar a mi alrededor y decidida abro la puerta.

En el momento que doy un paso y entro me viene un fuerte olor a alcohol del interior. La diferencia de luz, hace que tenga que forzar los ojos al principio, para acostumbrarlos a la penumbra, hasta enfocarlos en la zona de la barra del local. Me dirijo al final de ella, que es un sitio más tranquilo y casi en la penumbra desde donde puedo divisar todos los ángulos del local. Pido un combinado y espero jugueteando con una de las esquinas de la servilleta donde han depositado mi bebida. No he vuelto a saber nada de John, ayer estaba muy resentido y agrio. Todavía tengo un fuerte dolor en el costado y la zona donde me dio el codazo ha empezado a cambiar de color por el golpe. Oigo unas risas animadas de mujer que entra junto con un grupo de personas y se sientan en una de las mesas que hay en el salón. A Zulema se la ve relajada y animada. Ojalá yo pudiera tener esa tranquilidad en estos momentos. Veo que desde la mesa, ya situados, le hacen una señal al camarero para que se acerque y esa es mi señal, para que vaya donde vamos a reunirnos. Me levanto y con mi combinado a medio beber me dirijo a un pequeño pasillo que da a los servicios. Entro en ellos, están bastante cuidados y saco de mi bolso cruzado una barra de labios tras lavarme las manos para hacer tiempo. Solo he visto dos mujeres mayores en la sala y han acudido a los servicios hace unos minutos así que no espero que nadie nos interrumpa. La espera se me está haciendo interminable cuando entreoigo el repiqueo de unos zapatos de tacón que se acercan.

—¿Dónde está John? —me pregunta inquieta —Tenemos que llevar mucho cuidado. Dile que no vuelva a hacer lo que hizo ayer, Almeida no es tonto y como sea tan descarado nos matará.

—No sé nada de él desde el festival de ayer —le confieso algo inquieta y le pregunto rápida —¿Tienes algo para mí?

—Sí, aquí está todo. Espero que utilicéis toda la información que contiene para que nos podamos librar de él. Y cuando veas a John, dile que quiero todo mi dinero. Yo no vendo a mi amante por nada —dice arrogante con una siniestra mueca ahuecándose el pelo.

—No tengo ni idea. Cuando lo vea, descuida que se lo comentaré —le contesto desconcertada ya que no sabía que había dinero de por medio.

Despectivamente se gira y tras indicarme que ella ya sabía que yo solo era un peón, cierra la puerta y se marcha altiva.

Entro a uno de los baños y escondo la tarjeta de memoria que me acaba de dar tras el espejo de mi colorete. Lo guardo bien en el bolso y salgo en dirección a la barra donde todavía se encuentra mi bebida sin terminar. Hay un ambiente enrarecido y no sé a qué se debe. Aviso al camarero para que me cobre la bebida. Mi trabajo en Colombia ha terminado, y tengo ganas de

llegar a casa y dirigirme al aeropuerto. No estaré tranquila hasta que esté subida en un avión rumbo a casa. El camarero se entretiene atendiendo a una llamada telefónica, parece que su interlocutor quiere hablar con un cliente que en estos momentos se encuentra en el salón. Me hace un gesto para que espere y le indica a una de las camareras que avise al cliente. Busco en el bolso un billete y se lo entrego al camarero cuando levanto la mirada y veo a Zulema coger el auricular que le tiende la camarera.

—¿Aló? —pregunta enérgica y repite —¿Aló?

En ese preciso instante veo que dos hombres armados entran en el establecimiento y se dirigen directamente a la zona de la barra donde está ella, no nos ha dado tiempo a reaccionar a ninguno de los clientes que en estos momentos se encuentran cerca, todo pasa en décimas de segundos. Ambos van con un pañuelo negro que les cubre la mitad del rostro y una vez junto a ella, que continua al teléfono, uno de ellos le apunta directamente a la cabeza y dispara. El sonido seco que se produce es estremecedor y a continuación se produce un gran revuelo. Me agacho en la barra por instinto y veo como uno de ellos se acerca el auricular que cuelga de la barra totalmente lleno de sangre, y dice escuetamente.

—¡Hecho!

El cuerpo de Zulema está tendido en el suelo y tras pasar sobre ella, ambos hombres se encaminan a la puerta de salida del local. Me levanto del suelo y veo que todos los clientes se agolpan en la puerta para poder salir y dejar atrás el macabro asesinato que se acaba de producir. Tengo que salir de allí. Alguien tiene que saber algo y puede que no se hayan dado cuenta que estaba allí. Me giro cuando mi mente me dice que intente ver si hay una puerta trasera y noto que alguien me agarra violentamente por detrás de la cintura y me tapa la boca con fuerza. Lucho con todas mis fuerzas para soltarme de sus manos levantando las piernas e impulsándome con ellas sobre la barra para desestabilizar a mi oponente. Caemos al suelo y oigo una voz conocida.

—Señorita, pare usted, joder. Estese quieta ¿oís? —dice Luis intentando agarrarme cuando ya me he soltado de él.

—Luis, ¿qué haces tú aquí? —pregunto sorprendida.

—Intentando que no haga ninguna estupidez ¿oís? —me dice ofendido —La cosa se va a calentar, tiene que salir de aquí señorita. Siempre está usted donde no debe. Vaya usted al servicio de hombres allí encontrará una pequeña ventana que da a la otra calle. Compórtese con normalidad y váyase usted a casa. Yo iré a verla si Dios quiere en cuanto pueda, pero tiene que irse ahorita mismo.

—Luis, sabes que en salir de aquí me iré y cuando vayas, ya no estaré ¿verdad? —le digo con tristeza al mirarle a los ojos.

—Lo sé señorita. Sé que se habrá marchado, pero yo iré por si me necesita. Ellos fueron muy osados y se expusieron en el festival y cuando lo vi de cerca, recordé que era el hombre del traje que habló con usted en el lago. También salió de aquí el otro día cuando la llevamos a casa. Nadie más sospecha —dice empujándome hacia los servicios. El caos y el desorden en la entrada principal es aterrador y no cesan los gritos de la gente que está saliendo a empujones. Se oyen fuertes gritos que provienen del exterior —Apúrese y no mire atrás. Vaya donde vaya, no vuelva a meterse en líos. Yo no podré estar para ayudarla.

No puedo evitarlo y me acerco a él, le doy un corto abrazo y ante su asombro le dejo un beso en la mejilla.

—Tu madre siempre dijo que tenías un gran corazón y no se equivocaba en absoluto. Vuelve a mi casa, en el centro de la mesa dejaré algo para ti. No permitas que nadie te quite tus sueños —le digo con un nudo en la garganta alejándome de él en dirección los servicios de caballeros.

Una vez dentro localizo la ventana situada en alto en el cubículo más cercano a la pared. Subo un pie al retrete y me impulso hasta alcanzarla y abrirla. Vuelvo a impulsarme esta vez más fuerte y consigo alzarme y sacar medio cuerpo al exterior. Suelto un pequeño gruñido al apoyarme en la zona que John me golpeó. Lo maldigo una y otra vez, pero tengo que avisarlo enseguida de lo que le ha sucedido a Zulema. Me arrastro con cuidado de no hacer ruido y tras mirar que es un pequeño callejón y no hay nadie a la vista, me incorporo e intentando limpiar un poco mi ropa llena de polvo y tierra, me dirijo avanzando lentamente pegada a la estropeada pared de ladrillos hasta la calle principal. Se escucha un alboroto inusual, con ímpetu se oyen los gritos de los dos hombres que creo que son los que han disparado a Zulema. Al fondo las sirenas que se acercan. Hay personas que corren despavoridas y otras que los jalean y animan subidos en una camioneta azul descubierta en la parte trasera, que es donde se encuentran ellos. Hablan de lealtad y traición a su patrón. De qué es lo que les pasa a los que delatan y traicionan. Gritan a quien quiera escuchar. Estoy paralizada semi escondida en la esquina, no puedo moverme y temo salir de mi escondite cuando ellos todavía están allí y puedan verme. Miro a mi alrededor justo en el momento que alzan entre los dos algo pesado de la parte trasera de la furgoneta y lo tiran frente a la entrada del local ante la euforia de algunos. Las sirenas ya están muy muy cerca y se apuran. Bajan de la parte trasera y se acomodan en la parte delantera, no sin antes, sacar el conductor su brazo por la ventanilla y disparar tres tiros al amasijo inerte de carne que hay en el suelo. No puedo evitarlo y ante su marcha me acerco. ¡Oh! Dios mío, es John. Las piernas se me aflojan justo cuando la policía llega y empuja a los viandantes para que se retiren de la zona y sigan circulando. Camino hacia atrás unos pasos y a empujones abro sitio entre la multitud que empuja para salir de allí. Todos los servicios de emergencias ya han llegado, pero llegan tarde para poder ayudar tanto a Zulema como a John. Corro, no dejo de correr hasta que llego a un parque cercano y tras sujetarme contra el tronco de un frondoso árbol junto a una papelería, no puedo evitarlo y vomito. No puedo quitarme la imagen de la cabeza, le han torturado y quemado para tirarlo frente a todos. Una vez muerto y para el regocijo de algunos, le han disparado tres veces, una vez su cuerpo inerte estaba ya tirado en la acera. Cuando veo que varias personas se acercan a mí para ver qué me sucede, intento tranquilizarme. No debo llamar la atención y totalmente en tensión y alerta, decido alejarme más de la zona. Debo llegar a casa, coger mis cosas y salir del país lo antes posible. Decido que aunque tarde más, seguiré caminando, es más seguro. El camino es largo y a cada ruido que no espero, me paro sobresaltada o giro mi cabeza. En estos momentos cada ruido es una amenaza. Una hora más tarde llego a la parada donde suelo coger el autobús cerca de casa. Qué diferentes veo ahora las cosas de cuando me marché esta mañana. Se ha hecho ya bastante tarde, pero aunque tenga que dormir en un incómodo sillón del aeropuerto, saldré nada más coja mis cosas. Camino despacio subiendo la pequeña cuesta que lleva a mi casa con la cabeza baja, no me apetece tropezarme con nadie. Algunos lugareños al verme pasar me saludan animadamente pero yo levanto mi mano y con una sonrisa forzada sigo adelante. Es la hora de la cena y de algunas casas sale un peculiar olor a carne cocinada de su interior que no puedo soportar y vuelvo a vomitar antes de llegar a la esquina. Me cuesta mucho

volver a incorporarme, no he comido nada en todo el día y me siento bastante débil.

Ya solo me quedan unos veinte metros para llegar a casa, me giro de nuevo y observo a mi alrededor por si veo algo extraño. No debo descuidarme, si a John lo torturaron de manera tan salvaje, seguramente hablaría de mí. Subo rápida las escaleras intentando encontrar las llaves en el bolso. Estoy tan nerviosa que cuando voy a meterlas en la cerradura se me caen al suelo y al agacharme a recogerlas, creo ver una pequeña sombra moverse en el interior. Vuelvo a poner las llaves en la cerradura, giro la llave despacio y abro delicadamente intentando hacer el menor ruido posible. Me muevo sigilosamente, creo que hay alguien en el salón y allí es donde está el armario donde guardo mi arma. Respiro despacio y sin hacer ruido, cada vez estoy más convencida que allí hay alguien, he notado un penetrante olor a perfume desde que he entrado. Sigo sin hacer el mínimo ruido cuando llego al salón y se me para la respiración. Las llaves se me caen de las manos ante mi sorpresa. Me he quedado paralizada en el vano de la puerta que une la cocina con el salón. Creo que ahora sí que voy a desmayarme, la cabeza empieza a darme vueltas. ¿Qué hace él aquí? ¿Cómo ha podido localizarme? Esta allí sentado tranquilamente en mi salón con mi arma sobre la mesa a su lado. Miro alrededor, es extraño verlo sólo. Y finalmente, una palabra con un quejido sale de mi garganta.

—Alexandr...

## CAPÍTULO 5

No sé cómo reaccionar. Por una parte la emoción de volver a verle hace que mi corazón se acelere con su sola presencia, pero por otro lado, me asusta su reacción a lo ocurrido. Era él, el aroma que inundaba la casa, ese olor a perfume y no sé qué suyo, que adoraba. Esta allí sentado en una de las sillas del salón mirándome detenidamente. Me mira fijamente con sus imponentes ojos azules de arriba a abajo. No sé si está esperando a que diga algo, pero tanto mi cuerpo como mi mente están paralizados. No sonrío en ningún momento y eso me hace ser cautelosa, aunque en sus ojos puedo ver un brillo especial. Se ha cortado el pelo, ¿cuánto tiempo hace que no lo veo? Exactamente hace tres meses y cinco días, nunca perdí la cuenta. Va vestido de manera *sport* y siento que su magnetismo vuelve a embriagarme simplemente con su presencia. Yo debo estar hecha un desastre y me miro el vestido algo manchado y las manos sucias. Quiero echar a correr hacia él, volver a sentir sus brazos alrededor de mi cuerpo, volver a sentir la calidez y el aroma de su cuerpo. Me muero por estar cerca de él, pero su actitud es fría y distante. Ha colocado un enorme muro invisible entre los dos y eso me paraliza.

—¿Te encuentras bien? —pregunta haciendo que el corazón se me pare al volver a escuchar su voz.

—Sí —contesto escuetamente casi avergonzada.

—Siéntate, creo que debemos hablar —dice levantándose y sujetando una silla frente a donde él está sentado y frunciendo el ceño, vuelve a preguntar—¿Seguro que estás bien?

—No, no me encuentro bien —le contesto mirando a mi alrededor —Alexandr, siento lo que pasó, de verdad que lo siento. Pero ahora no podemos hablar. No podemos permanecer aquí mucho tiempo.

—¿Qué está pasando? —pregunta mirando hacia la puerta que es donde está fija mi mirada.

—Es muy largo de contar, aquí no estamos seguros —le contesto echando una ojeada al apartamento —¿Estás solo?

—Tranquila, estamos seguros. Mis hombres están fuera —me dice sereno indicándome que me siente. Mi mirada se queda fija en mi arma que está sobre la mesa y dándose cuenta de hacia dónde miro, me comenta —Sí, hemos encontrado toda la documentación y tu arma escondida. Siéntate —dice serio y me mantiene la mirada con la mandíbula tensada.

—Dime —le digo sentándome.

—No, creo que la que debe hablar en estos momentos eres tú —dice casi escupiendo las palabras.

—Te contaré todo lo que quieras, todo lo que quieras oír, pero debemos irnos de aquí —le vuelvo a insistir.

—Quiero saberlo todo, desde el principio. Y espero que no vuelvas a mentir —dice tras un

fuerte suspiro.

—De acuerdo, pero debo empezar por el final. Vinimos aquí por el hermano de Carlos Almeida, Pablo. Pero todo ha salido mal, todo se ha venido abajo y esta mañana han matado a nuestra informante, la amante de Pablo y a John, que estaba aquí conmigo hace escasas horas. Lo han torturado y temo que en el transcurso haya hablado de mí. Debo ir al aeropuerto y coger el primer avión que me lleve hacia Europa. Debemos salir de aquí porque no sé si saben de mí o no —le resumo rápidamente con voz entrecortada al recordar lo sucedido en el centro.

—Está bien —dice marcando un número de teléfono. Su voz me enloquece cuando habla en ruso y me quedo mirándolo fijamente a los labios. Él se da cuenta y me observa fijamente. Cuando cuelga el teléfono serio me apunta —No disimules, sé que hablas ruso perfectamente y lo has entendido todo. El coche estará aquí en menos de cinco minutos. Recoge tus cosas.

Estoy tan nerviosa que no me decido a moverme. Todavía temo despertarme y que no sea cierto. Alexandr me mira fijamente y me pregunta si necesito ayuda. Le contesto que no, que pensaba irme esta misma tarde y que lo tengo todo preparado. Al final, mis músculos empiezan a obedecerme. Me dirijo hacia la habitación y saco mi maleta preparada del armario. Voy al cuarto de baño donde también lo tengo todo preparado y tras echarle un vistazo, salgo con una pequeña bolsa de viaje que apoyo sobre la maleta. Miro en el altillo del salón y extendiendo la mano palpando, pero no encuentro lo que estoy buscando. Me giro y veo a Alexandr observándome fijamente muy serio.

—¿Qué sucede? —pregunta y explica levantando una de sus cejas —Sabes que tengo tu arma.

—Yo no quiero el arma. Necesito mi pasaporte para poder salir del país —le digo algo confundida.

—No te preocupes, yo me encargo de eso —me dice sacándolo del bolsillo trasero de su pantalón y mostrándomelo — ¿Estás lista?

—Sí —le digo empujando una de mis maletas hasta la cocina.

Una vez allí dejo mi maleta junto a la puerta y veo que Alexandr está acercando la segunda maleta. Me dirijo al cajón y saco tres sobres que he preparado la noche anterior. Uno de ellos va para el cura de la parroquia que se encarga de los talleres, a quien no he podido explicarle que me marchó, otro para María Mercedes y Pedro, y el último más abultado el de Luis.

—¿Llevas dinero en efectivo? —pregunto sorprendiendo a Alexandr y ante su gesto de afirmación continuo —¿Podrías prestarme dinero? Prometo devolvértelo.

—Son dólares. ¿Te sirven? —pregunta solícito pero algo desconcertado.

—Sí, mejor aún —respondo extendiendo la mano y cogiendo el dinero que me ofrece.

Vuelvo al salón y rápidamente escribo una pequeña nota que introduzco en el sobre junto a todo el dinero que he podido conseguir entre el de Alexandr y el mío.

*“No dejes de intentar cumplir tus sueños. Eres el mejor profesor de salsa que he tenido nunca. Gracias por todo”*

Oigo unos pasos que suben las escaleras de la entrada a la casa y mi cuerpo se vuelve a poner en tensión cuando llaman a la puerta. Alexandr me observa desconcertado. Me he fijado que no me quita la mirada. Cuando ve que me he quedado paralizada junto a las maletas, abre la puerta y palidezco. No es posible, no puede ser real. Creo que mi mente ya no puede más con todos los acontecimientos del día y de un momento a otro me voy a volver loca, si no he perdido ya la razón. Alexandr me mira asustado, supongo que por el aspecto de mi rostro.

—Señorita García —me dice con una pequeña inclinación de cabeza quitándose las gafas de sol.

—¿Nikolái? —pregunto asustada.

—¿Tessa, estás bien? —me pregunta Alexandr con voz preocupada.

—Dijeron que habías muerto. Todo este tiempo pensé que habías muerto —balbuceo.

La tensión puede conmigo. Ante la sorpresa de ambos las lágrimas empiezan a rodar libremente por mis mejillas y tras una milésima de segundo, sin pensarlo, me abalanzo contra él rodeando su cintura con mis brazos.

—¡Oh, Dios mío! Estás vivo —repito sin separar mi rostro de su pecho.

—Sí señorita, estoy vivo y sobre todo gracias a usted —me dice pasándome un brazo por la espalda sin saber cómo reaccionar ante mi muestra de cariño.

Tras unos instantes y sintiéndolo tan tenso ante mi insistente abrazo, me aparto un poco y susurro.

—Lo lamento Nikolái, no he podido evitarlo. Discúlpeme si le he ofendido —le digo apartando las lágrimas de mis ojos con las manos.

—No se disculpe señorita. Agradezco que se preocupara por mí. Yo me encargaré de su equipaje —dice agarrando las dos maletas con facilidad mirando a Alexandr —El coche ya está aquí.

—De acuerdo —contesta Alexandr serio y agarra mi bolsa de mano —Yo me encargare de esto. No te preocupes Nikolái.

Alexandr parece ofendido y más enfadado que hace unos instantes. Mete su mano derecha en el bolsillo del pantalón y saca uno de sus suaves pañuelos con sus iniciales bordadas. Me lo entrega y yo lo cojo con cariño, lo acerco a mi nariz inspirando su olor. Cómo he echado de menos ese olor. Las lágrimas siguen deslizándose por mis mejillas aunque en menor medida.

—Por favor, no llores. No me gusta verte triste —me pide incómodo.

—Disculpa —le digo algo avergonzada.

—¿Estás lista? —pregunta impaciente.

Miro a mi alrededor. Este pequeño espacio nada tiene que ver con mi coqueto apartamento de La Haya, pero he pasado tiempo en él y tras echar un rápido vistazo, cierro la puerta y sé que una parte de mi vida se queda aquí.

Fuera nos está esperando un todoterreno oscuro con cristales tintados. Nikolái espera junto a la puerta trasera. Paso primera y tras Alexandr, cierra la puerta y se coloca en el asiento delantero

junto al conductor a quien no conozco. Una vez que arranca el vehículo Nikolái hace una llamada y comunica que llegaremos en menos de una hora. Vamos avanzando con lentitud por culpa del tráfico hasta llegar a una de las grandes avenidas. Voy mirando por la ventana nerviosa agarrando mi pequeño bolso con las dos manos sobre mi regazo, estoy muy inquieta y asustada. Alexandr mira en dos ocasiones su móvil, pero pasa gran parte del trayecto mirándome. Volvemos a estar juntos en la parte trasera del vehículo como hacíamos hace meses. Hay momentos en los que me cuesta respirar y cuando lo hago es como si el aire espeso no llegara a mis pulmones.

—¿Cómo me habéis encontrado? —pregunto ante mi propia sorpresa.

Alexandr mira a Nikolái y este le hace un gesto con la cabeza a través del espejo retrovisor.

—Buscamos toda la información posible pero era un callejón sin salida. Finalmente decidimos que tarde o temprano te pondrías en contacto con alguien y pinchamos sus comunicaciones. Hace un par de semanas llamaste desde una cabina casi en la frontera a Van Doesburgh y Nikolái estuvo atando cabos y te encontró. Yo he llegado esta mañana —relata Alexandr atento a mis reacciones.

—Debo llamar a Hans —comento en un susurro.

—Ya me he encargado yo de eso. Sabe que estás con nosotros y que llegaremos mañana —dice suspirando profundamente cogiendo una llamada de teléfono entrante. Parece cansado y mientras habla, se desabrocha las mangas de la camisa y se las remanga dejando al descubierto sus antebrazos.

—Perdón —digo sobresaltada cuando veo que me observa cómo le miro fijamente.

Estoy tan tensa que ya me duelen los hombros y el cuello, así que me obligo a relajarme. Por muy serio que esté, sé que a su lado no me puede pasar nada malo. El trayecto se me está haciendo demasiado largo, Alexandr me observa pero no dice nada, estoy totalmente cohibida y me mantengo quieta, sin moverme en mi cómodo asiento. Poco a poco la ciudad va quedando atrás y pronto vemos las señales que indican la llegada al aeropuerto. Veo que pasamos las señales que indican la terminal de salidas y sigue adelante para pararnos a los pocos minutos frente a una garita de seguridad. El conductor habla y abriendo una barrera nos deja pasar. Estamos en uno de los laterales del recinto del aeropuerto y el vehículo se acerca a otra garita más grande donde tenemos que entregar los pasaportes. Miro a Alexandr y le pido que muestre mi pasaporte.

—Debo salir del país como Luz Morales. Tessa nunca ha estado aquí —le digo rápidamente. Abro el bolso y sacando el pasaporte se lo entrego a Nikolái.

Pasamos el control de Aduanas sin problemas y llegamos frente a un avión que tiene las letras de la compañía. Veo bastante movimiento a su alrededor. Cuando el vehículo para junto a él, veo que es Mijaíl quien se acerca y abriendo la puerta trasera saluda.

—Señorita García, me alegra ver que se encuentra bien —dice con una pequeña sonrisa en sus labios y guiñándome el ojo cuando se da cuenta que Alexandr está ocupado con Nikolái y no está atento a nosotros.

—Muchas gracias Mijaíl —le digo acercándome a él y dándole un rápido beso en la mejilla.

Me percató que disimuladamente, Alexandr saca mi arma y se la entrega a Nikolái que la guarda de nuevo. Estoy allí plantada tiritando junto al coche sin decir nada, ha refrescado y yo voy con un vestido fino de manga corta y sandalias.

—Deberías coger algo de abrigo de la maleta antes de que la suban —oigo a mi espalda decir a Alexandr.

—Sí, es cierto —le contesto abrazándome a mí misma.

Dicho esto me acerco a la maleta antes de que la saquen del maletero y saco un par de zapatos cerrados, unos pantalones vaqueros, una camisa y una de las chaquetas que tengo. Es bastante fina, pero algo abrigará.

—Venga, subamos antes de que te enfríes que está refrescando —dice colocando su mano derecha en la base de mi espalda.

En ese momento siento de nuevo que una corriente eléctrica me sacude todo el cuerpo y no puedo evitar estremecerme. Mi corazón vuelve a desbocarse, no recordaba cómo era estar a su lado y no poder acercarse a su piel y besarlo. Alexandr se da cuenta de lo turbada que me encuentro, pero supongo que lo achaca a otra cosa.

—¿Te encuentras bien? —pregunta solicito.

—Sí, sí. Solo ha sido que no me lo esperaba —le contesto turbada.

—¿Qué no esperabas? —pregunta cogiendo mi ropa de las manos —Yo te llevaré esto.

—Nada, no es nada —le digo.

Una vez en lo alto de la escalera y echando una última mirada atrás, me despido de corazón de un país maravilloso y sus amables habitantes que tan bien me han acogido.

Una vez dentro nos saluda la tripulación y yo espero a que me digan hacia dónde dirigirme. Este avión es mucho más amplio que el que yo conozco y no sé hacia dónde ir. Es más grande y lujoso, toda la estancia está decorada con detalles de madera de castaño. A simple vista se distinguen varias zonas. Cerca de donde está situada la tripulación hay un espacio con una gran pantalla y un sofá de piel marrón claro, a continuación una zona con un magnífico sofá en él y en el lado derecho una mesa central con cuatro butacones enormes. Termina con una amplia zona con varios sofás, otro cuarto de baño, zona de reuniones y una suite. Eso es lo que yo puedo apreciar nada más verlo. Me hubiera encantado detenerme más, pero mi humor y mi energía están en estos momentos bastante bajos, así que decido observar y callar.

—Tessa ven, disculpa. Te presento a la tripulación. Ellos te explicarán donde puedes cambiarte de ropa y si necesitas algo antes de que despeguemos —dice Alexandr atento —Y cuando despeguemos no habrá nada que impida que hablemos.

Esta última frase ha sonado como una amenaza o al menos, yo la he sentido así. Voy con el personal de cabina hacia un lateral donde se encuentra uno de los servicios donde puedo cambiarme. En todo momento tienen sonrisa en el rostro y me atienden amablemente. Antes de entrar, me giro y veo a Alexandr serio con sus hombres. Está en todo momento pendiente de que esté bien, pero ya no se acerca, el muro que ha levantado parece bastante sólido de momento y no se permite acercarse mucho. Es amable, pero no cariñoso, pienso mientras me cambio de

ropa. El cuarto de baño que se abre ante mí, nada tiene que ver con los minúsculos cuartos de baño que hay en los aviones comerciales. Este tiene todo lujo de detalles y es bastante amplio. Al quitarme el vestido me giro hacia el espejo que hay en una de las paredes y me veo reflejada. Estoy horrible, me hicieron cortarme bastante el pelo y teñírmelo de negro azabache. He adelgazado y bajo los ojos tengo unas pronunciadas ojeras que hacen que en conjunto parezca algo siniestra y descuidada. En las costillas, la fuerte contusión está cambiando de color a más oscuro. Me rozo con la mano y al instante hago una mueca de dolor. Ahí en el cuarto de baño, reflejada en el espejo, me cuesta reconocerme. Alexandr sin embargo está más guapo si eso es posible. Sigue con su aspecto impecable de cada día, afeitado y bien arreglado, sólo destacar el pequeño cambio en el corte de su rubio cabello que ahora no le cae por la frente. Me arreglo todo lo que puedo y recogiendo mi vestido del suelo, salgo al exterior. Enseguida veo que aparece Marie, del personal de la tripulación, que vuelve a acercarse a mí y pregunta si necesito algo. Me comenta amablemente que ella se encargara del vestido y lo dejará junto a mi equipaje. A continuación me indica que me están esperando y me dirijo lenta por el pasillo, hacia donde se encuentra Alexandr.

Cuando llego a su altura Nikolái y él se levantan de sus asientos. Alexandr me indica dónde sentarme frente a ellos, mientras cierran un informe que tienen sobre la mesa y que han estado comentando. Frente a ellos en estos momentos me siento pequeña e intimidada. Los dos frente a mí, erguidos en sus asientos y con esa seguridad que desprenden me hacen sentir más culpable y acorralada. Una persona de la tripulación deja frente a ellos dos bebidas y se queda mirándome.

—¿Qué quieres tomar? —pregunta Alexandr atento. Siempre se comporta como un perfecto caballero, a pesar de lo enfadado que sé que está.

—¿Podría ser un té, por favor? —pregunto directamente al personal de cabina.

—Bueno, creo que ha llegado el momento de que hablemos —dice Alexandr con un profundo suspiro recostándose en su asiento —Nikolái se quedará con nosotros.

—De acuerdo. Sé que estás muy enfadado, pero quiero recordarte antes que nada que yo quise hablar contigo e insistí en ello. No es algo que se pueda contar a la ligera —le digo mirándolo fijamente.

Nos avisan de que vamos a despegar y me quedo distraída mirando por la ventanilla unos minutos hasta que mis pensamientos son interrumpidos por la llegada de mi té. Junto al té, me han puesto una galletita de chocolate. ¡Madre mía! Como echaba de menos estas galletitas. Alexandr observa cómo me cambia la cara cuando la veo.

—Dentro de un rato nos servirán la cena —dice serio.

—Ya sé que puede que poco os importe a estas alturas, pero lo que diga, no puede llegar a afectar a las personas que no están aquí. ¿De acuerdo? —le digo tras tomar un pequeño trago de mi té. Ellos se miran y hacen con la cabeza una señal de afirmación moviendo con la cabeza y yo continuo —¿Por dónde quieres que empiece?

—Por el principio —dice serio entrelazando sus dedos y dejándolos sobre su regazo con un fuerte suspiro —Empieza desde el principio ¿Cómo te metiste en esta mierda?

—Perdí a mi familia muy joven y a los dieciséis años me reclutaron. En ese tiempo me

parecía algo emocionante, que me ayudaría a estudiar y recorrer mundo. Cuando empecé la universidad me mandaron a Holanda y allí me dejaron para que poco a poco fuera haciendo contactos. Mi entrenamiento en serio empezó en esos momentos. Estuve durante dos años entrenando con un ex agente del Mossad mientras estudiaba en la universidad. Cuando llegue a La Haya tenía dieciocho años recién cumplidos, me pidieron que saliera y conociera a gente. Así que en una de esas noches conocí a un grupo de personas rusas y poco después coincidí con Sergei. No lo vi venir y yo estaba en un país extraño, en una casa extraña, con gente que no conocía, y Sergei se encaprichó conmigo. Hoy día sé que no se enamoró, eso no fue amor —relato con un triste suspiro dando otro trago a mi té —Cuando se enteraron de que conocía a Borovik me obligaron a tomar clases de ruso sin que Sergei lo supiera y lo engañé. Él creía en mí y me llevaba a todas partes como un trofeo y yo aceptaba encantada. Me fui ganando su confianza y yo poco a poco empecé a entender sus conversaciones y sus papeles, que siempre dejaba tirados por todo el despacho. Toda esa información que me llegaba la reportaba a mis superiores. Siempre nos veían juntos y eso hizo que conociera a sus socios y más gente confiara en mí.

—¿Te acostabas con él? —pregunta Alexandr muy serio con el ceño fruncido.

—Al principio sí. Yo estaba sola y él era atento y me cuidaba. Hasta que empecé a descubrir sus negocios y me di cuenta de quién era. Todo el mundo pensaba que era una relación sentimental, pero estaban muy equivocados. Una noche tuvo problemas con uno de sus socios y me dio una paliza. Me golpeo con rabia, pagando yo sus malos negocios y eso me abrió los ojos. Hablé con mis superiores para que me dejaran alejarme de él y así lo hicieron. Pero Sergei a esas alturas ya estaba obsesionado conmigo. Quedaba con él ya que necesitaba información, pero era de forma diferente. Vladimir Borovik, el padre de Sergei, sospechó de mí, pero si alguna vez me quedaba a dormir en su casa, le hacía pensar que nos habíamos acostado, pero en realidad lo drogaba y dormía toda la noche.

—¿Fueron muchas veces? —pregunta Alexandr pasándose una mano por la nuca.

—Las dos últimas veces —contesto haciendo una pequeña mueca de disculpa.

—¿Me habías conocido a mí? —pregunta rascándose la incipiente sombra de la barba de su mejilla derecha.

—Sí, recuerdo que yo llegue tarde y tú apareciste por la galería cabreado. Acabábamos de firmar el contrato y fue la última vez que pasé la noche en su casa. Esa noche le eche *Rohypnol*<sup>4</sup> en la bebida y cayó redondo en la cama. A la mañana siguiente yo le desperté, le di las gracias por tan fantástica noche y él creyó que me refería a nuestro encuentro sexual. Pero mientras él dormía, yo obtuve información de su última reunión con Almeida —contesto mirando a uno y a otro. Ambos se miran y puedo apreciar asombro en sus gestos.

—Continúa —me alienta Alexandr.

—¿Todo? —pregunto preocupada.

—Todo —repite Alexandr decidido.

—A Sergei lo teníamos controlado, pero ellos quisieron que me acercara a ti cuando te trasladaste a La Haya ya que habían fallado en todos sus intentos en Moscú —levanta las cejas

asombrado —Así que sabiendo que eres todo un caballero, necesitábamos que sintieras que rescatabas a una damisela en apuros. Sabían el tipo de mujer por la que te sentías atraído y yo físicamente los cumplía.

—¡Madre mía! ¿Pero tú te estás escuchando? —increpa dando un manotazo en la mesa y levantándose de su sillón.

—Lo sé, lo sé. Perdóname. Pero no pasó nada. Te prometo que no pasó nada. Por favor, Alexandr vuelve —digo con lágrimas en los ojos apenada ante el enorme sentimiento de culpa que tengo en el corazón.

Alexandr se levanta y se va hacia la zona trasera y Nikolái le sigue.

—Nikolái, por favor. No le utilicé. Me enamoré de él, por eso no pude dejar que nada os pasara y luego tuve que marcharme bajo amenazas para que no le pasara nada. Han sido los meses más horribles de mi vida. Nikolái, por favor —le digo cuando ya no puedo frenar las lágrimas que corren por mi rostro —Me hicieron creer que habías muerto por mi culpa, Alexandr no me habría perdonado nunca y no podía soportarlo.

—Tranquila señorita García, dele tiempo —me dice algo inquieto por lo que está sucediendo.

Siento que es la primera vez que Nikolái me escucha y me entiende, pero debo esperar. No puedo más y me refugio en el cuarto de baño. Toda mi vida se está desmoronando y siento un profundo dolor en el pecho que me ahoga por momentos. Pasan los minutos y poco a poco me voy calmando. Respiro hondo y vuelvo a mi sitio, pero esta vez me siento en el asiento que estaba Nikolái, así le daré la espalda y no estaré viéndolo como repasa informes al fondo. No pasan ni cinco minutos cuando me traen la cena. Aunque han tenido el detalle de que sea vegetariana y yo llevé casi 24 horas sin comer nada, no consigo que se me abra el apetito. Tras jugar un poco con el primer plato, desisto y les doy las gracias, pero no tengo hambre. Me estoy asustando a mí misma, desde siempre cuando estoy deprimida me da por comer, pero hoy no tengo nada de hambre. Me saco los zapatos y subiendo los pies al cómodo sillón me acurruco y miro a la oscura infinidad que nos envuelve en esos momentos en mitad del Atlántico.

Siento que alguien se acerca y me explica que hay una suite en el avión si quiero dormir más cómoda, y ante mi negativa en un murmuro plácido, reclina mi asiento. La mesa ha desaparecido como por arte de magia, me coloca un pequeño almohadón en mi cabeza y me tapa con una suave manta. No abro los ojos por miedo a que deje de hacerlo, pero su perfume me llega y lo inspiro inundando mis pulmones y llenándome de buenos recuerdos. Aparta un mechón de pelo que me ha caído sobre el rostro y se sienta en el sillón contiguo. Y con la tranquilidad de sentirme segura a su lado me acurruco un poco más y vuelvo a dormirme. En mis sueños vuelvo a revivir lo sucedido esa misma mañana con Zulema y con John, parece que ha pasado una eternidad y solo han sido horas. Me despierto de súbito sin saber dónde estoy, pero pronto noto que han bajado las luces y Alexandr duerme a mi lado. Ahueco mi almohada hacia su lado y me quedo mirándolo mientras duerme. Verlo tan relajado es fascinante. Sin darme cuenta acompaso mi respiración a la suya mientras observo sus facciones, qué idiota he sido al permitir que las mentiras nos separaran. Al moverme para acomodarme me ha dado una fuerte punzada en el costado y decido acercarme adonde está una persona de guardia y preguntar si tiene algún analgésico para el dolor. Me dirijo hacia los servicios lo más silenciosa posible. Aun así cuando

paso cerca de Nikolái, abre un ojo e incorporándose de inmediato me pregunta si necesito algo. Le digo que no se preocupe, que descanse y le ofrezco una pequeña sonrisa deseándole un sueño reparador. Una vez en el baño me levanto la camisa y veo el mal aspecto que tiene mi costado, está pasando a un color violáceo oscuro y cuando poso mi mano en la zona está ardiendo. Toca a la puerta y es Marie que me trae un vaso de agua con un paracetamol, es lo único que ha encontrado. Le doy las gracias y me lo acerca para dejarlo y marcharse. Me levanto la camisa y empiezo a ponerme delicadamente agua fresca en el costado. No me he dado cuenta que Marie no ha cerrado, y cuando estoy apoyada en el lavabo, no oigo a Alexandr que está en la puerta que se ha quedado entreabierta y toca con unos pequeños golpecitos.

—¿Estás bien? ¿Qué te ha sucedido? —me pregunta con rostro angustiado mientras yo intento volver a meterme la camisa por dentro del pantalón rápida —Marie me ha dicho que no te encontrabas bien.

—Nada, no es nada —le digo algo avergonzada.

—¿Qué te ha pasado en el costado? —insiste.

—Ayer me di un golpe —le confieso —Pero no es nada.

—A ver, deja que lo vea —dice acercándose a mí y despacio sujeta una de mis manos que tengo sujetando la camisa mientras la sube delicadamente. Yo no dejo de temblar y no quiero mirar. Sus manos están demasiado cerca de mi cuerpo y eso me pone muy nerviosa. Cierro los ojos mirando al techo y los aprieto frunciendo el ceño. —¿Por qué no has dicho nada? ¿Te lo ha visto un médico?

—No, no me dio tiempo. Cuando pueda esta semana y arregle todos los papeles intentaré ir al médico, sino se me va el dolor —le digo temblando por la cercanía que siento de sus manos en mi vientre.

Alexandr me pide que espere un momento y sale de allí presuroso, para volver en menos de un minuto junto a Nikolái que trae cara de sueño.

—¿Dígame señorita qué le sucede? —me pregunta amable. Yo miro en dirección a Alexandr que contesta por mí.

—Lleva un golpe muy feo en el costado —dice, y a continuación me pide que se lo muestre.

—No es nada —digo preguntándome qué hace aquí Nikolái, él va a poder hacer lo mismo que nosotros, nada.

—Señorita García, no se preocupe. Fui médico en el ejército y he visto muchos golpes. No se apure y enséñemelo —dice pareciendo leer mi mente.

Y tras darme por vencida me levanto la camisa llevando cuidado de no rozarme con ella. Nikolái se agacha y no pone buena cara.

—Caray Nikolái, eres un pozo de sorpresas —le digo con una mueca entre divertida y de dolor.

—¿Y me lo dice usted? —dice con sorna para a continuación mirar detenidamente el golpe. Para mi sorpresa junta las manos, tira el aliento en ellas en repetidas ocasiones y las frota enérgicamente —Tranquila señorita, es que soy de manos frías. Se ha llevado usted un golpe

muy feo. No se mueva.

Aguanto la respiración mientras Nikolái acerca sus manos a mi costado y Alexandr observa atento y preocupado. Tiene unas manos ásperas y grandes, pero me toca con mucha delicadeza. Es atento conmigo, lo cual me sorprende porque antes siempre había sido extremadamente frío y hosco.

—Señorita, creo que tiene usted un fuerte golpe, pero por suerte no tiene ninguna costilla rota —resuelve.

—De todas formas pediré que acuda el médico a casa nada más aterricemos —dice Alexandr categórico.

Todos volvemos a nuestros sitios ya que quedan varias horas para llegar a nuestro destino. Alexandr espera a que me siente de nuevo y delicadamente me cubre con la manta y se sienta a mi lado. Nos miramos en silencio hasta que vuelven a cerrársele los ojos.

—Lo siento, siento haberte engañado. Cuando me di cuenta ya me había enamorado de ti y tuve miedo a tu reacción. Nunca quise hacerlo, por eso al principio te odiaba, no quería sentir lo que sentía por ti, pero poco a poco empecé a no poder pasar un día sin tu sonrisa, sin que hicieras que me cabreara por alguna tontería. Por eso me aparté de ti cuando Sergei me acorralo en el baño, sentí tanto daño cuando vi aquellas fotos con Elena, que me destrozaron el alma. Cuando pasé mi informe dije que eras un hombre honorable con una integridad y una bondad inigualable. Solicité ser sincera contigo y a eso volví el día de Navidad. Quise decírtelo, no sabes cuánto. Sabía que me odiarías, aunque con el tiempo me perdonarías. Pero cuando estalló el coche y abrí la puerta para ir en busca de Pyort, tu mirada me asustó. No supe qué hacer, y John aprovecho mi miedo para hacerme ver que solo os haría daño y moriría más gente. Lo siento. De verdad que lo siento, pero no podía dejar allí a Pyort que tanto me había cuidado cuando me encontró con Sergei. Siento haberte ocultado a lo que me dedicaba —le digo entre susurros mientras creo que duerme. Pero para mi sorpresa, abre los ojos y alargando su mano detiene con su pulgar una de las lágrimas que caen de mis ojos.

—Descansa. Ya hablaremos más tranquilamente —dice volviendo a cerrar los ojos con un fuerte suspiro.

## CAPÍTULO 6

Abro los ojos y al principio no sé dónde me encuentro, miro el reloj de pulsera y solo han pasado unas horas. Inspecciono a mi alrededor, Alexandr ya no está en el sillón contiguo. Respiro profundamente tras bostezar y me giro buscándole. Está casi al fondo de la cabina junto a varios de sus hombres. Vuelve a estar impecable, perfectamente vestido con uno de sus carísimos trajes y recién afeitado. No me he dado cuenta de que se había marchado de mi lado. Me ofrecen algo de comer pero mi estómago sigue cerrado. Así que espero en el sillón tras mirar hacia donde se encuentran reunidos. Se percata de que ya me he despertado y viene hacia donde yo me encuentro. Me siento cansada, débil y aturdida por todo lo sucedido y por todo lo que me tengo que enfrentar.

—¿No vas a tomar nada? —pregunta sorprendido conociendo mi ansia por la comida cuando no me encuentro bien.

—No puedo, tengo el estómago raro —le digo en el momento que Marie le sirve un té.

—¿Te sigue doliendo el costado? —pregunta —Una taza de té te vendría bien.

—Lo siento —le digo acurrucándome en el sillón sin atreverme a mirarle a los ojos.

—Ya hablaremos —contesta incomodo —El médico irá a casa cuando aterricemos y te mirará el golpe, yo tengo que acudir a dos reuniones pero tenemos que hablar.

—No es necesario Alexandr, yo puedo ir al médico cuando solucione todo. Y cuando tú quieras, hablamos —le digo inquieta y antes de que se marche le digo —Gracias.

—¿Por qué? —pregunta extrañado.

—Por ir a buscarme —le digo. Alexandr no contesta y se marcha.

Todavía no sé dónde voy a dormir esa noche o qué pasó con las cosas de mi apartamento. Supongo que mi casera lo llevaría a un trastero y tendré que hablar con ella. Necesito ropa y todo lo que pueda recuperar. Para que pase el tiempo y no pensar más, me pongo los auriculares seleccionando la música que me relaja y me vuelvo a acurrucar e intento dormir. No quiero pensar más sobre las situaciones a las que me tendré que enfrentar cuando aterricemos. Hans, Jane, terminar de hablar con Alexandr, buscar trabajo, una casa...

Alexandr no se ha vuelto a acercar a mí, supongo que con su apretada agenda le habré trastocado alguna que otra reunión durante este viaje. Cuando me doy cuenta de que ya estamos cerca de casa por los paisajes que se ven desde el cielo, no puedo dejar de mirar por una de las ventanillas que hay a mi lado. ¡Cómo lo he echado de menos! Nos avisan que en media hora aterrizaremos en Schiphol. Mi corazón se acelera y creo que incluso me cambia la cara, emocionada por volver a casa. Doy un respingo en el sillón al oír la voz de Alexandr a mi lado.

—¿Con ganas de llegar a casa? —pregunta al ver la emoción en mí.

—Todavía no sé si tengo casa —le digo con una mueca y le pregunto —¿Te importaría informarte de dónde compran las galletitas que siempre ponen con el café?

—¿Para qué quieres saber eso, si no te has terminado la que te han puesto? —pregunta intrigado.

—Necesito apoyo para que Jane quiera verme o escucharme, y sé que adora esas galletitas. Siempre le llevaba cuando viajábamos por el proyecto —le comento con desazón.

—Seguro que se alegra de verte. Todos se alegrarán de verte bien —dice con un atisbo de sonrisa — Mravinsky seguro que se alegra cuando te vea, ha estado ayudando a Nikolái a buscarte por medio mundo. Él te llevara a casa.

—Tú no te has alegrado —comento tristemente.

—No digas eso. No es así —contesta algo nervioso e insiste —Tenemos que hablar.

El avión se acerca a Schiphol con fuertes ráfagas de viento. Alexandr me mira atento y cuando ve que estoy fuertemente agarrada a los brazos del sillón extiende su mano y la acerca a la mía, mirándome con cariño.

—Tranquila. No pasará nada. La tripulación es experta en este tipo de aterrizajes —dame tu mano, pide con voz calmada.

—Gracias —le digo agarrando su mano y entrelazándolas. El contacto de su mano casi me hace olvidar las turbulencias.

La sacudida de sentimientos que afloran son incontrolables. Antes de que me dé cuenta ya hemos tomado tierra y nos dirigimos a un hangar privado, rodando por la pista despacio. Una vez el avión se ha detenido, Alexandr me solicita su mano, que a mí me cuesta soltar por la calidez y las sensaciones que me está transmitiendo de nuevo. Se desabrocha el cinturón y empieza a organizarlo todo. Acercan unas escaleras a la puerta delantera y abren. El equipo de Alexandr son los primeros en bajar y a través de la ventanilla vislumbro a Pyort al lado de uno de los coches hablando con Nikolái. Me asomo por la puerta para descender por las escaleras, hace un día espléndido. El viento ha despejado las nubes y resplandece un precioso cielo azul. Estoy en la parte alta de las escaleras tiritando por el frío que siento en el cuerpo. No llevo ropa para este tiempo en el norte de Europa. Pero estoy feliz de estar de vuelta en casa.

—¿No bajas? —pregunta a mi espalda Alexandr —Estás tiritando.

—Hace frío —respondo cruzándome los brazos por el cuerpo.

—Ven aquí —me indica Alexandr desprendiéndose de su abrigo y pasándolo por mis hombros —Así no pasaras frío.

Y así es. Dejo de tiritar casi al instante y me siento protegida e hipnotizada por el aroma que desprende su abrigo. Bajo los escalones y veo a Pyort nervioso. Se acerca a la escalera y yo no puedo evitarlo y salto a sus brazos.

—Pyort, cuánto te he echado de menos —le digo mientras él me alza en el aire y da una vuelta conmigo abrazada a su cuello.

—Señorita, no vuelva a hacerlo. Nos tenía preocupados —dice depositándome en el suelo y de pronto tras mirarme de arriba a abajo pregunta —¿Pero qué se ha hecho usted en el pelo? ¿Es que no le daban de comer?

Se dibuja una amplia sonrisa en mi rostro, Pyort me hace sentir por un momento que he llegado a casa. Veo que Alexandr y Nikolái están rezagados atentos a nuestro encuentro y cuando me fijo en Alexandr, vuelvo a apreciar en su rostro la mandíbula fuertemente apretada y el ceño fruncido. No sé que le ha pasado, puede que se haya perdido alguna reunión importante por mi culpa y lo acabe de recordar.

—¡Ay! —exclamo al sentir una fuerte punzada de dolor en el costado con el enorme abrazo de Pyort que me deja en el suelo asustado.

—¿Qué le sucede señorita, le he hecho daño?

Alexandr al verlo finalmente se acerca y reprende a Pyort por sus efusivas muestras de cariño.

—¿Estás bien? —pregunta serio.

—Sí, sí. No ha sido nada. No esperaba este abrazo de oso —contesto con el ceño algo fruncido por el dolor.

—Pyort te llevará a que te vea el médico y cuando termine hablaremos —comenta serio. Extiende su mano y me ofrece un teléfono móvil y una pequeña bolsa —Éste es el último que te doy, es el mismo número. Y esto es para ayudarte con Jane, aunque todavía tengo que decidir si te mereces que te perdonemos.

Cuando creo que se va a acercar a darme un beso, acerca sus manos al cuello de su abrigo que llevo puesto y sube el cuello resguardándome del frío.

—Toma —le digo empezando a sacármelo —Yo conseguiré algo de abrigo más tarde.

—No, yo no lo necesito. Iré directo a la oficina y no quiero que te resfríes por no llevar la ropa adecuada —dice mirando sus manos, que ajustan los botones de su cálido abrigo.

—Gracias —le digo llevando una de mis manos a sus manos.

Nos miramos a los ojos, despacio, creo que ambos estamos nerviosos por la situación. Nuestros cuerpos están muy juntos y puedo sentir su calidez, y cuando creo que finalmente va a inclinarse y depositar sus labios en los míos, Alexandr finalmente se separa de mí. Se despide y se dirige hacia donde está Nikolái esperándole con la puerta trasera del vehículo abierta. Subo a la parte trasera de mi coche y veo que la bolsa está llena de las deliciosas galletitas que le pedí. Pyort se sienta frente al volante y arranca para empezar la marcha. Veo al coche de Alexandr que nos sigue hasta la salida del aeropuerto, para después desviarse.

—Señorita, siento haber sido tan bruto, pero es que llevamos tres meses buscándola —dice mirando a través del espejo —Es usted como una lagartija, no sabe los quebraderos de cabeza que hemos tenido por no poder encontrarla.

—Gracias por ir a por mí —le digo azorada —Han sido unos meses horribles.

—Gracias a usted por salvarme la vida. Ahora ya está en casa y dudo que el señor permita

que se vuelva a marchar —dice con una medio sonrisita y me reprende —Él ha sido el que peor lo ha llevado, no vuelva a hacerlo. No se lo merece, es un buen hombre.

—Pyort por favor, vuelve a llamarme Tessa —le digo acurrucada en el asiento trasero del vehículo.

—Si es lo que quiere, así lo haré —contesta animado.

Los paisajes que se van sucediendo a nuestro paso son preciosos. La nieve ya se ha fundido y los crocus <sup>5</sup> han empezado a florecer por todas partes. No hay zona ajardinada que no se vea salpicada por los vivos colores de sus flores. Los árboles ya han brotado y están recuperando su frondoso follaje. Es un paisaje que he echado tanto de menos que bajo la ventanilla y asomo la cabeza inhalando el penetrante olor a tierra. Esto me hace olvidar las últimas 24 horas vividas en Cali. Suena varias veces mi teléfono que está sobre el asiento contiguo junto a mi bolso. Ya no recordaba ese sonido de la agenda. Esto me hace ver que posiblemente no haya perdido mi trabajo, pues hoy me lo han dado libre, pero mañana ya tengo todo el día con reuniones. Decido que es hora de hablar con Hans y marco su número impaciente por volver a oír su voz. Tras saber que Alexandr estará ocupado toda la mañana, y que no lo veré hasta la tarde y tras consultarle a Pyort si luego podría acercarme al centro, quedo con él para reunirnos a almorzar. Estoy tentada a mandarle un mensaje a Jane, pero decido esperar a hablar con Hans. Él la ha visto estos meses y espero que me aconseje en cómo afrontar la situación.

Nos detenemos en un pequeño atasco a la entrada de la ciudad antes de que Pyort pueda volver a emprender la marcha. Me comenta que el médico llegara a casa en menos de una hora. El coche se encamina hacia la avenida de grandes árboles donde está situada la casa de Alexandr y pronto atravesamos las grandes puertas que flanquean la propiedad. El jardín está precioso, hace que la casa parezca más espectacular, todo verde con numerosas flores brotando por doquier. Pyort aparca en la puerta principal y cuando bajo me doy cuenta de que el señor y la señora Cherkosov están en la entrada esperando. Me saludan amablemente y ella me comenta que el señor Zhurkov ha avisado de que no había comido nada en el vuelo, y que me prepararan algo para desayunar mientras me visita el médico. Alexandr siempre es muy atento y no entiendo cómo puede llegar a acordarse de todo con las miles de cosas importantes que tiene que hacer cada día. Le indico que cuando termine con el médico, me pasaré por la cocina a tomar con ella una taza de té ya que no tengo mucha hambre, y se va satisfecha hacia la cocina.

El médico está a punto de llegar y le solicito a la señora Cherkosov ir al cuarto a arreglarme, antes de que llegue el médico. Me comenta que mis cosas las trasladaron a una habitación de la segunda planta y que allí tengo ropa si quiero arreglarme. La habitación no me es desconocida, es la primera habitación en la que permanecí cuando me resfrié hace tiempo. Entro y me quedo en el centro recordando aquellos momentos. En el amplio armario se encuentra la ropa que deje aquí cuando me marché y está inmaculadamente colgada. Decido qué ponerme y corro hacia el cuarto de baño. Me doy una ducha rápida, pero celestial, por el suave y reconfortante aroma de los jabones. ¡Cómo he echado de menos todas las comodidades de una buena ducha! Salgo rápida tras cepillarme el pelo y secármelo un poco con el secador. Me visto con ropa cómoda. No me he pesado, pero he adelgazado bastante. La ropa me viene demasiado holgada y eso indica que mínimo son cinco kilos. Bajo las escaleras, decidida y el señor Cherkosov me informa de que el médico acaba de llegar y que me espera en el salón.

Tras cerrar la puerta, el médico examina el golpe y con una agradable sonrisa anuncia que es molesto y que deberé llevar cuidado con los movimientos bruscos, pero que no reviste gravedad y con una pomada para el fuerte hematoma y unas vendas elásticas, en una semana me encontraré mucho mejor. Es el mismo médico que acudió cuando Sergei me acorraló. Entonces me visitó en mi apartamento. Es un compatriota de Alexandr, profesional y muy amable que siempre acude cuando solicitan sus servicios. Me pone pomada en la zona y la venda delicadamente con la ayuda de una enfermera que siempre va con él. Me dejan una receta por si vuelve el dolor y cuando les pregunto si necesitan mi número de póliza de mi seguro médico o cuánto debo pagarle, con una bonachona sonrisa me indica que no me preocupe que ya está todo hablado con el señor Zhurkov.

Les acompaño a la entrada junto al señor Cherkessov. Yo vuelvo a la cocina y me siento junto a la barra donde la señora Cherkessov está cocinando, para la noche.

—¿Qué desea tomar, señorita García? —me pregunta con una amable sonrisa.

—Un té estaría bien —le digo —Pero puedo prepararlo yo misma.

—¡Oh! No, no. Ni se le ocurra decir eso mientras yo esté en la cocina. ¿Le apetece un té de perlas de jazmín? —me pregunta guiñándome un ojo sabiendo que es mi favorito.

—Eso sería maravilloso, señora Cherkessov —le digo con una sonrisa sincera.

En menos de dos minutos tengo frente a mí un delicioso té y un pequeño platito con una *muffin* recién horneada que hace que mi sonrisa se ensanche todavía más. Me comenta que cuando esta mañana la ha avisado Alexandr de que habíamos regresado y de que no había probado bocado en todo el viaje, se había puesto enseguida a cocinar su receta infalible de *muffins* de plátano con nueces y chocolate. Al principio creo que mi estómago no va a poder probar la *muffin*, pero empezamos a hablar y antes de que me dé cuenta, me la he terminado y estoy sirviéndome otra taza de té sentada a su lado. Hablamos de cosas sin importancia pero con su conversación hace que me sienta más segura.

Pyort aparece a la hora convenida para llevarme a almorzar al centro con Hans. Estamos saliendo por la puerta principal cuando suena mi teléfono. Es Alexandr.

—Hola —dice simplemente y ya hace que lo eche de menos y me ponga nerviosa.

—Hola —le digo. Estoy tan nerviosa y tan deseosa de que no se aparte más de mí, que no me salen las palabras.

—¿Cenarás esta noche conmigo? —me pregunta serio.

—Sí, si es lo que quieres —le digo subiendo al coche.

—¿Qué tal el médico? —pregunta, aunque sería extraño que el mismo médico no le haya pasado directamente todo el informe aún

—Perfectamente. Como bien apuntó Nikolái, no tengo nada roto y en un par de días se me irán las molestias. Muchas gracias por encargarte de todo —le comento.

—No hay problema. A Nikolái le alegrará saber que estás mejor y no se equivocaba —dice con un suspiro para añadir —Tengo que dejarte, pero recuerda que Pyort te llevará adonde necesites.

—Gracias Alexandr —le digo y cuelgo.

Me quedo mirando el teléfono unos instantes, me cuesta entender la situación, pero creo que comprendo la distancia que está tomando. No le conté todo mi pasado y eso ahora me está afectando más de lo que me gustaría. El *jet lag* empieza a hacer estragos en mí, los últimos días no he dormido mucho. Mientras permanecemos parados en un atasco, le pido a Pyort que pare en un supermercado que hay muy cerca antes de llegar a la plaza, necesito comprar tabaco. No paramos ni cinco minutos y continuamos hasta llegar a donde he quedado con Hans. La mañana está siendo perfecta sin nubes en el cielo y han asomado los primeros rayos de sol de la temporada. Sé que a Hans no le importará que nos pongamos en la terraza.

—Señorita, yo la esperaré aquí si no le importa —me dice Pyort prudente.

—Perfecto. Gracias Pyort —le digo indicándole la mesa en la que voy a sentarme.

Me siento en la terraza del local. Siempre me ha encantado desayunar aquí por las vistas tan espectaculares que tienen al *Binnenhof*. Me pasaría horas y horas admirando el conjunto de edificios que forman el parlamento holandés con su imponente lago en el centro. Antes de que me dé cuenta, aparece Hans apresurado y cuando me ve, acelera el paso hasta llegar a mí que mientras tanto me he levantado, y me abraza. No es un simple abrazo, es el tipo de abrazo que te transmite todo el cariño y la tranquilidad que necesito en esos momentos. No puedo soltarlo y sin darme cuenta empiezo a descargar toda la presión vivida durante estos meses, y principalmente en estos últimos días. Sigue abrazándome y tranquilizándome cuando las lágrimas recorren mis mejillas y le digo entre llantos.

—John está muerto, Hans. Está muerto y yo no puede hacer nada.

—Lo sé cielo, tranquila. Ahora estás a salvo. Tranquila —dice mientras sigue abrazándome fuerte y acariciándome la espalda para que me calme.

Pasan los instantes y cuando ve que me encuentro más serena, nos sentamos muy cerca el uno del otro y me coge de la mano.

—No vuelvas nunca a hacer lo que has hecho —me reprende acariciando mi mano.

—Hans, yo seguí el protocolo, lo que siempre me indicaron —le digo en voz baja para que la mesa que hay un poco separada de nosotros no pueda oírnos.

—Y gracias a ello John se aprovecho de la situación y lo llevó como quiso, sin informar a nadie de lo que estaba sucediendo —explica sereno —¿Por qué no me llamaste cuando fueron a buscarte?

—No sabía qué hacer y todo fue muy rápido, se aprovecharon haciéndome creer que Nikolái había muerto y me hicieron pensar que por mi culpa estarían todos ellos en peligro y que podría volver a pasar —le explico nerviosa.

—Y te fuiste sin decir nada con el mundo auestas —dice con una mueca mirando la carta y me pregunta—¿Qué vas a tomar? ¿Sabes que tienen nuevos platos vegetarianos?

—No me fui sin decir nada. Les pedí a los hombres de John que te entregaran la cadena de oro de mi madre. Sabía que tú la guardarías y que te darías cuenta, de que volvería a por ella —le explico encendiéndome un cigarro.

—Nunca me llegó el colgante, tendremos que dar con él. ¿Todavía no has dejado ese vicio? Vamos a comer que estoy hambriento y tú también deberías comer algo y dejar de fumar. Te estás quedando en los huesos —dice haciéndole una señal a la camarera.

Esa mañana fumo más que nunca, le cuento desde lo sucedido con Pyort y Nikolái antes de salir corriendo, a como John me aisló del mundo para que aceptara su propuesta. Cómo me sentí cuando me dijeron que Nikolái había muerto. Le cuento todo lo sucedido en los primeros días en Cali y como me había ido introduciendo y conociendo a los diferentes miembros de pandillas de la zona que trabajaban con Pablo Almeida. Cómo John vivía, trataba y se relacionaba con la clase alta viviendo en una buena zona de la ciudad, mientras yo vivía en un pequeño habitáculo de una de las zonas más empobrecidas de la ciudad. Que lo había desobedecido y que me había puesto en contacto con él. Que pasé mucho miedo al principio pensando que algo le podría suceder a él, si descubrían que seguíamos en contacto. Y lo triste que me sentía a cada momento, sin poder resistir estar tanto tiempo lejos de ellos. Lo culpable que John me hacía sentir cada vez que le rebatía una de sus órdenes. Cómo nos había puesto en peligro en el lago donde Luis Santos empezó a sospechar, el fuerte codazo que me propinó cabreado por que viera cosas de las que él no se daba cuenta. Hasta que terminamos hablando, mientras me enciendo un cigarrillo con las manos temblorosas, de la última mañana. Lo hablado con Zulema y su asesinato a sangre fría. Cómo había visto el cuerpo inerte de John tirado en el asfalto, antes de que le propinaran tres tiros para rematarlo de manera salvaje y cruel. Que había huido hacia casa como él me había aconsejado la noche anterior, y cómo me había tropezado con Alexandr. La confusión que tenía en mi mente y en mi corazón cuando lo vi, allí sentado en mi pequeña salita, esperando a que le diera explicaciones. Lo serio, reservado y distante que había sentido que estaba conmigo y el miedo que tenía de contarle toda la verdad por cómo podría reaccionar, concluyo.

Durante toda la explicación he fumado más que comido, pero Hans ha escuchado atento y me explica cómo Alexandr fue a buscarme e intentó dar conmigo durante todo el tiempo. Alexandr, junto a Nikolái, incluso habían atado cabos, y habían hablado con un instructor que tuve hace años, antiguo agente del Mossad. Hans me explica cómo desesperado habló con él en varias ocasiones para saber dónde me encontraba y si estaba bien, pero que incluso él no lo sospecho hasta las últimas llamadas.

—Hans, puede que ya no quiera vivir así —le comento con voz apagada —No quiero ver sufrir a la gente que me rodea.

—Ambos sabíamos que iba a llegar el día en que lo dejarías, todos tenemos un límite y a ti te lo han hecho sobrepasar en demasiadas ocasiones en este último año —dice serio pero apaciguando mis nervios —Necesitas tiempo para descansar y pensar. Yo me ocuparé de que tengas todo el tiempo que necesites. Ahora soluciona todo lo que tengas que solucionar con las personas que quieres y ya decidirás qué quieres hacer con tu vida.

—Ahora solo tengo que intentar que me perdonen las personas que quiero y a quienes he fallado —digo algo triste —Necesito que me ayudes con Jane y con Alexandr.

—Son dos personas que te quieren. Dales un tiempo para que puedan digerir todo. Y todo volverá a la normalidad —me dice pagando la cuenta —Ahora mismo llamaré a Jane, pero con Alexandr no sé en qué voy a poder ayudarte. No ha cejado en su empeño hasta que te ha

encontrado, eso debe significar algo.

—¿Nos vemos este domingo? —le pregunto abrazándolo de nuevo para despedirme de él e introducir en uno de los bolsillos de su abrigo la tarjeta de memoria que me facilitó Zulema. Él se toca el bolsillo y me hace un gesto de aprobación mientras yo le digo —Ahora está en tus manos. Haz todo lo que puedas por Zulema y John, no merecían lo que les hizo ese psicópata.

Nos despedimos con un largo abrazo con la promesa de que nos volveremos a ver en el desayuno del domingo. Le pido a Pyort que me acerque al banco e intento ponerme al día con todos los papeles. No han seguido pagando el alquiler del apartamento y angustiada pienso que no tengo dónde vivir. Es una de las cosas principales de las que me debo ocupar tras hablar con Jane y con Alexandr.

Suena un mensaje en mi teléfono y con él sé que Hans ha hablado con Jane, así que decido coger la bolsita con sus galletas favoritas e ir a visitarla. Lo decido así, porque no sabría qué decirle al teléfono. Con muchos nervios le pido a Pyort que me acerque a su casa tras comprobar su agenda a través del teléfono. No tiene ninguna reunión de última hora y ya habrá llegado a casa. Pyort para frente a su casa y deseándome suerte, permanece en el coche mientras yo nerviosa me encamino a su pequeña entrada. Veo movimiento por la ventana que da a la calle en el salón y aunque ya esté en la puerta, necesito un par de minutos para armarme de valor y tocar a su puerta. El timbre resuena a través de la puerta. Espero impaciente a volver a verla, pero la puerta no se abre. Vuelvo a tocar más nerviosa, sé que está dentro e insisto tocando con los nudillos.

—Jane, por favor, sé que estas ahí. Abre la puerta —le digo con un nudo en la garganta —Jane, por favor déjame explicarte.

Espero un par de minutos y cuando estoy a punto de darme la vuelta, veo que el pomo gira y la puerta se abre muy lentamente. El corazón me da un vuelco y esas décimas de segundo vuelan, hasta que se abre la puerta del todo. Mi decepción es enorme cuando veo a su marido bastante turbado. Se acerca a mí y con un rápido y corto abrazo me dice que no está preparada y que está dolida por toda la situación.

—No te preocupes. Entrará en razón —me dice cuando ve mi cara de decepción y frustración por no poder ver a mi amiga del alma.

—De acuerdo, de acuerdo. Por favor, dile que lo siento y que me gustaría volver a verla y explicarle todo.

—Yo se lo diré y cuando esté preparada, hablara contigo —me dice despidiéndose de mí y cerrando la puerta de la entrada.

Me quedo unos segundos mirando triste al suelo con la bolsa de galletas en una de mis manos cuando siento que la puerta se vuelve a abrir. Mi corazón vuelve a dar un vuelco cuando la vuelvo a ver.

—¿Eso son galletitas del avión? —me pregunta muy directa y atrevida.

—Sí —le respondo rápidamente esperanzada —Las he traído para ti.

—Para ellas sí que estoy preparada —me dice alargando la mano hacia la bolsa.

Confundida se las doy y tras abrir la bolsa de papel y ver todas las galletas que contiene, da un paso atrás y cierra la puerta. Por un momento, allí plantada delante de su puerta sonrío levemente. Esa es mi Jane, no está preparada para hablar conmigo, pero sí para comerse todas las galletas que sirven en los aviones de Alexandr.

Me giro y me dirijo al coche donde se encuentra Pyort esperando. Ha visto toda la situación y para quitar hierro al asunto, comenta, mientras me abre la puerta trasera del coche para que entre.

—Tranquila señorita, esas galletas son un truco infalible. Pronto volverá a hablar con usted.

—Eso espero Pyort —le digo con una leve sonrisa —¿Sabe si el señor Zhurkov ha terminado ya con todas sus reuniones?

—Sí, ya terminó —me informa —¿Quiere usted que la lleve a casa?

—Por favor —respondo cansada de todo el día.

Con la distancia que está poniendo Alexandr entre nosotros, seguramente esta noche acabe durmiendo en un hotel, aunque no me puedo quejar después de mentirles y desaparecer durante más de tres meses. Llevo menos de 24 horas en Holanda y he avanzado bastante.

Pyort me acerca en silencio a casa de Alexandr y cuando me abre la puerta trasera para que descienda y entre a la casa, me hace una pequeña mueca y me desea toda la suerte del mundo. Entro a casa bastante cohibida y acude a mí Mijaíl, informándome de que están reunidos y que tardarán unos veinte minutos. Entre los nervios que tengo y el sueño por el cambio de huso horario, decido salir a la terraza de la cocina y sentarme a ver las estrellas mientras me fumo un cigarro. El cigarro se convierte en varios hasta que oigo un sonido a mi espalda.

—¿Todavía no has conseguido dejar esa mierda? —pregunta huraño.

—No. No he podido —le confieso algo avergonzada mirando el cigarro entre mis manos.

—La cena está preparada —dice extendiendo su mano derecha para que me apoye y me levante de los escalones.

—Gracias. Pensé que íbamos a hablar —le digo algo confundida.

—Sí, después de cenar —dice serio cediéndome el paso para entrar antes que él a la cocina.

Separa la silla donde siempre me había sentado en otras ocasiones, la mesa está elegantemente dispuesta. Alexandr me ofrece una copa de vino que acepto con gusto, creo que voy a necesitar que el vino corra por mis venas para poder enfrentarme a lo que se me vendrá encima en breves momentos con Alexandr y Nikolái. Pero mientras, disfruto de la succulenta comida de la señora Cherkesov. Alexandr come y observa cada movimiento que hago. No tengo mucha hambre, pero decido llevarme algo al estómago para no desilusionar a la señora Cherkesov, que lleva cocinando varios de mis platos favoritos desde esta mañana. Intento acompañar con comida las dos copas de vino que ya me he tomado antes de acabar los entrantes.

—¿Qué tal el trabajo? —pregunto cansada del demoledor silencio.

—Bien —contesta serio sin levantar la vista.

—Me han llegado un montón de reuniones para la semana que viene. ¿Eso significa que todavía tengo trabajo? —pregunto.

—Supongo. Habla con la galería o con Katia, sé que tenían cosas que terminar —contesta inexpresivo.

—Me gustaría tener libre mañana para poder solucionar ciertos asuntos personales.

—Habla con Katia y no habrá problema. Desapareciste durante más de tres meses. Porque lo hagas un día más, no creo que pase nada —comenta malhumorado.

Todo está delicioso y felicito a la dulce señora Cherkessov por lo que se ha esforzado, a pesar de que no me he acabado ningún plato y he decidido prescindir del postre. Alexandr pide que sirvan el té en su despacho y me indica que le acompañe. Una vez dentro de su ordenado y moderno despacho me solicita que me siente en uno de los sillones que hay frente a él, dejando que la mesa nos separe. Entran con el té y nos sirven una taza a cada uno. El silencio es absoluto y no sé a que esperamos cuando tocan a la puerta. Es Nikolái que entra y se sienta en el sillón contiguo al mío, pero tiene la deferencia de antes de sentarse, apartarlo bastante de mí y situarse en una posición neutra entre los dos.

## CAPÍTULO 7

Alexandr y yo estamos frente a frente. Su mirada es acusatoria e intimidante cuando me indica.

—Puedes continuar.

—¿Hasta dónde quieres oír?

—Todo —dice tajante.

—Ya te he contado todo lo de Sergei, así que supongo que lo que quieres hacer es escuchar tu parte —digo comenzando mi confesión —Conocíamos bastantes bien tus rutinas, y alguien me comunicó que esa mañana seguramente saldrías, ya que tenías reservado jugar al golf. Calculamos todo lo justo que pudimos y me abalancé sobre tu vehículo.

—¡Ja! —exclama Alexandr en mitad de mi exposición y cuando se da cuenta de que lo ha dicho en alto, me apremia a que continúe.

—Calculé mal y por poco caigo bajo las ruedas de tu coche. Aunque ese error finalmente fue más acertado. Yo me hice daño y tú, intentaste por todos los medios rescatar a una damisela en apuros —Alexandr y Nikolái se miran mutuamente y yo continuo —Yo, antes de conocerte ya te tenía antipatía, daba igual lo que hicieras. A mí me estaban obligando a acercarme a ti y era lo que menos me apetecía, teniendo tan presente lo que había sucedido con Sergei. Resultó que les salió la jugada perfecta ya que a partir de ese momento, tú averiguaste dónde trabajaba y eso me permitió aún con mis reticencias ir conociéndote. Pero pronto me di cuenta, que nada tenías que ver con Sergei o su mundo, no te ofendas —digo cuando veo que tensa su mandíbula cuando hago esta comparación —Por lo que descubriría estando contigo o tus informes, no había nada extraño y así lo comunique.

—¿Cómo sabías qué informes escribía? —pregunta sorprendido.

—Era muy sencillo, cuando estaba en tu despacho no solo admiraba el Monet que tienes colgado a tu espalda. Desde esa posición, siempre podía ver tu pantalla mientras tú trabajabas y yo esperaba —confieso avergonzada —Fue bastante complicado ya que Nikolái no me quitaba el ojo de encima. Pero poco a poco, la aversión que te tenía desapareció al ver que nada tenías que ver con Sergei. Tú siempre eras atento, y aunque tus cambios de humor me llevaban loca, te preocupabas de que yo estuviera bien en todo momento. Me hacías reír y valorabas mi trabajo. Antes de que me diera cuenta, por mucho que yo intentara negarlo y evitarlo, me fui enamorando de ti. Adoraba nuestras charlas de la tarde, que se pudiera hablar contigo de todo. No eras la persona altiva que decían todos.

—Gracias —dice con una mueca —Continúa.

—Hable con mis superiores, pero me pidieron que terminara todo lo de Sergei y Carlos antes de descubrirme, ya que llevaban años tras ellos. A partir de entonces todo pasó muy deprisa. Tú te enfadaste conmigo cuando fui con Sergei para que firmara los papeles de cese de mis servicios. Te marchaste y te fuiste con Elena. Y ya sabes el resto —le digo bastante cansada.

—¿Por qué cuando tuviste ocasión no me lo contaste? —pregunta serio.

—Lo intenté. Créeme que lo hice. Ya no habría pasado nada, había terminado mi trabajo. Recuerda que el día de Navidad quise hablar contigo. Y al día siguiente, pero tú siempre decías que podía esperar. Y el día de la explosión habíamos quedado para hablar a media mañana. Tienes que recordarlo. Y cuando el coche en el que iba Pyort saltó por los aires, no tuve opción. Vi tu mirada cuando me baje del coche, me dio miedo, pero mi prioridad era ayudar a Pyort como él había hecho conmigo. Cuando llegamos al hospital estaba aterrada y no supe reaccionar, así que lo hice como me habían aleccionado, tras eso me dijeron que Nikolái había muerto y cuando recordaba tu rostro cuando te diste cuenta de las cosas, supe que si Nikolái había muerto por mi culpa, nunca me lo habrías perdonado —digo apresurada y apenada mirando a Nikolái.

—¿Cómo pasabas la información? —pregunta Nikolái asombrado por todo lo que acaba de escuchar.

—Tenemos una buena red de información a través de diferentes puestos de flores —confieso —Las flores solían llevar información en el celofán en cada una de las entregas.

Ambos se miran y Alexandr levanta las cejas sorprendido. Sé que de este despacho no saldrá nada de lo que cuente.

—¿Puedes esperar un momento fuera? —me pregunta Alexandr inexpresivo.

—Claro —les digo levantándome del sillón y dirigiéndome hacia la puerta del despacho —Pero espero que recuerdes que yo quise hablar contigo y que nunca hice nada que pudiera perjudicarte.

—Ahora solo me puedo basar en tu palabra para pensar que ibas a contarme todo lo que estaba sucediendo —contesta irónico —Y después de tanta mentira, perdóname si dudo.

Nikolái me acompaña hasta la puerta y la cierra tras de mí cuando salgo. Me cruzo con Mijaíl en el exterior cuando salgo a fumar a la terraza de nuevo. Me guiña un ojo y me acerca un mechero para que pueda encender el cigarrillo. Hay cosas que nunca cambian y en silencio nos fumamos uno, mirando al cielo despejado. Son varios los que me fumo, antes de que cansada y con frío, decida ir al salón y sentarme a esperar a que terminen. No sé cuánto tiempo ha pasado hasta que siento que alguien me habla, pero yo ya no puedo más, el *jet lag* y la acumulación de sueño y preocupaciones durante estos meses se han instalado no solo en mi cuerpo, también en mi mente y no consigo moverme.

Me despierto con pesadez de cabeza. ¿Dónde estoy? Empiezo a recordar, es una de las

habitaciones de invitados de Alexandr. Vuelvo a tumbarme, esta casa tiene las camas más cómodas en las que he dormido nunca, con suaves sábanas y almohadones por doquier. No recuerdo haber subido a dormir, todo lo que recuerdo es estar esperando a que Alexandr terminara con Nikolái en el salón y estaba muy cansada. Miro el teléfono, tengo varios mensajes de Katia, al menos parece que alguien no está enfadado conmigo. Le contesto rápidamente. Decido que es hora de levantarme, tengo muchas cosas que hacer y tras ducharme, bajo a la planta principal.

—Buenos días señorita —dice la señora Cherkessov alegremente en su adorada cocina — ¿Qué desea para desayunar?

—Buenos días. Solo tomare café, por favor. Debo irme rápidamente —digo mirando el reloj de pulsera.

—El señor Zhurkov solicitó que no se la molestara. Que estaría usted muy cansada. Nikolái la está esperando en el garaje. ¿Quiere que le avise que ya está preparada?

—No, no se preocupe. Yo iré a buscarlo —le digo sorprendida.

¿Nicolái aquí esperando sin estar Alexandr cerca? Algo debe estar pasando. Cojo mi taza humeante de café y salgo en su búsqueda. Hoy vuelve a hacer una mañana espléndida, aunque todavía hace bastante frío y me abrigo con un enorme foulard. Voy caminando por el camino que lleva al garaje paseando y admirando los bonitos jardines que tiene Alexandr en casa. Llego a la entrada del garaje y doy unos pequeños golpecitos en la entrada con los nudillos, para hacerle saber a Nikolái que estoy allí. Lo veo ordenando unas herramientas cerca de unas bicicletas.

—Buenos días Nikolái —le digo expectante por saber qué está pasando —¿Sucedo algo?

—Buenos días señorita García —contesta algo incómodo —Le he puesto a punto su bicicleta. La dejó aquí y a pesar de que estoy totalmente convencido, junto con el señor Zhurkov, de que debería cambiar de medio de transporte, ambos sabemos que no lo hará. Usted adora este trasto. Así que se la he puesto a punto para que no tenga ningún problema.

—Muchas gracias Nikolái —le digo sorprendida —No hacía falta.

—Señorita García, si usted dispone de un poco de tiempo para mí, me gustaría hablar con usted —me dice cohibido.

—¿Le sucede algo al señor Zhurkov? —pregunto nerviosa. Es la primera vez que Nikolái me habla sin parecer que me está juzgando arrogante.

—No, no. No es eso señorita. El señor está bien —dice tímido.

—Entonces no entiendo —confieso confundida —Es la primera vez desde que te conozco, que no estás al lado de Alexandr.

—Eso es porque le he pedido el día libre al señor Zhurkov para poder hablar con usted.

—¡Oh! Claro, por supuesto —le respondo de inmediato.

—El señor ha sugerido que la llevara a almorzar al Zhurkov si a usted le parece bien — comenta cortado. No entiendo que está sucediendo para que se muestre tan vulnerable.

—Perfecto, Nikolái. Será un verdadero placer almorzar con usted, dependiendo de qué temas quiera tratar —le digo con una sonrisa espontánea —Antes tengo que pasar a intentar hablar con mi antigua casera que no contesta los mensajes, para ver si hay forma de recuperar mi antiguo apartamento.

—No se preocupe por eso señorita. El señor se ocupó de todo en su ausencia para que no lo perdiera, ni tampoco sus cosas. Siempre confió en que la encontraríamos y regresaría — comenta orgulloso sacando un juego de llaves de un bolsillo de su pantalón y dándomelas —Su apartamento lo tiene preparado para cuando usted quiera ir.

Sorprendida por ello y sin saber qué decir permanezco unos instantes allí sin moverme. Si mi casera hubiera seguido pasando el alquiler, no hubiera habido problema después de haber cobrado por el proyecto de Alexandr. ¿Por qué se había hecho cargo él de todo? Le pido tiempo a Nikolái para recoger mis cosas y llevarlas entonces a mi apartamento cuando me dice que no me preocupe, que ellos se ocuparan de trasladar todo lo que yo quiera esa misma mañana si así lo deseo. Abrumada con todas sus propuestas, le sugiero que si quiere hablar demos un paseo. Entro a la cocina a dejar la taza y veo a la señora Cherkessov algo apenada.

—¿Se encuentra usted bien? —le pregunto acercándome a ella.

—Señorita, no debería usted marcharse. Necesita comer, ha adelgazado mucho mientras ha estado fuera y yo necesito a alguien que aprecie mi trabajo en esta casa —confiesa algo compungida.

—Ellos seguro que aprecien las deliciosas comidas que usted prepara —digo reprendiendo a Nikolái con la mirada —Y yo pasaré de vez en cuando a tomar un té con usted y acompañarla un rato, no se apure usted.

Ya he solucionado el mayor problema que tenía por resolver esa mañana, así que hablo con Nikolái y le propongo que vayamos a comer al centro en bicicleta y pasemos un momento por mi apartamento.

—¿Señorita, no cree usted que sería mejor ir en coche? —pregunta confuso.

—Nikolái, no sé si será mejor o peor, pero estos meses han sido horribles y sé que si pudiera dar un paseo por esta ciudad a la que adoro, sería algo maravilloso —le confieso —Y hoy no está de servicio ¡Hagamos algo diferente!

—De acuerdo, si es lo que desea usted señorita, iremos a almorzar en bicicleta —cede ante mi explicación.

Nos damos media hora de tiempo para cambiarnos y yo contesto a diferentes mensajes y correos electrónicos que ya tengo pendientes. No recordaba lo exigente que era trabajar para Zhurkov. También he decidido que aunque ella no esté preparada, le mandaré un mensaje a Jane, porque aunque no obtengo respuesta, sí que veo que lo lee.

Nikolái aparece vestido de *sport*, me sorprende verlo sin su inseparable traje y su jefe al lado. Nos subimos a las bicicletas y salimos de la propiedad. Por la zona donde vive Alexandr no hay mucho tráfico, así que vamos hablando mientras disfrutamos de un agradable paseo, bueno, más bien hablo yo. Ahora estoy más tranquila, Nikolái me ha hecho ver que no es nada grave y yo intento mostrarle las maravillas que uno se pierde cuando va en coche y no disfruta de los maravillosos paisajes que tiene la ciudad. Cuando llegamos a Clingendael le pido que me siga y nos sumergimos en uno de los caminos que atraviesa el bosque hasta llegar al lago principal. El laberinto del jardín inglés esta precioso en esta época del año. Tras el duro invierno los árboles están brotando y las flores muestran su esplendor con la mejora del tiempo. Nos bajamos de la bicicleta para cruzar uno de los puentes de madera que llevan a la propiedad, cuando vislumbro a lo lejos que hay personas disfrutando del jardín japonés.

—Nikolái, ¿alguna vez has venido al jardín japonés? —pregunto empujando ya decidida mi bicicleta hacia donde está situada la entrada.

—No —me dice pensativo.

—Pues hoy vas a ver uno de los jardines más increíbles que hay en La Haya. Vamos Nikolái, te encantará. Y hemos tenido suerte —le informo girándome hacía él que me sigue empujando su bicicleta —Solo lo abren dos semanas en otoño y dos en primavera.

Aseguramos nuestras bicicletas en la zona acondicionada para estacionar que hay cerca de la edificación principal y vamos caminando, yo más decidida que él, hacia la entrada principal del pequeño jardín japonés. A esas horas no hay muchos visitantes y podemos disfrutar de la pequeña visita subiendo y bajando los delicados y graciosos puentes rojos de madera para cruzar los pequeños canales que cruzan el jardín. Los árboles están en pleno esplendor con los diferentes colores de sus hojas. Le pido que nos sentemos unos minutos en uno de los bancos para admirarlo más tranquilamente y cuando cierro los ojos e inspiro y expiro varias veces intentando impregnarme de la cautivadora tranquilidad que allí se respira, me doy cuenta que Nikolái está observándome algo extrañado.

—Nikolái, ¿no me digas que esto no es maravilloso? —le digo con una medio sonrisa abriendo uno de mis ojos.

—Señorita, es usted diferente —dice turbado.

—¿Eso es bueno o es malo? —le pregunto casi riendo y le obligo a respirar profundamente conmigo.

—Yo, no sé cómo decírselo, señorita. Pero, yo le había solicitado poder hablar con usted porque necesito decirle algo... —dice dando varios rodeos.

—Nikolái...—le digo cortándole —Por favor llámeme Tessa, es súper extraño que me esté llamando señorita García todo el rato.

—De acuerdo, supongo que no habrá ningún problema porque estoy en mi día libre, Tessa. Yo...yo quería darle las gracias por lo que usted hizo por mí —dice totalmente abrumado. Ante sus palabras yo me giro y le miro directamente —Usted me salvó la vida.

—Hice lo que cualquiera habría hecho —le digo restándole importancia.

—No señorita, usted se descubrió y nos ayudó a Pyort y a mí. Y eso le ha y está causando graves consecuencias —dice avergonzado —Usted se lanzó sobre aquel hombre y yo siempre le traté mal porque desconfiaba de usted. Lo siento señorita.

—Desconfiabas de mí porque estabas haciendo bien tú trabajo. Vamos Nikolái, seguro que tú me hubieras protegido también si hubiera sido al revés —le digo dándole un pequeño empujón en el hombro con el mío.

—Señorita en lo que yo le pueda ayudar, cuente conmigo. Le debo la vida —dice muy serio.

—¿Tiene usted un cigarro? —le pregunto con una sonrisa

—No —responde turbado —Yo no fumo.

—¿Puede ayudarme usted con el señor Zhurkov? —pregunto más seria.

—No creo, pero usted dele tiempo —contesta pensativo.

—Pues entonces respiremos unos minutos más, disfrutemos de este fascinante jardín y vayamos a almorzar —le digo guiñándole un ojo —Y por favor, Nikolái. No olvide llamarme Tessa.

Nikolái asiente con la cabeza y respira profundamente como hago yo. Aunque creo que él no está cerrando los ojos. Tras unos minutos de silencio ambos nos levantamos y vamos a por nuestras bicicletas. Nos dirigimos a mi apartamento antes de encaminarnos hacia el centro de la ciudad. Saco las llaves de mi bolso cuando veo que la puerta automática del garaje se abre y parece Marc con una enorme sonrisa dándome la bienvenida tras mi ausencia. Le pido a Nikolái que me acompañe a mi apartamento y ambos subimos hasta mi planta. Cuando estoy frente a la puerta, espero unos instantes hasta que decido introducir la llave y abrirla. Miro el apartamento desde fuera con la puerta abierta. Nadie sabe las ganas que tenía de volver a estar allí. Está tal cual estaba. Nadie ha tocado nada. Entro y me quedo observando todo. En la pared del salón me sorprende seguir viendo colgado el cuadro de Andrei que tanto me gusta, aunque ya no tiene la escueta nota que le dejé a Alexandr. Voy observando cada una de las estancias, todo está impoluto, alguien ha tenido que venir a limpiar. En la terraza observo que varios de los jacintos que tengo plantados han brotado y todo en la terraza está cuidado. Ante mi turbación, Nikolái comenta.

—El señor Zhurkov en este tiempo ha mandado que se ocuparan del apartamento para que estuviera en perfectas condiciones.

Está perfectamente limpio y con las plantas cuidadas. Todas mis cosas exactamente igual que las deje antes de salir huyendo. Sólo tendré que ir a hacer la compra esta tarde y desempaquetar lo que traigan de casa de Alexandr. Saco mi móvil y decido mandarle un mensaje.

*“Gracias por cuidar del apartamento”*

Lo lee, pero no obtengo ninguna respuesta. Nos encaminamos hacia el centro por una de las avenidas principales por donde podemos disfrutar del *skyline* de la ciudad frente a nosotros. Poco a poco Nikolái se va relajando y creo que disfruta del paseo en bicicleta hasta el centro. Estamos casi a las puertas de sus oficinas pero giramos y vamos por Plein hasta llegar al Zhurkov. Sé que Olga estará allí y también sé que estará enfadada.

Aseguramos nuestras bicicletas y caballeroso Nikolái sujeta la puerta para que yo pueda entrar. Todo está exactamente como siempre, las mismas mesas, los mismos olores. Es como si estos meses, no me hubiese marchado de La Haya. Nos acercamos a la barra y nos informan que Alexandr ha llamado y ha reservado en la primera planta y que ponemos subir, enseguida nos atenderán. Me giro algo nerviosa y le pido unos minutos a Nikolái, quiero ver a Olga antes que nada si es posible. Así que él sube junto con una de las camareras a la primera planta y yo accedo a la cocina por la puerta de servicio. La han avisado, pero la veo ocupada al fondo de la cocina junto a dos cocineros más. Me aparto a un lado para no molestar y espero unos segundos hasta que veo que se gira y viene decidida hacia mí.

—Vamos a tener mucho trabajo contigo —me recrimina cogiendo mis manos y extendiéndolas —Ven aquí saco de huesos.

—Olga... —intento decir antes de ser totalmente atrapada por un fuerte y cariñoso abrazo.

—Pequeña, no tienes que decir nada. Simplemente no vuelvas a desaparecer. Nos tenías a todos muy preocupados —dice dándome un beso en la mejilla —Es una hora de locos. Alexandr avisó de que vendríais. No olvides pasar por aquí antes de marcharos, si es posible subiré luego.

El almuerzo con Nikolái es de lo más agradable. He conseguido que me llame Tessa a pesar de sus reticencias y le pregunto varias cosas que al principio duda, pero luego me explica despreocupado. No le gustaba porque tenía vínculos de trabajo con los Borovik y eso nunca le gustó. Confiesa que había momentos que me observaba cuando pronunciaba perfectamente su idioma natal, para luego no hacerlo y sobre todo, que todas sus alarmas saltaron cuando en el curso de cerámica, hablé con detalle de una automática. Lo tenía confundido pero reconoce que era buena y que lo despistaba. Cuando dice esto me da un pequeño ataque de risa. Confiesa que después de la explosión se obsesionó con encontrarme y todavía convaleciente empezó a revisar cosas, a contactar con personas que pudieran saber de mí y a revisar cintas de las cámaras de seguridad para intentar localizarme.

—Eres muy buena esquivando las cámaras —me confiesa mientras empezamos a disfrutar del postre.

—Era mi trabajo Nikolái, me habían entrenado para eso. Para nunca descubrirme —digo con una mueca.

—Y aun así lo hiciste para ayudarnos —reconoce.

—No podía dejaros tirados —le confieso con tristeza, y más tranquila, le digo tomando

un sorbo de mi taza de té —Yo me había enamorado de Alexandr y vosotros ibais en el lote, os tengo mucho cariño.

Olga ha subido y ha tomado una taza de té con nosotros en el último momento. Ha traído con ella varios envases con comida para llevar y así tenga comida para cenar, cosa que le agradezco ya que lo que menos me apetece en estos momentos es cocinar. Reconozco que en el transcurso de este almuerzo he conocido a un Nikolái reservado, pero diferente. Es parco en palabras pero atento, considerado y muy cortés. Pienso en las últimas 48 horas y no doy crédito a todo lo que ha sucedido. Sin poder evitarlo bostezo en dos ocasiones y es cuando Olga y Nikolái dan por terminado el almuerzo. Intento despedirme de Nikolái, pero éste insiste en que hasta que no entre por la puerta del edificio de apartamentos donde vivo no se irá. Él decide que me acompaña a hacer la compra y luego me la llevará hasta casa.

—Señorita, ¿y no prefiere usted que traigan el coche y vayamos en él para que pueda ir más tranquila y menos cargada?

—Nikolái, si hay algo divertido de ir en bicicleta es que no lo cargas tú. Vamos, acompáñame a la tienda, necesito pocas cosas por ahora —digo estirando de su brazo.

Hoy Nikolái es mi acompañante, y supongo que se habrá arrepentido de ello cada diez minutos a lo largo del día. Vamos paseando a lo largo de los diferentes pasillos del supermercado arrastrando la cesta. No me privo de nada, he echado mucho de menos algunos productos y sobre todo los *snacks* de verduras. Nikolái insiste y carga con las bolsas hasta llegar a las bicicletas que hemos dejado junto al Zhurkov. Le insisto en todo momento de que soy una chica independiente y puedo arreglármelas sola. Con gesto divertido me hace ver que eso ya lo sabe, pero que hoy quiere ayudarme él y así lo hace hasta que llegamos a casa. Una vez allí, sube conmigo al apartamento y hasta que no deja las bolsas en la encimera no se contenta. Le doy las gracias por el estupendo almuerzo y por haber pasado parte de su día libre conmigo y se sorprende cuando, al marcharse, dándole un pequeño beso en la mejilla le doy las gracias de nuevo por haber ido a buscarme. Se marcha ruborizado por mi muestra de afecto.

Miro el teléfono, no he obtenido ninguna respuesta ni de Alexandr ni de Jane y abatida por esta situación, decido darme un relajante baño e irme a la cama. Mañana tendré que enfrentarme de nuevo a ello, ya que posiblemente coincida en alguna de las reuniones que me han programado con ellos. Lleno la bañera con agua caliente y vierto jabón al agua, para que haga mucha espuma. Mientras se llena, voy guardando la compra y preparando las cosas para mañana. El baño se hace casi interminable y solo decido salir de la bañera cuando empiezo a tener sueño y el agua se ha enfriado. Me seco y tras ponerme el cómodo pijama ando descalza hasta saltar sobre mi mullida cama. Ahora sí que estoy en casa. Pongo la alarma y me acurruco entre las sábanas.

Me cuesta respirar y cada vez me estoy ahogando más. Toso pero no puedo aliviar mi angustia. Cada vez mi respiración es más rápida ante el miedo a perder el control. Alguien me está agarrando del cuello mientras veo como golpean a John. Veo la mirada angustiada de John y de pronto abro los ojos y solo siento que la oscuridad de mi cuarto me acompaña. Estoy sudando, todo ha sido una pesadilla, pero era tan real, que tengo hasta un fuerte dolor de garganta que hace

que mi corazón vaya muy acelerado. Miro la pantalla del teléfono, son las dos de la madrugada y no puedo olvidar lo sucedido. Con una mano en el pecho, decido volver a tumbarme e intentar dormir. Mi mente no deja de pensar y recordar todo lo sucedido en estos dos últimos días pero finalmente el cansancio me vence y vuelvo a dormirme.

## CAPÍTULO 8

Me levanto cansada, últimamente duermo pero no descanso y eso se refleja en los profundos surcos que hay alrededor de mis ojos. Pierdo lo que creo que son unos minutos tumbada en la cama mirando al techo. No me doy cuenta de la hora que es hasta que me llega un mensaje de Katia, diciéndome que está deseando verme antes de la reunión. No me he dado cuenta y llevo más de cuarenta y cinco minutos holgazaneando en la cama. Salto de la cama y me meto en la ducha a todo correr. Me arreglo y me maquillo lo más rápido que puedo aunque prescindo de secarme el pelo, ahora es mucho más corto y secara antes con el aire. Salgo a la calle corriendo con mi bolso empujando la bicicleta cuando veo a Pyort aparcado en la acera de enfrente.

—Señorita, no sabía a qué hora tenía que venir a por usted. ¿Dónde va tan rápida? —pregunta tranquilamente.

—Pyort, llego tarde a mi primera reunión y tenga por seguro que Alexandr estará en ella. Hoy no puedo ir contigo, con la bicicleta es más rápido —le digo empezando la marcha incorporándome al carril.

— Pero señorita, me ordenaron que viniera a por usted —dice sorprendido.

—Pues sígueme hasta las oficinas. No se lo diré a nadie —grito girando la cabeza hacia donde lo he dejado en la entrada del edificio.

Avivo el ritmo para llegar lo más rápido posible. Pero hay bastante tráfico. Llego con el tiempo justo al gigantesco edificio de cristal que alberga las oficinas principales de Zhurkov. Aparco la bicicleta en el exterior asegurándola en uno de los huecos libres. Agarro mi bolso y con tacones, echo a correr por la recepción del edificio mirando el móvil para descubrir dónde se estará desarrollando la reunión. Ya llego más de cinco minutos tarde. Para mi desgracia la reunión es en la planta veintidós y tras intentar pasar en dos ocasiones sin acreditación y tener que volver al mostrador para que me dejen acceder al edificio sin ella, me abalanzo sobre uno de los ascensores que va con algunos ejecutivos y secretarias que van moviéndose entre plantas. Contengo la respiración intentando llegar a lo más alto que mi mente me lo permite, pero finalmente es en la planta diecinueve donde decido bajarme. Las cosas parecen que han cambiado un poco, y he podido subir una planta más, yo sola. Cuando se abren las puertas en la planta diecinueve, corro sin dilación hacia la puerta de salida hacia las escaleras. Me saco los tacones y sujetándolos con una de mis manos me lanzo hacia las escaleras subiendo lo más rápido posible. Son solo tres pisos y subo los escalones casi de dos en dos. Llego a recepción todavía con los zapatos en la mano. Pregunto a la persona de la recepción de la planta, que me mira extrañada y me indica cómo llegar. Alcanzo la sala de reuniones y antes de tocar a la puerta,

dejo los zapatos en el suelo e intento respirar con más calma. Veo que en una de las cabeceras de la mesa Alexandr se gira y hace un gesto de desaprobación con la cabeza al verme. Me quedo embobada mirándolo por unos instantes. No recordaba lo duro que era verlo tan perfecto con sus trajes y su enorme seguridad en sí mismo, por las mañanas. Antes de que empiece a babear, entro.

—Buenos días. Siento llegar tarde —digo avergonzada intentando pasar lo más desapercibida posible sentándome junto a Katia que me sonríe abiertamente.

—Esperen un momento por favor —oigo decir a Alexandr iracundo —Le damos las gracias a la señorita García, por hacer acto de presencia en esta reunión aunque sea con más de quince minutos de retraso y provocando esta inoportuna interrupción.

—Lo lamento —vuelvo a decir avergonzada.

No sé de qué trata la reunión y me siento súper perdida, la verdad es que no sé que estoy haciendo allí en esos momentos. Intento mirar lo menos posible a Alexandr que parece que hoy está cabreado con el mundo, y no le parece nada bien de lo que allí se está tratando. Por otra parte tengo a Katia que no deja de mirarme y sonreír. Temo que en cualquier momento Alexandr se dé cuenta, y que le moleste porque crea que no ponemos interés en sus reuniones. Ya me ha dejado en evidencia delante de todo el mundo, no creo que le cueste nada volver a hacerlo. La reunión se extiende y creo que Alexandr se da cuenta de mi cara de aburrimiento a pesar de que intento no pestañear mirando a Van der Velve. Atiendo a todas sus explicaciones sin enterarme de lo que está explicando. Sin esperarlo mi estómago suena en el silencio de la reunión, es tan inesperado que me ruborizo al instante. Mis mejillas arden y cierro los ojos con una mano en el estómago, no queriendo mirar a Alexandr. Realmente lo estoy pasando fatal cuando Katia no puede reprimir unas risas. Abro los ojos y respirando hondo, vuelvo a pedir disculpas cuando Alexandr decide interrumpir de nuevo la reunión, para llamarme la atención.

—Disculpenme por favor, un momento. ¿Le sucede algo señorita García? —pregunta socarrón.

—No, señor Zhurkov —contesto avergonzada.

—¿Es que no ha desayunado esta mañana?

—Lo lamento. No me ha dado tiempo —digo intentando contener la risa de lo nerviosa que estoy en esos momentos.

—Pues haga el favor de abandonar la reunión e ir a comer algo. Y por favor, señorita García, organice mejor sus horarios y que no afecten a su trabajo —dice serio.

—No se preocupe por mí. Estaré bien y ya comeré algo cuando terminemos —contesto ofendida. Gracias al cielo y a todos los ángeles, milagrosamente mi estómago deja de rugir.

La reunión se alarga y hay un momento en el que creo que voy a desfallecer. Todos discuten sobre todos los puntos y yo no lo hago porque en realidad no sé qué se está debatiendo. Veo que Alexandr se entretiene con su móvil. Para intentar no bostezar, intento entender los

informes que tengo sobre la mesa, pero no lo consigo. En un momento dado de la reunión, Alexandr recibe un mensaje en su móvil y para la reunión.

—Señores, llegados a este punto no creo que vayamos a ponernos de acuerdo. Revisen los datos en cada uno de sus departamentos y concierten otra reunión para principios de la semana que viene —dice serio levantándose de su silla haciendo callar a toda la sala —Señorita García, haga el favor de venir a mi despacho.

Recojo todo lo que tengo sobre la mesa y antes de salir tras él, Katia me da un corto abrazo y susurra.

—¿Almorzamos juntas?

—Sí, si no me ha despedido antes, nos vemos a la hora del almuerzo —contesto con una mueca divertida.

Alexandr lleva hoy un humor de perros y lo veo fuera de la sala, esperando a que me una a su comitiva. Cuando lo hago suelta un fuerte suspiro. Don puntualidad y perfección parece que va a estallar de un momento a otro. Empieza a acelerar el paso e intento seguirle sin tener que correr. Nos paramos frente al ascensor y es cuando recuerdo que su despacho se encuentra en la planta 37. Mi corazón empieza a acelerarse y me quedo paralizada a tres metros de donde él se encuentra con alguno de sus hombres.

—¿Sucede algo? —pregunta serio, aunque en su tono de voz noto un poco de preocupación —Estas muy pálida. ¿Te encuentras bien?

—Lo siento Alexandr, pero no puedo.

—¿No puedes qué? —pregunta acercándose a donde yo estoy paralizada.

—No puedo subir en el ascensor —expongo.

—Lo has hecho otras veces. Y yo estoy aquí a tu lado —dice extendiendo su mano derecha para que la tome y me acerque.

—No es lo mismo. Ahora estas enfadado —digo sin contener mi pánico.

—¿Y piensas que te voy a empujar por el hueco del ascensor? —pregunta levantando una ceja —Vamos, dame la mano y no te preocupes.

Temblando, alargo mi mano y me agarro a la suya, que estira acercándose a él. En estos momentos no sé si estoy temblando por el miedo a los ascensores, con las alturas o a la rabia de sentirme tan vulnerable. Suena la campana para indicarnos que el ascensor ha llegado a la planta. En ese instante se abren sus puertas. Alexandr estira de mi mano y me obliga a entrar con él, hace un movimiento rápido y me coloca de espaldas al tablero de las plantas. Con su mano libre toca a la planta 37 y se cierran las puertas.

—Tranquila —me susurra casi al oído acercándose mucho a mi cuello —No pasará nada.

Yo cierro los ojos e inundo mis pulmones con ese aroma suyo que adoro. Baja su mano libre a mi cintura y doy un respingo abriendo los ojos. No esperaba ese contacto que hace que se me doblen las rodillas. Las puertas se abren y tira de mí hacía fuera, para segundos después soltarme la mano y volver a andar acelerado hacia su despacho ya en la planta 37. Intento recomponerme rápidamente y acelero el paso para seguir su ritmo. Pasamos por su recepción y por delante de su secretaria. No conozco a esa mujer, es nueva. La estudio con la mirada, rápida, intentando no perder el ritmo tras los pasos de Alexandr. Cuando pasa frente a ella sin mirarla dice:

—Señora Bocharkov, por favor no me pase llamadas hasta que la avise.

Abre la puerta y me cede el paso. Entro increíblemente satisfecha de ver que su nueva secretaria es mayor, y le ha dicho “señora”. Parece ser que la insufrible señorita Leillet ya no ocupa su puesto.

—Siéntate —me pide serio, indicándome con la mano uno de los sillones que se encuentra frente a su mesa.

Mientras él se acerca a una mesa auxiliar que no puedo controlar desde la posición que tengo, pasa por mi lado y deposita un *cappuccino* grande para llevar, que según reza el lateral, es con leche de soja junto a una *muffin* de arándanos. No me lo esperaba y me quedo sorprendida mirándolo, aunque mi estómago pronto reconoce el olor y se pone en marcha.

—Gracias —digo sin saber qué más decir.

—De nada, pero a partir de hoy intenta cumplir con tus horarios —dice serio empezando a teclear en su ordenador —Y sécate el pelo, si lo llevas húmedo te volverás a resfriar.

Empiezo a comer y beber en silencio, intentando no entretenerme mucho.

—Alexandr ¿puedo hablar contigo un momento, por favor? —pregunto en el transcurso de mi desayuno.

—Estoy ocupado —responde sin levantar la vista de la pantalla.

—Si quieres me marchó —digo un poco agobiada.

—No, termina tu desayuno y luego continuas.

La situación es bastante incómoda, pero me acomodo en el sillón y decido terminarme el desayuno sin prisas. Estoy fascinada por la rapidez con la que mueve sus dedos sobre el teclado y de vez en cuando frunce el ceño. Me tiene hipnotizada sentada allí, pero miro a su espalda y hago un gesto de sorpresa. ¿Qué ha sucedido? Alexandr se da cuenta de mi expresión y pregunta serio:

—¿Qué te sucede ahora?

—Tú Monet, ya no está —digo decepcionada.

—Sí, sí que esta —contesta señalando la pared del lateral donde se encuentran los sofás y

una mesita baja y, continua socarrón —No quería que en ningún momento te sintieras en la tentación de fisgar en mi pantalla si te acercabas a mirarlo.

No puedo evitar reírme ante su contestación. Sé que le oculté cosas y que está cabreado, decepcionado y todo lo que quiera, pero tenemos que hablar o esto se nos irá de las manos.

—Alexandr, no seas infantil. Ya te dije que no lo volvería a hacer y sólo lo hice en dos ocasiones. ¿No te das cuenta que podría haberme callado y no haberte enterado nunca de las cosas?

—No, si todavía querrás que te dé las gracias —me interrumpe enfadado.

—Alexandr, hay ciertas cosas que tenemos que hablar —le digo empezando a cabrearme.

—Estoy ocupado. Ahora no tengo tiempo —contesta malhumorado.

—De acuerdo, entonces me voy —le digo levantándome del sillón y cogiendo mi café de su mesa —No te molesto más.

No le doy opción a que me conteste y salgo presurosa de su despacho. Miro la agenda, voy algo perdida, no sé si todavía tengo despacho en el edificio y para qué lo necesito o de qué proyecto me voy a encargar a partir de ahora. Así que después de mirar la hora y ver que todavía es pronto, decido ir a buscar a Nikolái. Al contrario que otras veces, cuando toco a su puerta y saludo a la cámara, en unos segundos sale y me atiende.

—¿Qué necesita señorita? —pregunta solícito.

—Nikolái, tengo un problema —le confieso.

—¿Alguien la está molestando? —pregunta serio.

—No, no es eso. Aunque podría decirte que tu jefe me lleva loca en esta mañana —Este último apunte hace que a Nikolái le aparezca una leve sonrisa y yo, agobiada confieso —Me han dicho que hoy debía venir a trabajar, tengo un montón de reuniones, pero nadie me ha dicho que debo hacer. No sé ni siquiera si sigo teniendo despacho o no y ya no sé a quién acudir. Katia está reunida y Alexandr está ocupado.

—No se preocupe señorita. Sí que sigue teniendo despacho. Al menos nunca se modificó eso. Deme usted un minuto y enseguida conseguimos una identificación para usted.

Hace una llamada desde su teléfono móvil y en menos de cinco minutos nos traen una tarjeta identificativa para que me pueda mover por el edificio y pueda entrar a mi despacho. Se ofrece a acompañarme hasta mi despacho y vamos caminando en silencio hasta que llegamos a la pequeña salita que hay antes de llegar a él. Vemos a una señora sentada frente a un escritorio junto a mi puerta. Ambos nos miramos perplejos ante ella y finalmente ella sonríe y habla.

—Buenos días, usted debe de ser la señorita García —dice ante nuestro desconcierto.

—Sí, soy Tessa —contesto y mirando primero a Nikolái y luego a ella pregunto —¿Y

usted es?

—Soy Helga Litvak. Su secretaria —dice con una amplia sonrisa.

—Entonces...¿usted sabe cuál es mi cometido?—pregunto.

—Yo estoy para lo que usted pueda necesitar —contesta turbada por mi desconcierto.

Nikolái le hace un gesto con la cabeza, se dirige a la puerta de mi despacho y tras pasar la identificación, esta se abre. Una vez se da cuenta que todo está en orden, me desea un buen día y vuelve a su trabajo. Me siento en mi mesa, que está tal y como la dejé la última vez que estuve, y enciendo el ordenador. Ante mí se despliega la agenda que tengo casi en la totalidad ocupada, pero no sé para qué. Miro cada una de las reuniones durante parte de la mañana y cuando me doy cuenta ya es la hora de almorzar. He quedado en la planta veinte con Katia así que me dirijo hacia los ascensores y abriendo la puerta de las escaleras, me descalzo, me armo de paciencia y empiezo a bajar las escaleras. Cada vez voy más despacio. Estoy bajando, pero mi respiración es acelerada. Ya no estoy en las mismas condiciones físicas que antes y eso tengo que cambiarlo. Llego a la cafetería casi boqueando, no puedo más y cuando veo a Katia me lanzo dándole un abrazo casi a cámara lenta por mi falta de aliento.

—Tessa, qué ganas tenía de verte —exclama dando saltitos.

—Yo también y te agradezco que no estés enfadada conmigo —le confieso intentando recuperarme del ejercicio realizado.

—Sí que lo estoy, pero ya te lo demostraré más tarde —dice indicando una mesa libre y riendo, comenta —Pero lo más importante es que tenemos que hablar de ese corte de pelo tan trasgresor que llevas.

La sigo hasta la mesa y me siento junto a ella. Me tiemblan las piernas y no dejo de frotarlas cuando veo que Alexandr entra junto a otros ejecutivos y se sienta en una de las mesas principales del fondo del salón. Ya es casualidad, él no suele comer en esta cafetería. Intento comer algo, pero tengo el estómago cerrado. Así que me dedico a escuchar a Katia cómo me resume todo lo sucedido durante el tiempo que he estado fuera. Le comento que tengo secretaria y que no sé para qué.

—Sí, ayer el señor Zhurkov me pidió que entrevistara a algunas candidatas. Le hice un filtro con las que más me gustaron pero fue él el que tuvo la última palabra —dice muy profesional.

—¿Y para qué quiero yo una secretaria? —pregunto sorprendida —Si no sé ni el trabajo que debo hacer yo, ¿Cómo le voy a dar trabajo a ella?

—Tranquila, ya se lo dará el señor Zhurkov. Me apuesto lo que quieras —sentencia riendo abiertamente.

Todas las veces que he mirado hacia donde está Alexandr, lo he pillado mirando hacia nuestra mesa descaradamente. Me hace sentir bastante incómoda, en todo momento observada

por él. Cuando es la hora de despedirnos Katia tiene una reunión varias plantas hacia abajo, pero se ofrece a acompañarme a la planta 37. No puedo permitírselo y salimos juntas, ella coge el ascensor y yo emprendo mi camino hacia mi despacho por las escaleras. Una vez cierro la puerta, me quito los zapatos y empiezo a subir planta por planta. Cuando llevo menos de tres plantas, oigo que, algunas plantas más abajo, alguien entra a las escaleras.

—¿Tessa?

—¿Alexandr? —digo en voz fuerte mirando hacia abajo, lo que me provoca vértigo y acabo quieta apoyada en la pared.

—¿Sé puede saber en qué planta estás? —se le oye subir corriendo.

—Creo que voy por la planta veintitrés.

—No te muevas. Voy a buscarte —dice tajante sin darme la opción a rechistar.

Antes de que me dé cuenta ya está a mi lado. Definitivamente está en mejor forma que yo. Junto a él, veo llegar a Mijaíl y a Nikolái que me miran con recelo.

—¿Se puede saber qué haces subiendo diecisiete plantas tú sola? —pregunta serio —Vamos, yo te acompaño.

—No, no necesito que tú me acompañes —contesto iracunda. Ya me estás mareando con sus cambios de humor.

—No seas cría. Vamos por el ascensor. Yo estaré contigo —me dice amable.

—¡No! Tú no tienes tiempo para hablar y yo no necesito subir con tu estúpido ascensor —contesto agobiada intentando seguir subiendo más peldaños, pero sujeta mi mano y me lo impide.

—Y otra cosa... ¿Para qué me has puesto una secretaria si el proyecto ya se terminó y no tengo trabajo? —me estoy alterando por momentos.

—Tessa, joder tranquilízate. Venga, vamos a hablar un momento, acompáñame al despacho —dice amable.

—No, ahora necesito llegar a mi despacho —le informo ofuscada.

—Tessa, para por favor, para un momento —me pide sujetándome del brazo y repite —Para, haz el favor de respirar. Y ahora dime, ¿qué te sucede?

—No lo sé —le contesto sin saber qué decir. Es horrible la sensación que tengo de sentirme perdida sin saber qué hacer o adónde ir —Tengo varias cosas pendientes, pero tú estás ocupado y yo no sé qué debo hacer.

—A ver qué te parece esta solución...mándame un correo electrónico con todo lo que quieras hablar o hacer y mañana intento que almorcemos juntos. ¿De acuerdo? Ahora, vayamos a coger el ascensor.

—No, lo siento. Necesito pensar y me vendrá bien subir andando —le informo.

—Señorita por favor —intercede Nikolái tras una mirada de Alexandr para que ceda y no les haga subir andando los pisos que quedan por mi cabezonería.

En silencio y con solo el sonido de nuestras pisadas subimos el resto de las plantas andando y aunque esté a punto de desfallecer cuando hemos subido diez plantas, me obceco en mi propósito y llego sin respiración a la planta 37. No puedo verlo pero apuesto que mi rostro esta colorado por el esfuerzo y mañana me dolerán las piernas. Deposito mis zapatos en el suelo, me los coloco dignamente y despidiéndome de ellos, salgo a la recepción para llegar lo antes posible a mi despacho, para precipitarme en mi silla, sentarme y no moverme hasta que recupere el resuello.

—Eres una cabezota —oigo decir a mi espalda a Alexandr.

Llego a mi despacho y enciendo el ordenador para enviarle el correo electrónico con todos los puntos que debo tratar con él.

*Para: Alexandr Zhurkov*

*De: Teresa María García*

*Asunto: Varios*

*Estimado señor Zhurkov, necesito que me indique mi cometido en las oficinas ya que el proyecto terminó hace meses y me gustaría ser productiva para la compañía y poder trabajar con la señora Litvak.*

*Por otro lado, y aunque se trate de un tema personal, quiero que sepa que le pagaré los meses que se ha estado encargando del alquiler de mi apartamento. Yo me encargaré a partir de ahora.*

*Necesito que me deje usted tiempo para poder también intentar hacer mi trabajo en la Galerie Van Doorn, si hubiera la posibilidad de volver a retomar mi trabajo allí.*

*Ya que estoy, quiero agradecerle que no se diera por vencido y que fuera a buscarme a Cali, que me diera alojamiento el primer día, me llevara a la cama cuando volví a dormirme en su salón y que cuidara de forma excepcional de mi apartamento.*

*Esperando su contestación y agradeciéndole su preciado tiempo.*

*Un saludo,*

*Tessa*

Le doy a la tecla de enviar y me siento a esperar una contestación. Juego con el ratón, me

leo la prensa, doy vueltas en mi sillón de “ejecutiva” sin serlo, cuando oigo la entrada de un correo electrónico.

*Para: Teresa María García*

*De: Alexandr Zhurkov*

*Asunto: RE:Varios*

*Estimada señorita García.*

*1.-Mañana mismo le informarán de su cometido.*

*2.-Puede considerarlo como parte de su sueldo.*

*3.-Ya he hablado con el señor Van Doorn para que no esté aquí toda la semana.*

*4.-De nada.*

*5.-Ruego sea más puntual por las mañanas.*

*Un saludo,*

*A. Zhurkov*

Me quedo alucinada releiendo sus escuetas palabras. Miro el reloj, todavía es pronto así que decido contestarle.

*Para: Alexandr Zhurkov*

*De: Teresa María García*

*Asunto: RE:RE: Varios*

*Estimado señor Zhurkov,*

*Muchas gracias por su pronta contestación. Le informo que ya que mi cometido se me informará mañana y como no tengo ningún tema a tratar esta tarde en estas instalaciones, tomaré la tarde libre para acercarme a la Galerie Van Doorn y ponerme al día allí también.*

*Sin más. Agradezco su tiempo y consideración.*

*Un saludo*

*Tessa*

Cuando le doy a la tecla de enviar, apago el ordenador, cojo mi bolso y no espero una contestación. Salgo decidida por la puerta cuando escucho que suena mi teléfono de sobremesa y

veo que la extensión es la de Alexandr.

—Señora Litvak, nos vemos mañana —le informo saliendo por la puerta.

Cuando estoy en el pasillo camino de la recepción para acceder a las escaleras, me tropiezo con Nikolái que va hacia los ascensores y le digo.

—Nikolái, ayer me dijiste que si necesitaba algo te lo comentara ¿verdad?

—Sí, dígame señorita. ¿En qué puedo ayudarla? —responde tranquilo.

—Ya sé que es raro, pero por favor, acompáñame hasta la planta baja y agárreme la mano.

Nikolái me mira extrañado pero sin decir nada me acompaña a los ascensores y hace lo que le he pedido. No me causa el mismo efecto que cuando me sujeta la mano Alexandr, pero algo es algo y consigo bajar de esa monstruosa edificación de cristal. Una vez en la planta principal, le doy las gracias, salgo al exterior y antes de subir a mi bicicleta me enciendo un cigarro.

## CAPÍTULO 9

Monto en la bicicleta y voy tranquilamente cruzando el centro hasta llegar a zonas más concurridas en esos momentos, donde tengo que bajarme de la bicicleta y empujarla. Voy caminando mirando a un lado y a otro, siempre me ha fascinado la arquitectura del centro de la ciudad. El día acompaña con su cielo azul salpicado de grandes nubes blancas y la gente se sienta en las terrazas del centro tomando algo con los amigos cuando salen del trabajo. Me detengo en una pequeña tienda que hace esquina con grandes ventanales blancos de madera que inauguraron hace unos meses. Son especialistas en *cupcakes*. En el mostrador de la entrada puedo ver los diferentes sabores que tienen a la venta, todos perfectamente expuestos con sus *frosting* de colores y formas variadas. No sé por cual decidirme, y solo descarto el de triple chocolate que sé que a Jane no le gusta. El camarero me recomienda uno de zanahoria perfectamente culminado con su *frosting* de queso y un pequeño adorno sobre él de color naranja, que simula una pequeña zanahoria. Estoy plenamente segura de que Jane no se podrá resistir esos pequeños dulces, son su perdición.

Todo el paseo que lleva a la galería está lleno de color. Los arboles que custodian la gran avenida han brotado y el verde predomina en sus frondosas ramas, mientras el suelo ajardinado de la avenida esta rebosante de intensos colores de las flores que inundan el terreno cuando llega la primavera. La fragancia que desprenden es de plena naturaleza a pesar de estar en el centro de la ciudad.

Según voy acercándome a la galería, mi corazón va latiendo más rápido, no tengo que olvidar que antes de marcharme intenté dejar mi trabajo con el señor Van Doorn y Jane no parece estar dispuesta a perdonarme mi inesperada ausencia. Llego inquieta a la galería y aseguro mi bicicleta en la zona habilitada para ello. Respiro hondo cogiendo el bolso de la cesta delantera y ando hacia la puerta principal.

Subo los escalones y veo al señor Van Doorn que acude raudo a abrirme la puerta. Antes de que me dé cuenta y pueda sentir pánico a pensar cómo se lo ha tomado, estoy envuelta por sus brazos en un cariñoso abrazo. El abrazo dura varios segundos y tras él, puedo ver a una Petra sonriente que se levanta de su silla de recepción.

—Querida Teresa María, te hemos echado mucho de menos —dice cariñoso cuando se separa de mí —¿Cuándo vuelves al trabajo?

—Señor Van Doorn, usted siempre pensando en lo mismo, déjela respirar un poco —dice divertida Petra tras él y me abraza cariñosa.

Nos entretenemos un rato hablando de mi ausencia, sin confesar mucho o nada, hasta que el señor Van Doorn empieza a presionarme para que empiece con nuevos proyectos. Tiene varias

ideas que me comenta que le han venido a la cabeza y quiere consultarlas conmigo para ver si les veo viabilidad. Le he echado mucho de menos pero me sorprende, ya que antes de que trabajáramos con Zhurkov, nunca había hecho mucho caso a las diferentes ideas o propuestas que le transmitía. Se le ve feliz y descansado, me alegra verlo animado y con ganas de hacer cosas. Respiro, ya que eso significa que piensa volver a ponerme en nómina y puedo contar con el trabajo después de mi repentina huida. Las cosas van encajando y dos de mis mayores preocupaciones ya no lo son, el trabajo y dónde vivir, aunque lo complejo viene con las dos personas que más quiero, Alexandr y Jane, que aunque sea lógico, me están poniendo las cosas más complicadas.

Subo por las escaleras y me voy deteniendo en las diferentes estancias de la galería, hasta que estoy allí no me había dado cuenta de lo mucho que había echado de menos esas cuatro paredes y mi trabajo allí. Ya no queda constancia de la exposición de Andrei. El señor Van Doorn va a mi lado mostrándome todas las novedades y cambios. Veo que la segunda planta está casi desierta sin muchas obras expuestas y él se da cuenta de mi asombro e intenta explicarme que ese es el motivo de que quiere empezar con nuevos proyectos. Es una sala tan bonita y la ausencia de obras expuestas hacen que parezca desolada. Continuamos subiendo a la tercera planta y pronto veo a varios de mis compañeros trabajando, entre ellos a Jane, quien levanta la cabeza pero al verme allí, en la entrada de los despachos, gira la cabeza y se concentra de nuevo en lo que tiene en la pantalla. La veo seria y eso provoca que sienta un profundo dolor en el pecho. Si no fuera por ella, el trabajo en la galería no sería tan grato y ameno. Ella hace que todo funcione. Saludo a varios de los compañeros que me preguntan si vuelvo al trabajo, todos son amables conmigo, exceptuando a Suzanne que me saluda con la cabeza desde la otra parte de la sala. Me acerco a la que era mi mesa y la veo bastante vacía. El señor Van Doorn se disculpa y se va hacia su despacho proponiéndome una reunión a principios de semana para concretar y solucionar la falta de piezas para las salas de la segunda planta.

—Hola —digo acercándome a mi mesa.

Jane me mira pero no dice nada y yo sin decir una palabra, le dejo a un lado de su mesa el *cupcake* con su envase a medida, para que no se estropee.

—He venido en la bicicleta y cuando he pasado, he pensado que podríamos tomar el té juntas —le digo con una triste mueca.

En ese momento empieza a sonar mi móvil y veo gran parte, por no decir toda mi agenda cambiada. También tengo un correo electrónico de Alexandr en contestación a mi decisión de salir antes del trabajo. Parece que no le ha hecho mucha gracia, pero ya me enfrentaré a ese problema mañana o cuando me lo tropiece. Ahora debo intentar solucionar mi problema de confianza y comunicación con Jane, no puedo afrontarlos a los dos a la vez. Jane sigue sin hablar, pero de vez en cuando mira hacia el dulce, así que como sé que pronto lo cogerá para merendarlo, me acerco a la salita donde tenemos los té y el café, y sirvo dos, uno para ella y otro para mí.

Ha pasado una hora y Jane sigue sin hablarme, aunque sí que ha merendado el *cupcake* y el té que le he llevado. Está inmersa en el trabajo y veo que me pasa, a través de correos

electrónicos, varios dossiers sin tratar. De no tener nada, paso a estar totalmente agobiada. Decido empezar a tratar de solucionar cosas esa misma tarde, así podre ir trabajando desde el despacho por la mañana, si Alexandr no me ha asignado nada. Me voy moviendo por la oficina y poco a poco me voy haciendo con toda la información y el material necesario para ir solucionando cosas pendientes. Cuando llega la hora, Jane recoge su mesa, apaga su ordenador y se marcha sin decir nada. Yo decido permanecer con el permiso del señor Van Doorn hasta más tarde, aunque todos exceptuando al personal de limpieza se hayan marchado. Me organizo parte del trabajo en carpetas que voy clasificando por fechas límites para tratarlos. Antes de que me dé cuenta, son las diez de la noche y decido empezar a recoger mi mesa y marcharme a casa. Aunque esté haciendo buen tiempo, por la noche el aire se hace notar y en la oscuridad de la noche siento el aire frío en el rostro.

A la mañana siguiente me sorprende recibir un mensaje de Pyort indicándome que me está esperando fuera, así que termino de arreglarme y salgo decidida. Hoy no estoy dispuesta a que Alexandr me llame la atención por llegar tarde. Nunca he llegado tarde a mis trabajos y no me gustó lo que dijo delante de todos en la reunión.

—Pyort, no es necesario que vengas a por mí. Todavía no te has percatado de que tu jefe no me ha perdonado y no quiere saber nada de mí —digo con una sonrisa acercándome al coche estacionado en un lateral de la calle.

—Qué equivocada está usted señorita. Es él el que me manda —comenta con una carcajada —Vamos señorita, no me haga lo de ayer que al final va a conseguir que prescindan de mí.

—De acuerdo, pero hablaré con él. A mí me gusta ir en bicicleta y más en esta época del año —le digo acomodándome en la parte trasera del vehículo. Pyort cierra la puerta y se sitúa en su asiento —Pyort, tenemos que parar en dos sitios.

—¿Flores y café? —pregunta atrevido.

—Flores y café, Pyort —le confirmo.

—Señorita, cómo la he echado de menos —dice con una pequeña sonrisa.

Nos detenemos en el puesto de flores de Marcel. Parece que todo sigue igual. En su puesto tiene las más selectas flores de la zona y su gusto para confeccionar los ramos de su distinguida clientela destaca entre muchos de los puestos de flores de la ciudad. Al principio me mira como si fuera una aparición, pero reacciona rápido. Supongo que ya le habrán puesto al corriente de todo y yo, en estos momentos, no quiero saber nada.

—Señorita, discúlpeme. No pensaba que pasaría usted por aquí durante una larga temporada —dice confuso —No tengo nada para usted.

—Hola Marcel, he venido porque siempre me han gustado las flores y tú tienes las más bonitas de la ciudad —contesto guiñándole un ojo.

—De acuerdo, ¿qué tipo de flores quiere? —pregunta sin saber qué flores elegir para el

*bouquet*.

—Quiero unas flores que me den calma y que sean bonitas para el despacho —le pido mientras saco un cigarro y lo enciendo.

—Entonces ha venido al sitio adecuado —me dice y añade en tono paternal —Debería dejar de fumar, señorita.

—Lo sé, todo el mundo me lo dice —le digo mientras él deposita varios tipos de flores sobre su mesa de trabajo y empieza a combinarlas con un gusto insuperable y delicado.

—Intenté avisarla, señorita —Al principio no me doy cuenta a qué se refiere, pero tras mirarle a los ojos y ver su afligimiento comprendo que se refiere a lo sucedido antes de la explosión.

—Lo sé Marcel. Lo sé —digo tranquilizándolo.

Marcel me prepara un *bouquet* sublime de rosas de un rosa pálido y aterciopeladas con pequeñas florecillas blancas y brotes verdes. No permite que se lo pague y le prometo volver más a menudo a por flores para casa. Pyort estaciona cerca de la entrada de la cafetería y a los pocos minutos salgo con dos *cappuccinos* y dos *muffins*. Cuando llego adónde está esperándome en el coche con una sonrisa sentencia:

—Señorita, cómo he echado de menos estos cafés de la mañana.

—Yo también Pyort.

No puedo evitarlo y río abiertamente subiéndome a la parte trasera. Miro el reloj de pulsera cuando somos sorprendidos por un atasco, pero todavía tenemos tiempo. Pyort pone música mientras reviso alguno de los dossiers que Jane me cedió ayer. Hoy he venido con tiempo y aunque tenga que subir los diecinueve pisos andando hasta la planta 37 tengo tiempo para perder el aliento y recuperarlo en el intento. Le pido a Pyort que me deje en la parte lateral y decide finalmente estacionar en el garaje. Todavía no hay muchos coches ocupando los numerosos huecos del aparcamiento y lo más importante, el coche de Alexandr no está. Bajo del vehículo y decido unirme a algunos trabajadores que están dándole las últimas caladas a sus cigarros de la mañana antes de entrar del edificio, mientras Pyort se entretiene con sus cosas en el coche. Hoy el tiempo no está tan despejado como los dos últimos días y el cielo está cubierto de nubes oscuras que se mueven pesadamente con el aire que azota la ciudad.

—Señorita, buenos días —oigo la voz de Nikolái a mi espalda.

—Buenos días, Nikolái —respondo sobresaltándome —¡Qué susto me has dado!

—El señor me ha mandado por si quiere usted subir con nosotros en el ascensor al despacho —contesta Nikolái con cara de pocos amigos.

—Dile al señor que puedo subir sola —digo con una pequeña sonrisita.

—Señorita, no lo haga, por favor. Si no sube con nosotros me mandara subir todas esas

plantas con usted por las escaleras. No sea testaruda.

No puedo evitar sonreír a Nikolái que se encuentra desgraciadamente en medio de nuestro problema de comunicación, así que entramos juntos a la recepción de la planta baja. Cuando voy caminando a su lado veo al fondo junto al ascensor a Alexandr y parte de su equipo esperando. No puedo evitarlo y sonrío al verlo, aunque él parece impaciente y serio.

—Buenos días —dice cuando me encuentro a su lado extendiendo su mano derecha para que la agarre y suba con él al ascensor.

—Buenos días —contesto con una sonrisa.

—Veo que hoy no se te han pegado las sábanas —comenta irónico.

—Así es, señor Zhurkov.

En el ascensor me doy cuenta de que me va distrayendo con sus pequeños roces hasta que comenta.

—Ayer te llamé pero ya te habías marchado.

—Sí, en la galería parece que me necesitan más que aquí.

—¿Estás segura? —pregunta con desdén.

Antes de que me dé cuenta llegamos a la planta 37 y con una media sonrisa que me da que pensar, Alexandr me desea un feliz día y se va hacia su despacho. Yo hago lo mismo dirigiéndome al mío, todavía con mi café en la mano. Veo llegar a Pyort acelerado por uno de los pasillos con el *bouquet* que nos ha preparado Marcel esta mañana.

—Tessa, se han quedado en el coche. Yo no entiendo de flores, pero creo que deberías ponerlas en agua.

—Gracias Pyort —le digo con una mueca de despistada —Nos vemos a las cinco. Pasa un buen día Pyort.

—¿No irá usted a la galería hoy? —pregunta extrañado.

—Déjeme que me organice y te digo algo a la hora del almuerzo.

La señora Litvak ya está en su sitio entusiasmada y con una gran sonrisa en su rostro. Es una señora esbelta de unos cincuenta años, con un cabello largo y de un color rubio, totalmente envidiable por su brillo. Tiene unos ojos muy expresivos color azul oscuro que me recuerdan un poco al color de ojos que tiene Alexandr, aunque los de él son de un color más intenso, que me tienen totalmente fascinada.

—Buenos días señorita García. Ayer llegó trabajo pendiente —me informa con los ojos bastante abiertos.

—Perfecto, así tendremos algo que hacer —le digo con una sonrisa —¿Sabe dónde puedo

encontrar un jarrón para las flores?

—Tendremos algo que hacer durante mucho tiempo —me contesta con una mueca y cara de desconcierto. A continuación se hace cargo del ramo y me dice —No se preocupe, enseguida se lo llevo al despacho en un jarrón bonito. Usted vaya pensando en qué hacemos con lo que le han dejado en el despacho.

El rostro de Helga me ha dejado con cierta incertidumbre, así que saco mi identificación y abro la puerta de mi despacho. Parece que está algo atascada, pero finalmente la abro. Lo que me encuentro allí es disparatado e ilógico. Ante mí se encuentran cajas y cajas de cartón apiladas por todas partes, llenas de dossiers. No se puede ni acceder a la mesa. Esto es una locura. Dejo mi bolso encima de una pila de ellas y voy mirando sus contenidos. Hay cientos de dossiers. El teléfono de sobremesa suena, miro a un lado y a otro para ver si hay alguna forma de pasar, pero es imposible y justo en el momento que deja de sonar aparece Helga con las flores y con cara de circunstancia dice:

—Señorita García, dejaré por ahora las flores fuera hasta que organicemos esto.

—¿Cuándo han traído todo esto? —pregunto sorprendida.

—Ayer cuando usted se marchó vino el señor Zhurkov buscándola y ya no estaba. Dijo que le había mandado un correo electrónico pidiendo trabajo y que hoy nos lo mandaría. Y vaya si lo ha hecho, parece que se lo ha tomado al pie de la letra —comenta.

—Voy a intentar llegar a la mesa y ya me pongo yo con esto. No se preocupe, yo me encargo. Gracias Helga.

Con la puerta todavía abierta me desprendo de la chaqueta y me quito los zapatos de tacón. Empiezo a mover cajas, para poder llegar a mi mesa. No sé para qué son todos esos dossiers llenos de información, pero espero que sobre mi mesa hayan dejado algo de información o en su defecto lo hayan mandado al correo electrónico. No puedo evitarlo y cuando estoy apilando las abultadas cajas para poder pasar, me da un pequeño ataque de risa. ¿Cómo demonios cree que voy a poder solucionar todo esto? Cuando ha pasado más de una hora consigo llegar a mi mesa con todas las manos llenas de polvo y la camisa arremangada hasta los codos. Salto sobre varias cajas más y consigo encender mi ordenador. Mi sorpresa es mayúscula cuando veo todo el trabajo urgente para la próxima semana, es imposible que yo pueda con todo ese trabajo. Creo que me está tomando el pelo cuando recibo un nuevo correo electrónico.

*Para: Teresa María García*

*De: Alexandr Zhurkov*

*Asunto: Productividad para la empresa*

*Buenos días señorita García, tal como usted solicitó en su correo de ayer, el cual adjunto, el departamento pertinente le ha acercado algo de trabajo para el día de hoy. Espero y deseo que hoy no tenga dudas de su cometido y sea productiva para la compañía.*

*Ruego me lo comunique si vuelve a sentir la misma sensación que le embargó ayer, de no sentirse útil para la compañía y se le asignará y enviará más trabajo.*

*Sin otro particular, disfrute de su día,*

*A. Zhurkov*

Me quedo alucinada mirando el correo, levantando las cejas ante el asombro de leer sus palabras. Pero si todo es tan urgente, no podré adelantar nada de trabajo en la galería y eso me preocupa, así que decido contestarle.

*Para: Alexandr Zhurkov*

*De: Teresa María García*

*Asunto: RE: Productividad para la empresa*

*Estimado señor Zhurkov, gracias por hacerme sentir útil. De todas formas, le recuerdo que mi trabajo se divide en todo momento entre la Galerie Van Doorn y estas oficinas.*

*Disfrute usted también de un precioso día.*

*T. García.*

Le doy a la tecla de enviar y empiezo a organizarme el trabajo por orden de fecha y preferencias. Desde mi sillón observo todas las cajas de cartón acumuladas, y niego con la cabeza con un suspiro. Allí tengo trabajo mínimo para varios meses. Toca a la puerta y veo tras un precioso ramo de flores, a Helga con una pequeña sonrisa. Cojo la nota que adjuntan y leo.

“Le deseamos una productiva vuelta al trabajo

RRHH Zhurkov Co.”

Tras leerla dos veces me quedo totalmente convencida de que ni la nota ni la idea de mandar flores ha sido de recursos humanos. Así que cojo el teléfono móvil y simplemente le escribo “Gracias”. Veo que lo lee, pero no obtengo ninguna respuesta. Lo que sí recibo a los pocos minutos son cambios en mi agenda de trabajo. Ante mi sorpresa me han asignado todos los talleres de fin de semana de la galería, entre otras cosas. Es un hecho claro y contundente que Alexandr está enfadado conmigo y que quiere cargarme de trabajo. Entiendo que esté ofendido, pero no entiendo qué pretende con todo esto, que no sea fastidiarme. Sé que lo hice mal y no pienso llevarle la contraria por ahora. Si espera que salte y que le diga algo, no lo va a conseguir. Aunque deseo que pronto se aburra y me deje respirar.

Almuerzo en mi oficina. Alexandr está reunido y creo que no tiene muchas ganas de pasar tiempo conmigo por ahora, pero a la hora del café disimuladamente se pasa por delante de la

oficina y puedo apreciar que se le escapa una pequeña sonrisita al verme rodeada de tanta caja.

—Hola.

—Buenas tardes señor Zhurkov ¿puedo ayudarle en algo? —pregunto como si no tuviera nada pendiente que hacer.

—Olga te manda esto —me informa acercando una bolsa.

—¿Qué es? —pregunto sin mirarlo amontonando más cajas en uno de los lados del despacho.

—“Syrok v Shokolade” —informa mirando el desorden de mi despacho —Veo que no solo tienes las flores de recursos humanos.

—Si te refieres a aquellas... —le digo señalando el bonito *bouquet* que me ha regalado Marcel —Dudo que Pyort no te haya informado ya, que hemos ido a comprar flores esta mañana.

—Pero continúan con el celofán puesto. ¿Nada interesante en él? —me pregunta muy observador.

—Las flores no siempre tienen un doble significado, hay veces que simplemente son eso. Algo bonito de lo que disfrutar. ¿Vas a utilizar cada cosa que te conté para desconfiar de mí?

Su rictus es cada vez más serio y cuando creo que va a decir algo, se da la vuelta y se va sin decir nada, dejándome en mi despacho con todo el trabajo.

Los días siguientes transcurren con esa nueva normalidad de trabajo desbordante, Alexandr desdeñoso y Jane ignorándome. Mi vida se resume en dormir, comer e ir a trabajar. He intentado en varias ocasiones que Pyort no me siga a todas partes, pero me es imposible, así que intento continuar con mi vida sin que ello afecte a nadie.

Cuando llega mi primer fin de semana libre trato de descansar y pensar. Pensar en todo lo que ha sucedido y está sucediendo. Sé que tengo que pagar las consecuencias de mi trabajo, de no haber sido sincera con las personas que me importan, pero en todo momento lo hice por ellos. No quería que se vieran involucrados y corrieran cualquier peligro. Sé que todo proceso lleva su tiempo y que solo ha pasado una semana, pero el rechazo de Alexandr y Jane me está pesando en el alma. El domingo me levanto tarde, estoy tan cansada que no quedo ni con Hans a desayunar como siempre habíamos hecho. Como algo en casa de los restos de la semana y decido salir a dar un paseo. Empiezo a caminar sin rumbo y finalmente me encuentro caminando por uno de los pequeños caminos entre los espesos arboles de Clingendael. Al ser domingo y con la llegada del buen tiempo, muchos de los habitantes de la ciudad han venido a pasear por sus extensos y diferentes jardines. Voy caminando despacio, dando toda la vuelta a la propiedad y sin darme cuenta, realizo el mismo recorrido que solía hacer cuando entrenaba, paso junto al jardín japonés, el lago y me voy adentrando en el bosque. Antes de que me dé cuenta estoy en el otro extremo, exactamente donde me tropecé por primera vez a Alexandr. Eso me hace salir de mis pensamientos y volver a adentrarme en el bosque recorriendo el camino a la inversa. Paso más de dos horas caminando sin rumbo fijo, hasta terminar a un lateral del lago donde se encuentra un

parque infantil. En estos momentos está desierto de niños ante el inminente anochecer. Decido acercarme y sentarme en un columpio balancín y disfrutar del momento. Mientras estoy allí sentada balanceándome, veo a varias personas corriendo por los diferentes caminos alrededor del lago. Todos ellos van alejándose excepto uno, que mira hacia donde estoy y cambia su trayectoria. Según va acercándose hacia donde estoy veo claramente que se trata de Nikolái. Nunca lo había visto por allí. Cuando llega a la zona de la arena donde empieza el parque infantil, para y me saluda con la mano. Qué diferente está con ropa de hacer deporte y me sorprende la sencillez de su atuendo, camiseta de algodón y bermudas azules de deporte, con su teléfono sujeto al brazo. Creo que incluso parece más joven con ese atuendo.

—Señorita García.

—Hola Nikolái, te lo he dicho mil veces, al menos mientras no esté Alexandr cerca, que me llames Tessa. —le digo sin levantarme. Él se acerca y me pide permiso, tras estirar un poco los músculos, si puede sentarse en el balancín que hay a mi lado y yo se lo señalo añadiendo — ¡Todo tuyo! ¿Sueles venir por aquí a entrenar?

—No, pero me gustó lo que usted comentó cuando me trajo a conocer sus jardines el otro día. Es un sitio muy agradable para correr —explica serio.

—Yo debo volver a entrenar —reconozco con una mueca infantil.

—Algún día podríamos salir a correr juntos, si usted quiere —dice cohibido -¿Y qué hace usted por aquí tan tarde?

—Necesitaba pensar, el olor de las flores y el sonido del balanceo de las hojas con la brisa me relaja.

—Es un bonito sitio para pensar —comenta y algo tímido añade —Espero que no piense que me inmiscuyo, pero dele tiempo al señor Zhurkov. Él no esperaba lo que pasó, pero fue él quien insistió en que hasta que no supiéramos que estaba bien, no había descanso. Le cuesta abrirse mucho a la gente y ahora se sigue sintiendo traicionado, aunque más tranquilo desde que la encontró.

Ambos permanecemos sentados balanceándonos sumidos en nuestros pensamientos hasta que la luz es casi inexistente y me acompaña por los desiertos caminos hasta la gran avenida que se encuentra frente a mi edificio.

—Nikolái, no es necesario que me acompañes. Sé cuidarme sola, creo que te lo he demostrado —digo con una amplia sonrisa.

—Lo sé, pero al menos déjeme sentir por un día que la protejo y cuido de usted —responde mirando al suelo.

Llegamos a mi edificio caminando y una vez allí nos despedimos, no sin antes recordarme que tenemos que quedar un día para entrenar juntos. Nikolái espera a que cierre la puerta y esté en el interior del edificio, para empezar de nuevo la marcha a un ritmo acelerado.

## CAPÍTULO 10

He decidido centrarme en el trabajo. Me duele en el alma que Alexandr y Jane no me hablen, pero tampoco puedo acosarlos y tengo que respetar su enfado y su desacuerdo con lo que hice. Mi despacho sigue lleno de cajas y es difícil que me ocupe de ellas cuando me llevan de reunión en reunión, donde no me entero de nada. Helga está resultando de gran ayuda, y poco a poco vamos compenetrándonos y los días son más llevaderos. A Alexandr suelo verlo en las diferentes reuniones que me planifican o, podríamos decir, que es él el que me configura las reuniones de la semana para tropezarse conmigo. Esta semana he pedido más tiempo para acudir a la galería y por las tardes suelo acudir para ponerme al día con el señor Van Doorn. Necesitamos adquirir nuevas obras para exponer y tras reunirme con él, hemos decidido empezar con una exposición de nuevos artistas de la ciudad y organizar diferentes conferencias para atraer a la clientela de nuevo a las salas de la galería. Ya estamos a miércoles y Jane no me carga de trabajo como hace Alexandr, pero continua sin hablarme. Esa noche todos se marchan y nos damos cuenta de que solo quedamos las dos en la galería trabajando.

—Jane, ¿cuándo me vas a permitir que te explique? —pregunto atormentada sentada en mi mesa frente a la suya y, con los ojos humedecidos por la tristeza le pido —Por favor, déjame que me explique.

Jane levanta la mirada hacia mí y me observa, callada. Esos segundos de silencio me aterrorizan, sé que está dolida pero ya no puedo hacer nada más. Mira el reloj de pulsera y empieza a recoger sus cosas. Siempre hemos estado juntas desde que me hizo junto con el señor Van Doorn la entrevista para trabajar allí, y siempre nos hemos apoyado la una en la otra. Hemos pasado cosas buenas y no tan buenas. Coge su bolso y me deja allí, rodeada de oscuridad, sentada frente a mi mesa llena de dossiers, sin una sola palabra de despedida, totalmente triste y abatida.

Mi teléfono suena, es una llamada de Nikolái. El primer día me sorprendió, pero ahora me llama cada día. Ha intentado que salga esta semana a correr con él pero me he negado. Siempre le he puesto la misma excusa, tengo mucho trabajo y bastante ejercicio hago ya subiendo y bajando plantas en el edificio Zhurkov.

—Hola Nikolái —digo tras descolgar la llamada.

—Señorita, discúlpeme el atrevimiento, pero necesita desconectar. Ya ha trabajado demasiado, estos días. Le espero en media hora en la puerta lateral de su edificio y no acepto un no por respuesta —dice muy serio antes de colgar.

Miro la hora en la pantalla del ordenador, que todavía tengo encendido y me doy cuenta de que tiene razón. Necesito desconectar, echo de menos entrenar y me ayudará a eliminar

tensión. Decido hacerle caso y, recogiendo mi mesa y apagando las luces salgo en busca de mi bicicleta. Ya avisé a Pyort de que hoy quería llevarme la bicicleta que había dejado en la galería. Se esperan lluvias y el cielo está cubierto, aunque eso es algo que nunca me ha detenido. Llego a casa y tras cambiarme de ropa, salgo al encuentro de Nikolái.

—Buenas noches Nikolái —digo con desgana.

—Buenas noches señorita, ¿qué le sucede? —pregunta serio.

—Nada, Nikolái. No me pasa nada —le digo echando a correr y provocando que él empiece la carrera tras mis pasos.

—Tessa, deberías calentar antes —grita intentando alcanzarme.

No le hago caso, yo ya corro a través de los pequeños senderos que llevan a Clingendael enfurecida por todo lo que está sucediendo. Es tarde y ya no queda gente paseando por los caminos del parque, eso me da más libertad para correr sin preocuparme de tropezarme con alguien. Correr siempre me ha ayudado a pensar y esta vez, el bullicio de mis pensamientos hace que me descentre de la carrera. Mi mente no deja de bombardearme con situaciones que han sucedido; me equivoqué, no hice las cosas bien y ahora pago las consecuencias de todos mis actos. Mis piernas no bajan la velocidad y mi corazón se acelera. En mi carrera me he adentrado en el bosque y varias ramas arañan mis piernas. Me falta el aire, no puedo respirar, todos los pensamientos vienen a mi mente, me siento atrapada y desorientada. Oigo una voz detrás de mí y cuando giro, tropiezo con una rama caída en el camino y me desplomo en el abrupto camino de tierra.

—Señorita ¿se encuentra bien? —pregunta Nikolái nada más llegar a donde yo estoy tumbada en la tierra —Déjeme que la ayude.

—Estoy bien. No deberías cuidarme tanto —le digo aún tumbada en el suelo boca arriba con las manos ocultando mi rostro —Usted conoce muy bien a Alexandr, ¿puedo preguntarle algo, Nikolái?

—Dígame señorita —responde sentándose a mi lado en el suelo.

—Si ha dejado de quererme, y lo entiendo que sea así. ¿Por qué me sigue mandando a Pyort para que me cuide? ¿Por qué no se aleja de mí? —pregunto con lágrimas en los ojos.

Nikolái no contesta y yo me siento estúpida tirada en el suelo llorando y contándole mis problemas a un hombre que es el más reservado que conozco. Quito las manos de mi cara y lo veo allí, observándome sin saber qué decir, totalmente turbado. No puedo evitarlo y me da por reír.

—Lo siento Nikolái —le digo sentándome en el suelo y limpiándome rápidamente las lágrimas —¿Alexandr sabe que ha venido a entrenar conmigo?

—No, señorita. No es él el que me manda. Yo quiero que usted esté bien —responde serio, sentándose a mi lado —Yo, yo...no quiero dejarla sola en estos momentos. Y siento no

poder contestar a sus preguntas pero ¿usted está segura de que ha dejado de quererla?

—Yo creo que sí, Nikolái —digo levantándome del suelo y dándole la mano para ayudarlo a levantarse.

Volvemos caminando y durante el trayecto hablamos del tipo de entrenamiento que hemos llevado ambos. Es un tema que parece que a Nikolái le interesa y entiende. En varias ocasiones se sorprende de mis conocimientos, tanto de técnicas de defensa personal como de armas o de operaciones.

—Tú trabajas en esto Nikolái y sabes que la discreción en tu trabajo tiene que ser prioritaria. Yo solo cumplía órdenes, hasta que estuve segura de todo y me autorizaron a hablar, pero ya fue tarde. Todo se complicó tan rápido... —comento algo triste.

Quedamos ese mismo domingo para entrenar en un pequeño gimnasio al que acude. Es sorprendente como toda la seriedad y timidez de Nikolái desaparece cuando trata este tipo de temas y, lo que más me sorprende es que tengamos tantos temas de los que hablar y no nos aburramos con lo diferentes que parece que somos.

A la mañana siguiente llego pronto a las oficinas de Zhurkov. Hoy no tengo ninguna reunión programada, y parece que Katia está bastante libre también debido a que Alexandr ha salido a una reunión en Londres. Eso me hace evocar aquel primer viaje que hice con él a Londres. Creo que fue donde me di cuenta de que irremediablemente me estaba enamorando de él, su porte y su forma de ser, es arrolladora y no pude sucumbir. Con su exquisita educación y saber estar consigue todo lo que se propone, incluida a mí, a pesar de mis reticencias en esa época. Katia ha venido con ganas de hablar y se acomoda sentada en varias cajas apiladas. No ha dejado de reír desde que ha entrado a mi despacho, asegurándose de que Alexandr tiene que estar muy molesto para haber enviado tanto trabajo. Tras revisar varios de los dossiers asegura convencida que todo ese papeleo no se va a poder terminar, según ella, ni en tres años...

—Tessa, necesito una noche loca de chicas —comenta con las piernas colgando, sentada sobre las cajas.

—¿Quieres que salgamos este fin de semana? —le propongo desde detrás de unas cajas.

—¡Quiero que salgamos hoy! —exclama levantando ambos brazos —Mañana es viernes y empieza a hacer buen tiempo. Vayamos a Scheveningen.

—No estaría mal. Yo debo ir a la galería pero puedo salir pronto.

—¿Sigues llevando carabinas? —pregunta ansiosa.

—Suele ir Pyort conmigo, pero puedo librarme de él —le digo convencida.

—No es necesario. Dile a Petra que venga, creo que entre ellos hay algo y así estará entretenido —explica con una amplia sonrisa tras ver como la miro con la boca abierta sintiéndome rara, ante mi torpeza de no haberme dado cuenta.

Antes de que llegue la hora del almuerzo aviso a Helga y me voy a la galería. Cuando hablo con Pyort para comunicarle que pasaré parte del día en la galería, intento estar más atenta a su expresión y creo ver en su rostro cierta felicidad. Esto confirma todas las sospechas que tenía. Cuando Pyort me vigilaba, él siempre se esperaba en la planta baja y es cierto que recuerdo varias ocasiones que le vi hablar con Petra. Cuando me acerca ese día a la galería insiste como en muchas de las ocasiones en acompañarme hasta la entrada principal y yo, con una pequeña mueca divertida le digo que no hay problema. Pyort se queda en la entrada principal hablando con Petra mientras yo me despido de él y me encamino a la tercera planta para solucionar unas llamadas que tengo pendientes con diferentes artistas. Cuando llego a mi mesa veo a Jane sumida en un montón de dossiers que hay sobre su mesa.

—Hola —digo sentándome en mi mesa y guardando mi bolso en el cajón.

Jane levanta la vista de su pantalla y me mira sin decir nada. Su incompreensión me provoca una fuerte opresión en el alma. Su indiferencia me duele y provoca que el buen humor que traía tras hablar con Katia sea sustituido por desánimo y añoranza. Me centro en el trabajo que tengo pendiente y ya no levanto la cabeza de mi ordenador. Los minutos y las horas van pasando y me doy cuenta de que ha pasado la hora del almuerzo y todos mis compañeros regresan a tomar una taza de té antes de volver a reincorporarse al trabajo. Estoy abstraída en mis pensamientos cuando oigo a mi espalda.

—¿No vas a almorzar hoy?

—Eh, no,...bueno, tal vez más tarde. No sé —digo titubeando.

Jane está de pie a mi lado y hace una mueca de disgusto.

—Deberías comer, has adelgazado —dice sin rodeos.

—Jane...lo siento —digo con lágrimas en los ojos por el dolor que siento al haber hecho daño, sin querer, a una persona que quiero tanto —Nunca fue mi intención hacer daño a nadie, todo lo contrario.

—Lo sé —contesta serena —Vamos, levanta, acabo de hablar con el señor Van Doorn.

—¿Adónde vamos? —pregunto sorprendida.

—Tienes mucho que explicarme, pero no puedo seguir viéndote rondar por la galería con esa cara de animal desvalido y con esos pelos de koala punky. Vamos a por el almuerzo y a la peluquería. No permitiré que sigas con esos pelos. Me estás desconcentrando cuando te sientas frente a mí. ¿Cómo fuiste capaz de permitir que te hicieran ese corte de pelo tan estrambótico? —pregunta con desdén.

—¿Tan mal me queda? —pregunto con una pequeña mueca tocándome el pelo.

—¡Simplemente es..., horrible ese corte de pelo! Pareces Meryl Streep en la película *Evil Angel* —contesta cogiéndome del brazo.

Jane ya ha cogido cita en la peluquería, ha mirado mi agenda y viendo que estaría toda la

tarde en la galería, ha hablado con el señor Van Doorn para que pudiéramos disponer de un poco más de tiempo a la hora del almuerzo. Antes de parar mi ordenador, busco a Meryl Streep en esa película y cuando le digo a Google que me muestre las imágenes, suelto una gran carcajada.

—Yo no llevo este pelo —digo con una sonrisa.

—Poco te falta —contesta Jane con cara de desaprobación.

—Yo lo llevo más largo.

—No intentes justificarte, es horrible y tenemos que solucionarlo —sentencia Jane.

Vamos al centro caminando después de informar a Pyort que saldré y que ya no lo voy a necesitar en todo el día. Él insiste en esperar y llevarnos a donde necesitemos, pero hoy hace un día despejado y tras colgarnos cada una su bolso al hombro decidimos caminar hasta el centro agarradas del brazo. Cómo he echado de menos a Jane. Compramos dos sándwiches en una tienda especializada en comidas para llevar. A estas horas la afluencia de gente que acude a comprar sus almuerzos es menor, y nos sirven enseguida. Nos encaminamos a la peluquería. Es la peluquería a la que siempre hemos acudido juntas, pero cuando nos ven entrar a mí no me reconocen hasta que no escuchan mi voz al saludarlas. Tras los correspondientes saludos y abrazos nos sentamos una al lado de la otra frente a un enorme espejo. Cuando me veo reflejada y recuerdo las fotos que acabo de ver en internet, no puedo evitar volver a reír. Le comento que por favor intente arreglar mi pelo de koala pasado de moda sin cortar mucho y sobre todo, si por favor puede volver a poner mi color y quitarme ese negro azabache. Mientras, Jane y yo vamos hablando de temas que nos han quedado pendientes mientras almorzamos nuestros sándwiches con ansia. Cuando terminamos nos damos cuenta que hemos estado allí más de tres horas, pero tras darme la vuelta y mirarme de nuevo en el espejo, sonrío sin poder evitarlo. Mi pelo, aunque más corto, vuelve a ser de mi color castaño oscuro y el flequillo ha desaparecido echándolo hacia un lado completamente. Miro mis manos, adoro el nuevo color de uñas que me han puesto, y una vez hemos pagado, me voy completamente satisfecha con el cambio de aspecto que me acaban de hacer. Salimos a la calle y Pyort, que espera fuera leyendo un periódico, se sorprende para bien y con una sonrisa amplia y con el pulgar de su mano derecha hacia arriba, me indica que le agrada el cambio.

—Señorita, cuánto me alegro que vuelva a ser la misma de nuevo. Ahora solo falta que nos vuelva a todos locos con su seguridad, y todo será entonces como hace unos meses —dice canalla con una sonrisa.

—Pues prepárate si quieres, porque esta noche tenemos noche de chicas y vamos a salir hasta que el cuerpo aguante —le informo con una sonrisa.

—Señorita, nadie me ha avisado de eso —dice sin rastro de la sonrisa en su rostro —¿Lo sabe el señor Zhurkov?

—Lo que nosotras hagamos una noche de chicas, no es de la incumbencia del señor Zhurkov y menos en estos momentos —contesto seria —Él ha decidido ignorarme y apartarme, y yo ya no puedo rebajarme más para que me perdone.

Pyort aprieta los labios y, negando con la cabeza, nos deja claro que a Alexandr no le va a gustar nuestra idea. Nos dirigimos a la galería, presurosas con ganas de terminar y prepararnos para la tarde-noche de chicas. En la peluquería le he comentado a Jane lo que había propuesto Katia y ésta ha enviado enseguida un mensaje a su marido para apuntarse con nosotras. Cuando llegamos a la galería y antes de subir a la oficina, hablamos con Petra para satisfacción de Pyort, y de ella misma. Al principio duda, pero cuando ve la cara de esperanza de Pyort, acepta y se une a la noche de chicas. Todo está planificado y en marcha. Continuamos con nuestro trabajo durante poco tiempo más ya que el señor Van Doorn, tras percatarse del cambio estético que he sufrido y volver a vernos sonreír, se acerca a nosotras y nos invita a que ese día salgamos antes y disfrutemos del buen tiempo. Jane y yo nos miramos y no lo dudamos un instante, mandamos un mensaje a Katia y nos vamos cada una a arreglarse a su casa. En el camino a casa, Pyort me vuelve a advertir de que al señor Zhurkov no le gustará que salga, aunque solo obtiene una pequeña sonrisa por respuesta. Le informo que no me molesta si quiere venir con nosotras, si quiere quedarse más tranquilo, pero que nosotras iremos a la playa en bicicleta, que no quiero ir en coche. Pyort no sabe qué contestar cuando me deja en la puerta lateral de casa. Sabe que Alexandr se enfadará y que yo no daré mi brazo a torcer tal y como están las cosas.

Mucho más animada me doy una larga ducha cuando llego a casa. Salgo de mi reconfortante ducha y cuando me enrolla una mullida toalla blanca mirando al espejo, sonrío. Me está costando, pero ya empiezo a volver a sentirme de nuevo como en casa. Cuando he vuelto a ver el reflejo de mi rostro sobre el espejo empañado, me he vuelto a ver a mi misma. Me arreglo con un vestido de manga larga de lana hasta la rodilla y unos tacones de infarto, llevo casi cuatro meses sin ponerme tacones pero creo que la noche lo merece. Cuando estoy preparando mi pequeño bolso para salir por la puerta, empieza a sonar el teléfono.

—¿Sí? —contesto.

—Tessa, soy Nikolái. ¿Puedo hablar contigo? —dice soltando un fuerte suspiro.

—Pues me coges en un mal momento —le digo tranquilamente —Iba a salir.

—De eso se trata ¿crees que es buena idea salir sola sin saberse solucionado todavía el tema de Almeida?

—¿Es por eso o porque te lo manda tu jefe? —pregunto ofuscada —Si pasara algo me habrían puesto al corriente.

—Es por tu seguridad —contesta categórico.

—Si es por eso no te preocupes, Nikolái. Sé cuidarme yo solita —le digo y antes de cortar la comunicación me despido —Buenas noches.

Cuando salgo del edificio, Pyort me está esperando junto a una bicicleta, va arreglado, pero no con traje, como lo veo habitualmente. Está muy guapo y no puedo evitar sonreír, a pesar de que su rostro me indica que esta salida no es de su agrado. Le digo acercándome a su lado.

—¡Disfrutemos de la noche!

Nos reunimos con las chicas en la avenida principal que une el centro de La Haya con Scheveningen. Katia se retrasa y la esperamos mientras yo me fumo un cigarro. Jane vuelve a insistirme que debo dejar este mal vicio, mientras Pyort y Petra hablan animadamente. Una vez todos reunidos nos dirigimos a la playa. Con el buen tiempo que está haciendo estos últimos días, varios de los locales situados en la arena de la playa tienen sus terrazas llenas. Decidimos sentarnos en una de ellas con grandes sofás y con una pequeña hoguera en el centro de la mesa, que nos proporciona calor al irse el sol. Es un local muy zen, con música tranquila y tipo *chill out*. Pedimos varias rondas de cervezas con algunos aperitivos para picotear. Pyort es el único que toma refrescos y agua. Van pasando las horas y las rondas de alcohol. Llega un momento en el que cuando nos vamos a levantar de los cómodos sofás para irnos a otro local, perdemos el equilibrio por la cantidad de alcohol que llevamos acumulado, nos da un ataque de risa y tenemos que agarrarnos disimuladamente unas a otras. Vamos por el paseo de la playa decidiendo qué tipo de música nos apetece bailar. Cuando hemos dejado pasar varios locales oigo una canción a lo lejos y aceleramos al paso riendo hasta el local. La decoración es totalmente tropical, creo que puedo decir que nunca he estado allí, cuando de pronto exclamo.

—¡Salsa! Bailemos salsa —digo bajando los escalones de la entrada del local.

—¿Pero qué haces? Tú nunca has sabido bailar esto —dice entre risas Jane.

—Ahora sí, fíjate —digo moviendo las caderas para asombro de todos y levantando mis brazos al aire grito entre el gentío de la pista —Tomemos un mojito.

Nos acercamos a la barra y pedimos nuestras bebidas mientras bailamos apartadas de la pista. Varios hombres se acercan a nosotras, pero Pyort se encarga de dejarles bien claro con la mirada que no continúen y que se marchen. Cuando nos hemos bebido nuestras bebidas y ya estamos semi en trance por la cantidad de alcohol que hemos consumido, Pyort nos aconseja que lo dejemos por esa noche. Decidimos no beber más y disfrutar de la música en la pista. Pyort nos mira asombrado pero Jane, Katia y yo ya nos dirigimos a ella. En menos de dos minutos tenemos a varios hombres intentando demostrarnos lo buenos que son en el arte de bailar salsa, pero soy yo la que les muestra los pasos y ellas bailan conmigo al ritmo de salsa, que en esos momentos suena atronadora en la pista. No dejamos de reír y dar vueltas cuando alguien me coge del brazo y me lleva al centro de la pista y acercando su cuerpo al mío en exceso, me agarra la cintura y empieza a contonearse mientras canta la canción y me dice en un mal holandés que le siga los pasos. Se entusiasma con el baile, como les pasaba a los caleños y hace que gire varias veces sobre mí misma provocando que sienta en mi estómago todo el alcohol que he ingerido esa noche. Como este hombre me dé una sola vuelta más, voy a vomitarle encima. Oigo claramente que le dice a un amigo que esa noche se lo pasará bien y que no podré resistirme. Entiendo el idioma perfectamente, pero disimulo haciéndole creer que no me he enterado de nada. De repente, tras dos pequeños giros y movimientos, me agarra de la cintura y me echa hacia atrás acercando su cara a la mía. Definitivamente tengo que cortar esto aquí. Ante su insistencia giro la cara e intento localizar a Pyort que me observa sospechando que algo va mal. Intento erguirme separándome de él con los brazos, y ante su insistencia le digo.

—¿Ves a ese *tiarrón* de allí que nos observa con cara de pocos amigos? —se me traba la lengua al hablar.

—Sí —contesta separándose.

—Es mi novio y no creo que le esté gustando lo que estás haciendo —le informo con una mueca divertida.

Pyort, que me ha visto mirarle y sospecha que el tipo es un pegajoso, se acerca y cuando está a nuestro lado carraspea y yo lo miro sonriendo. Me abalanzo sobre él abrazándolo y diciendo en voz alta.

—Tesorito mío ¿dónde estabas? —pone cara de asombro ante mi cercanía y mientras sigo abrazada a él, me giro y a modo de despedida le digo riendo —Gracias por enseñarme el baile de la peonza.

Jane y Katia, que están a mi lado, no pueden remediarlo y estallan en carcajadas. Pyort, empujándonos nos vuelve a llevar a la barra, pide tres botellas de agua bien frías y nos obliga a beberlas a Jane, Katia y a mí. Creo que me ha afectado el no haber bebido durante estos meses, y me entra un sueño descontrolado junto a unas enormes ganas de vomitar. Tras unos momentos intentando calmarnos nos subimos a las bicicletas para volver juntos al centro. Llegamos a donde nos hemos reunido con grandes dificultades y tras mucho deliberar con Petra, deciden que ella acompañará a Katia y a Jane a su casa ya que viven relativamente cerca las tres y Pyort me acompañara a mí hasta casa. Éste me obliga a bajar de la bicicleta ante nuestro asombro y me pide que monte en la parte trasera de su bicicleta y que me agarre a él. Ante la negativa de dejar mi bicicleta estacionada allí, la sujeta con una mano y va con ella en paralelo iniciando el camino hacia mi edificio. En varias ocasiones estoy a punto de perder el equilibrio, lo que me provocan unas tremendas carcajadas en mitad de la noche. No puedo más y a falta de cinco minutos para llegar a mi apartamento me agarro a su cintura apoyando mi cabeza en su espalda y cierro los ojos.

## CAPÍTULO 11

Me despierto sobresaltada por la alarma que suena incesante en algún punto alejado de mí. Intento pararla pero me doy cuenta de que no estoy en mi cama y que estoy a punto de caer sobre la moqueta del salón. Tengo un horrible dolor de cabeza y todo me da vueltas. Consigo levantarme y parar la alarma del teléfono, que se encuentra en la encimera de la cocina. ¿Cómo ha ido a parar mi teléfono allí y cómo he acabado durmiendo en el sofá del salón de casa? El último recuerdo de la noche de ayer es que me despedí de las chicas que iban hacia el centro. Me vuelvo a tumbar en el sofá y me acurruco con la manta cuando empieza a sonar otra alarma en mi teléfono. ¿Cuando he puesto yo las alarmas? Tras mirar de nuevo la hora decido levantarme y darme una buena ducha para ver si me puedo despejar un poco. Termino de arreglarme y veo un mensaje de Pyort avisándome de que esta fuera. Hoy no le voy a discutir y salgo a la calle bostezando y con las gafas de sol puestas.

—Buenos días Pyort —digo en un quejido.

—¿Cómo se encuentra señorita? —dice con una amplia sonrisa.

—Vaya Pyort, nunca te había visto sonreír tan ampliamente —digo sorprendida — ¿Te importa que me tumbe aquí en este sillón tan cómodo? Me va a estallar la cabeza.

—Señorita, son solo diez minutos —informa sorprendido de que quiera dormir en el asiento trasero.

—Da igual, esos diez minutos son muy valiosos para mi cabeza. ¿Cómo es posible que estés tan despejado? No puedo más —le digo dejándome caer en el sillón trasero.

—Yo no bebí alcohol. Ustedes son las que arrasaron con todo —dice, y yo ratifico con un movimiento de cabeza —Tenga, tómese esto. En un rato se encontrará mejor.

Me da un comprimido que yo trago casi sin pensar con un poco de zumo de naranja, que también ha traído. Decido no volver a tumbarme en el asiento, pero sí que apoyo mi cabeza sobre el frío cristal de la ventanilla que calma un poco mi dolor de cabeza. Llegamos a la oficina y me deja justo antes de entrar al parking, le doy las gracias y bajo del vehículo con las gafas de sol puestas, a pesar de que hoy está nublado y son las siete y media de la mañana. Entro por la entrada principal y me dirijo en silencio hacia la zona de seguridad. Respiro profundamente intentando recordar de quién fue la idea de salir un jueves, cuando trabajamos el viernes. Me viene a la mente Katia bailando salsa al ritmo de la música con un mojito en alto, y no puedo evitar reír yo sola en mitad de la recepción. La risa se me corta en el preciso instante en el que veo a Alexandr apoyado junto al ascensor. Pensé que hoy no estaría por aquí y decido que no estoy preparada para enfrentarme a él. Así que, ante la cara de sorpresa de Nikolái y de Pyort quien se acaba de incorporar a la comitiva, giro ciento ochenta grados sobre mis zapatos y vuelvo a dirigirme hacia la salida. No, ahora no puedo enfrentarme a su hostilidad. Cuando me

faltan cinco metros para llegar a la puerta veo entrar a Katia ataviada también con gafas de sol y le hago gestos para que se dé la vuelta inmediatamente y me acompañe al exterior, tras señalar hacia donde se encuentra Alexandr.

—¿Pero este hombre no estaba de viaje? —pregunta levantando sus gafas de sol para ver con más claridad. La veo que saluda y fuerza una sonrisa mientras cuchichea —Vale, creo que nos ha pillado huyendo.

Las dos salimos dándonos empujones la una a la otra hacia el exterior riendo descontroladamente. Permanecemos unos minutos en el exterior intentando recordar lo sucedido ayer. Ambas nos quejamos de la resaca que llevamos, pero acabamos riendo por el baile que me marqué con aquel hombre que se empeñó en girarme tantas veces que creí que era una peonza dando vueltas sobre mí misma sin parar. Katia mira hacia el interior levantándose de nuevo las gafas de sol y anuncia que ya no están en la recepción y que podemos subir tranquilamente. Volvemos a entrar y nos mezclamos con la gente que acude temprano a sus despachos, dirigiéndonos hacia los ascensores. Katia se pone junto a mí y marca la planta dieciocho, la veinticuatro, la treinta y finalmente la treinta y siete. Algunas personas que la ven elegir tantas plantas la miran enfurecidas, pero lo hace por mí. Sabe que así es como he conseguido subir sola en el ascensor, realizando pequeñas paradas. Me agarro a la barandilla interior y mirando un punto fijo empiezo a respirar más acelerada. Vamos parando en las diferentes plantas y, en cada una de ellas, Katia me pregunta si continuamos o nos bajamos. Cuando llegamos a la planta treinta y siete no queda nadie en el ascensor y salgo como si la barandilla me quemara. Me paro en mitad de la recepción de la planta antes de pasar la seguridad e intento calmar la respiración. Vamos a pasar la seguridad de la planta cuando nos solicitan que nos quitemos las gafas de sol. No nos hemos dado cuenta ninguna de las dos que seguíamos con ellas puestas, y tras quitárnoslas, nos quejamos al unísono de la claridad que hay. Nos despedimos con un pequeño abrazo y me vuelvo a colocar las gafas de sol dirigiéndome a mi despacho. Miro en mi pequeña recepción y no veo a Helga, así que decido dejarle una nota sobre la pantalla de su ordenador informándole que ya he llegado, que tengo muchas cosas pendientes y que por favor no me pase llamadas en toda la mañana.

Entro a mi despacho y tras cerrar la puerta, me saco la chaqueta y la dejo sobre una pila de cajas que hay junto a mi mesa. Me siento en el sillón y me desprendo de los zapatos de tacón. Tengo los pies destrozados de bailar toda la noche. Miro la agenda, veo que no tengo ninguna reunión en toda la mañana y dejo caer mis brazos sobre la moderna mesa y descanso mi cabeza apoyándola en ellos. No pasan ni dos minutos cuando oigo que alguien llama a la puerta. Helga debe de haber llegado y seguro que viene a ofrecerme una taza de café, como hace cada mañana. Hoy me vendrá mejor que nunca.

—Adelante —digo arrastrando las palabras intentando no levantar mucho la voz, todavía recostada sobre la mesa con las gafas de sol puestas.

Oigo la puerta abrirse y cuando estoy esperando escuchar la agradable voz de Helga, escucho una voz que me sobresalta.

—¿Te encuentras bien? —pregunta Alexandr plantado frente a mí, muy serio.

—¡Dios mío! Disculpa —consigo articular levantándome rápida de mi sillón e intentando ponerme los zapatos para no sentirme tan pequeña frente a su altura tras la mesa —Dime.

—¿Por qué todavía llevas las gafas de sol puestas? —pregunta mirándome detenidamente.

—Hay mucha claridad esta mañana —respondo.

—Son las ocho menos cuarto de la mañana y está nublado —anuncia y pregunta arrogante tras mirarme de arriba a abajo —¿Estás ebria?

—No, no. Creo que ya no —digo intentando reprimir una sonrisita.

—¿Te parece gracioso venir en esas condiciones a trabajar?

—¿Qué condiciones? —le reto con la mirada.

—Sin dormir en toda la noche después de haberte bebido todas las existencias de alcohol del paseo de Scheveningen. ¿Por eso no habéis querido subir en el ascensor? —dice altanero.

—No entiendo por qué dices eso. Sí, ayer salimos, creo que en nuestro tiempo libre podemos hacer lo que nos plazca y... ¡venga ya! Todo el mundo sale los jueves hoy en día.

—No has contestado a mi pregunta.

—Sí, sí que hemos dormido. No, no nos bebimos todo lo que había en el local y sí, no me apetecía tropezarme contigo de buena mañana —Ante su mirada de asombro por mi sinceridad le explico —¡Madre mía! Alexandr, yo entiendo que lo he hecho mal, que me equivoqué. No soy perfecta y si pudiera volver al pasado, lo haría de otra forma, pero no es justo que me trates de manera tan insolente y arrogante todos y cada uno de los días. Ya sé que lo hice mal y si en algún segundo del día lo olvido, ya estás tú para recordármelo con tus miradas de desaprobación. Y ahora dime, ¿a qué has venido realmente?

—Quiero que me acompañes a una reunión que empieza en cinco minutos —dice tras una breve pausa —Y a ser posible sin gafas de sol.

Suelto un fuerte suspiro, cojo mi blog de notas y meto mi móvil en el bolsillo. Él me espera junto a la puerta mientras yo me pongo la chaqueta y salgo delante de él. Informo a Helga que estaré ocupada acompañando al señor Zhurkov en una reunión. Ella sonríe cómplice mirándonos a ambos. Alguien la tiene que haber puesto al corriente de que Alexandr y yo estuvimos juntos, pero en estos momentos se equivoca si cree que estamos contentos de pasar tiempo juntos.

Una vez en el pasillo le pregunto dónde es la reunión y me informa de que es en esa misma planta. Lo sigo intentando mantener su ritmo, pero me quedo más atrás. Debo de ser masoquista pero lo miro caminar embobada. Va increíblemente guapo con su traje oscuro y si no fuera porque está cabreado conmigo, hasta adoraría su manera de mirar y rascarse su mejilla izquierda cuando necesita unos segundos para encontrar las palabras mientras frunce el ceño. No puedo evitarlo y me muerdo el labio inferior cuando se gira y abre la puerta de una sala de reuniones y deja que pase. Espero a que me indique dónde tomar asiento y cuando estoy colocando mis cosas sobre la mesa me pide.

—¿Qué extensión tiene la señorita Perminova?

—La 4313 —contesto observándole detenidamente.

Todavía no he descubierto si se ha enfadado por todo lo que le he dicho en mi despacho, pero parece que no. Veo que marca la extensión de Katia y le pide que acuda a la reunión. En

menos de dos minutos escucho el repiqueo acelerado de los tacones de Katia por el pasillo. Entra y me mira intentando descifrar lo que sucede. No pronuncio palabra y Alexandr le pide que tome asiento al otro lado de la mesa. Las dos nos miramos en repetidas ocasiones mientras Alexandr juguetea con su móvil. Todavía no nos ha informado de qué va la reunión. Vemos aparecer a Van der Velve y nos miramos espantadas. Con el fuerte dolor de cabeza que llevamos y la falta de sueño de ambas, más bien creo que esto es una tortura.

—Buenos días señoritas, señor —dice dejando todas sus cosas en una de las cabeceras de la mesa y con sorpresa añade —Pensé que la reunión la tendríamos solo nosotros dos.

—La señorita García y la señorita Perminova no tenían nada importante que hacer esta mañana y me han solicitado encarecidamente poder asistir a esta reunión para comprender mejor sus datos. Cuando usted quiera —apremia a Van der Velve para que empiece su exposición con un pequeño gesto observando nuestros rostros.

—¿En serio? —le pregunto asesinándole con la mirada.

Van der Velve empieza su reunión muy motivado y empieza a explicar gráficas y datos sin descanso. En varias ocasiones temo que se me cierren completamente los párpados y me duerma en mitad de la exposición. Alexandr parece que disfruta, pero Katia lo está pasando igual de mal o peor que yo. Esta agonía tenemos que soportarla durante dos largas horas más.

—Señoritas —saluda antes de abandonar la sala de reuniones con una pequeña sonrisa triunfante.

Definitivamente ha disfrutado con la reunión. Cuando salgo del edificio justo antes de comer me alegro de que sea fin de semana en un par de horas. Podré marcharme a descansar y hasta mañana por la mañana, que tengo uno de los talleres que me han asignado y que, a estas alturas, sé que han sido por recomendación, incluso posible presión de Alexandr, dormiré plácidamente.

En la galería las cosas están más tranquilas. Petra esta alegremente atendiendo llamadas tras su mesa y me comenta lo bien que se lo pasó. En la tercera planta encuentro a Jane concentrada con unos papeles en su mesa, aunque su mirada de cansancio lo dice todo. Intento trabajar hasta las seis de la tarde que decido marcharme. Pyort me espera en la puerta.

—Pyort, no te voy a dejar que vuelvas a salir con nosotras si continuas contándole todo a Alexandr —digo nada más subir al coche con una leve sonrisa.

—Siento si ha tenido problemas por mi informe de trabajo, pero créame que no he puesto ni el veinte por ciento de todo lo que hicieron ustedes.

—Pues menos mal —digo riendo abiertamente —¿Podríamos pasar un momento por el supermercado? No me apetece cocinar esta noche y necesito tabaco.

Cuando llego a casa estoy tan cansada que me tomo una sopa precocinada y tras fumarle dos cigarros haciendo zapping con el mando de la televisión en el salón, decido irme a la cama. Vuelvo a despertarme de súbito en mitad de la noche. John y Zulema vuelven a aparecer en mis sueños y como viene siendo habitual, despierto sobresaltada con el corazón acelerado. Me vuelvo a acurrucar e intento volver a dormir de nuevo.

La mañana del sábado pasa sin incidencias en el taller y es un día muy tranquilo. Se esperan lluvias todo el fin de semana así que decido permanecer por la tarde en casa leyendo y poniendo

todo en orden. El domingo cae una gran tormenta mientras me dirijo a mi desayuno con Hans. Tengo ganas de que me ponga al día de todo lo que está sucediendo, por eso no dudo en acudir a la cita a pesar de que el aguacero no cesa. Me subo a la bicicleta bien abrigada con un chubasquero y, con una de las manos sostengo un paraguas sobre mi cuerpo mientras que con la otra controlo el manillar. Estaciono mi bicicleta y tras asegurarla entro en la cafetería dejando el paraguas en la entrada. Hoy Hans se ha retrasado, ya que no le veo en el local y decido subir a la primera planta. Desde allí estoy resguardada y puedo ver en todo momento quién entra y quién sale. No han pasado ni cinco minutos, cuando lo veo entrar. Es uno de los hombres más apuestos que conozco y varias mujeres que se encuentran en las mesas de la entrada se giran cuando lo ven entrar.

—Buenos días cielo —me saluda dándome tres besos cuando llega a la mesa donde me encuentro.

—Buenos días —contesto nerviosa. No hay nadie a nuestro alrededor y le pregunto —¿Qué tal todo?

—Tranquila, todo está bien. Vamos a tomar un café y hablamos —contesta llamando a la camarera que viene y lo atiende embobada.

Tomamos dos desayunos completos. Llevo unos días que me encuentro mejor y voy comiendo de manera más saludable que cuando llegué. Hans me explica que han estado analizando toda la información que me dio Zulema antes de que la asesinaran y que hay suficiente información de negocios ilegales y personal corrupto que está siendo chantajeado o comprado por Pablo Almeida en Colombia. Todo está en marcha y no necesitan nada más para darle el último golpe, librarse de él y que este muchos años recluido en una cárcel de máxima seguridad. Esto hace que me quede más tranquila y hasta me anime a pedir un delicioso postre casero. Mientras le explico mi situación en estos momentos.

—¿Qué tal estas con Zhurkov? —pregunta con una sonrisita en los labios.

—Creo que está totalmente acabado —informo con tristeza y a continuación le relato todo lo sucedido el viernes.

—Definitivamente creo que deberías dejar de lado a ese hombre y salir conmigo. No valora nada de lo que has hecho por él —dice guiñándome un ojo y con una amplia sonrisa.

—Eso sería imposible —digo riendo abiertamente y añado —Tú eres mi familia, siempre serás mi hermano de no sangre.

Hans me pasa su brazo por el hombro, me acerca a él y depositando un cariñoso beso en la frente dice:

—Pues como hermano mayor tuyo que soy, te recomiendo que dejes de fumar y que no te vuelvas a meter en problemas sin antes consultarlo conmigo.

Agradezco sus palabras de cariño y apoyo, que me da durante toda la mañana. Desayunar con él, es desconectar de todos los problemas, Hans te hace ver la vida de otra forma más lúcida y como un hermano mayor se preocupa de que esté bien. Evito comentarle mis numerosas pesadillas cuando me pregunta, sé que con el tiempo irán desapareciendo. Ha dejado de llover y decidimos dar un paseo por el centro con nuestros paraguas en la mano. Me pasa su brazo por los

hombros y camino recostada en él. Como lo he echado de menos, él es mi hermano, mi isla donde más segura me encuentro y donde sé que nada puede fallar. Cuando es hora de despedirnos lo hago contenta y con optimismo, finalmente me olvidaré de los Borovik y de los Almeida para siempre.

Decido ir caminando hasta el Zhurkov para llevarme algo de comida a casa y saludar a Olga. Ya es tarde y el ritmo en el salón no es tan frenético como otras veces. Hago mi pedido en la barra y le mando un mensaje a Olga informándola de que estoy fuera. No han pasado ni dos minutos cuando sale a mi encuentro y me pide que entre con ella.

—¿Qué haces tú por aquí? —pregunta amable mientras me da un cálido abrazo.

—Se me ha hecho tarde y no me apetece cocinar, así que he decidido llevarme algo de comida a casa.

—Pensé que hoy vendrías con Alexandr. Está reunido en la primera planta.

—No sabía que él estaría aquí —contesto bastante incómoda —Será mejor que coja mi pedido y me marche antes de que me lo tropiece.

—¿No habéis hablado? —pregunta con un semblante más serio —Alexandr no lo pasó bien cuando desapareciste sin dejar rastro, se preocupó más de lo que ha hecho con nadie y no paró hasta que te encontró.

—Lo sé, Olga. Todo eso lo sé, y no creas que no se lo agradezco pero hemos llegado a un punto en el que puede que un día me perdone o explote finalmente y me diga que no puede hacerlo.

—Ambos sois cabezotas —dice y me da una bolsa con mi pedido —No lo pagues que lo pongan en mi cuenta.

—Olga, necesito pagar mi comida. Si siempre que vengo me invitas no me sentiré bien viniendo otra vez.

Salgo de la cocina y me acerco a la zona de caja de la barra. Ahora que sé que Alexandr está allí, necesito irme lo antes posible. La persona encargada está muy ocupada y yo espero impaciente a un lado. Desde allí puedo ver la terraza llena de clientes, en estos momentos no queda ni un solo hueco en sus sofás o mesas cubiertas por sus bonitas sombrillas rojas. Me estoy impacientando cuando toman mi pedido y me cobran rápidamente. Vuelvo a guardar la tarjeta en mi monedero, cuando oigo a mi espalda esa voz algo ronca que hace que todo mi cuerpo tiemble.

—Hola

—Hola —contesto girándome y manteniendo el aire en mis pulmones.

—¿Se puede saber qué haces? —pregunta sorprendido.

—Lo siento, no sabía que estabas reunido aquí y estaba por el centro, se ha hecho un poco tarde y quería llevarme algo de sopa para comer.

—Eso da igual. ¿Qué haces pagando? Sabes que aquí no tienes porque pagar —comenta sorprendido por toda mi explicación.

—¡Oh! Claro que he de pagar —digo incómoda.

Alexandr está de espaldas a las escaleras frente a mi cuando mi rostro palidece. Y me quedo muy quieta por unos instantes hasta que recobro el aliento e incómoda me despido de él e intento salir de allí lo más rápido posible. Cuando estoy intentando desenredar mi paraguas en la entrada noto como a cada segundo el dolor que invade mi pecho es más fuerte. No se me había pasado por la cabeza dicha posibilidad y en todo momento pensé que simplemente todo se arreglaría. Salgo al exterior y camino rauda hacia donde he dejado mi bicicleta.

—Señorita —oigo a mi espalda.

—Disculpa Pyort, no te había visto —digo a un sorprendido Pyort.

—¿Quiere que la acerque a casa? ¿Se encuentra bien? No tiene muy buena cara —pregunta observándome de cerca.

—No te preocupes Pyort, estoy bien y he traído mi bicicleta —le informo en el mismo momento que se abre la puerta del Zhurkov y sale Elena.

Estamos un poco alejados de la puerta principal, pero Pyort dirige su mirada hacia donde yo miro abatida. No dice nada y yo aprovecho para despedirme y alejarme de allí. Voy camino de casa con todo tipo de pensamientos y preguntas. ¿Ha vuelto con Elena? Pero él siempre dijo que nunca había estado con ella. ¿Qué hace ella en La Haya? No puede ser trabajo ya que es domingo. Pedaleo rápidamente intentando calmar mis pensamientos, aunque no lo consigo. Una vez en casa dejo la bolsa en la encimera, salgo a la terraza y me siento en una de las tumbonas tras encenderme un cigarrillo. Oigo que me llega un mensaje al móvil, lo desbloqueo y miro. Se ha hecho un reembolso a mi tarjeta bancaria. Me siento muy abatida y confusa, no sé qué hacer y ya me he fumado medio paquete de tabaco en menos de dos horas mirando el horizonte de la ciudad. Si me quedo aquí me volveré loca, debo salir. Instintivamente mando un mensaje a Nikolái. Me comentó que los domingos que solía ser su día libre siempre entrenaba y tras recibir mi mensaje me envía la localización de dónde se encuentra. Me pongo ropa para entrenar y salgo hacia la dirección que me ha dado. Tras dar un par de vueltas consigo llegar hasta el punto indicado. Toco el timbre pero nadie me abre. Vuelvo a tocar y finalmente Nikolái abre una pesada puerta y aparece ante mí con pantalón corto y camiseta sudada.

—Tessa ¿estás bien? —pregunta con el cejo fruncido —¿Dónde has estado? Apesta a tabaco.

—Me encuentro bien, me dijiste que cuando quisiera te podría llamar para entrenar y aquí estoy —respondo intentando ver a su espalda.

—Sí, claro —contesta desconcertado —Pasa.

El lugar no podría ser más sobrio. Parece un viejo almacén con un ambiente abierto bastante oscuro y con paredes cubiertas de cemento gris, sólo rotas en la parte alta por una tira de ventanas, que hace que el lugar sea un poco lúgubre. En el centro se encuentra un cuadrilátero donde dos hombres pelean ante la atenta mirada de otros dos. A uno de los laterales diviso varios juegos de pesas y aparatos de gimnasia. Y al otro lado varias colchonetas y dos sacos de boxeo colgados de unas vigas que se encuentran al descubierto. Nikolái lleva los puños vendados y me presenta a las personas que están alrededor del cuadrilátero. Todos me miran con curiosidad, cuando dejo la bolsa a un lado y observo como pelean.

—¿Podemos luchar? —pregunto directa a Nikolái.

—¿No prefieres entrenar? —contesta Nikolái sorprendido —Ven, calentemos un poco mientras terminan.

Tras unos breves pero intensos estiramientos y cuando me termino de colocar y ajustar los guantes, empiezo a golpear uno de los sacos de boxeo que Nikolái me sujeta en esos momentos. Golpeo con fuerza y con rabia. Nikolái me vuelve a preguntar cuando me ve sin aliento por el esfuerzo.

—¿Seguro que te encuentras bien?

Antes de que me destroce la pierna y los puños, decide que es el momento de que luchemos y me muestre algunas de sus técnicas en el cuerpo a cuerpo. Al principio Nikolái es tan prudente al realizarlas sobre mí, que me sorprende. Le muestro algunas que yo sé y lo derribo en diferentes ocasiones asombrándole por mi agilidad y fuerza. En una ocasión hasta llega a hacer una mueca de dolor, pero cuando me acerco a él para ver si se encuentra bien, se levanta raudo del tatami. Es muy bueno luchando en el cuerpo a cuerpo y un experto por lo que puedo ver en *Krav Maga* y *Jiu Jitsu*, cosa que no me sorprende. La quinta vez que me tira al suelo y me inmoviliza me dice muy serio.

—Tessa, tienes que concentrarte. No puedes adelantarte a los movimientos. Tienes que ser paciente y jugar con la fuerza y la destreza de la otra persona, antes de descubrir tus movimientos.

—De acuerdo, de acuerdo —contesto irritada al ver que cada una de las veces que lo intento me adelanto y él aprovecha la fuerza que yo empleo para tumbarme.

Golpeo la superficie del tatami con mi puño cerrado y me quedo tumbada unos instantes. Estoy agotada y me falta el aliento.

—No sé qué te habrá pasado o que llevas en la cabeza, pero si no focalizas todo eso, no podrás concentrarte —me dice dándome su mano derecha para ayudarme a levantarme.

Miro a mi alrededor cuando Nikolái sugiere que lo dejemos por hoy. No me he dado cuenta que los demás se han marchado. Estoy sudando y saco una toalla de mi bolsa mientras espero a que Nikolái regrese. Su bolsa está un poco apartada. Se saca la camiseta sudada, abre su bolsa cogiendo una sudadera que se pone rápido y se abrocha la cremallera mientras se gira hacia mí. Desde allí he podido observar la cicatriz que le dejó la herida que sufrió después de la explosión, y cuando se acerca para marcharnos le pregunto.

—¿Estás totalmente recuperado, verdad?

—Lo preguntas por esto —dice guiñándome un ojo y levantándose un poco la sudadera, dejando ver la cicatriz —Sí, totalmente recuperado. Gracias por cuidarme.

Cuando salimos y montamos en nuestras bicicletas para regresar, se empeña en acompañarme hasta casa. Es tarde y es innegable que no hay mucha gente por la calle a esas horas por la zona en la que nos encontramos. Llegamos en menos de diez minutos a mi edificio y tras asegurarse que estoy ya dentro, continúa su camino. Nikolái es un hombre muy serio y reservado, pero cuando lo conoces un poco más, te das cuenta que es un hombre caballeroso y tímido. Entro a casa y voy directa a la ducha, tengo los músculos cansados y algo doloridos por

las caídas que he sufrido. Tras la larga ducha, me caliento algo de comida y ceno viendo las noticias.

## CAPÍTULO 12

Al día siguiente, vuelve a mi mente la situación tan incómoda que experimenté ayer en el restaurante de Alexandr. Creo que él no sé dio cuenta de lo que sucedía, pero no tengo duda de que Elena sí que me vio a mí, como yo la vi a ella. Respiro hondo, es el principio de semana y no puedo permitir que me afecte tanto, aunque durante ese mismo pensamiento, ya me he jurado a mi misma que no volveré a pisar el Zhurkov. Lo siento por Olga. Mi estado de ánimo se refleja en mi ropa y elijo un vestido negro sin ningún adorno, junto a una chaqueta fina gris de lana para protegerme del frío de la mañana. Le he mandado un mensaje a Pyort avisándole de que saldré antes y que no venga a por mí. No comprendo cómo continuamos con esta situación. Echaré mucho de menos a Pyort, pero debo intentar continuar sin ninguno de los beneficios que me daba Alexandr cuando estábamos juntos y, definitivamente ahora sé que ya no lo estamos. Decido hacerme un sándwich para llevarme al despacho, así no perderé el tiempo subiendo y bajando plantas y me centraré totalmente en el trabajo. Esa ha sido a la conclusión que he llegado mientras me duchaba. Si me cargo de trabajo y me centro en él, no tendré tiempo para pensar en Alexandr y eso me hará los días más llevaderos.

Salgo decidida del edificio e inicio el recorrido hasta la oficina. Mi mente y mi cuerpo están inquietos, pero sé que a esa hora es muy poco probable que me tropiece con él. Subo hasta la planta 37 con mi nuevo método y como todavía la gente no ha empezado a llegar a sus despachos, no tengo que aguantar las malas caras. Abro mi despacho y me encierro sumergiéndome en el trabajo. Es lo que hago durante toda la semana, trabajo sin descanso y huyo de Alexandr para no tropezármelo. Alguna noche salgo a entrenar con Nikolái por los innumerables senderos de Clingendael y eso me hace desconectar un poco de todo. Mi vida va cogiendo equilibrio sin darme cuenta. Llevo unas rutinas determinadas y no me salgo de ellas. Tengo que estar feliz y no me puedo quejar. He recuperado a mis amigos con los que siempre puedo quedar, y sin quererlo, una sonrisa aparezca en mis labios cuando recuerdo la noche de Scheveningen dando vueltas como una peonza. Y, a pesar de todo, hay momentos en los que me siento muy sola. Mi corazón no se está recuperando tan fácilmente como había pensado que sucedería. Siento un enorme dolor en el pecho cada vez que estoy cerca de Alexandr.

El jueves por la mañana Katia viene a mi despacho con dos cafés y se sienta en el suelo conmigo. Sabe que mi semana no está siendo buena y me visita cada día con un café. Hoy, tumbadas en la moqueta del despacho, y con un gran pesar en mi corazón, decido contarle con desanimo y angustia lo sucedido el domingo en el Zhurkov. Ella asombrada levanta la mitad de su cuerpo del suelo y me mira con pesar.

—¡No es posible! —dice mirándome turbada —A él nunca le ha gustado Elena. ¿Lo has hablado con él?

—No hay nada de que hablar después de lo sucedido. No soy quien a estas alturas para

pedir explicaciones.

—En algún momento tendréis que hablar. Es tu jefe.

—De qué podríamos hablar ¿de qué cada vez que nos distanciamos aparece Elena en acción? —digo con un fuerte suspiro.

Nos quedamos en silencio hasta que el sonido de una llamada entrante del teléfono de sobremesa nos sobresalta. Katia se incorpora un poco y de rodillas se acerca a la mesa y exclama.

—¡Hablando del rey de Roma!

—Uff, no me apetece hablar ahora. Seguro que tiene una urgencia como que revise el número de láminas que tenían en las instalaciones en los años 80 o alguna simpleza suya —Katia vuelve al suelo y continuamos con nuestra deprimente charla —. De todas formas no sabe si estoy en alguna reunión, no tengo que estar disponible las veinticuatro horas del día para él.

—Conmigo no tienes que justificarte —comenta riendo Katia.

No pasan ni dos minutos cuando suena mi teléfono móvil. Es él, pero decido ponerlo en silencio e ignorarlo durante un rato. Hoy mi estado anímico es pésimo. Escuchamos sonar el teléfono de Helga, supongo que habrá ido a hacer fotocopias o estará ocupada con algo. Oímos la tormenta caer en el exterior del edificio, el cielo esta ennegrecido y las gotas de lluvia golpean violentamente el cristal de las ventanas. Un trueno rompe el silencio y las dos damos un pequeño grito rompiendo a reír de nuestro infantil comportamiento. Oímos pasos que se acercan con prisa y tras un inesperado golpeteo en la puerta se abre y nos pilla a Katia y a mi, tiradas en el suelo con la cabeza girada mirando hacia la puerta.

—¿Se puede saber qué hacéis en el suelo? —pregunta Alexandr con cara de pocos amigos desde el umbral de la puerta —Te he estado llamando y no atiendes el teléfono.

—He perdido un pendiente —contesto intentando levantarme lo más rápido que puedo.

—Tú nunca llevas pendientes —apunta levantando una ceja incrédulo.

—Por eso mismo, no me acordé que los llevaba —le contesto de rodillas todavía en el suelo palpando la moqueta.

—Yo ya me iba —susurra Katia mientras se acerca a la puerta.

—¡Cobarde! —le digo con disimulo.

Alexandr se hace a un lado y la deja salir tras echarle una miradita acusadora de arriba a abajo. Oigo que Katia saluda a alguien en el exterior y se marcha.

—Buenos días jovencita —levanto la mirada y veo en la puerta a Sophia, la abuela de Alexandr con una mirada risueña, todo lo contrario que Alexandr.

—Me ha pedido pasar a verte —comenta Alexandr huraño.

—Señorita, veo que sigue usted prefiriendo el suelo para trabajar.

—¡Oh! Discúlpeme, no sabía que estaba usted. Señora Zhurkov —digo con una sonrisa y me acerco a saludarla ignorando a Alexandr.

—¿Viene a tomar un té con nosotros? —pregunta con una sonrisa. Miro a mi alrededor para excusarme por el trabajo, cuando añade agarrándome del brazo —Vamos, venga con nosotros. Si mi nieto pretende que haga todo este trabajo es que se le ha ido completamente la cabeza. Coja su chaqueta, iremos a un sitio bonito.

Miro a Alexandr que levanta los hombros y no sabe que decir. Cojo mi chaqueta y el bolso y, tras avisar a Helga salgo junto a ellos y nos dirigimos al ascensor. Fijo la mirada aterrada a Alexandr, malditos ascensores. Cuando las puertas se abren nos cede el paso y tras nosotras entra Nikolái y Mijaíl que se colocan más retrasados. El último en entrar es Alexandr, quien, tras guiñar un ojo, aprieta el botón de la planta treinta, veinticuatro y dieciocho.

—Alexandr ¿se puede saber a qué juegas apretando todas esas plantas? —le riñe su abuela.

—Debo comprobar una cosa. No tardaremos nada —dice colocándose a mi lado.

El ascensor va deteniéndose en cada planta seleccionada y Alexandr disimuladamente se asoma al exterior apoyando levemente una de sus manos en la zona baja de mi espalda. Cuando se cierran las puertas en la planta veinte, se coloca detrás de mí, muy cerca, tan cerca que le siento pegado a mí. Me embriaga solo con su presencia. Suspiro soltando todo el aire de mis pulmones. Necesito alejarme de él.

En el exterior está cayendo un terrible aguacero y los peatones intentan resguardarse bajo las marquesinas de las paradas del tranvía o del autobús. El coche gira en dos ocasiones y se encamina hacia uno de los hoteles más lujosos de la ciudad. Es un señorial y antiguo hotel famoso por su servicio y su *High Tea*. Destaca su fachada amarilla entre el día tan lúgubre. Mijaíl para justo en la entrada y dos personas del personal del hotel se acercan a la puerta trasera del coche y tras abrirla, nos ayudan a resguardarnos de la lluvia torrencial que continua en esos momentos, cubriéndonos con dos paraguas. Nunca he tenido la oportunidad de estar allí, pero he oído hablar mucho de su servicio y su majestuosa decoración. Otra persona de servicio nos espera en la espectacular recepción, decorada con solemnes motivos de mármol beige y marrones. Nos conduce al salón principal que está maravillosamente decorado con diferentes mesas todas ellas con pequeños sillones magníficamente combinados con la decoración y tapizados en terciopelo suave. En el centro del salón una abertura que da luz al salón y se abre a la segunda planta con una grandiosa lámpara en el centro. Una vez acomodados los tres en una de sus mesas, Alexandr se disculpa y le pide a una persona del personal del hotel que le indique dónde puede hacer una llamada con tranquilidad. Sophia y yo comentamos la exquisita decoración y el ambiente tan principesco de su salón. Miramos la carta y cuando viene el camarero pedimos, antes de que Alexandr haya regresado de atender su llamada. Una vez nos han servido, Sophia decide empezar a tomar la infusión sin esperar a Alexandr.

—Siempre va liado con los negocios. Debería vivir más —comenta con una sonrisita mientras bebe un pequeño sorbo de su deliciosa infusión.

Hablar con la abuela de Alexandr es muy tranquilizador. Es una mujer elegante y con clase, pero nada soberbia. Es una gran dama, que ha recorrido mucho mundo, inteligente y cariñosa. Hablamos sin cesar hasta que Alexandr, con el teléfono en la mano, regresa y disculpándose comenta que debe regresar a la oficina. Ante la decepción que ve en los ojos de su abuela, propone que Nikolái se quede con nosotras y que disfrutemos del día en la ciudad. Nos

dice que él intentará unirse a nosotras en la comida en el Zhurkov más tarde. Lo miro sorprendido, pero antes de que pueda decir nada se acerca a Sophia y le da un cariñoso beso en su arrugada mejilla que hace que sus bonitos ojos azules vuelvan a resplandecer con fuerza. Con un gesto de cabeza se despide de mi rápidamente.

—¿Os habéis peleado? —pregunta sorprendida.

—Podríamos llamarlo así —respondo con una sonrisa e intento cambiar de tema —¿Qué le apetece hacer cuando acabemos la bebida hasta la hora del almuerzo?

Una vez terminamos el té con una interesante charla sobre el mundo del arte, cuando vemos que el cielo está despejando, decidimos acudir a uno de los mejores museos de toda Holanda que hay en la ciudad y han abierto después de algunos años cerrado acondicionándolo, el *Mauritshuis*. Vamos juntas caminando y charlando animadamente a pesar de la negativa de Nikolái, que nos aconseja que vayamos en coche.

—Nikolái, se ha quedado un día estupendo, permítanos respirar y disfrutar de los jardines de la ciudad —le dice sin hacer caso a sus recomendaciones.

A Nikolái no le gusta la idea pero tiene que ceder ante la insistencia de Sophia. Vamos caminando atravesando las calles hasta llegar al coqueto edificio que se encuentra a las espaldas de la enorme edificación que alberga el Parlamento de Los Países Bajos. Tras acceder, vamos recorriendo sus pequeñas salas que conservan su ambiente palaciego. Las estancias poseen paredes tapizadas con diferentes sedas, admirando las obras más representativas de su colección: entre ellas varias de Rembrandt y Vermeer, incluida la famosa “Vista de Delft” donde nos detenemos y examinamos la magnífica obra. Nunca podré cansarme de los colores tan intensos que utiliza Vermeer y voy explicándole con verdadera devoción cada una de las obras. Ambas disfrutamos de la visita y cuando terminamos, atravesamos Plein y nos encaminamos hacia el restaurante. Alexandr nos ha avisado, ya esta de camino para unirse al almuerzo.

Cuando entramos, enseguida nos acompañan al reservado donde ya se encuentra Alexandr sentado. Hablar de arte con Sophia me fascina, pero su nieto me hace sentir incómoda últimamente, así que antes de sentarme a la mesa intento escabullirme poniendo excusas de trabajo. Les digo que seguro que a ellos les apetecerá disfrutar de un almuerzo, juntos. Sophia insiste que debo quedarme, que su nieto es mi jefe y no cree que tenga problema a la hora de justificar estas horas de ausencia. Con una pequeña mueca Alexandr me insiste también en que me quede y comparta el almuerzo con ellos. La situación no es cómoda, pero la actitud de Alexandr no es arrogante como en otras ocasiones.

—Me ha encantado disfrutar de su visita guiada y ver el arte a través de sus ojos —dice Sophia cuando Alexandr le pregunta como lo ha pasado.

—Eso me dijo su nieto hace tiempo —le comento encogiéndome de hombros.

El almuerzo es muy agradable, aunque yo intento mantenerme en un segundo plano y Alexandr me observa a cada momento haciéndome sentir incómoda. Tras el postre decido que ya es hora de marcharme y agradeciendo su compañía me despido de Sophia. Ésta se levanta de su asiento junto a Alexandr y me da un delicado pero intenso abrazo en el que siento todo el cariño que su nieto me está negando en estos momentos. Alexandr se distrae un momento hablando con Nikolái y es cuando Sophia todavía abrazándome me dice en un susurro.

—Espero que mi nieto algún día se de cuenta de lo mal que lo esta haciendo y pueda volver contigo. Discúlpalo, es el cabezón de la familia.

Le doy las gracias por sus palabras de cariño y me despido de ambos, haciéndolo con un simple gesto de cabeza con Alexandr.

—Niko te acercará a la oficina —anuncia Alexandr.

—Gracias, pero no te molestes. Prefiero ir caminando, si voy cruzando por el centro llegare en menos de diez minutos —digo tranquila dejándolos atrás en su sobremesa.

Una vez en el despacho me vuelvo a meter en la vorágine de revisar y actualizar expedientes. Pasan un par de horas en las que intento adelantar todo el trabajo posible antes de marcharme a casa.

## CAPÍTULO 13

Los días van sucediéndose y por mucho que le dé vueltas a la cabeza, no encuentro la manera de arreglar mi relación con Alexandr. La única solución que veo es evitarlo a toda costa y continuar con mi vida.

Paso muchas tardes sentada, en uno de los bancos de Clingendael que hay junto al lago pensando sola. Me gusta ver como los árboles ya han terminado de extender sus ramas totalmente cubiertas de hojas verdes de nuevo y las flores brotan de un día a otro abriendo sus pétalos e impregnando el ambiente con un fascinante aroma. Estoy distraída con un café a mi lado cuando veo que Nikolái junto a otra persona se acerca adonde estoy.

—Hola

—Hola Nikolái —contesto poniéndome la mano sobre la frente cuando levanto la vista para cubrir mis ojos por la claridad del momento.

—No me has llamado para entrenar.

—Lo sé Nikolái, no he tenido una buena semana.

—¿Algo que yo pueda hacer? —pregunta imponente de pie frente a mí.

—¿Podrías retroceder en el tiempo?

—No puedo ayudarte en eso, pero te espero en una hora en el almacén. Si descargas adrenalina no te pasaras el día aquí sentada dándole vueltas a los problemas.

—Te lo agradezco Nikolái, pero he quedado con Jane.

—De acuerdo, os espero a las dos entonces. No me falles —dice antes de volver a iniciar la marcha junto a su acompañante.

Decido mandar un mensaje a Jane y ésta me llama en menos de un minuto.

—¿Qué es eso de que vamos a entrenar con Nikolái? ¿Tú estás loca? Ese tío es como un armario empotrado, si me sopla saldré volando —dice nada más descolgar con voz alterada.

—Tú me dijiste que querías saber más y que no te ocultara nada. Vamos, siempre te puede venir bien conocer cómo defenderte ante un armario empotrado y no tendrás que hacer nada que no quieras.

Llego adonde he quedado con Jane para terminar de recorrer el último tramo del trayecto juntas y mientras espero me fumo un cigarro apoyada en mi bicicleta ataviada con mi ropa de deporte. El ambiente todavía es fresco pero poco a poco las horas de sol van aumentando y la gente parece feliz, disfrutando de su tiempo libre.

—¿En serio que estás fumando antes de hacer deporte? —pregunta sorprendida.

—Tengo una mala semana —contesto intentando que olvide el tema.

Nos encaminamos con nuestras bicicletas para encontrarnos con Nikolái. Creo que Jane se divertirá y a mí me vendrá bien pegar alguna que otra patada contra el saco. Cuando llegamos y tocamos al timbre, un hombre con guantes y sudado nos abre la puerta. Le conozco, le he visto por aquí alguno de los días que he entrenado con Nikolái. Nos informa que Niko, como él lo llama, está en pleno combate con otro de sus compañeros. Pasamos y dejamos las bolsas con nuestras pertenencias a un lado. En el rostro de Jane puedo ver una mezcla de impresión, estupor y susto.

—Ya podrían haberle dado una manita de pintura al menos —indica mirando a su alrededor —Prométeme que si nos secuestran no permitirás que me suceda nada.

—Jane, puede que no sea como tu gimnasio, pero verás cómo es divertido y, nadie va a secuestrarte. Estamos con Nikolái —contesto frunciendo el ceño.

En ese momento, Nikolái balancea el cuerpo y le da a su contrincante una patada lateral que lo derriba y lo inmoviliza en el suelo. Jane mira asombrada y, asustada, pone en mi conocimiento que no va a permitir que le pateen el trasero. No puedo evitar sonreír con sus comentarios. Nikolái se quita las protecciones y baja a saludarnos.

—Hola —saluda Jane con una sonrisa forzada —Tessa se ha empeñado en que aprenda defensa personal. Quiero dejar claro que se me ha obligado a venir y para que conste donde proceda, no estoy dispuesta a que nadie me de patadas como la de hace unos instantes.

—De acuerdo —contesta Nikolái con una mueca inocente.

Mi relación con él ha cambiado totalmente y aunque siempre que tiene ocasión trata de impedir que vaya por la ciudad sola, me está ayudando a entrenar y no pensar en mi problema con Alexandr. Ya me dejó claro en la última sesión que mis entrenamientos con él se trataban de algo estrictamente personal y que Alexandr no tenía constancia de ello. Siempre entrenamos en su tiempo libre. Nos acercamos a unas colchonetas y empezamos a explicar un par de conceptos a Jane, que mira asombrada como agarro a Nikolái en un momento de la explicación, y con un movimiento rápido de pierna lo desestabilizo y cae al suelo.

—Jane, el truco está en tener una actitud mental correcta y enfocada a tu oponente. Mira. Haz como yo, reparte el peso entre tus dos piernas. Las rodillas y caderas deben estar relajadas de manera que puedas balancearte de atrás a delante. ¿Ves? Lo haces muy bien. Ahora piensa que Nikolái va a atacarte. ¿Qué harías?

—¿Salir corriendo? —dice en tono jocoso.

—Piensa que no puedes correr. Vamos, atácale —digo animándola.

—¿Pero tú te has vuelto loca? —dice indignada —¿Cómo voy a osarme a poner la mano encima a un armario como este? Discúlpame por lo de armario —dice observando la reacción de Nikolái.

—Vamos, no le haré nada señorita —dice Nikolái con una pequeña sonrisa y la anima —Atíceme fuerte. ¿No recuerda ningún momento en el que la molestara?

—Recuerdo muchos Nikolái pero... ¿No hay nadie más pequeño con el que pelear? —

pregunta.

—No, venga. ¡No seas gallina! Aquí vale todo; puñetazos, codazos, patadas, mordiscos, cabezazos,...todo lo que se te ocurra —le digo riendo y animo a Nikolái a que me ataque — ¿Ves?

Él se acerca a mi por detrás y me agarra del cuello. Rápida lanzo mi codo hacia atrás y haciendo un giro rápido agachándome, lo desestabilizo y lo hago rodar hasta el suelo. Nikolái se levanta y va directo hacia ella sin mediar palabra. Jane, cuando lo ve inclinarse hacia ella, suelta un grito, lo golpea con el puño en el estómago y le da una patada en la espinilla. No puedo parar de reír cuando la veo retorcida bajo los brazos de Nikolái. La ayuda a ponerse de pie de nuevo pidiéndole disculpas y le ayuda a corregir postura y reacciones. Cuando me ausento para ir al servicio y vuelvo, veo que Jane va avanzando y acompañando sus movimientos va recitando:

—Movimientos rápidos, golpes fuertes, cortos y...—gruñe mientras se gira, desestabiliza a Nikolái, que rueda en el suelo y Jane triunfante coloca un pie sobre el estómago de Nikolái — ¡Y movimientos lo más naturales posibles! Discúlpame Nikolái

—¡Eso es! —le digo alzando mis manos y chocando las palmas de mis manos con las suyas.

—Madre mía, que bruta soy. Disculpa Nikolái —le dice con una mueca.

Decidimos hacer un descanso cuando el marido de Jane la llama para ver si van a ir al cine como habían quedado. Y cuando se vuelve a unir a nuestra conversación estamos sentados en el suelo hablando de armas de fuego.

—Nunca me he encontrado en esa situación pero yo siempre le pediría a mi compañero que disparara contra mí. Ante una situación límite se podría neutralizar a la otra persona con un disparo a través de uno mismo —digo sentada en el suelo con las piernas cruzadas bebiendo agua.

—Esa solución es complicada, ambos deben confiar el uno en el otro y el que dispara tiene que tener una precisión intachable o podría matarlo por milímetros ante un pequeño movimiento —objeta ante mis palabras sentado él también en el suelo.

—¿Pero vosotros os estáis escuchando? Se os va la cabeza, como podéis estar hablando de dispararos el uno al otro —dice sorprendida —Me marchó al cine chicos, haced el favor de cambiar de conversación, no me gusta nada las cosas que decís.

Me levanto y doy un fuerte abrazo a Jane, me ha encantado compartir esta tarde con ella. La acompañamos hasta la puerta y Nikolái y yo decidimos continuar un rato más, nos hemos quedado solos y colocándonos las protecciones subimos a pelear. Al principio empezamos tranquilos pero vamos incrementando el ritmo. Voy notando que Nikolái tiene mayor resistencia física que yo, aunque la contundencia y el aguante de los golpes, no se pueden llegar a equiparar, pero soy bastante rápida. Hay momentos en los que veo miradas de asombro ante mis envites o movimientos y acabamos en una lucha dura y reñida. Caemos al suelo, pero nos volvemos a levantar con rapidez hasta que una de las veces, me tira al suelo y sujetando uno de mis brazos por el hombro y el codo, le pido que pare mientras respiro con dificultad. No puedo más, él se deja caer a mi lado y me doy cuenta de que lleva sangre en el labio.

—¡Oh! Nikolái lo siento, mi intención no era darte tan fuerte —digo preocupada desde el suelo sin poder moverme por el intenso ejercicio hecho.

—No te preocupes. Eres muy buena —contesta contento y orgulloso.

—Gracias, viniendo de ti es todo un halago. Pero no puedo ni respirar, creo que me voy a quedar aquí a dormir —le digo riendo sin poder moverme, bastante magullada por los golpes.

—Vamos, levanta, se ha hecho tarde. Te acompañaré a casa. Deberías dejar de fumar, si lo haces estoy convencido de que la próxima vez me darás una lección —dice serio extendiendo su mano para ayudarme a levantarme —Te acompaño a casa.

—Un día de estos lo dejaré. Algún día —contesto levantándome del suelo.

Nikolái siempre es muy respetuoso y prudente, nunca pregunta ni dice nada en relación al poco entendimiento que estoy teniendo con Alexandr, pero hoy cuando nos despedimos en la puerta lateral de mi edificio ante mi asombro dice:

—Creo que el señor Zhurkov la echa de menos y todos nosotros también —dice algo sofocado —Espero que algún día puedan solucionar sus diferencias.

Le doy las gracias a Nikolái por sus palabras y tras una reconstituyente ducha me meto en la cama y me duermo con sus palabras dando vueltas en mi cabeza.

Se me ha hecho tarde y entro corriendo a la recepción tras asegurar mi bicicleta en el exterior. Voy tan alterada intentando no llegar tarde que casi me doy de bruces con Alexandr junto a los ascensores.

—Buenos días señorita García.

—Zhurkov —respondo simplemente con un gesto de cabeza.

—¡Madre mía! Tessa ¿qué te ha pasado en el mandíbula? ¿te encuentras bien? —pregunta con voz preocupada.

—Sí, no ha sido nada. La próxima vez ganaré yo —digo con una medio sonrisita mirando a Nikolái que también lleva indicios del entrenamiento de ayer.

Alexandr me observa tan detenidamente que me pone nerviosa y luego observa a Nikolái sin decir una palabra. Finalmente decide.

—Acompáñanos. Parece que vengas de un campo de batalla, subiremos haciendo paradas —dice dejándome paso para que entre con ellos al ascensor.

—¿Y tu cómo has sabido lo de mis paradas en las plantas? —le pregunto con curiosidad recordando que ya lo hizo una vez.

—Nunca desvelaré mis fuentes —dice guiñándome un ojo y contestando una llamada de teléfono.

Sonrío para mis adentros, hoy parece que está más comunicativo y risueño que otros días a pesar de no dejar de observarnos a Nikolái y a mí. Espero que su buen humor continúe durante la semana.

## CAPÍTULO 14

Esta semana se celebra el “Día del Rey”. Es un día festivo donde los ciudadanos de los Países Bajos celebran el cumpleaños de su monarca. Todos en honor al país nos vestimos de color naranja y se sale a la calle con gran ambiente festivo. Los canales se llenan de barcas, con personas celebrando por todo lo alto el cumpleaños del Rey y beben a su salud. Este año hemos planificado salir un rato por el centro de la ciudad y luego asistir a una fiesta al aire libre que se celebra en el centro. Tengo que buscar donde guardé el año pasado mi peluca naranja para acompañar con el atuendo. Este año la fiesta cae jueves y el viernes tendremos que ir a trabajar. El hecho de trabajar al día siguiente nunca ha preocupado a nadie, pero hemos decidido tomárnoslo con calma esta vez que se unen a nosotros Katia y dos de sus amigas.

A última hora del miércoles se ha programado una reunión en la galería para, según he oído, comentar cosas que quedaron pendientes con el proyecto de Zhurkov. Así que el miércoles a las cuatro de la tarde nos encontramos sentadas en la sala de reuniones de la galería impacientes por terminar la jornada e irnos a descansar a casa para disfrutar al día siguiente.

Alexandr llega justo a la hora, creo que es la persona más puntual con sus compromisos que conozco. Va impecable a pesar de que ya es tarde. Su traje no tiene ni una sola arruga y su rostro no muestra en ningún momento un solo signo de cansancio. No voy a negar que intento no mirarlo, pero no lo consigo. Ese aura atrayente y ese aroma que desprende no solo consigue que mis hormonas se revolucionen, Alexandr solo con su presencia hace que sea feliz. Siento una paz en mi alma que nunca había conocido. Debo tener cara de boba mirándole porque Jane me da un pequeño codazo y susurra.

—Tierra llamando a Tessa. Haz el favor de disimular un poco que está mirando como babeas por él.

No puedo evitar sonreír sonrojándome. No lo había visto en todo el día y mi cuerpo cuando no lo ve, siente la necesidad de poder conectar con él en algún momento y cuando lo ve, se relaja.

La reunión no dura mucho, quiere que ampliemos un poco el proyecto que empezamos e intentemos cerrar contratos sobre algunas obras y artistas que quedaron pendientes. La idea me parece genial, podré volver a disfrutar de nuevo del trabajo que gusta. No creo que hubiera encontrado una forma mejor de terminar el día, bueno sí, que volviéramos a hablar y volver a sentir esa cercanía y cariño que siempre me daba. Aunque esta propuesta a la que más beneficia es a mí ya que significa volver a pasar mucho tiempo con él y eso me ha dado una dosis de gran optimismo.

El “Día del Rey” me levanto temprano. Las chicas hemos quedado en casa para organizar el

día y preparo algo para el desayuno que ayer a última hora compre. Poco a poco van llegando, y entre unas y otras nos vamos preparando. Yo tengo en mitad del salón una pequeña caja con varias pelucas naranjas, tiaras de princesas e incluso cintas de raso. Jane se ha hecho con un pintañas naranja y empezamos a pintarnos unas a otras. Ese día es para ir cómodas y la camiseta naranja con una corona dibujada infantilmente en el centro la combino con una peluca naranja y una corona de princesa en la cabeza. El ambiente está muy animado y al final nos retrasamos para llegar al centro. Aquí hemos quedado con el marido de Jane, Hans y algunos amigos para almorzar y visitar todos los puestos que sacan este día a la calle. Hemos tenido que dejar las bicicletas bastante alejadas, pero no nos importa. Está haciendo un fantástico día con el cielo azul y despejado de nubes. Vamos comiendo todo tipo de alimentos que la gente hace ese día en sus hogares y luego vende en pequeños puestos en la calle. El centro de la ciudad está totalmente saturado pero conseguimos comprar comida para llevar y comer sentados en el borde del Hofvijver<sup>6</sup> con las piernas colgando sobre el lago, admirando el ambiente del parlamento. Esa misma tarde se ofrecerá un concierto y el escenario ya está totalmente instalado sobre el agua del lago. La gente está animada y hay música por toda la ciudad que disfrutamos mientras comemos nuestro almuerzo. Los patos se acercan nadando hacia donde estamos situados para que les demos algo de comer, es un ambiente totalmente festivo. Tras pasear un buen rato, decidimos sentarnos en una de las terrazas que hay en el centro. Desde donde estamos sentados, se puede ver perfectamente a lo lejos la puerta del Zhurkov, y Katia pide que vayamos un rato a una de las salas contiguas al Zhurkov, donde sabe que se celebra una gran fiesta especial en las diferentes pistas. Yo no he vuelto a ir desde que Serguei me acorraló en los servicios, pero no me opongo y decidimos que cuando terminemos nuestra consumición, nos acercaremos un rato para bailar. Pasa el tiempo y vemos que uno de los coches de Zhurkov aparece y Elena desciende frente al restaurante, Mijaíl le abre la puerta y entra decidida y coqueta. Sin darme cuenta me he quedado sin aliento, no puedo respirar. Eso confirma que están juntos. Lo del otro día no fue un hecho aislado, y todo el entusiasmo y alegría que llevaba desaparecen al instante. Katia al darse cuenta me dice en un susurro sentándose a mi lado y abrazándome con uno de sus brazos.

—No te precipites. Créeme que nunca le ha gustado Elena. En cierta ocasión estuve en una discusión que tuvieron Alexandr y su hermano, y él dejó bien claro que nunca sentiría nada por ella. Hizo hasta un comunicado. Respira y estate tranquila.

—¿Me acompañáis al servicio? —les pregunto con un nudo en la garganta. Creo que en cualquier momento voy a empezar a llorar y me conozco, en el momento se me escape la primera lágrima, no voy a poder pararlo.

Nos ponemos en la cola de los servicios que es tan larga que llega hasta el exterior del local, aunque va avanzando poco a poco. Jane y Katia intentan animarme pero cuando ya me veo reconfortada en un espacio más privado dentro de los servicios, empiezo a boquear y las lágrimas empiezan a caer por mis mejillas. Ya no puedo soportarlo más, él ha rehecho su vida y yo seguía manteniendo la ilusión de que volviéramos a estar juntos, y más después de lo que pasó ayer. No puedo respirar y el vacío que siento en mi pecho cada vez se hace más grande ahogándome mientras lloro, y lloro sin poder detener el llanto. Mi alma se está rompiendo en mil pedazos y creo que no voy a poder soportarlo. Jane me mira con lágrimas en los ojos sintiendo mi dolor y desesperación.

—No puedo más Jane. Esto me está consumiendo y me duele. No puedo más, quiero que

este dolor desaparezca, necesito que se vaya —digo llorando desconsolada sobre su hombro.

Jane me abraza acariciándome la espalda y pidiéndome que me calme con dulces palabras. Katia, al contrario, la veo llorar y no sabe cómo reaccionar hasta que desaparece de los servicios. Pasan los minutos y Jane no consigue que me calme cuando vemos a Katia que regresa con una botella de vodka.

—Bebe —me ordena abriendo el tapón y pasándome la botella.

Las tres acabamos bebiendo de la botella, provocando sonoros carraspeos cada vez que la fuerte bebida desciende por nuestras gargantas. Poco a poco voy recuperando el aliento y mis lágrimas dejan de recorrer mis mejillas.

—¡Necesitamos bailar! —sentencia —Tienes que olvidarlo o esto te destrozará, cuando antes encuentres otro hombre antes podrás superarlo.

Jane y yo la miramos sorprendidas por sus palabras. Según nos cuenta, su experiencia es que cuanto menos tiempo dejas instalarse la tristeza en tu corazón, más rápido es posible olvidar a la otra persona. Confusas y decididas tras sus explicaciones a hacerle caso, y tras bebernos más de la mitad de la botella de vodka, salimos al exterior y avisamos al resto que nos vamos a beber y a bailar.

Pasamos por el lateral del Zhurkov y eso provoca que mi cuerpo empiece a temblar, pero en todo momento estoy arropada por mis dos grandes amigas. El portero al vernos nos deja pasar enseguida y nos dirigimos a la barra nada más llegar.

—Tres chupitos de vodka —grita Katia al camarero sacando un billete de su cartera. Cuando nos los sirven y nos da uno a cada una, grita para que la oigamos — ¡Por un nuevo comienzo!

Brindamos por todo lo que conocemos; por los desamores, los nuevos amores, las oportunidades, las despedidas, los viejos tiempos, los malos, llegamos incluso a brindar por el creador del vodka cuando ya no nos quedan otros motivos para hacerlo. Ellas me animan, pero no pueden evitar que en un momento de la noche vea a Alexandr subir las escaleras del reservado junto a Elena y otras personas. Es cuando Katia, para que no me vuelva a aparecer el desazón, tira de mi mano y nos lleva en mitad de la pista donde se encuentra una pequeña tarima. Ni corta ni perezosa, y supongo que influenciada por la gran cantidad de alcohol que hemos consumido, se sube a la tarima y empieza a contornearse al ritmo de la música. No pasan ni dos canciones cuando la seguimos a la pista riendo. Dos hombres suben y bailan con nosotras cuando alguien me coge del brazo y de un pequeño tirón me gira hacia él.

—¿Sé puede saber qué estás haciendo? —pregunta Alexandr pegando sus labios a mi cuello.

—Divirtiéndome y bailando —digo soltando mi mano.

—Te estás pasando. Creí que después de ayer...—dice serio.

—Tú eres el que se ha pasado —interrumpo con rabia —Te ha faltado tiempo para tirarte a los brazos de Elena —digo borracha y totalmente despechada.

—Pero, ¿qué estás diciendo? No saques conclusiones precipitadas. ¿Vas a coquetear con toda la pista de baile? —pregunta serio.

—Puede que sí, puede que no, depende de cómo continúe la noche —contesto cabreada. No

puedo controlar mis sentimientos y le digo con rabia —Ambos sabemos que no sientes nada por Elena.

—Puede que mis gustos hayan cambiado —contesta enfadado —Te comportas como una cría.

Alexandr se gira y se marcha hacia la puerta de la salida, junto a él veo pasar a tres de sus hombres incluido Nikolái que me hace un gesto de desaprobación con la cabeza y una mirada acusatoria. Más triste que enfadada por sus palabras, bajo de la tarima y me acerco a la barra más cercana.

—¿Estas emborrachándote para olvidar? —pregunta serio Hans a mi lado. Se ha acercado tras verme discutir con Alexandr acaloradamente.

—Supongo, creía que no dolería tanto, pero créeme que duele, duele mucho.

—¿Y vas a seguir bebiendo? Vamos, te llevaré a casa, estás borracha.

—No, creo que todavía no estoy lo suficientemente borracha, todavía puedo sentir el hueco en mi corazón. Todavía no es momento de dejar de beber.

—Por supuesto que sí que has terminado. Puede que ahora no estés borracha, pero en quince minutos cuando toda esa enorme cantidad de alcohol que has ingerido llegue a la sangre no vas a poder moverte. Vámonos de aquí.

No recuerdo nada más hasta que dejo de oír ruido a mi alrededor y unos fuertes brazos me cogen con facilidad al perder el equilibrio subiendo unas escaleras.

Casi no puedo abrir los ojos del dolor que tengo de cabeza, aunque no hay mucha claridad. Giro un poco la cabeza para darme cuenta de que estoy en el salón de Hans. Las escaleras eran los escalones de la entrada su casa, estoy durmiendo en su sofá, tapada con una manta y a mi lado tengo sobre una mesa auxiliar un gran vaso de agua y una botella sin abrir. En el suelo hay varias bolsas abiertas de plástico, supongo por si tengo que vomitar. Ha tenido la delicadeza de dejar echadas las cortinas y me ha dejado una nota avisándome de que tenía una reunión, y que duerma lo que necesite. Ha mandado un mensaje a Jane para que informe a recursos humanos que hoy no acudiría a mi puesto de trabajo por estar indispuesta. Sigo unos minutos tumbada en el sofá hasta que todo el alcohol ingerido pero no digerido se abre paso a través de mi garganta y tengo que ir corriendo al cuarto de baño. Todo mi cuerpo se mueve descontrolado con las arcadas que estoy sufriendo. Esto tengo que pararlo, no puedo permitir que cada vez que Alexandr me haga daño, acabe borracha en su discoteca. Es horrible como me siento, pero no solo físicamente, creo que me encuentro peor psicológicamente por el sentimiento de soledad y descontrol. Vomito en varias ocasiones y cuando creo que ya no queda nada en mi organismo decido ducharme y ponerme una camiseta limpia que cojo del armario de Hans. Le mando un mensaje a su teléfono.

*“Gracias por lo de anoche. Me voy a pasar la resaca y la humillación a casa. Necesito pensar y encontrarme conmigo misma de nuevo. Te he cogido una camiseta. Ya hablamos. Besos. T”*

Salgo a la calle y decido volver a casa caminando. En el ambiente se nota la resaca de la

fiesta del día anterior, pero la ciudad ha vuelto a casi una total normalidad. Paro en la cafetería y no solo compro un enorme *cappuccino* para llevar, también compro una sopa de espárragos que veo anunciada en la pizarra exterior como sopa del día. Cargada con la bolsa solo me detengo para comprar tabaco y camino despacio por la ciudad hasta llegar a casa. Siento que he echado todo a perder y con un dolor que me atraviesa el alma llego a mi edificio.

Una vez dentro, Marc me pregunta por mi bicicleta y es cuando recuerdo que la dejamos cerca del centro, este fin de semana tendré que ir a por ella. Ya ha desaparecido de la decoración del edificio todo rastro que denotara el día festivo de ayer y subo hacia mi apartamento. ¡Qué ganas tengo de sacarme las zapatillas y tumbarme en el sofá! Antes de poder hacerlo mi estómago me recuerda los excesos de la noche anterior y vomito varias veces más. Una vez acomodada en el sofá y ataviada con mi pijama calentito de pequeñas flores, y con un vaso de agua en la mesita, el teléfono y el mando de la televisión todo estratégicamente colocado, leo los mensajes del móvil. Tengo varios, entre ellos uno de Jane en el que me informa que Alexandr ha pasado por la galería y según ella, le ha dejado las cosas bien claras. Vuelvo a leer el mensaje y temo lo que Jane le haya podido llegar a decir a Alexandr. Katia también manda un mensaje cuando cree que ya he podido despertarme maldiciendo todo el alcohol que consumió el día anterior y apuntando que he sido una chica lista al quedarme en casa con el resacón de turno. Les contesto a todos y pongo el teléfono en silencio acurrucándome en un lateral del sofá y me quedo fijamente mirando mi precioso cuadro que tengo colgado en el salón. Sin darme cuenta el cansancio invade mis ojos y caigo en un profundo sueño.

Me despierto en varias ocasiones, pero me vuelvo a acomodar en el sofá y sigo durmiendo hasta que oigo que alguien toca a la puerta y eso hace que me estire y finalmente me levante para ir hacia la puerta.

—¡Ya voy! —digo caminando hacia a la puerta dejando la suave manta en el sofá.

Giro la llave y abro la puerta sin mirar por la mirilla.

## CAPÍTULO 15

—¿Qué estás haciendo aquí? —pregunto confundida. Mi ritmo cardíaco ha pasado de cero a cien en solo dos segundos.

—Tenemos que hablar —dice Alexandr apoyado en el quicio de la puerta.

Instintivamente doy un empujón a la puerta e intento cerrarla sin decir nada, con la mala fortuna de que Alexandr, es rápido en reflejos y pone el pie e impide que se cierre.

—Alexandr, no me apetece hablar, mi estómago no está en condiciones —digo seria cuando veo que pasa y cierra la puerta tras de sí.

—¿Desde cuándo hablas con el estómago? —pregunta con poca gracia, y ante mi mueca de asco por su comentario, añade —Sí ayer no te hubieras bebido todo el alcohol que encontraste a tu paso hoy no estarías así.

—Eso a ti ni te va ni te viene, no eres nadie para opinar de mi vida —le digo escupiéndole las palabras con rabia.

—Por mí puedes beber hasta reventarte el hígado, pero preferiría que no lo hicieras —dice observándome detenidamente —¿Puedo pasar?

—No, no puedes pasar. Ya he avisado a recursos humanos que no me encuentro bien. Tú no tienes porqué venir a mi casa, o ¿es que me traes trabajo para adelantar?

—¿Me estás hablando en serio? ¿A eso hemos llegado? —pregunta ofendido pasándose una mano por la nuca.

—¿Qué es lo que quieres ahora? —pregunto girándome y mirándole a los ojos desafiante.

—Quiero que solucionemos esta situación. ¡Madre mía! ¿Por qué eres tan cabezota? —brama ante mi sorpresa.

—¿Qué situación? Ya no hay ninguna situación entre nosotros, soy una simple trabajadora que trabaja para ti y a eso me estoy ciñendo —espeto. Mi cabreo va en aumento.

—Sabes que nunca has sido solo eso —contesta suspirando.

—Vamos, di. Di todo lo que tengas que decir y vete de aquí porque ya nada de lo que digas podrá hacerme daño.

—Yo nunca he querido hacerte daño.

—Pues lo has hecho, si tus gustos han cambiado, no me los restriegues por la cara para hacerme daño.

—¿Te refieres a Elena? —me pregunta irónico.

—Sííí —le escupo plantándome ante él.

—Sabes que con Elena no hay nada, Tessa —dice suspirando intentando calmar la situación.

—¿Y por qué ayer lo dijiste? —le digo llorando de la rabia.

—Yo no dije nada de eso. Y si alguien tiene que quejarse de algo... ¿Qué hacías tu bailando con todos los hombres de la sala?

—¡Estaba borracha por tu culpa! —grito sin poder contenerme.

—A mí no me echas la culpa de que bebieras. Sé responsable de tus actos.

—Eres un tirano —exploto —Te pedí perdón de todas las formas que supe y me humillaste. Lo siento, no supe hacerlo de otra manera, ya te lo dije, me encantaría habértelo dicho antes pero no lo hice, no puedo cambiar el pasado. Sé todo lo que debí contarte, lo sé, ya te lo he dicho mil veces, pero... ¡Madre mía! —exclamo llevándome las manos a la cabeza —Me descubrí por ti, para que nadie sufriera. Destrocé mi vida y te perdí por protegerte y lo hice sin pensar. Pero tú no ves nada de eso. Eres un cabezón que no ve que arriesgué lo que más quería y lo perdí, y ¿sabes? Lo volvería a hacer, no hubiera podido dejar allí a Pyort y Nikolái. Lo siento, siento no ser una sosa princesa que no se sabe valer por sí misma. ¿Crees que no me dolió tener que marcharme? ¿Cómo crees que me sentí dejando atrás mi vida, todo lo que más quería? ¿Cómo crees me sentí al escuchar que me llamabas cuando entraron a Nikolái a urgencias? ¿Cuando me dijeron que había muerto? Y yo sentí que mi corazón se partía en pedazos por no haber podido protegerlo mejor. Joder, ¿por alguna extraña razón te has parado a pensar en todo lo que yo deje atrás? —las lágrimas ya corren libremente por mis ojos —Me sentí morir. ¿Alguna vez has podido pensar ni por un segundo cómo me sentía estos meses? ¿El miedo que he pasado? ¿Lo mucho que te echaba de menos y lo difícil que fue para mí irme para que a ti no te pasara nada?

—Fui a por ti —dice rompiendo el silencio que reina tras mis últimas palabras —No descansé hasta que te encontré y fui a por ti.

—¿Para luego tratarme con arrogancia? —pregunto más serena.

—¿Con arrogancia? Cuando te volví a ver, estaba tan nervioso que hasta temblaba. Temía cada maldito día que te pudiera pasar algo y yo no te pudiera proteger. Y cuando me viste, te quedaste quieta —su rostro refleja indignación.

—Tenía miedo —contesto escuchándole por primera vez desde mi regreso. No entendía como no se había dado cuenta antes —Miedo de todo, de que no fuera real, de perderte, de todo...

—Pues te abrazaste a todos y cada uno del personal de mi equipo —dice con sorna —Y cuando llegamos a casa no fuiste capaz de esperar y te dormiste. ¿Tan poco te interesaba?

—Estaba aterrada, cansada de tanta tensión y tanto miedo pasado. Habían matado a mi compañero...

—Te marchaste al día siguiente sin decir nada... —susurra.

Cada uno estamos a un lado de la estancia. Ya no decimos nada, parece que ya hemos chillado todo lo que nos molestaba el uno del otro y es como si estuviéramos analizando y canalizando toda la información recibida, que desconocíamos. Nuestras respiraciones se van

acompañando y nos miramos el uno al otro fijamente sin decir nada.

—Lo siento —dice rompiendo el silencio.

—Lo siento —contesto absorta en su mirada.

Despacio, empieza a recorrer la corta distancia que nos separa. Las fuerzas empiezan a flaquearme y un fuerte calor empieza a recorrer mi cuerpo. Nuestros cuerpos están casi pegados, el silencio es absoluto. Solo se oyen nuestras respiraciones e incluso temo que escuche mi acelerado corazón. No puedo dejar de estremecerme cuando se inclina para besarme con sus suaves y cálidos labios con auténtica ternura. Respondo a su beso con un ardiente deseo contenido durante los últimos meses. Mi deseo por Alexandr va más allá de la lógica. Sus labios besan los míos fundiéndose y agarrándose por la cintura, tira de mí y junta totalmente nuestros cuerpos. Me empuja contra la pared del salón dejándome atrapada entre la pared y su cuerpo. No podemos parar algo que parece que ambos hemos estado deseando todos estos meses. Nuestras respiraciones se acompañan y tras abrir los ojos y ver una amplia sonrisa en su rostro le pregunto:

—¿Qué pasa ahora?

—Dos cosas. La primera es que ha sido una verdadera tortura pasar todo este tiempo lejos de tus labios y de tu cuerpo —dice seductor.

—¿Y segundo? —pregunto intrigada.

—Me encantan tus pijamas de abuela —dice riendo mientras me sujeta la cara con las manos y roza mi nariz con la suya — Aunque te prefiero con uno de los míos puestos.

Levanto una ceja y no puedo evitar que se me escape la risa. Alexandr me pasa una mano por la cintura y me levanta obligándome a rodear sus caderas con las piernas. Me lleva en brazos al dormitorio y allí los dos nos dejamos vencer por el cariño y la pasión que sentimos el uno por el otro reprimida durante este tiempo de separación.

A la mañana siguiente cuando abro los ojos, despierto entre sus brazos. Me abraza como si no quisiera que me separara de él. Me giro sobre sus brazos y lo veo despierto observándose.

—Buenos días —dice con voz ronca.

—Buenos días ¿Qué haces? —le pregunto desperezándome mientras sigue escudriñándose con la mirada. Esto hace que me ponga nerviosa.

—Sólo te contemplo. Esa bonita naricita —dice con una media sonrisa dándome un pequeño toquecito con uno de sus dedos en la punta de la nariz.

—¿No me digas que ahora vas a dedicarte a decir cursiladas? —le digo sorprendida por sus gestos. Este no es el Alexandr que yo conozco.

—No me has dejado terminar, vas acelerada ya de buena mañana. Esa bonita naricita que es la que deberías utilizar para que esos roncós sonidos no salgan de esa garganta y no me dejen dormir —concluye con una amplia sonrisa.

—¡Venga ya! —digo riendo y retorciéndome cuando empieza a hacerme cosquillas —¡Para! ¡No hagas eso!

—No voy a parar, tu risa es adorable.

—En serio, para. Tengo que levantarme, tengo muchísima hambre —le digo poniendo un triste puchero —Ayer me pase el día vomitando.

—¡Vaya! Eso sí que ha sonado de lo más romántico —dice socarrón a horcajadas sobre mi cadera levantando una ceja —¿Quieres que te prepare café?

—Imposible, se me olvidó hacer la compra y no tengo de nada.

—Vayamos a mi casa. La señora Cherkessov seguro que es feliz de prepararnos algo para desayunar. Ha estado desanimada estos meses sin tener a nadie para quien cocinar.

—No, espera. Dame veinte minutos y voy en bicicleta al supermercado y vuelvo ¿qué te apetece desayunar? —pregunto impaciente.

—¿Puedo acompañarte?

—Está bien, pero date prisa. Tengo mucha hambre —insisto poniendo cara de desvalida.

A los pocos minutos los dos bajamos por el ascensor mientras Alexandr toquetea su móvil. Salimos del edificio animados y felices. Alexandr pasa uno de sus brazos por mis hombros y me acerca a su cuerpo, mientras yo le voy dirigiendo caminando hacia una plaza cercana donde se encuentra un supermercado y algunos establecimientos.

—Por cierto ¿dónde está tu comitiva? —pregunto cayendo en la cuenta de que es extraño no verlo rodeado de sus hombres.

—Vine solo. Pero no te preocupes, enseguida estarán aquí —dice guiñándome un ojo con una pequeña sonrisa.

Una vez hemos llegado a la plaza, Alexandr ve que hay una pequeña mesa en la única cafetería de la zona y agarrándome de la mano tira de mí para que nos sentemos en ella. Es una cafetería que por lo que me he podido fijar cada vez que acudo al supermercado, está siempre llena de gente mayor que se sientan en su terraza en los días que hace buen tiempo, para disfrutar del sol y la compañía de amigos. Sus paredes son de cristal, así que deja al descubierto los succulentos dulces expuestos en sus numerosas vitrinas.

—¿No tenías hambre? —dice separando una de las sillas.

—Sí

—Pues desayunemos tranquilamente aquí. Hoy hace un día espléndido, aprovechemos el sol que hace en la terraza. Luego compraremos lo que necesites.

No pasan ni dos minutos cuando veo a Nikolái aparecer con Mijaíl por una de las entradas a la plaza. Vienen directos hacia nosotros y cuando están a nuestro lado nos saludan.

—Señor Zhurkov, señorita García —dice Nikolái serio aunque puedo vislumbrar una pequeña sonrisa en sus labios.

—Iré a pedir dentro —digo levantándome.

—Espera —me pide Alexandr agarrando mi mano —Yo puedo hacerlo.

—Lo sé, pero seguro que tenéis que deciros algo y así yo puedo babear en las vitrinas mirando todos esos pasteles —contesto decidida y haciéndole un guiño riendo a Nikolái, le digo

—¿Sabes? Yo también puedo protegerlo.

—Lo sé señorita, pero es mi trabajo y me gusta hacerlo a mí.

Entro en el establecimiento y pido un café grande para mí, un té para Alexandr, yogurt con muesli y semillas, y dos *appelflappen*<sup>2</sup>. Miro en otra de las vitrinas y veo *cupcakes* veganos de zanahoria y coco, pido que sirvan también uno. Definitivamente mi estómago me pide comida, aunque intento contenerme. Le indico la mesa en la que estamos y salgo a sentarme junto a Alexandr que acerca mi silla a la suya.

—¿Tienes algo que hacer hoy? —pregunta Alexandr cariñoso —¿Tienes que acudir a la galería?

—No, por alguna extraña razón alguien ha cancelado la obligación de impartir el taller de hoy. Solo tengo que ir a por mi bicicleta que se quedó aparcada en el centro el “Día del Rey” y ayer no fui a por ella. Espero que no me la hayan robado —comento preocupada cuando recuerdo la zona donde la dejé.

—A ver si tenemos suerte y ese inseguro y peligroso medio de transporte que usas ha desaparecido —dice tomando un sorbo de su té.

Me giro y lo miro asombrada y ofendida por lo que acabo de escuchar.

—¿Estás hablando en serio?

—Bueno...sí y no. Pero reconoce que deberías cambiar ese viejo trasto —dice arrepentido cuando ve la desilusión en mi mirada.

—Un día de estos lo haré. Reconozco que le tengo que dar un descanso, aunque no sé si sabrás que Nikolái ha cuidado de ella y la ha puesto totalmente a punto —añado con una amplia sonrisa orgullosa de que alguien cuidara de mi bicicleta —¿Y tú? ¿Qué vas a hacer hoy?

—¿Recuperar el tiempo perdido contigo? —pregunta con picardía —Tengo una reunión pero puedo retrasarla para el lunes.

—Me parece perfecto —contesto animada. En ese momento el camarero aparece con una bandeja y todo lo que he pedido preparado para servir —Si prefieres puedes asistir a tu reunión mientras yo preparo el almuerzo y lo sirvo en mi terraza. En esta época del año es fascinante almorzar allí..

—¿Vas a tener hambre después de todo lo que vas a comer ahora? —pregunta con una mueca divertida.

—Por supuesto que tendré hambre —le digo sacándole la lengua y empezando a comer mi *appelflap*.

—Me parece bien, pero compremos comida. Todavía recuerdo cuales eran tus habilidades culinarias y no lo recuerdo como algo agradable —comenta con una sonrisa aguantando un pequeño empujón que le doy con el brazo en señal de queja por su comentario —No te preocupes por la bicicleta. Mandaré a alguien para que vaya a por ella. ¿Llevas las llaves?

Busco en mi bolsito cruzado las llaves de mi bicicleta y se las doy a Alexandr que se las guarda en uno de los bolsillos de su chaqueta. Terminamos el desayuno y entramos al

supermercado. En esa zona de la ciudad el nivel adquisitivo de sus habitantes es bastante alto y alguna vez se puede ver a grandes dueños de empresas y gente con cierta fama o notoriedad en ese supermercado. A pesar de eso, me doy cuenta de dos cosas. Alexandr no está familiarizado con hacer la compra y que varias personas que están en esos momentos realizando las suyas nos observan.

Vamos paseando sin prisas por sus pasillos deteniéndonos en su zona de fruta y verdura. Alexandr empuja la cesta sin rechistar, mientras yo voy seleccionando los productos.

—¿Podrías pesarme esto por favor? —le pido con cariño mientras voy seleccionando más productos frescos.

Alexandr mira a su alrededor y cuando ve el peso se dirige decidido. Al momento me doy cuenta que está delante del peso sin entender que debe hacer y me acerco a él con una sonrisa.

—¿No lo has hecho nunca, verdad?

—No, pero tampoco tiene que ser tan difícil, si todo el mundo puede hacerlo — dice con una mueca divertida —Dirijo un gran *holding* de empresas, seguro que esto es más sencillo.

Alexandr observa atentamente mis explicaciones y va pesando las diferentes bolsas entretenido. Compro lo necesario para unos días y a la salida se dirige a una pequeña construcción de madera verde situado en un lateral del supermercado y me pregunta.

—¿Cuáles te gustan?

—Esas —digo señalando con el dedo los diferentes barreños llenos de flores con una amplia sonrisa —Y, también esas y esas, esas...

Cuando nos damos cuenta vamos cargados con la compra y dos bonitos y alegres ramos de flores de temporada. Alexandr hace una pequeña señal a sus hombres, quienes se han mantenido en segundo plano, y se hacen cargo de todo. Volvemos caminando tranquilamente paseando entre árboles y flores que irrumpen impregnando el ambiente con su perfume. Avanzamos uno al lado del otro con nuestras manos unidas y los dedos entrelazados. Las casas en esa parte de la ciudad son muy bonitas y vamos admirando sus cuidados jardines. Una vez hemos llegado y entramos saludando a Marc, me acompaña a la puerta de mi apartamento y desde la puerta me agarra de la cintura acercándose a su cuerpo.

—¿Qué te apetece que traiga para almorzar? —pregunta acercando sus labios a mi cuello.

—Da igual. Cualquier cosa que no tenga sentimientos —le digo con una sonrisa.

—De acuerdo, algo sin sentimientos. Me marchó o no lo haré nunca —dice tras darme un último beso y apartándose haciéndome un guiño dándose la vuelta y acercándose al ascensor.

No puedo evitarlo y me quedo embelesada mirando cómo se aleja casi abrazada al marco de la puerta. No puedo remediar sonreír cuando me doy cuenta de cómo me estoy comportando y me obligo a entrar. Ordeno la casa me doy una larga ducha y con un cigarro salgo a la terraza para hablar con Jane. Necesito saber qué le digo y ponerla al día.

—¿Cómo es que te has librado esta mañana del taller y me ha tocado encargarme a mí? —pregunta con voz ofendida.

—¿Estás tú con el taller? —respondo preguntándole riendo abiertamente —¿Se puede saber que le dijiste ayer a Alexandr?

—La verdad, que se estaba comportando mal contigo. Que eres buena persona, que no se merece que vuelvas con él y que no pensara que le iba a invitar a cualquier otra fiesta en mi casa, por mucho Alexandr Zhurkov que fuera —dice con voz orgullosa.

—Anoche vino a casa —le informo interrumpiéndola.

—¡Ohhh! ¿Habéis hablado? ¿Tengo que disculparme por todo lo dicho? —pregunta riendo alegremente.

Empezamos a hablar mientras yo me tumbo en una de las hamacas que hay en la terraza y fumo algún que otro cigarro, mientras la pongo al día de la visita de Alexandr. Me encanta tumbarme en la terraza de mi apartamento. Se respira aire súper puro y como es el único edificio que hay por la zona, posee unas maravillosas vistas al *skyline* de la ciudad a lo lejos. Me levanto cuando tocan a la puerta y salgo alegremente sabiendo que es Alexandr.

—Hola —digo abriendo la puerta haciendo un movimiento con las cejas sonriendo —No le voy a pagar propina. Ha tardado mucho con la comida, señor.

—¿Me estás tratando como al chico de los recados? —pregunta confuso.

—Anda pasa. ¿Qué traes? —le pregunto mirando las bolsas que carga riendo.

—Pues, vamos a ver. He traído esa ensalada de verduras braseadas que siempre dices que está deliciosa, algunos sándwiches variados y dos tipos de crema. Y para beber una exquisita botella de vino —dice orgulloso mostrándome todo, mientras lo va sacando de las bolsas en la cocina.

—¿Quieres comer en la terraza? Hace un día magnifico y mis tulípanes y mis jacintos ya han brotado —digo entusiasmada.

Vamos colocando la mesa con un bonito mantel, platos y copas. Alexandr va disponiendo el almuerzo en platos para servirlo y nos sentamos ambos a cada lado de la mesa con una sonrisa mirando todos los manjares que están dispuestos en la mesa. Hablamos animadamente y Alexandr menciona las bonitas vistas de mi apartamento, cuando le confirmo que son de las mejores de la ciudad, le doy las gracias por haber cuidado de mi apartamento y no haberlo perdido durante mi ausencia estos meses. La conversación es animada y hablamos de lo sucedido durante estos días pasados desde que he vuelto. En la conversación no hay ni un ápice de rencor hasta que confiesa.

—El próximo lunes...no es necesario que continúes con las cajas que te dejaron en tu despacho —comenta sin mirarme a los ojos algo azorado.

—¿Vas a darme un trabajo más emocionante? —pregunto confundida.

—Bueno sí, ya hablamos en la galería. Pero tengo que confesarte que lo que has estado haciendo, no sirve para nada —se detiene al hablar, observa mi reacción y finalmente confiesa — Fue para tenerte entretenida y que no te fueras a la galería. Necesitaba verte cada día.

Me sorprende tanto la noticia después de haber perdido tantas horas con los expedientes de todas esas cajas que no puedo contestar enseguida.

—¿Estás hablando en serio? —pregunto riendo —Eso es muy cruel por tu parte.

—Lo sé. Pero no me diste otra opción —dice haciendo una mueca divertida.

En ese momento veo que la pantalla de su teléfono se ilumina y el mira disimuladamente.

—Responde —le animo mientras me sirvo más vino —Te espero aquí.

Tan pronto como entra al salón a atender la llamada, me enciendo un cigarro y me quedo con la mirada perdida en el horizonte. Todavía no me creo que Alexandr esté de nuevo en el salón de mi apartamento.

—¿Cuándo vas a dejar ese mal vicio? —pregunta serio saliendo de nuevo a la terraza.

—Estamos en la terraza, el humo se lo lleva el viento —digo con una mueca de disculpa.

—¿Por qué estarías dispuesta a dejar de fumar? —pregunta tentándome y pasando una mano por mi cintura acercándose a su cuerpo.

—En estos momentos por nada, pero ya lo dejare, tranquilo. He estado muy nerviosa.

—¿Y no puedo yo hacer nada por calmar esos nervios? —pregunta con una sonrisita en los labios acercándolos a mi cuello.

—No sé si serás lo suficientemente bueno distrayéndome —digo riendo cuando me hace cosquillas en el cuello con sus dulces besos.

Nos pasamos el resto de la tarde enredados el uno en el otro, disfrutando de caricias y besos apasionados que pensé que nunca volvería a vivir. No nos cansamos el uno del otro hasta que nos dormimos con un apacible cansancio.

Me despierto en la noche inquieta, me falta la respiración y mi corazón está totalmente acelerado.

—Cariño ¿qué te sucede? —pregunta medio dormido abrazándome y pegando mi cuerpo al suyo —¿Estás temblando?

—Estoy bien —le contesto dando un sonoro suspiro y acurrucándome en su pecho —Siento haberte despertado.

Recostada sobre su pecho me siento segura. Sin darme cuenta voy acompasando nuestras respiraciones hasta que vuelvo a caer en un profundo sueño.

## CAPÍTULO 16

Me despierta el fuerte olor a café y cruasanes recién hechos que impregna mi pequeño apartamento. Miro, y veo que en el lado de la cama donde debería seguir durmiendo Alexandr está vacío. Me enrolló en el cuerpo una de las sabanas que cae al suelo desde la cama, y salgo descalza.

—Buenos días —digo con voz ronca de sueño.

—Buenos días cariño. Qué voz tan melodiosa tienes esta mañana —dice socarrón riendo y dándome un beso de buenos días —No te habré despertado ¿verdad? Estaba adelantando algo de trabajo.

—El olor de café recién hecho llega hasta la habitación —le informo bostezando y sentándome a su lado.

—Este apartamento es diminuto, no me puedo mover sin tropezarme contigo —argumenta disculpándose.

—No pasa nada. Ya es tarde —digo acurrucándome a su lado en el sofá subiendo los pies descalzos —¿Qué quieres hacer hoy?

—Lo que tu prefieras.

—¿Estás seguro de eso? —pregunto con una mueca divertida.

—Seguro.

—¿Seguro? ¿Seguro? —pregunto de nuevo.

—Empiezo a arrepentirme de lo dicho. ¿Qué demonios quieres hacer? —pregunta intrigado —¿Qué trama esa cabecita?

—¿Sabes si han traído ya mi bicicleta?

—Sí, pero la llevaron a mi casa.

—¿Crees que Nikolái se opondría a dar un paseo en bicicleta? —pregunto con una sonrisa.

—No sé. Pregúntale tú —dice entregándome su móvil desbloqueándolo e informándome del número, —Número tres en marcación directa.

Obtengo un fuerte rechazo de Nikolái a mi idea, pero finalmente cede y dice que lo preparará todo para antes de que lleguemos nosotros. He pensado en una pequeña salida de la ciudad, y si salimos desde su casa, todavía tardaremos mucho menos. Alexandr me sirve café y me ofrece un delicioso cruasán de cereales que acaba de calentar en el horno.

—Vaya, te manejas bien en mi cocina —le digo con una sonrisa.

—Tú cocina es como de juguete, hasta un niño se manejaría en ella —ríe a mi lado cerrando un informe y apagando el ordenador —Deberíamos ir a mi casa, es más amplia. Aquí no dejo de tropezar con todo.

—Ni que fueras un gigante. Esta no es que sea pequeña, es que la tuya es monstruosamente grande y no pienso volver a poner un pie en ella hasta que no esté segura de las cosas —digo ofendida por sus quejas.

—¿No vas a ir a mi casa? —dice con una sonrisa impertinente —¿Y no puedo convencerte de ello?

Se acerca sigiloso a mí, y con un movimiento rápido y que no espero, tira de mis piernas encogidas y me atrapa entre el sofá y su cuerpo. Empieza a besar mi cuello con pequeños besos dulces y suaves. Mis manos las tiene sujetas por encima de mi cabeza con una de sus manos y la otra, va rozándome hasta llegar a meterla por debajo de la sabana que enrolla mi cuerpo. Me hace cosquillas y me mira directamente a los ojos, con una amplia sonrisa. No puedo evitar moverme al retorcerme riendo, lo que provoca que parte del peso de su cuerpo caiga sobre mí.

—No te muevas. No quiero aplastarte —dice guiñándome un ojo.

—¿Te das cuenta de que si quisiera, te podría quitar de encima de un golpe? —pregunto mirando hipnotizada a sus ojos.

—Me vuelve loco cuando te pones taaaan romántica —contesta riendo —Sé que no lo harás porque esto te gusta tanto o más que a mí.

Pasamos parte de la mañana dando rienda suelta a nuestras muestras de cariño y deseo el uno por el otro, enredando nuestros cuerpos hasta perder la cordura para después, intentar recuperar el aliento. Acabamos riendo tumbados en la moqueta del salón, tras caer con nuestro desenfreno del sofá. La unión que de nuevo hemos conseguido crear en estas pocas horas es asombrosa.

—Necesitas un sofá más grande —dice intentando que su respiración vuelva a la normalidad poco a poco y añade, riendo —Me has destrozado el codo.

—Eso te pasa por querer hacer tantas posturitas raras —digo poniéndome a horcajadas sobre él.

Le miro detenidamente poniendo mis manos sobre su pecho, que todavía sube y baja acelerado. Es realmente guapo, aun quejándose de mi apartamento y siendo tan cabezota. Me doy cuenta de lo mucho que le he echado de menos. Su rostro, su mandíbula, sus atrayentes y sensuales labios, y esos increíbles ojos que me tienen hechizada cuando los fija en los míos. Esa voz sensual, me hace perder la razón, cada vez que se acerca a mí con palabras tiernas y cariñosas.

—¿Estás bien? —pregunta ante mi silencio.

—No podría estar mejor —contesto sin poder evitar que me salga una amplia sonrisa, curvando la comisura de mis labios.

—Pues es hora de que nos movamos —anuncia dándome un pequeño cachete en el trasero.

—¡Auch! —exclamo llevándome una mano al trasero, mientras me tumbo sobre él.

Alexandr se gira conmigo encima, haciendo que quede tumbada en el suelo y se levanta ágil del suelo. A continuación, con impulso me alza del suelo agarrando mis manos. Una vez erguida, pasa una mano por detrás de mis muslos para cargarme al hombro, como si fuera un saco de patatas.

—¡Estás loco! ¿Dónde me llevas? —pregunto riendo.

—A la ducha. Si continuas mirándome así, no podré contenerme y no saldremos de esta diminuta casa en todo el día —dice cargando conmigo hasta dejarme suavemente en el suelo del cuarto de baño.

Salimos al exterior del edificio una hora más tarde vestidos de manera informal. Vamos ataviados con vaqueros, camisa y un jersey por encima. Alexandr trajo ayer una pequeña bolsa con un pequeño neceser y muda para hoy, junto a su ordenador portátil que siempre le acompañaba. Nikolái nos está esperando fuera del edificio junto a otro de sus hombres. No se le ve muy contento.

—Señorita, señor —dice abriendo la puerta trasera del vehículo.

—Nikolái —contestamos al unísono mientras Alexandr le toca el hombro en señal de agradecimiento.

Una vez en el coche decidimos ir al puerto de La Haya. El día está despejado y con el sol brillando, tenemos que aprovechar. Elegimos una mesa en la terraza para disgusto del equipo de Alexandr. Nikolái ya no me mira con tanto cariño como hacía hace unos días. El almuerzo es muy agradable, la comida es exquisita y las vistas al puerto viendo entrar y salir a los barcos, es cautivadora.

—Entonces, ¿vas a hacer que desaparezcan todas las cajas de mi despacho para que pueda moverme en él? —pregunto dándole un mordisco a mi deliciosa hamburguesa vegetal.

—Sí, pero solo espero que vayas de vez en cuando a tu despacho a hacerme una visita —dice guiñándome un ojo —Jane seguro que se alegra de tenerte una temporada por la galería.

—Seguro —le digo con una sonrisa —Así ya no me volveré loca con esos ascensores del infierno.

—Pero sí ya los controlas a la perfección —dice con una amplia sonrisa — Sabía que no subirías sola, que lo harías por las escaleras y, durante tres días te mandé a reuniones por todo el edificio. Era increíble ver que llegabas a todas las reuniones sin desfallecer por las escaleras. Nos tenías asombrados. Al final Nikolái descubrió tu secreto con las cámaras de seguridad.

—¿Te das cuenta de que hacerme eso es de ser muy malvado? —le pregunto intentando parecer afectada por su ocurrencia.

—Habías abrazado a todos, menos a mí —dice como excusa y una pequeña sonrisa, llevándose una mano al pecho—Estaba herido en lo más hondo de mi corazón.

—¡Ya! Y porque tu orgullo esté herido ¿me tenías subiendo y bajando escaleras todo el día? —pregunto airada intentando ocultar una sonrisa por su forma de actuar.

Me sorprende la sinceridad de Alexandr y suspiro cómoda a su lado. Decidimos no tomar postre. La comida ha sido abundante y, tras encargarse de la cuenta, y levantarnos agradeciendo

al personal su atención, subimos al coche en dirección a su casa. El tráfico es un poco denso en esa zona de la ciudad debido a que la playa está muy cerca. Los habitantes de la zona intentan aprovechar la llegada del buen tiempo acudiendo a la playa a caminar por su extenso paseo. Alexandr roza con su mano la mía en los asientos traseros del vehículo, y, mientras atiende varias llamadas, yo miro a través de la ventanilla los amplios bosques con sus frondosos árboles que vamos dejando atrás. Sus manos son fuertes, aunque también suaves y cálidas, adoro cuando me acaricia con su pulgar, entrelazando nuestras manos en el coche. Estoy distraída con el paisaje cuando Alexandr interrumpe mis pensamientos con una pregunta que me sorprende.

—Entonces, ¿entiendes todo lo que decimos cuando hablamos? —pregunta socarrón.

—No todo. Tu acento me cuesta entenderlo y cuando hablas con tu equipo, no te habrás dado cuenta, pero siempre os giráis y susurráis como abuelas cuchicheando —le confieso con una amplia sonrisa ante la cara de asombro de Alexandr.

—Perdóneme señorita, siento que mi dominio del idioma no sea tan exquisito y pulido como el suyo —dice riendo, para a continuación agarrar mi mano y acercarla a los labios para besarla.

No puedo dejar de sonreír. La verdad es que nunca escuché nada de interés en las conversaciones que tenía con sus hombres y, generalmente hablaban de seguridad o deportes entre ellos, cuando había alguien delante. Lo que oí de trabajo, nunca me interesó. Vamos llegando a la gran puerta que empieza a abrirse para dejarnos paso, mientras saludan al personal que se encarga de ello. Me quedo observando de nuevo el vistoso e imponente jardín con sus plantas impecablemente cuidadas y sus bonitas flores, aflorando del cuidado césped. El vehículo para en la puerta principal y Alexandr aprieta mi mano para hacer que salga de nuevo de mis pensamientos.

—Vamos, tengo que hacer una llamada y nos iremos en menos de cinco minutos —dice moviéndose para bajar del coche.

Mientras Alexandr desaparece hacia su despacho, yo me reúno con Nikolái en la cocina para, con un mapa, mostrarle hacia dónde quiero que nos dirijamos. Es una pequeña escapada por el mismo camino más o menos que utilizamos el día de Sinterklaas, pero hoy será mucho más corto. Nikolái me mira con recelo y me comenta que no está de acuerdo. Me solicita que intente siempre avisarlo con más tiempo de antelación que simplemente unas horas. Me habla de modo totalmente profesional y serio, sin un atisbo de sonrisa en su cara. Tras dejarme bien clara su postura, se marcha hacia el garaje donde se encuentra su personal y las bicicletas. Yo sin saber muy bien qué hacer, salgo a la terraza y enciendo un cigarro. Miro el reloj del móvil y suelto una bocanada de humo, haciendo pequeños círculos en el aire. Espero que Alexandr no se retrase mucho, el tiempo está cambiando, y a última hora de la tarde hay riesgo de lluvia.

—Vaya, si estás hecha toda una artista. No solo no lo dejas, sino que ahora sabes hacer figuritas con el humo —dice socarrón Alexandr apareciendo a mi espalda.

—Si no me dejaras aburrida y sola durante tanto tiempo con tus innumerables llamadas, no tendría tiempo para fumar —le digo con una mueca levantándome del suelo —Muévete gruñón que como cambie el tiempo, no podremos hacer la excursión.

Rodeamos la gran edificación y nos dirigimos a la parte trasera de la casa donde se encuentra el garaje. Allí ya está preparado su equipo, esperando junto a las bicicletas. En total

somos cuatro personas del equipo de seguridad incluido Nikolái, Alexandr y yo. Alexandr me acerca mi bicicleta y con una media sonrisa dice:

—Vaya, vaya. Otra apasionante excursión con tu bicicleta destartada. ¿Sabes que temo que pierdas una rueda o un tornillo un día de éstos?

—¡Qué gracioso que estás hoy! —contesto subiendo a la bicicleta y emprendiendo camino.

Su equipo ha decidido que debemos salir hoy también por la puerta trasera de la propiedad, así que vamos por el sendero hasta llegar allí y una vez fuera nos vamos incorporando a la carretera. Hace un día con un sol maravilloso, aunque a lo lejos se acercan algunas nubes de tormenta. La brisa ha empezado a mover el follaje de los árboles. No molesta a la hora de pedalear, pero vamos a una velocidad más bien reducida, hablando y riendo. Bromeamos y nos divertimos con muy poco, sin necesidad de nada más, simplemente con la compañía del uno y del otro. Sus hombres van intercalados detrás y delante de nosotros, de manera bastante discreta.

—Bueno, cuéntame ¿qué es lo que vamos a ver en esta excursión? —pregunta Alexandr con una sonrisa pedaleando a mi lado.

—No me haces ni caso cuando te hablo. Vamos a ver los increíbles campos de tulipanes —digo con un gesto serio —En esta época del año es cuando más bonitos están los campos con sus grandes extensiones de flores de diferentes colores. Los hay de narcisos, jacintos, que es una maravilla como huelen y por último de tulipanes. No te vas a arrepentir. El espectáculo es tan hermoso que vale la pena, aunque he de confesar que las mejores zonas se dan más al norte, en los campos alrededor de Lisse. Y allí también se encuentra el Keukenhof <sup>8</sup>

—Vaya, conoces muy bien todo —comenta Alexandr sorprendido por todo lo que le explico.

—Eso es porque siempre quise integrarme en el país. Y realmente es muy fascinante vivir aquí —digo alegremente, y emocionada añado —Si no me equivoco, en un kilómetro más o menos podremos empezar a verlos.

Continuamos hablando de la historia de Lisse y como tiene que ser fascinante verlo desde una altura destacable para poder apreciar la inmensidad de los campos y sus variados colores.

—Mira —digo estirando mi brazo derecho y señalando hacía una zona despejada de árboles, emocionada —¿Los ves? Allí podemos ver algún campo. Vayamos. Rápido.

No tardamos mucho en rodear el pequeño bosque de árboles que nos encontramos delante. Llegamos a una zona totalmente despejada de árboles y llena de flores rebosantes de esplendor. Bajamos de nuestras bicicletas, y las dejamos apoyadas unas con otras para poder disfrutar mejor del maravilloso paisaje que en estos momentos se encuentra frente a nosotros.

—Te dije que te gustaría —digo a Alexandr mientras me agarra la mano y entrelazamos nuestros dedos mientras cierro los ojos e inspiro con una gran sonrisa.

Miro detrás de nosotros y puedo ver a sus hombres fascinados por la belleza del paisaje.

—El gobierno debería pagarte por la maravillosa promoción que haces de este país— comenta Alexandr jocoso.

Nos hacemos varias fotos con el teléfono móvil. Se nos vuelve a ver felices y, eso es lo que muestran nuestros sonrientes rostros en los diferentes *selfies*. Miramos al cielo y vemos que las grandes nubes oscuras que venían a lo lejos han llegado antes de lo que pensábamos. Va a llover y decidimos encaminarnos hacia una pequeña cafetería que se encuentra cerca, en mitad de una carretera secundaria rodeada de vacas y ovejas. Empezamos a pedalear lo más rápido que dan nuestras piernas cuando empiezan a caer sobre nosotros unas finas gotas de agua que hace que grite y no deje de reír. Miramos a nuestro alrededor. No hay ningún sitio donde podamos cubrirnos y de repente suena un imponente trueno y empieza a caer un chaparrón descomunal. La ropa empieza a pegarse al cuerpo, y cada vez es más difícil avanzar ya que el agua torrencial que cae en ese momento nos impide ver. Paramos a un lado de la carretera y, bajando de la bicicleta, intento resguardarme del aguacero bajo unas ramas, sin pensar con claridad. Alexandr enseguida llega hasta mí y me aparta.

—¿Es que a ti nadie te ha explicado que nunca debes resguardarte de la lluvia cuando estás en mitad del campo bajo un árbol? Atraen a los rayos —dice serio agarrándome del brazo.

Intento quitarme el agua que me cae en el rostro cuando Alexandr se da la vuelta y, se inclina hacia mí con una sonrisa.

—¿Se puede saber qué haces? —pregunto encogida, intentando sin éxito que no me entre más agua por el cuello.

—Besarte —contesta con una sonrisa canalla —No tenemos donde resguardarnos y besarte es más divertido que mirar como llueve.

No puedo evitar sonreír e inclino mi cabeza hacia él. Abre su chaqueta que es impermeable, y me abraza cobijándome contra su pecho. Paso mis brazos alrededor de su cintura y me pongo de puntillas para acercarme más a sus labios. Al instante nos fundimos en un loco y apasionado beso. Al poco tiempo nos damos cuenta de que la lluvia ha cesado, y separamos nuestros labios mirándonos a los ojos y riendo. Estamos totalmente empapados. Alexandr se pasa una mano por la cabeza e intenta secar el agua de su pelo, riendo.

—Vamos, no es bueno que estemos con la ropa totalmente empapada. Acerquémonos a la cafetería y llamemos para que vengan a por nosotros —dice guiñándome un ojo y haciendo una señal a sus hombres.

Llegamos poco tiempo después a la diminuta cafetería, dejamos las bicicletas estacionadas y entramos decididos. Hay una pequeña barra de madera con antiguos expositores llenos de tartas de diferentes sabores y una cafetera. A uno de los lados se encuentran tres minúsculas mesas con sillas y un viejo sofá frente a una chimenea. La joven que nos atiende, tras tomarse nota de nuestra comanda y ver nuestras ropas totalmente empapadas, nos ofrece dos toallas secas con las que intentamos absorber la humedad. Nos sentamos al lado de la chimenea como nos ha recomendado, y Alexandr le pide a sus hombres que hagan lo mismo. Nikolái ya ha solicitado el coche para que venga a por nosotros. La lumbre hace que el entumecimiento de las manos por el frío desaparezca. Pronto nos sirven lo que hemos pedido. La tarta de fresa casera está exquisita y la comparto con Alexandr, que con su tenedor coge una pequeña porción.

—¿Quieres probar de la mía? —pregunta acercando su plato al mío.

—¿Acaso lo dudabas? —digo riendo llevándome un trozo con mi tenedor— Por supuesto.

Alexandr frota mis brazos enérgicamente cuando me estremezco por el frío y me pasa un brazo por los hombros acercándose a su cuerpo, mientras habla con Nikolái para ver cuánto queda para que llegue el coche. No pasan ni cinco minutos, cuando vemos llegar dos vehículos.

—Ven aquí, tu ropa está empapada y cogerás un resfriado —dice Alexandr, una vez situados en la parte trasera del coche. Aprieta el botón del cristal de separación y lo sube mientras se dirige a mí muy serio —Quítate esa ropa y ponte mi chaqueta que por dentro está seca.

—Gracias —le digo quitándome la camisa y el jersey húmedos y colocándome la chaqueta.

Alexandr me ayuda con la cremallera rozándome con sus manos, lo que hace que me cueste respirar. Cierro los ojos y sin poder evitarlo me muerdo el labio sonriendo. Lo miro detenidamente mientras realiza la pequeña operación de colocarme bien el cuello de la chaqueta. Es realmente atractivo, incluso ahora que frunce el ceño concentrado. Me agarra las manos y las frota de manera suave muy atento a que esté bien. Cuando el coche estaciona en la puerta principal de su casa, descendemos de él y tras saludar al señor Cherkesov, agarra mi mano y me guía hacia su habitación en el piso de arriba.

—Lo mejor para no coger frío en estos casos es quitarse la ropa inmediatamente y darse un buen baño de agua caliente —dice con una medio sonrisita canalla.

—No tengo ropa aquí —digo parada en la entrada de su baño.

—Seguro que encuentras algo mío que te pueda ir bien. Mientras, tu ropa se secará —dice guiñando un ojo y sacándose el jersey por encima de la cabeza, dejando su pecho al descubierto.

Nos damos un baño caliente con espuma, con ese relajante y delicioso aroma de uno de sus geles. Aquí tumbada sobre su pecho, hablando y riendo con Alexandr, no puedo ser más feliz. Las cosas parece que van volviendo a su sitio. Alexandr vuelve a ser el hombre amable, generoso, gentil y con un gran sentido del humor, aunque lo niegue ante el resto de la humanidad. No podemos dejar de acariciarnos y hacernos arrumacos hasta la hora de la cena. Nos vestimos entre bromas, por mi falta de ropa. Me decido por una camiseta de manga larga que me llega hasta medio muslo de color gris y un cárdigan que he usado varias veces que he estado allí y que me abriga bastante. Finalmente no me pongo mis húmedas botas, pero sí que me pongo unos gruesos calcetines de Alexandr hasta que se seque todo. Bajo en dirección a la cocina. Cuando entro, Alexandr está tomando una copa de vino sentado en uno de los taburetes de la barra central, hablando animadamente con la señora Cherkesov que está dando los últimos detalles a nuestra cena. Alexandr me da la mano para que me siente en el taburete de su lado y me pasa su propia copa de vino para que beba. Admiro mucho el cariño que se tienen ambos.

La cena es variada y exquisita, como todas las que hace la señora Cherkesov, que se retira amablemente cuando ha servido los platos para dejarnos intimidad. No sin antes, hacerme saber lo mucho que se alegra de verme por allí. Pasamos el resto de la noche en el sofá frente a la chimenea, tranquilamente. Yo tumbada y con mi cabeza apoyada en una de sus piernas, con uno de los libros que le regalé a Alexandr en Navidad, planeando alguna escapada para ver más cosas de la zona y él, con el ordenador apoyado en la otra pierna, trabajando. Nikolái aparece un rato más tarde para programar, según él, mis itinerarios de la semana y, aunque me niego en rotundo, deciden ellos dos e ignoran totalmente mis quejas. Sus instintos de protección son plena ofuscación.

## CAPÍTULO 17

A la mañana siguiente, tras el desayuno, Pyort me acerca a casa para poder cambiarme de ropa y llevarme al trabajo. Yo no me quejo, ya que el día es bastante desapacible. Quiero pasar a ver a Marcel y comprar unas flores para mi mesa en la galería. Lo encuentro feliz en su puesto, atendiendo a toda su fiel clientela, así que espero fumando un cigarro, hasta que llega mi turno. Le doy un pequeño abrazo y le pido flores para alegrar mi espacio de trabajo. Me pone al día de la situación, la cosa está bastante tranquila y no hay nada de movimiento. Cuando me marcho con las flores me sonrío y me pide que vaya a verlo más a menudo. Ahora tiene más tiempo y yo le prometo que lo haré.

La semana en la galería pasa rápido. Volver a trabajar allí es maravilloso y a pesar de la carga de trabajo que estoy volviendo a llevar, es mucho más tranquilo que trabajar en el edificio Zhurkov. El jueves por la mañana recibo un mensaje de Hans. Acepto su invitación de almorzar con él. Me he acostumbrado a ir de nuevo con Pyort a casi todas partes, así que me acompaña a mi almuerzo con Hans en el centro de la ciudad.

—Hola cielo ¿Qué tal todo? —me saluda cuando ve que me acerco a la mesa donde se encuentra sentado.

—Hola Hans —contesto apartando varios cojines que hay en uno de los sillones para poder sentarme.

Al instante aparece uno de los camareros para tomar la comanda y nos hace sus recomendaciones mientras otro de ellos me acerca una copa de vino blanco.

—Estamos a la espera de que confirmen la detención de Almeida. Nos ha costado, pero con toda la información que nos facilitaste sobre los funcionarios sobornados y por dónde se movía, lo hemos conseguido —dice con los codos sobre los brazos del sillón y entrelazando sus manos bajo su barbilla.

—No fui yo. Fue Zulema, y eso le costó la vida —digo con voz apenada.

Recuerdo que Zulema no era santa de mi devoción pero no merecía que la asesinaran de esa manera. Con el tiempo se había descubierto que la persona que había hecho la llamada era Pablo, quien quería escuchar como acababan con su vida. Me pareció una forma muy cruel y salvaje de comportarse, así que estaba muy contenta de que lo fueran a meter entre rejas durante una temporada muy muy larga, gracias a todas las pruebas que habíamos reunido contra él.

—Ahora podrás estar más tranquila —comenta observándome.

—No quiero volver —confieso en un susurro mirando a mi copa sobre la mesa.

—No tienes que volver, si es tu decisión.

—Pensé que era más fría, que nada me importaría, pero incluso lo de John me sigue provocando pesadillas —confieso llevándome la copa a los labios despacio con la mirada perdida en la plaza que hay frente a nosotros.

—Lo de John no fue culpa tuya —dice alargando su mano derecha y tocándome el hombro, mientras se sienta a mi lado.

—¿Sabes? Cuando me entrenaba al principio, creía que nunca tendría que utilizar todos esos conocimientos. Pero últimamente, cada vez que pasa algo, es grave. Ahora es diferente... Hans, no quiero tener que seguir mintiendo a la gente que quiero —le explico con una mirada triste.

—Se hace por su propia seguridad.

—Lo sé, pero es que no quiero que vuelvan a estar en peligro por mi culpa. No quiero tener que alejarme de ellos, quiero tener un sitio al que volver. Hans, ahora no estoy sola y todo ha cambiado. No quiero seguir arriesgando la vida de la gente que me importa. Lo siento, pero creo que ha llegado el momento de dejarlo. Espero que me ayudes —le digo con mirada suplicante.

—No pasará nada. Tendrás que firmar infinidad de contratos de confidencialidad pero nada que no hayas hecho ya cuando entraste —concluye Hans —Olvidemos el tema por unos momentos y terminemos de almorzar.

El día se está despejando de nubes y disfrutamos un rato en silencio, sentados con nuestros rostros orientados al sol como si fuéramos dos lagartos. Mientras, me fumo un cigarro. En el momento que abro los ojos para llevarme el cigarro a los labios, observo como Hans se cuadra en su sillón, me giro, y de la sorpresa se me cae el cigarro de entre los dedos.

—Hola —dice adusto Alexandr a Hans estrechándole la mano.

—Hola —responde inexpresivo Hans.

—¿Qué haces tú aquí? —le pregunto sorprendida por su aparición. Recogiendo el cigarro del suelo para apagarlo en el cenicero.

—Tenía una reunión aquí cerca a la hora del almuerzo —comenta tranquilamente agachándose y posando sus labios sobre los míos dándome un cariñoso beso — e iba hacia la galería.

—Nosotros ya nos íbamos. Hans tiene una reunión —le digo levantándome del sillón — Te acompaño.

—Por mí no es necesario que os marchéis —dice serio —No era mi intención interrumpir nada.

—No interrumpes nada —le digo con una sonrisa.

Me acerco a Hans y le doy un fuerte abrazo dándole las gracias por el almuerzo y su amistad. Tras darme un corto beso en la mejilla cuando nos separamos un poco, le hace una pequeña inclinación de cabeza a Alexandr y a sus hombres en forma de despedida, y se marcha en sentido opuesto al de la galería.

—¿Era necesario eso? —me pregunta levantando una ceja hosco.

—¿El qué? —pregunto sin saber a qué se refiere realmente.

—Ese tipo de abrazos.

—¿Lo estás diciendo en serio? —pregunto seria —¡Anda vamos! Y, haz el favor de dejar de controlar con quién y dónde estoy. Ya sé que te va a resultar difícil, pero necesitas relajarte.

—No te estaba controlando. Quería invitarte a merendar en una pequeña excursión —dice algo más alegre.

—Pero ¿y el trabajo? Tengo unos horarios que cumplir. Ya sé que tú puedes ausentarte de tu oficina cuando quieras, pero para mí no es lo mismo —pregunto sorprendida.

—Ya he hablado con tu jefe y te da permiso para tomarte la tarde libre —dice con un guiño mientras caminamos cogidos de la mano hacia la galería, seguidos de sus hombres.

—De acuerdo. De todas formas permíteme mandar dos correos electrónicos que ya tengo preparados. No tardaremos más de veinte minutos —digo cuando ya estamos casi frente a la puerta principal de la galería —Vamos, sube conmigo. Acompáñame.

Veo algo de duda en la cara de Alexandr que hace una pequeña mueca y expone:

—Creo que es mejor que yo me quede aquí.

—¿Por qué vas a hacer eso? Nunca lo has hecho —pregunto sorprendida.

Saludamos a Petra con la mano y empezamos a subir las escaleras. Paramos un momento en la segunda planta, cuando el señor Van Doorn me ve subir hacía las oficinas. Me solicita que le explique el tipo de exposiciones que habíamos pensado para esa zona de la galería, y Alexandr atiende a todo lo que voy exponiendo con interés. En realidad no llego a entender tanta explicación, son cosas de la galería y nada tienen que ver con su proyecto, así que le hago una rápida exposición. Le comento que subo a mi mesa a enviar los correos electrónicos. Él decide quedarse junto al señor Van Doorn hablando unos minutos.

No ha llegado nadie todavía a la tercera planta y me concentro en las cosas urgentes y pendientes para esa tarde. Jane llega alegre de su almuerzo y le comento que esta tarde me iré pronto. Hablamos de nuestros almuerzos hasta que veo que su cuerpo se pone tenso cuando mira hacía las escaleras. Siguiendo su mirada, veo que es el señor Van Doorn y Alexandr que acaban de llegar. Alexandr también observa a Jane, más serio que de costumbre y, cuando llega a mi mesa para ver si he terminado, saluda.

—Señorita Lessing —dice dirigiéndose a ella.

—Señor Zhurkov —contesta ella ceremonial.

Yo estoy apagando mi ordenador cuando los oigo. Levanto la cabeza y les pregunto sorprendida levantando una ceja.

—¿Os pasa algo?

—No —contestan al unísono.

Los miro con extrañeza ¿qué les pasa a estos dos? Y, cuando me cruzo de nuevo el bolso

y vamos hacia las escaleras, los oigo despedirse.

—Señorita Lessing —Vuelve a decir Alexandr con un gesto de cabeza a forma de despedida.

—Señor Zhurkov —contesta Jane con una media sonrisa cuando ve que Alexandr se gira.

El coche nos está esperando y le pregunto a Alexandr, cuando nos estamos poniendo el cinturón de seguridad ya acomodados en nuestro asiento.

—¿Sé puede saber qué ha sido eso? —le pregunto curiosa.

—Pregúntaselo a ella —me responde con un guiño.

—¿Y me vas a decir a dónde vamos? —le pregunto más animada.

—Es una sorpresa —dice con una amplia sonrisa que le iluminan sus preciosos ojos azules.

Nos dirigimos a su casa, aunque no entramos. Vamos directamente a la parte trasera donde está el garaje, y se oye un fuerte ruido. El helicóptero está listo para despegar, y las aspas se mueven vertiginosamente moviendo todo lo que hay a su alrededor. Alexandr me lleva de la mano, mientras con mi mano suelta intento sujetarme el pelo y que no me vaya a la cara.

—¿No me vas a decir a dónde vamos? —le grito acercándome a él.

—No —dice guiñando un ojo —Pero estoy seguro que te gustará.

Una vez nos hemos abrochado los cinturones, el helicóptero empieza a elevarse suavemente en el aire y empieza a dirigirse, por lo que puedo observar, hacia el norte. Todo desde esa altura se ve mejor. Los llanos y verdes pastos, moteados de vez en cuando por vacas que pastan libremente por los campos, aparecen frente a nuestros ojos. Conjuntos de árboles formando pequeños bosques y casas solitarias en mitad de los prados van apareciendo en el horizonte mientras yo, fascinada, miro sin apartar los ojos de la ventanilla.

—Si la excursión es este paseo desde la alturas...me encanta —digo con una amplia sonrisa mirándole a los ojos.

Cuando llevamos unos veinte minutos sobrevolando prados y pequeñas ciudades. Le hacen un pequeño gesto y Alexandr me pide.

—Ahora tienes que cerrar los ojos —dice apretando mi mano —Pero no los abras. Confía en mí.

Como ve que no puedo resistirme, finalmente acerca sus manos a mis ojos y me los tapa con delicadeza. No puedo dejar de sonreír y eso que todavía no he descubierto lo que quiere mostrarme. Se está tomando muchas molestias, así que respiro y confío en él.

—Ya puedes mirar —anuncia y puedo sentir la emoción en la voz de Alexandr —¿Te gusta?

—¡Oh! Dios mío, es espectacular —contesto emocionada mirando a los prados que estamos atravesando.

El helicóptero está casi en suspensión, avanzando muy lentamente por los grandes

campos de tulipanes donde se aprecian desde esa altura, toda la disparidad de colores. Las anchas hileras de flores se extienden hasta perder la vista en el horizonte, donde empieza a esconderse el sol.

—El otro día comentaste que verlos desde el cielo sería algo inolvidable y espero que así sea —dice Alexandr a mi lado cariñoso.

Estamos sobrevolando la zona unos momentos más, y, antes de que desaparezcan los últimos rayos de sol, decidimos volver a emprender la marcha hasta llegar muy cerca de Ámsterdam, donde Alexandr ha reservado para cenar. Alexandr se ha tomado muchas molestias para que la visión de los campos de tulipanes fuera inolvidable, y lo ha conseguido. Nunca olvidaré esta experiencia. Durante la cena, Alexandr y yo comemos entre risas y en un ambiente afable. Creo que los dos, después de nuestra separación, hemos cambiado.

Aunque Alexandr insiste en que vaya a su casa a dormir, le digo que necesito ir a mi apartamento a preparar la presentación de la nueva zona de la galería para el sábado. Al principio se niega pero, tras prometerle que pasaremos el fin de semana y haremos lo que él quiera, accede. Incluso prometo acompañarlo al partido de fútbol que tiene su equipo en la ciudad, cede, y se despide cariñoso con un beso largo y apasionado en la puerta de mi apartamento, mientras su coche espera.

—No me olvides —dice con una media sonrisa bajando por las escaleras.

—No lo haré —digo sonriendo y esperando a que su silueta desaparezca por las escaleras.

El viernes me despierto antes de lo que yo imaginaba. Después de estar más de veinte minutos mirando al techo sin poder volver a conciliar el sueño, me levanto. Me preparo un café bien cargado y me pongo a trabajar con el ordenador. Todavía no ha amanecido, pero los pájaros que anidan en los grandes árboles de los jardines del edificio empiezan a sentir la salida de los rayos del sol y comienzan con un incesante trino. Cuando voy a servirme el segundo café, decido mandarle un mensaje a Pyort comentándole que me marcho a la galería y que permaneceré allí toda la mañana, para que no se preocupe. A la media hora, salgo por la puerta pequeña del garaje con mi bolso colgado del manillar de la bicicleta, , encaminándome hacia la galería.

Paso la mañana de llamada de teléfono en llamada, organizando y preparando la sala de la segunda planta, con todas las nuevas obras expuestas y preparadas para que los visitantes puedan empezar a disfrutar de ellas. No vamos a realizar un gran evento como el de Andrei, con su exposición de nuevas figuras de la pintura, pero hemos preparado un pequeño cóctel.

Cuando me doy cuenta. Jane esta delante de mí con los brazos cruzados y cara de pocos amigos.

—No sé tú, pero yo necesito comer. Ya está todo terminado.

—Yo también tengo hambre. Vayamos a comer —contesto sonriendo al ver que ya hemos terminado con todo lo que teníamos que hacer para mañana.

Almorzamos tranquilamente en una de las terrazas del centro mientras charlamos animadamente. En el transcurso del almuerzo, decido pasar por la cafetería y comprar dos cafés y dos trozos de tarta, para continuar la pequeña tradición que teníamos Alexandr y yo en otra

época.

—¿Estás segura de que esta vez saldrá bien? —pregunta Jane cuando le comento mis planes.

—Creo que sí, Jane. Él es diferente cuando estamos juntos. ¿Recuerdas en la cena de Sinterklaas? Es atento, cariñoso, amable...sé que ambos llevamos mucho auestas, pero es que cuando estamos juntos, nos olvidamos del resto —le digo sintiendo que el corazón se me alborota.

—No quiero que te vuelva a hacer sufrir —dice apenada —Lo has pasado muy mal. Lo hiciste por ellos y él no lo entendió.

—Pero ya lo ha entendido. Créeme que no volverá a pasar. Ya no nos ocultamos nada y estos últimos días han sido increíbles.

—Bueno, te creo, pero estate atenta. No quiero que te vuelva a destrozar el corazón partiéndotelo en muchos trocitos chiquititos.

Antes de volver a la galería, paramos y compramos los cafés y dos pedazos de tarta diferentes. Continuamos caminando y disfrutando del buen clima de la primavera, seguidas de cerca por Pyort. Una vez compruebo mis correos electrónicos y recojo la mesa, me despido del señor Van Doorn hasta el día siguiente y me marchó.

Pyort me espera en la entrada y hablo con él, para decidir en qué medio de transporte debo ir.

—Pyort, ¿no te das cuenta de que si hago eso, perderé mucho tiempo? —le digo decidida.

—Tessa, ¿no te das cuenta de que si te pasara algo, el señor Zhurkov y Nikolái acabarían conmigo? —dice con una mueca poniendo las manos a la cintura.

—Nadie se tiene que enterar. Se van a enfriar los cafés —digo tozuda.

—Pues deje aquí la bicicleta y yo la llevaré enseguida —dice sin darse convencido —Si luego quiere usted venir a por ella, yo la acompañaré. Se lo prometo.

Efectivamente, Pyort tarda muy pocos minutos en estacionar frente al edificio Zhurkov.

—Señorita, si necesita que la acompañe en el ascensor, deme dos minutos y aparco —dice siempre atento de mi bienestar.

—No te preocupes. Tengo un truco —le digo bajando del vehículo y cerrando la puerta.

Parece que en la recepción de la planta principal de este edificio siempre hay movimiento, y tras sacar mi identificación me acerco a los arcos de seguridad. Al principio ponen pegatas para que pueda pasar los cafés, pero Anderson me ve en apuros y viene a mi rescate.

—Señorita García ¿puedo ayudarle?

—Hola Anderson. Venía a darle una sorpresa al señor Zhurkov. Sé que está arriba, y he traído café. Podrías llamar a Nikolái, seguro que no habrá problemas para poder pasar —le digo con cara de niña buena.

—Señorita García, no es necesario que llamemos a Nikolái. Puede usted pasar sin ningún

problema —dice abriéndome una valla de seguridad para que pase — Yo la acompaño arriba.

—¡Oh! Muchas gracias Anderson, pero puedo arreglármelas sola. Estoy intentando vencer mis miedos y tengo mis pequeños trucos —le digo guiñándole un ojo, y dirigiéndome a la zona de los ascensores.

Una vez llego a la planta treinta y siete, después de hacer todas mis paradas en las plantas intermedias, me dirijo a mi oficina donde me doy cuenta de que ya no tengo a Helga. Tendré que preguntar a Katia a dónde la han trasladado, pero lo que sí que veo es que han desaparecido todas las cajas de dentro del despacho. Ahora el orden y la simplicidad reinan en la estancia. Me siento en mi mesa y le mando un mensaje a Alexandr. Espero que no esté muy ocupado o el café se enfriará del todo.

*“¿Te apetece tomar un café?”*

Tras esperar unos instantes pregunta.

*“¿Contigo? Me encantaría. Termino una reunión ahora y voy a buscarte.”*

*“OK”*

Contesto, cojo la bolsa, y me encamino hacia su despacho decidida a darle mi sorpresa. Aunque la sorpresa me la doy yo cuando veo a Helga que está tras la mesa de recepción del despacho de Alexandr junto a la señora Bocharkov.

—Señorita García —dice con una sonrisa —¿Puedo ayudarla?

—Helga ¿te han trasladado aquí? —pregunto asombrada.

—Señorita García, llevo ayudando al señor Zhurkov desde principio de año — confiesa ante mi asombro.

Oímos que la puerta del despacho de Alexandr se abre y veo como se le iluminan los ojos cuando me ve. Se aparta de su acompañante y acercando sus labios, me da un suave beso.

—¿Qué haces aquí? —pregunta con una pequeña sonrisa.

—He venido a darte una sorpresa con café —le digo con un rápido guiño levantando la bolsa y los dos cafés que llevo en las manos.

—Ven. Te presento a Iov. Es un muy buen amigo mío y abogado de la compañía —dice dirigiéndose a él.

—Hola —contesto con una sonrisa estrechándole la mano.

—Hola. Al fin te conozco. He oído hablar mucho de ti —dice amigablemente —. Bueno, yo debo marcharme. Los papeles te los haré llegar antes de volver a Moscú. No te preocupes Alexandr, sé dónde está la salida. Qué paséis una buena tarde —dice despidiéndose y dirigiéndose a la zona de recepción.

Alexandr pasa uno de sus brazos por mis hombros y dice alegremente.

—¡Vaya! ¡Vaya! Menuda sorpresa tan agradable —. Abre la puerta de su despacho y me hace pasar delante de él —¿Qué has traído? Realmente tengo hambre.

—Café y dos trozos de tarta. Por los viejos tiempos.

—Prefiero los nuevos —dice cerrando la puerta tras él, agarrando los cafés y la bolsa de mis manos, y dejándola en la mesita de café, junto al sofá —Ven aquí —me dice con una media sonrisa quedando los dos frente a frente a pocos centímetros.

Alexandr tiene clavada su intensa mirada en mí. No puedo dejar de mirarlo a los ojos. A esa distancia de Alexandr, mi mente ya no razona. Una sensación de calor nace entre los dos y va creciendo hasta que no puedo evitarlo, y sonrío.

—¿Qué estás haciendo? —pregunto.

—Nada —dice canalla mirando fijamente mi boca.

—Estamos en tu despacho. No continúes —le digo intentando controlar mi respiración ante su sofocante cercanía.

—¿Y? —pregunta con mirada lasciva.

Alexandr pega totalmente su cuerpo al mío, inclina la cabeza despacio acercando sus labios a los míos sin dejar de mirarme y, me besa sosteniendo mi cara con sus manos. La delicadeza de su beso dura muy poco, rápido pasa a ser un beso más pasional y desenfrenado. El calor es abrasador. Siento una de sus manos en mi cuello y la otra va subiendo por uno de mis muslos sujetando la tela de mi vestido. Mis manos se enredan en su pelo. El deseo es incontrolable cuando Alexandr me levanta en peso, alzándome y obligándome a rodear su cintura con mis piernas. Nos hace girar y apoya mi espalda contra la puerta.

—Espera —le digo despegando mis labios de su cuello, intentando recuperar el control y mi respiración desbocada —¡Aquí no! —Añado susurrando.

—¿Cómo que aquí no? —pregunta sorprendido —¿Y no podrías haberme parado antes?

—Podría entrar alguien —le digo ruborizándome.

—Tessa, no va a entrar nadie. Nadie entra sin avisar a mi despacho y he cerrado la puerta —dice volviendo a besar mi cuello.

—Podrían oírnos —le susurro.

—Pues no hagas ruido —dice con una mueca socarrona —Relájate.

—Vamos al fondo del despacho —le pido.

Alexandr me mira con un brillo lascivo en los ojos mientras que, todavía conmigo rodeando su cintura con mis piernas, atraviesa su despacho con unas rápidas zancadas. Una vez cerca de la pared del fondo, pregunta con una mueca granuja.

—¿Aquí le parece bien a la señorita?

Su intensa mirada irradia deseo.

—Sí, mucho mejor —le digo lanzándome a sus labios con una amplia sonrisa.

Me rindo de nuevo a la pasión de sus labios cuando una de sus manos abandona mi espalda para levantar el vestido por un lado hasta llegar a mi ropa interior. Cierro los ojos y un suave gemido se me escapa de los labios. Sus manos recorren mi piel con gran facilidad. No puedo evitar jadear con el torbellino de sensaciones y nuestras respiraciones aceleradas. Necesito

su contacto y me agarro con fuerza a su cuerpo. Arqueo la espalda con la respiración entrecortada. Nuestros besos y movimientos se aceleran abandonándonos al deseo. Un apasionado beso enmudece el sonido de mi garganta sin prisa, hasta que un escalofrío recorre mi espalda y cierro los ojos abrazándome con fuerza a sus hombros.

Cuando vuelvo a abrir mis ojos intentando recuperar la respiración, veo a Alexandr mirándome con una amplia sonrisa en su rostro y acerca sus labios delicadamente a los míos.

—¿Por qué me miras así? —le pregunto con una sonrisa mordéndome suavemente el labio inferior.

—Eres increíble —dice apoyando su frente en la mía con una amplia sonrisa —Y estás extraordinariamente sexy cuando te muerdes el labio inferior. Pero por favor, tienes que parar de acosarme en el trabajo. Nada de sorpresas con café en la oficina ¿Qué van a pensar cuando me vean salir del despacho con el cabello desordenado? —dice guasón.

Le doy un pequeño empujón cariñoso y me vuelve a dejar en el suelo dedicándome una gran sonrisa, tras un corto beso en los labios.

No deja de hacer bromas mientras recomponemos nuestro vestuario y cuando me acerca el café, ya está totalmente frío.

—Espera, pediré que nos traigan café —dice tranquilo.

—Nooo —contesto al instante —¿Qué van a pensar?

—...¿Que nos apetece un café? Por ejemplo... —pregunta burlón sin inmutarse, apretando un botón de su centralita y pidiendo que traigan café.

A los pocos minutos Helga aparece con una bandeja con café que deposita en la mesa auxiliar. Tras darle las gracias, sale del despacho dejándonos de nuevo solos.

—No me habías dicho que Helga era tu secretaria —le digo maliciosa.

—¿En serio que no te lo comenté? —responde con una amplia sonrisa bebiendo su café.

—No

—¿Seguro?

—Segurísimo —le contesto mirándole fijamente entrecerrando los ojos con sospecha.

—Se me pasaría. Pero es algo sin importancia —decide cortando el tema.

—Mañana hay un pequeño cóctel en la galería. ¿Vas a venir? —le comento mientras comemos las porciones de tarta.

—Sí, si tú quieres —dice acomodándose en su sillón.

—Sí. Y deberías de empezar a llevar a tus amigos ricachones a la galería, para que vean el estupendo trabajo que hacemos —digo con una sonrisa ante el asombro de Alexandr.

—Estás utilizándome,...embaucándome con sexo, para llegar a las cuentas corrientes de mis amigos ¡Qué cruel descubrimiento! —dice llevándose una mano al corazón —Estoy siendo utilizado descaradamente —concluye riendo.

## CAPÍTULO 18

Ya ha oscurecido cuando llegamos a la galería en el coche de Alexandr. Es una presentación bastante sencilla, nada que ver con la exposición de Andrei hace unos meses, pero vemos que hay bastante gente en la zona principal de la recepción. Nikolái nos abre la puerta trasera del coche y bajamos. El tiempo acompaña y las noches ya no son tan frías. En la recepción vemos al señor Van Doorn que atiende a los clientes junto con alguno de mis compañeros de trabajo. Tras llegar a él y saludarlo, Alexandr le estrecha la mano y yo, con un corto abrazo, nos informa que Jane está en la segunda planta en el momento que se aparta de algunos de los clientes. Alexandr me lleva de la mano a través de las salas, hasta que subimos a la segunda planta. En la entrada de la sala principal, hay una pequeña barra con un barman y dos mesas altas con algunos aperitivos. Veo al fondo de la sala a Robert, el marido de Jane, quien, al vernos entrar, levanta la mano para que nos acerquemos. Va con un bonito traje oscuro, como Alexandr, y en una de sus manos lleva una copa de vino. Jane, al vernos llegar, se separa de unos clientes y viene a nuestro encuentro. Veo que observa a Alexandr y éste la saluda con una medio sonrisa.

—Señorita Lessing —dice ceremonioso.

—Señor Zhurkov —contesta con el mismo tono.

Robert y yo los miramos a ambos, primero a uno y luego al otro, sorprendidos por su comportamiento.

—¿Sé puede saber que os ocurre a los dos últimamente? —le pregunto.

—Nada —responden al unísono.

Alexandr acerca mi mano que tiene entrelazada con la suya, a sus labios y la besa susurrando que va a por algo de beber, mientras Jane y yo vamos al servicio.

—¿Sé puede saber qué te pasa con Alexandr? —le pregunto parándome frente a ella.

—No es nada —dice sacando una barra de labios de su bolso.

—Estáis distantes.—le digo insistiendo.

—¿No te lo ha contado? —pregunta sorprendida.

—¿Qué me tiene que contar? Me dijo que te lo preguntara a ti.

—El viernes después del “Día del Rey” tuve que hablar varias veces con su departamento de contabilidad ya que hay muchas discrepancias con mis datos, y me pasé media mañana intentando contactar con alguien que me pudiera ayudar. Me estuvieron mareando todo el día y finalmente me dijeron que lo estudiarían y que se pondrían en contacto conmigo. Cosa que, por cierto, todavía estoy esperando. Por la tarde, Alexandr apareció por aquí y le comenté que su departamento de finanzas era un caos, que no me daban una solución a un gran descuadre que

había, y esto parece que le ofendió, pero me dijo que lo solucionaría —me dice muy seria —Con su arrogancia, me alteró y después del día que tu habías pasado por su culpa, le hablé claro y le pedí que te dejara tranquila. Que no podía continuar así.

La miro sorprendida. Jane siempre ha sido muy comedida en sus comentarios y el trato con los clientes. Suelo ser yo la que generalmente pierde los nervios.

—¿Eso es todo? —pregunto mirándola a través del espejo.

—Sí, más o menos —responde más calmada.

—Bueno, pero eso ya es pasado, lo solucionamos y seguro que su departamento de contabilidad pronto arreglará tus dudas —le digo —¿No crees?

—Sí —me dice algo avergonzada —No pude evitarlo, Tessa. El día anterior estabas tan triste y yo...

—Bueno, pues eso ya pasó. Así que haz el favor de volver a tratarlo como tú eres, amable y cercana. No me gusta que os saludéis como si estuvierais compitiendo —le digo cerrando mi bolso tras retocarme el pintalabios y saliendo de los servicios.

Alexandr me observa cuando cruzo de nuevo por el arco de la entrada. Está esperando junto a Robert con nuestras bebidas.

—¿Todo bien? —pregunta con una mueca acercando sus labios a mi oído.

—Todo bien. Hablemos de ello más tarde —le pido cuando varios conocidos se acercan a nuestro grupo.

Charlamos animadamente durante más de una hora, con unos y otros, hasta que Alexandr se acerca por detrás y agarrándome de la cintura me susurra al oído.

—¿Estaría muy mal si nos marcháramos ya?

Le miro con una sonrisa. Sé que no se siente cómodo entre tanta gente que no conoce, y a su equipo tampoco le hace gracia.

—¿Estás cansado? —le pregunto pasando mi brazo sobre el suyo agarrándome a él.

—Tengo hambre —confiesa con una mueca cómica —¿Qué te parece si compramos algo y lo llevamos a casa? Mañana tengo que trabajar.

—Me parece una idea perfecta. Estos zapatos me están matando —le confieso con una sonrisa —Y la galería está a punto de cerrar.

El señor Van Doorn ya se marchó hace unos minutos, así que nos acercamos a Jane y a Robert y les informamos que nos marchamos. Finalmente, y viendo que el tema de Jane con Alexandr no es nada importante, les preguntamos si vienen a cenar algo al Zhurkov. Jane al principio mira a Alexandr y duda, pero éste le hace un guiño con el ojo y decidimos ir. Yo también tengo hambre, llevo un día que no dejo de comer.

Nikolái nos espera en la puerta con el coche. Alexandr se sorprende de que no pida ir caminando ya que hay un corto camino hasta el restaurante, pero es que hoy estoy muy cansada. Cuando el vehículo para en la puerta, vemos a través de los cristales que el salón de la planta de abajo está lleno. Tras bajar del coche, Alexandr agarra mi mano y entrelazando sus dedos con los

míos tira de mí por el pasillo, hasta la escalera. Vemos al jefe de sala que le saluda con un casi inapreciable gesto de cabeza. Jane está atenta a todo, le han hablado de los reservados de la primera planta, pero nunca ha estado allí y se maravilla con la decoración y la privacidad que reina arriba. Alexandr nos dirige hacia la mesa del fondo, la que siempre que he ido con él hemos ocupado. Cuando llegamos a ella, ya tenemos a dos camareros a nuestro alrededor para ocuparse de apartarnos las sillas y atender nuestras solicitudes de inmediato.

La cena es muy agradable y con una charla fluida y animada, después de que Alexandr y Jane hayan bajado el hacha de guerra. Sentados en los cómodos sillones, olvido mi dolor de pies y como con apetito durante toda la velada. Cuando llega la hora del postre, se sorprenden de mi insistencia por pedir. Ellos comentan que están llenos y pasan directamente a tomar una infusión. Pasan unos minutos y el camarero finalmente me trae mi plato con una deliciosa tarta de pera bañada con chocolate. No puedo evitar sonreír ampliamente cuando la veo frente a mí. Jane me mira un instante y dice.

—Cualquiera diría que tienes un segundo estómago o un *alien* ahí dentro para poder comer todo eso.

—Lo sé. Llevo dos días que solo pienso en comer —le digo sonriendo.

—¿Desde cuándo te gusta la pera? Tu siempre has detestado la pera —pregunta sorprendida.

—Lo sé. Pero es que hoy me apetecía —digo llevándome un trozo de tarta con chocolate liquido —Ummm, está deliciosa.

Todos me miran como doy cuenta de mi postre, hasta no dejar nada en el plato. En mi defensa diré que Alexandr se ha ofrecido a ayudarme a terminarse el último trozo.

Plantean ir a dar una vuelta, pero decidimos dejarlo para otro día y retirarnos sin más dilación a casa. Una vez fuera del restaurante, Jane y Robert deciden regresar a casa dando un pequeño paseo. Ellos viven bastante cerca del centro. Así que nos despedimos cuando el coche de Alexandr aparece.

—Alexandr —dice Jane con una pequeña sonrisa.

—Jane —contesta Alexandr imitando su gesto.

Yo soy más efusiva y abrazo antes de marcharme a Jane y a Robert, deseándoles un buen fin de semana.

La noche está despejada de nubes y, según vamos alejándonos del centro, se pueden ver nítidamente a través de la ventanilla las estrellas brillando en el firmamento. Voy con mi cabeza apoyada en el hombro de Alexandr mientras le voy señalando con el dedo al cielo. Como le prometí, este fin de semana no discutiré con él por ir a su casa, y cuando han pasado a recogerme, he dejado una pequeña bolsa con ropa para pasar el resto de fin de semana con él. Es tarde y ambos estamos agotados de toda la semana. No he podido evitarlo y durante el trayecto me he sacado los zapatos que he dejado a un lado. El trayecto a su casa es corto, y pronto nos encontramos ante la enorme verja de hierro tras dejar atrás la ciudad.

El vehículo estaciona en la puerta principal y Nikolái es el primero que baja y abre la puerta trasera del coche. Agarro mis zapatos con la mano y, desciendo, dándole las gracias y las buenas noches a Nikolái que me mira perplejo.

—No puedes ir descalza por el exterior, el suelo tiene que estar helado a estas horas — Sentencia Alexandr cuando me ve descalza en el pavimento empedrado de la entrada, con los zapatos de tacón en la mano.

Alexandr se acerca y agarrándome de la cadera me alza y me coloca sobre su hombro como si fuera un saco de patatas, aunque creo que él, nunca en su vida ha cargado con un saco de patatas.

—Alexandr, bájame —le digo enérgica intentando estirar la parte trasera del corto vestido.

—Vamos, te llevo dentro para que no te resfríes —dice entre risas.

No puedo evitarlo y río por sus ocurrencia. Una vez dentro saluda al señor Cherkessov que mira desconcertado como Alexandr me carga al hombro. Le doy un pequeño manotazo a Alexandr para que me baje, pero se niega.

—¿Necesitas algo antes de subir? —pregunta sujetando mis piernas con una de sus manos y con la otra agarrando mi pequeña bolsa que le ha cedido Nikolái.

—Agua, quiero agua —digo entre risas.

—No me extraña, con todo lo que has cenado hoy —dice con un leve tono irónico en su observación — Haremos una parada técnica en la cocina. Espera, lleva cuidado con los pies — me dice acercándose a la nevera.

—Alexandr, ya puedo andar. Aquí el suelo no está tan frío y puedo ponerme los zapatos —le digo temiendo por mi integridad, doblando mis rodillas y apartando los pies.

—Sssh! Esto es logística pura —dice abriendo una de las puertas de la nevera —Agarra tú la bolsa un momento. ¿Quieres algo más? —dice girando conmigo al hombro para que vea el contenido de la nevera.

No puedo dejar de reírme y me tapo la boca para no despertar a la señora Cherkessov que, seguramente, ya esté durmiendo por las horas que son.

—No, solo agua —le digo intentando agarrar una botella del lateral de la puerta abierta — No puedo con todo. Espera, sujétame la bolsa.

—Espera, yo la cojo —dice volviéndose a girar conmigo al hombro —Cuidado con la cabeza.

—Alexandr, bájame por favor.

—Ya lo tengo todo controlado —dice metiendo una pequeña botella de agua en cada bolsillo de su chaqueta —Dame la bolsa —. Pide levantando una de sus manos al aire.

En ese momento aparece Nikolái por la puerta y tras ofrecerse a ayudar a Alexandr con la bolsa y éste negarse, le damos las buenas noches y se retira discretamente.

—Alexandr, esto no es serio —le digo entre risas.

—Estamos en casa, no hay necesidad de ser serios —dice dirigiéndose a las escaleras y empezando a subir hacia la habitación cargando conmigo.

Me despierto sobresaltada. Muy angustiada. He tenido una pesadilla y tengo el corazón acelerado. Alexandr se mueve a mi lado abriendo los ojos y pregunta con voz ronca por el sueño, incorporándose y pasando uno de sus brazos por mis hombros.

—Cielo ¿Estás bien? ¿Un mal sueño?

—Sí, contesto llevándome una mano al pecho. Siento haberte despertado —contesto tranquilizándome poco a poco mientras Alexandr me pasa la mano por la espalda. —Sigamos durmiendo.

Volvemos a tumbarnos y Alexandr me abraza contra su pecho.

—Tranquila. Estoy aquí contigo —susurra antes de volver a dormirse.

Las pesadillas no han cesado desde que regresé de Colombia. Puede que hayan disminuido, pero no desaparecen del todo. Revivo cada instante en el bar con Zulema y cómo trataron el cuerpo sin vida de John. No puedo borrarlo de mi mente y a menudo despierto sobresaltada. Poco a poco, ante el cansancio, consigo volver a dormirme en sus brazos.

El trino de los pájaros me despierta y, moviéndome con cuidado, me giro buscando a Alexandr. Su parte de la cama está vacía. Miro el reloj de mi teléfono móvil. ¡Vaya!, son las seis de la mañana y es domingo, ¿es que este hombre no duerme nunca?

Me estiro en la cama y me acurruco cinco minutos más. Decido darme una ducha rápida aunque una vez abro el agua, que corre por mi espalda, permanezco más de diez minutos embaucada por el aroma del gel de Alexandr. Ese olor que me recuerda a él me tranquiliza y me hace sentir bien.

Tras secarme el pelo, decido vestirme con unos vaqueros y una camisa sencilla. Bajo a la planta principal que está totalmente en silencio, aunque el sol ya entra por los grandes ventanales de la cocina. Alexandr no está allí, y decido encaminar mis pasos a su despacho. La puerta está entreabierta y decido dar unos suaves golpes con los nudillos.

—Adelante —dice Alexandr levantando la vista de un montón de papeles que tiene sobre el escritorio, y añade con una media sonrisa —Buenos días, cielo.

—Buenos días —respondo entrando y acercándome a él.

—Espero no haberte despertado. Tenía cosas pendientes y como dormías tan plácidamente...—dice con una media sonrisa cerrando tres expedientes que tiene sobre la mesa y rápidamente guardándolos en un cajón.

—¿Puedo ayudarte? —pregunto intrigada tras ver lo rápido que cierra y guarda los expedientes.

—No, no. Ya está casi terminado. Es temprano ¿qué te apetece que hagamos hoy? —pregunta levantándose de su sillón y dándome un fuerte abrazo.

—Para empezar quiero desayunar —le informo con una amplia sonrisa.

—Vayamos a desayunar entonces —me dice agarrándome de la mano y dirigiendo nuestros pasos a la cocina.

La señora Cherkessov llega a sorprenderme tanto como Nikolái. Siempre están al pie del

cañón sea el día o la hora que sea. En la cocina, encontramos un sinfín de manjares para desayunar, preparados y dispuestos en la barra frente a los taburetes. También hay zumo, café y agua caliente para el té. Desayunar en casa de Alexandr es como desayunar en un hotel de cinco estrellas y no puedo evitar que una amplia sonrisa aflore en mi rostro.

Alexandr me pide que me siente en uno de los taburetes mientras él sirve el café, pero cuando lo tengo delante de mí, el fuerte olor me satura y le pido zumo. Llevo dos días con un hueco en el estómago que no llego a entender. Alexandr se sienta a mi lado con su café y me observa enarcando una ceja. Parece que él también está asombrado de lo mucho que puedo llegar a engullir en un solo desayuno.

—¿Estás nerviosa? —pregunta llevándose la taza de café a sus labios socarrón.

—No es eso, es que todo esta tan bueno y hay tanta variedad —contesto algo avergonzada.

—Puedes venir a desayunar siempre que quieras. La señora Cherkesov estará encantada y yo también —dice con una sonrisa.

Alexandr tiene que terminar de revisar unos papeles y aunque me cueste separarme de él, me quedo en la cocina mientras él se vuelve a marchar a su despacho. No pasan ni cinco minutos cuando Nikolái aparece por la puerta de la cocina y me ve allí sentada leyendo el periódico.

—Buenos días señorita —dice muy formal.

—Buenos días, Nikolái. ¿Cómo se presenta el día? —le digo alegremente —¿Quieres que te prepare un café?

—Gracias señorita, pero ya he desayunado —contesta reservado.

Lo miro fijamente y pensando qué hacer le pregunto.

—Nikolái, ¿tengo que avisarte si quiero salir a correr?

—Sí, señorita —dice sorprendido por mi pregunta —¿Quiere usted entrenar?

—Sí, creo que me vendrá bien entrenar antes de que Alexandr termine. He desayunado mucho —digo con una sonrisa llevándome una mano a la barriga.

—¿No prefiere entrenar aquí en casa?

—Entrenar sola y encerrada es de lo más aburrido, Nikolái —contesto con una mueca.

—Señorita, yo entrenaré con usted. La veo aquí en treinta minutos —dice saliendo por la puerta decidido.

Voy al despacho de Alexandr y tras tocar a la puerta le informo que voy a entrenar con Nikolái en el gimnasio. Alexandr sorprendido, levanta la vista de los papeles y tapa el altavoz de su teléfono móvil.

—¿Qué vas a hacer qué? —pregunta desconcertado.

—Entrenar con Nikolái —contesto alegremente.

—Cielo, no es por ofender. Pero Nikolái puede hacerte daño. Es tres veces tu tamaño —dice escapándosele una pequeña risa.

—Él será más grande, pero yo me muevo más rápido —contesto lanzándole un beso al aire y saliendo de su despacho.

—Cielo, ten cuidado —oigo a mi espalda.

Subo rápida a la habitación y saco de mi bolsa las mallas de correr y cojo una camiseta del armario de Alexandr. Me recojo el pelo en una cola en la nuca y me encamino hacia la planta baja. Junto a las escaleras, veo a Nikolái ya preparado con su indumentaria deportiva, esperando con el teléfono en la oreja.

—No sé preocupe señor, llevaré cuidado.

—¿No me digas que era Alexandr? —pregunto riendo —Pero si está en su despacho...

—El mismo, señorita —contesta con una mueca —Venga conmigo. El gimnasio está muy bien equipado, el señor entrena cada día en el.

Sigo a Nikolái por la casa, recuerdo que una vez vi el gimnasio, pero en todo este tiempo nunca lo he utilizado. Nikolái me enseña la estancia y me propone calentar un poco y que si tenemos tiempo, practiquemos algunas técnicas para el cuerpo a cuerpo. Creo que después de la llamada de Alexandr, está un poco intimidado y temeroso de que me pueda suceder algo, así que intenta que el calentamiento, utilizando los aparatos, sea eterno a ver si así, se me va la idea de entrenar peleando con él. La verdad es que estoy cansada y después de todo lo que he desayunado, casi no me puedo ni mover, pero me ofende que aunque sepa que siempre ha tratado de llevar cuidado cuando entrenamos, ahora se niegue en rotundo. Le hago saber mi descontento y me comenta que está actuado exactamente igual que siempre que hemos entrenado. Pero estoy convencida de que no. Paso por su lado y de un salto me subo a su espalda, agarrándolo del cuello.

—Señorita, suélteme. No quiero hacerle daño —dice moviéndose conmigo agarrada a su cuello.

—¡Ríndete Nikolái! —exclamo riendo —Eres un aburrido. Ya has peleado varias veces conmigo y ahora porque Alexandr diga algo ¿te achantas?

—De acuerdo señorita, me rindo —dice cobarde.

—¡Pues yo no! —exclamo todavía agarrada a su cuello y con mis piernas alrededor de su cuerpo, riendo.

—Señorita, no quiero hacerle daño —dice intentando que afloje mis brazos alrededor de su cuello.

—Atrévete —le desafío entre risas al verlo tan agobiado.

En un rápido movimiento y pillándome desprevenida, Nikolái se gira agachándose, y me lanza por encima de su hombro contra la colchoneta. Ha sido tan rápido que no lo he visto venir y caigo al suelo estrepitosamente dejando de reír. Quedo totalmente extendida en la colchoneta. Veo a Nikolái asustado cuando oigo pasos acelerados.

—¡Niko! —exclama Alexandr asustado corriendo hacia donde yo estoy tumbada en el suelo en silencio.

—Señorita, señorita ¿está bien? —pregunta agobiado —Señor discúlpeme.

—¿Tessa? ¿Cariño, estás bien? —pregunta una vez se encuentra a mi lado.

Miro la cara de asustados de los dos desde la colchoneta y sin poder evitarlo, estallo en risas llevándome una mano al hombro.

—Caray, Nikolái. No te he visto venir, pensaba que no lo harías —digo riendo desde el suelo —Alexandr, no mires así que no ha pasado nada, es solo un golpetazo contra el suelo y es mi culpa. Yo le atacué primero —digo alargando mi mano hacía Alexandr, para que me ayude a levantarme.

Al levantarme, estiro la espalda y veo la cara de preocupación de Nikolái. Le sonrío y se convence de que no me ha pasado nada. Alexandr me mira iracundo.

—¿Y ahora qué te pasa a ti? —pregunto sin entender qué le pasa.

—¿Se te ha ido la cabeza? —pregunta cabreado —¿No puedes entrenar como las personas normales?

—¡Madre mía! Qué exagerados sois, ni que fuera de cristal y me fuera a romper —digo ofendiéndome y dirigiéndome a Nikolái, antes de salir por la puerta, le digo —Sé que nunca me harías daño, confío plenamente en ti y sé que nunca arriesgarías mi vida.

Salgo del gimnasio ofendida y los dejo allí a los dos mirándose el uno al otro.

Según me dirijo a la escalera para ir a ducharme, miro a través de los ventanales y veo que el sol brilla con fuerza, así que decido fumarme un cigarro en la terraza antes de la ducha. Alexandr tiene que comprender que no me voy a romper, y sé que con Nikolái podría aprender muchas cosas. Saludo a la señora Cherkessov cuando paso por la cocina hacía la terraza. Hay días que no puedo entender cómo esta pequeña mujer se las apaña para aguantar tanta testosterona junta en esta casa llena de hombres.

Mientras me fumo el cigarro, voy revisando y contestando a los diferentes correos que me han entrado en el teléfono móvil. Cuando ya casi estoy terminando el cigarro, oigo que la puerta de la terraza se cierra a mi espalda.

—Veo que no puedes dejarlo —dice a mi espalda Alexandr.

—Algún día lo haré —contesto y pregunto girándome —¿Ya has terminado?

—¿Puedo sentarme? —pregunta hosco.

—¡Claro! Por supuesto que puedes sentarte —digo con una sonrisa —¿No estarás enfadado por lo de antes? Qué sepas que Nikolái es totalmente inocente, me lancé a su cuello como una energúmena —confieso casi riendo.

—No estoy enfadado, pero me he preocupado cuando te he visto salir por los aires de la espalda de Nikolái y golpearte en el suelo. Tessa, ¿no podrías entrenar de otra forma? —pregunta serio.

—Sé que Nikolái impone, pero sé defenderme perfectamente y no es la primera vez que entreno con él, nunca ha pasado nada —resuelvo.

Nos quedamos unos instantes en silencio el uno al lado del otro. Hasta que veo a Alexandr

pasarse una mano por el pelo.

—¿En serio te lanzaste contra Niko? —pregunta finalmente con una mueca burlona.

—Totalmente en serio, me enganche a él como un pulpo —explico con una amplia sonrisa.

—¿Eso es lo que le has enseñado a hacer a Jane? —pregunta con una amplia sonrisa.

—¿A qué te refieres? —pregunto extrañada.

—El viernes antes de ir a tu apartamento, me tropecé con Jane...—comenta dudando al principio —Me amenazó con arrancar ciertas partes de mi anatomía y tirármelas a la cabeza.

Lo miro a los ojos todavía más extrañada y él hace una mueca infantil.

—¡Dios mío! Hemos creado un monstruo —digo estallando en una risotada ante su mueca —Eso no es lo que me dijo ella que te había dicho.

—Pues no sé lo que aprendió con vosotros, pero puede ser peligrosa —dice con una sonrisa pasándome el brazo por los hombros y acercando mi cuerpo al suyo.

—Pero si solo entrenó con nosotros una hora —digo sin poder parar de reír, ante la imagen de la dulce Jane amenazando a Alexandr —Voy a la ducha.

—Te acompaño —sentencia Alexandr levantándose a mi lado.

—Sí me acompañas...seguro que nos distraemos —digo pasando delante de él mientras sujeta la puerta de la terraza.

—Me arriesgaré. Quiero asegurarme de que cada hueso de tu cuerpo este en su sitio —dice con una sonrisa granuja.

Tras la ducha, Alexandr sigue pendiente de unos papeles y yo decido sentarme en el sofá de su despacho a leer. Ambos estamos en silencio, aunque de vez en cuando levanto la mirada y lo veo observándome. Yo le sonrío y continúo con mi lectura. No hablamos, no nos decimos nada, pero siento su cercanía. Nunca he sentido a nadie tan cerca como a Alexandr, que trabaja sin cesar y de vez en cuando se oye el sonido del teclado de fondo.

Suena un mensaje en mi teléfono móvil rompiendo el silencio. Lo saco al instante, es un mensaje de Hans.

*“Pon las noticias. Canal 33”*

—Voy un momento a ver las noticias —le digo a Alexandr incorporándome del sofá.

—Espera. Ya las pongo aquí —contesta Alexandr sacando un pequeño mando de un cajón —¿Qué canal quieres?

—Canal 33

El plasma que hay en un lateral del despacho se enciende, y tras sintonizar el canal, veo que están haciendo las noticias internacionales. En la pantalla aparece un reportero anunciando la detención de uno de los narcotraficantes más buscados, junto a un gran número de cómplices que le ayudaban en todo momento para que no pudiera ser capturado. Enfocan a Pablo Almeida muy enfadado con la prensa, gritando a la cámara, totalmente escoltado por una gran cantidad de

policía armada. Contengo la respiración. Ya está hecho. Finalmente los Almeida pasaran una muy larga temporada en la cárcel y no podrán seguir haciendo daño. Me doy cuenta que he dejado de respirar y estoy totalmente en tensión cuando me percató que Alexandr se ha levantado y está a mi lado. Pone una mano sobre mi hombro y pregunta cauteloso cuando dan paso a los anuncios.

—¿Estás bien?

—Sí, disculpa. Tengo que hacer una llamada —le digo marcando en el teléfono y saliendo del despacho.

Hans no contesta hasta el quinto tono.

—¿Por qué no me dijiste nada? —pregunto directa.

—No quería que te preocuparas y no sabíamos si todo saldría bien —contesta Hans resuelto.

Veo pasar a bastante distancia a Mijaíl en dirección a la casa, necesito un cigarro, y le hago un gesto para que espere. Una vez frente a él, le pido que por favor me invite a un cigarro y este me lo entrega tras mirar hacia un lado y otro. Supongo que se asegura de que Alexandr no esté cerca en ese momento. Durante más de cuarenta minutos hablo con Hans, ha sido un éxito de operación y yo ya respiro con tranquilidad. El trabajo se ha terminado, Almeida pagará por todo el daño que ha ocasionado, y las muertes de John y de Zulema no habrán sido en vano. De repente me doy cuenta de que estoy llorando. Llorando por su pérdida. Nunca me permití hacerlo y ahora que todo ha terminado podrán descansar tranquilos. Respiro profundamente y tras secarme las lágrimas con el dorso de mis manos, vuelvo a entrar en la casa. Alexandr está en la cocina junto al ventanal, observándome.

## CAPÍTULO 19

Prometí a Alexandr que este fin de semana lo pasaría con él, así que cuando llega la hora, nos arreglamos y nos subimos a su coche en dirección al campo de fútbol, no sin antes pasar a recoger a Robert y a Jane en su casa. Durante la cena descubrí que Robert es fanático del fútbol, y cuando le contamos nuestros planes aceptó la invitación de inmediato. Hoy juega su equipo y, aunque yo no tenga ni idea de ese deporte, de cómo se juega o de los jugadores, voy dispuesta a animar al equipo como la fan más incondicional.

Llegamos a las inmediaciones del estadio y unos guardas de seguridad abren una valla y nos dejan pasar. Nunca había estado allí y es turbadora la cantidad de gente que se agolpa a sus puertas. Los aficionados van ataviados con camisetas, gorros, bufandas o incluso banderas. Bajamos del coche y Alexandr agarra mi mano y empieza a andar decidido hacia una entrada principal. Robert y Jane nos siguen.

—¡Vamos! Esto empezará a llenarse de gente enseguida.

Los aficionados van agolpándose en las entradas laterales, pero nosotros nos dirigimos a una puerta de cristal que se abre cuando Mijaíl se adelanta. Entramos a una especie de recepción de oficinas. Allí no hay aficionados. Nos dirigimos al fondo y subimos en un ascensor que nos lleva a la segunda planta. A través de un enorme ventanal podemos ver la tienda del club que está en la planta baja. Está llena de aficionados que compran ante lo que parece será un gran partido, equipaciones, recuerdos o algún regalo. Alexandr controla todos nuestros movimientos mientras habla con conocidos que se acercan a saludarle. Robert, que está a nuestro lado empieza a comentarnos proezas del club y de sus instalaciones. En los bajos del estadio se encuentra hasta un museo con los trofeos ganados durante su historia.

Alexandr se acerca a nosotros y subimos una tercera planta que lleva a una zona vip que tiene todo tipo de detalles lujosos. Nadie diría que nos encontramos en un campo de fútbol, mas bien parece un hotel de cinco estrellas. Alexandr se adelanta con Robert y le muestra toda la estancia. Desde los ventanales se puede observar todo el campo de fútbol y la euforia de Robert estalla cuando Alexandr abre una puerta y acceden al palco presidencial desde el cual, se escucha un gran tumulto de los aficionados. En ese momento dos camareros entran con unas bandejas y unas copas de champán que Jane y yo aceptamos con gusto, acercándonos al palco exterior. Desde allí se ve a los aficionados impacientes por el inicio del encuentro. Siento que Alexandr se acerca por detrás y me agarra de la cintura.

—¿Estás bien? —pregunta con una pequeña sonrisa acercando sus labios a mi cuello.

—La verdad, nunca imaginé que el fútbol fuera así —contesto mirando a las gradas.

—Y no es así —informa Robert —Generalmente es una camiseta, una bufanda y una garganta preparada para animar con fuerza a tu equipo. Esto solo lo puede disfrutar el dueño del

club.

—Estás invitado siempre que quieras —le dice Alexandr a Robert —Hay muchos fines de semana que no puedo venir y hay espacio, el palco es muy grande.

Alexandr se separa de nosotros y se acerca a un señor que no conozco. Hablan tranquilamente durante un par de minutos. Jane y yo hemos decidido sentarnos en los asientos exteriores con los pies apoyados en la pared que nos separa del campo, mientras nos tomamos nuestra copa de champán parloteando juntas.

No pasan ni cinco minutos cuando el señor con el que hablaba Alexandr se acerca con unas bolsas de la tienda. Me giro y él está atendiendo una llamada con su teléfono móvil. Jane y yo impacientes miramos en el interior de las bolsas y encontramos todo tipo de detalles de la tienda del club. Riendo nos enfundamos la camiseta del equipo y nos anudamos la bufanda al cuello. No hace frío, pero queremos sentirnos como dos hinchas del equipo de Alexandr. Miro a Alexandr y, totalmente ataviada con los colores de su club levanto los pulgares y le muestro una amplia sonrisa. Alexandr no puede evitar sonreír y corta la llamada para sentarse junto a nosotros.

Empieza el partido y Alexandr va explicándome cómo funciona el juego con una paciencia infinita. No lo hago porque me interese el juego en el campo, pero disfruto viendo como se iluminan sus ojos con cada jugada de peligro de su equipo. Durante el descanso se sirve una rápida cena en el interior y mientras Alexandr y Robert conversan junto a otros invitados, yo me acerco a Jane.

—Tengo que preguntarte algo —le digo casi en un susurro.

—Dime —contesta resuelta.

—¿Qué fue exactamente lo que le dijiste a Alexandr? —pregunto.

—¿Qué te ha contado Alexandr? —pregunta perspicaz.

—Qué le arrancarías cierta parte de su anatomía y se la lanzarías a la cabeza —le repito las palabras que Alexandr me ha dicho —¿Jane?

Jane no puede evitar reír y casi se atraganta con su bebida cuando escucha sus palabras en mi boca, recordándole su discusión con Alexandr.

—Yo me centré más en que su departamento de contabilidad me estaba mareando, ocultando documentos y ya que estaba, y tras ver como Nikolái y tú hablabais en el gimnasio, le hice una pequeña advertencia para que se centrara. Y mira si lo hizo —comenta riendo y termina confesando —No pude dormir en toda la noche pensando que me sacaría de todo proyecto con su empresa, pero no lo hizo.

Tras el segundo tiempo, mucho más animado cuando el equipo local marca dos goles en un corto periodo de tiempo, Alexandr nos hace un pequeño recorrido por las instalaciones del club, cuando la afluencia de público ha disminuido. La tarde ha sido una experiencia realmente memorable.

Llegamos a su casa algo más tarde y Alexandr, disculpándose, me informa que tiene que hacer un par de llamadas. Yo decido leer un rato en la cocina hasta que recibo una llamada de

Katia. Hablamos de todo y nada hasta que de repente da un grito al otro lado de la línea y me apremia a terminar nuestra conversación, su serie favorita empieza en cinco minutos. No puedo creer que Katia este enganchada a una serie de la televisión. Me cuenta rápidamente cuál es la trama y me sorprende más que deje todo, y se tire en el sofá a ver si un amor televisado llega a buen fin.

Toco a la puerta del despacho de Alexandr. Está concentrado con unos informes, pero me comenta que ya ha realizado todas las llamadas pendientes que tenía. Yo me aburro de estar sola y cuando veo que Alexandr vuelve a fijar su mirada en el portátil me acerco a su mesa, agarro el mando a distancia de la televisión y me acomodo en el sofá del despacho. Alexandr me mira perplejo. Katia me ha dicho el canal donde emiten su serie, y la busco ante la sorpresa de Alexandr.

—Lo pondré bajito y no te molestaré —le digo casi en un susurro mientras subo mis piernas al sofá cruzándolas, acomodándome y abrazando un cojín —No me apetece estar sola en el salón.

No puedo evitar sorprenderme cuando veo la escenografía de la serie. El decorado es bastante artificial, el sonido deja mucho que desear, pero al instante me siento inmersa en una historia de amor e intrigas de la Rusia de principios del siglo XIX. Hablan bastante deprisa, pero poco a poco me voy haciendo con los diálogos y los personajes. Los vestidos que lleva la protagonista son realmente espectaculares. Cuando empiezan los anuncios me giro hacia Alexandr quien no ha dicho ni una sola palabra hasta el momento, y no puedo dejar de sonreír cuando veo su cara de confusión.

—¿Sé puede saber quién te ha recomendado ver eso? —pregunta enarcando una ceja huraño.

—Katia —contesto sacándolo de dudas y asombrada le pregunto —¿Has visto lo que le ha dicho el barón? No pensé que lo haría.

Alexandr me mira más confuso y apaga su portátil. Ya es tarde y cuando me da la mano para que nos vayamos a la cama, pregunto:

—¿Estás seguro que no quieres ver qué sucede con el barón cuando Anna sepa lo que dijo? —pregunto con una mueca burlona.

—No —contesta Alexandr sin dudar, pasándose una mano por la nuca.

—Bueno, mañana tendré que almorzar con Katia para que me cuente el final —le digo con un pequeño puchero.

—Créeme que haré todo lo posible para que Perminova no se acerque a ti con estas ideas —dice abriendo mucho los ojos y parando la televisión antes de que reanuden la serie tras los anuncios.

A la mañana siguiente desde la galería llamo a Katia y le cuento entre risas lo sucedido mientras veía la serie, pero le pido por favor, que me ponga al día de todo lo sucedido hasta ahora. Katia me dice que es una de las telenovelas más seguidas en su país, que lleva más de un año en antena y me cuenta alguno de los cotilleos más jugosos de sus protagonistas. No puedo

creerlo, yo nunca me he enganchado a ninguna serie y mucho menos a una telenovela y aquí estoy quedando con Katia a la salida del trabajo para ver juntas el episodio de esta noche. No pasa ni una semana que he descubierto la telenovela, y ya estoy totalmente inmersa en el mundo de Anna, el barón y el príncipe, en las calles de San Petersburgo.

Al final de la semana, mientras tomamos el café de la tarde juntos, Alexandr me pide que me lleve algunas cosas a su casa y las deje allí, así no tendré excusa para no pasar la noche allí. Cuando acepto sin rechistar ni una sola palabra, Alexandr me observa ceñudo y sorprendido por mi nula resistencia.

—¿Qué? —pregunto con una sonrisa.

—Nada, nada. Que me sorprende que no refunfuñes —comenta todavía sin entender.

—Tú tienes más canales de pago. Puedo ver la televisión mientras te espero —confieso abiertamente.

Él tiene una reunión a última hora así que yo acepto que Pyort me lleve a mi apartamento para hacer una pequeña bolsa con mis cosas. Lo esperaré en su casa.

Cuando subo al coche de Pyort le pido que antes me acompañe a comprar algunas cosas al supermercado vegetariano y que me gustaría pasar a comprar unas flores en el puesto de Marcel. No pone ninguna pega, y me ayuda con la cesta mientras recorremos los pasillos del supermercado. Desde que detuvieron a Pablo Almeida, el control férreo que tenía Nikolái puesto sobre mi, es más llevadero. Sé que la señora Cherkessov tendrá todo tipo de comida, así que yo me dedico a comprar apetitivos y un agua de coco con limón que últimamente me apetece a todas horas. En el puesto de flores de Marcel hacemos una parada más larga, incluso me fumo un par de cigarros con Marcel mientras éste me prepara un precioso ramo de flores silvestres violetas y colores pastel. Es increíble el buen gusto que tiene para combinar las flores para que finalmente quede un hermoso ramo totalmente elegante y armonioso. Me despido de él con un fuerte abrazo. Últimamente estoy de lo más sentimental y me ha empezado a gustar eso de abrazar a las personas que aprecio.

Una vez en casa recibo una llamada de Alexandr que me comunica que se retrasará y que no podrá cenar conmigo. Al principio hago algún que otro gruñido de queja pero tras cenar en la cocina mientras la señora Cherkessov termina sus cosas por allí, subo a la habitación de Alexandr y me pongo el pijama, unos calcetines y bajo de nuevo a la planta principal. Le pido a la señora Cherkessov que me indique dónde puedo encontrar una mantita para cubrirme mientras me tumbo en el sofá y mando un mensaje a Alexandr.

*“No entiendo cómo funciona la televisión del salón. Por favor, ¿puedo esperarte en el sofá de tu despacho?”*

Espero y no pasan ni dos minutos cuando recibo su contestación.

*“Sin problema, cielo. El mando está en uno de los cajones del escritorio”*

Me dirijo hacia su despacho y preparo mi pequeño campamento. La manta, el agua de coco, helado de té verde, palomitas con sabor a pimienta y una caja de pañuelos. Voy a su escritorio y abro emocionada uno de los cajones. Enseguida veo el mando y en otro cajón, observo unos expedientes que me llaman la atención; “Galería” “Apartamento” y el que llama

poderosamente mi curiosidad es el que pone una pegatina con letras claras de “Srta Leillet”.

Oigo un ruido fuera, cierro el cajón y estoy a punto de esconderme tras la mesa, cuando estallo en risas yo sola. Creo que esto ha sido un momento de deformación profesional, estoy tan acostumbrada a observar todo y a fisgar donde puedo, que no he podido evitarlo.

Enciendo con el mando la televisión del despacho y me acomodo para poder disfrutar en el canal 33. Katia ya me ha mandado un mensaje y hace que me distraiga. La telenovela comienza y yo me agarro emocionada las rodillas, sentada en el sofá. Si lo pienso detenidamente, sus diálogos son empalagosos llegando a lo indigesto, pero allí estoy yo, olvidando el mundo con un pañuelo de papel secando mis lágrimas y comiendo a cucharadas el helado de té verde, directamente de su propio envase. No puedo dejar de llorar ante la tristeza de su protagonista mientras voy intercambiando mensajes con Katia. Estoy tan concentrada en el episodio que no oigo los pasos de Alexandr que entra en el despacho.

—Cielo, ¿qué te sucede? —dice asustado acercándose al sofá donde yo me encuentro moqueando.

—El barón ha contado que ella es pobre y, cuando el príncipe se entere del pasado que esconde ella, toda su historia de amor terminará —le detallo entre hipidos por el llanto — Ahora por culpa del barón nunca podrán estar juntos.

Alexandr me mira levantando las cejas perplejo y tras coger el mando, para la televisión.

—Tessa, es solo una telenovela. Una mala telenovela. Ven aquí que te abrace —dice abriendo sus brazos y envolviéndome con ellos cariñosamente —Siento haber llegado tarde.

—Sé que es la cosa más tonta, créeme que no me entiendo ni yo. Pero es que es taaaan triste lo que le está pasando a Anna —digo entre susurros abrazada a él.

Alexandr mira a su alrededor y ve el pequeño campamento que he organizado en su despacho. Suspira en profundidad y se pasa una mano por la nuca. Creo que no es capaz de entender lo que me pasa y no sabe cómo actuar.

—Veo que ya llevas el pijama puesto, ¿nos vamos a la cama y organizamos nuestra propia telenovela? —dice con una pequeña sonrisa pícar.

—Pero sin dramas por favor —le digo más calmada y con una sonrisa.

—Sin dramas. Solo cariño, ternura, pasión...—dice inclinándose sobre mí en el sofá, besando mi cuello.

Llega el fin de semana de nuevo, Alexandr no tiene que trabajar y prácticamente pasamos los dos días enredados en las sabanas. Creo que si seguimos así no saldremos nunca de estas cuatro paredes. Cuando llega el domingo por la tarde, le digo que debo volver a mi apartamento. Me pide que me quede hasta el lunes y no me puedo negar a su petición. Han sido las cuarenta y ocho mejores horas de nuestra relación llena de caricias, arrumacos y confesiones. Así que me acurruco entre sus brazos y paso otra noche con él.

Despierto y cuando giro mi cuerpo, me percató de que Alexandr ya se ha levantado. Animada me doy una ducha rápida y bajo a desayunar. Seguramente esté con su café de la

mañana y el periódico en la cocina. Entro dando los buenos días con una amplia sonrisa y cuando me acerco a él, separa uno de los taburetes para que me siente y se acerca a mí para darme un delicado y cariñoso beso de buenos días. Me percató que la señora Cherkosov sonríe mientras elabora mi desayuno. Me prepara un *cappuccino* con todo el cariño y lo deposita frente de mí. Cuando el fuerte olor llega a mis fosas nasales, no puedo evitarlo y me aparto presurosa. De repente me han dado náuseas y me llevo la mano a la boca del estómago.

—¿Cielo, te encuentras bien? —pregunta Alexandr preocupado.

—Sí, es que mi estómago está un poco revuelto. Tomaré mejor una infusión —digo apartando el *cappuccino* de delante de mí.

El coche de Alexandr me deja en la galería, se me hace raro separarme de él, tras este fin de semana. Quedamos que a media tarde, cuando yo termine en la galería, Pyort me llevará a su oficina y merendaremos juntos. Me da un fuerte abrazo y un beso suave que pronto se convierte en algo más apasionado, antes de que él continúe su camino hacia el edificio Zhurkov.

A media mañana mi estómago empieza a asentarse. Me encuentro mejor y decido centrarme en el trabajo para poder salir lo antes posible y reencontrarme con Alexandr. Jane está obstinada en que la acompañe a comprarse un sándwich al centro así que decido que yo pasaré por el Zhurkov y encargaré una sopa especiada de vegetales.

En esta época del año el tiempo es muy apacible y el cielo está despejado de nubes y con un intenso color azul. Vamos caminando juntas charlando hasta llegar al centro, mientras Pyort nos acompaña en todo momento en silencio a cierta distancia. Jane compra un enorme sándwich con mostaza de una tienda que hay en una de las callejuelas del centro y mientras ella hace cola para pagar, me dirijo al Zhurkov a por mi sopa especiada. Pyort camina a mi lado en silencio cuando nos acercamos al restaurante. En ese momento se abre la puerta y casi tropiezo con la persona que sale. Pyort rápidamente se tensa y se pone entre los dos, protegiéndome.

—¿Tessa? —oigo de repente —Hola, ¿me recuerdas?

Pyort se da cuenta de quién es y se relaja.

—Iov —confirmo con una sonrisa.

—¿Vienes con Alexandr? —pregunta amable tras saludarme.

—No, solo he venido a por una sopa —digo con una sonrisa.

La puerta se vuelve a abrir y veo que la persona que sale no es tan agradable como Iov. A éste sorprendentemente le cambia la cara y, tras un momento de nerviosismo, añade:

—Creo que ya conoces a mi hermana Elena.

Elena se pone a su lado con mala cara, parece enojada.

—Sí, ya nos conocemos —le confirmo.

—Nosotros ya nos marchábamos. Me alegra haberte visto de nuevo, Tessa — Iov se despide y nos mira a ambas. Está totalmente en tensión.

La mirada de Elena es de puro odio cuando espeta antes de marcharse.

—Sí, la furcia de Alexandr me conoce —dice con desprecio.

—¿Disculpa? —salto sin poder remediarlo —Furcia serás tú.

Iov mira a su hermana intentando que se controle y le llama la atención por su actitud. Ella abre de nuevo la boca y articula con odio.

—¿No eres su furcia? Vives en su apartamento, trabajas para él y seguro que estás disponible siempre que quiera. No vayas de recatada ahora. ¿También te paga por acostarte con él?

—¡Lena! —increpa Iov a su hermana agarrándola del brazo y tirando de ella —Lo siento Tessa, no sabe de lo que habla. Te pido disculpas.

Iov se aleja reprendiendo a Elena mientras yo me quedo inmóvil y callada en la entrada del Zhurkov. Pyort me observa inquieto.

—¿Señorita? —pregunta —Señorita, ¿está bien? No le haga caso.

—Pyort, creo que se me ha quitado el apetito —contesto tras permanecer unos instantes en silencio.

—Pero señorita, tendrá que almorzar algo. No le haga caso. Usted sabe que no lo es.

Creo que Pyort no quiere ni volver a repetir la palabra. No sé qué pensar de lo que acaba de pasar y me he quedado paralizada. Iov es el hermano de Elena, Alexandr me habló hace tiempo de él, pero nunca me dio por relacionarlos. Veo acercarse a Jane con la bolsa de su almuerzo.

—Tessa, ¿estás bien? —dice mirándome de frente —Estás muy pálida.

Esa debe ser la pregunta del día, todo el mundo me pregunta si estoy bien, pero no, no lo estoy.

—Volvamos a la galería, por favor —digo girando sobre mis talones y encaminándome hacia el trabajo —Necesito hablar contigo.

Volvemos en silencio. Necesito hablar con ella en privado y sé que si digo algo, Pyort se lo puede contar a Alexandr. Mi cabeza no deja de dar vueltas a la frase que ha dicho Elena. No entiendo qué ha querido decir. Es sabido por todos que hemos vuelto al proyecto con Alexandr... No puedo dejar de pensar. Cuando llegamos a la galería y veo que todavía no ha vuelto nadie de su hora de almuerzo, le cuento a Jane mi encontronazo con Elena.

—No le des vueltas a lo que ha dicho —dice Jane dándole un bocado a su sándwich sentada en su escritorio —Esa mujer te odia y hará todo lo posible por hacerte dudar de Alexandr.

—Pero lo ha dicho muy convencida y en el momento que lo ha dicho...Jane, he visto que Iov se ha puesto muy pálido —contesto intentando comprender.

Me vuelven las náuseas de la mañana y me acerco a la zona del café a prepararme una infusión. Le doy vueltas y más vueltas a mi cabeza. Elena me odia, eso está claro, pero por qué iba a decir esas cosas, ¿por qué esas y no otras? Vuelvo a sentarme frente a mi ordenador e intento tranquilizarme. Estoy tomando mi infusión cuando veo un dossier apilado en la mesa de Jane.

—¿Todavía no se ha puesto en contacto el departamento correspondiente de Zhurkov para solucionar ese tema? —pregunto señalando el dossier.

—¡Exacto! —exclama Jane, dándole el último bocado a su almuerzo —No me contestan, pero ya no me preocupo. Lo hablé con Alexandr y me dijo que él personalmente se ocuparía y al señor Van Doorn parece que tampoco le preocupa. Me dijo que le llevara el dossier a su despacho. Así que esta tarde lo haré y me olvidaré del tema. Parece que solo me preocupa a mí.

En mi mente, se acaba de formar una idea.

—Jane, ¿puedo verlo antes de que se lo entregues al señor Van Doorn? —pregunto inquieta.

—¡Claro! Aquí tienes. Devuélvemelo cuando te vayas —resuelve levantándose para prepararse una infusión tras la comida, dejando el dossier sobre mi mesa.

Abro el dossier inquieta. Faltan muchos datos por cumplimentar y eso es de lo que se queja Jane. Son datos simples, nada complicados de rellenar. ¿Por qué su departamento financiero tarda tanto en contestar? ¿Por qué Alexandr prefiere llevar el tema directamente? ¿Qué está pasando? De repente, me vienen a la mente los expedientes que vi en el segundo cajón de su despacho, en el momento que saqué el mando de la televisión. Recuerdo los tres nombres “Galería”, “Apartamento” y “Srta Leillet”.

—Jane...¿Qué pasaría si la galería ya no la controlará el señor Van Doorn? ¿Si ahora fuera parte de otra empresa? Otra mucho mayor. ¿No se necesitarían todos esos datos, verdad?

—Efectivamente. Pero eso en este caso es imposible —contesta Jane sentándose frente a su ordenador —¿Quién va a querer comprar esta galería? ¿Para qué?

—Jane, tengo que volver a casa de Zhurkov un momento. Por favor, si llama, cúbreme —digo agarrando el bolso y dejando el dossier sobre la mesa.

Pyort se sorprende al verme bajar de nuevo con el bolso.

—¿Vamos a algún sitio señorita?

—Pyort, ¿podrías por favor llevarme a casa del señor Zhurkov? No me encuentro muy bien y me gustaría descansar un rato —digo con voz lúgubre.

—Por supuesto señorita. Enseguida traigo el coche a la puerta —contesta solícito.

—¿Pyort? —lo llamo antes de que salga por la puerta en dirección el coche.

—¿Sí?

—Pero por favor, no le diga nada al señor Zhurkov. Sabes que él enseguida se preocupa y no quiero que lo haga sin ninguna razón.

Estas últimas palabras casi son una súplica.

Pyort enseguida aparece con el coche frente a la galería. Baja corriendo a abrirme la puerta y me subo en la parte trasera. Cuando todavía nos queda la mitad del trayecto para llegar a casa de Alexandr, mi teléfono móvil empieza a sonar incesante. Miro confusa a Pyort a través del

espejo retrovisor y él enseguida me hace el gesto de que él no tiene nada que ver.

—Hola —digo intentando parecer despreocupada.

—Cielo, ¿quieres que vaya a por ti? —pregunta algo angustiado —Iov me acaba de llamar. Siento que te hayas tenido que tropezar con Elena, parece que no se da por vencida.

—No, Alexandr. No pasa nada, más tarde nos vemos —le digo intentando tranquilizar mi mente. Lo que menos necesito en estos momentos es a Alexandr cerca —tengo que dejarte. Luego hablamos —digo y corto la llamada.

El corazón me late tan rápido que creo que me va a dar un infarto. No puede ser que después de todo lo que me hizo pasar Alexandr por mis secretos, esto sea cierto. Mi mente no deja de sospechar, lo que puede haber pasado con los problemas en la galería y el departamento de finanzas de Zhurkov.

Llegamos a casa de Alexandr y mi cabeza parece que vaya a estallar. Cuando Pyort frena ante la puerta principal de la casa, bajo antes de que le dé tiempo a abrirme la puerta.

—Gracias, Pyort —digo presurosa.

Veo al señor Cherkesov hablando con uno de los jardineros, y lo saludo levantando mi mano discretamente. Perfecto, así no lo tendré rondando por casa. Entro y me asomo a la cocina, donde veo a la señora Cherkesov que saludo rápidamente y le digo que he olvidado algo, que enseguida vuelvo. Mis pasos van rápidos y directos al despacho de Alexandr. La puerta está cerrada, pero cuando intento girar el pomo, abre sin ningún problema. Me dirijo sin pensarlo dos veces a su mesa y me siento en su silla abriendo el segundo cajón. Ahí están los tres dossiers que vi el pasado día cuando buscaba el mando de la televisión. Meto la mano y los saco depositándolos sobre la mesa. Me falta la respiración y siento como si me golpearan la cabeza.

Sobre la mesa, abro el dossier que pone “Apartamento” y empiezo a comprobar cada uno de los papeles que incluye. Hay un contrato de compra venta, datos del registro, datos bancarios, una copia de mi contrato de alquiler con todos los datos que tuve que adjuntar... ¡Dios mío! Mi casero es Alexandr, el dueño del apartamento es Alexandr desde diciembre del año pasado. Joder, Alexandr no me ha contado nada de esto y este fin de semana yo le he abierto absolutamente mi corazón. No cierro el dossier, pero sí que sigo con el que pone “Galería”... Cierro los ojos, no puedo llegar a creerlo. Alexandr es el dueño del noventa y cinco por ciento de las acciones de la galería desde el mes de noviembre. Antes de que yo me marchara. Ahora empiezo a entender ciertas cosas que pasaban en la galería. Por eso el señor Van Doorn el día que le presenté la baja y quise irme, me dijo que ya no estaba en su mano. Intento respirar más pausadamente pero no puedo. Me llevo una mano al corazón y otra a la cabeza, no puedo creerlo, me ha estado ocultando todo esto, sabiendo lo mal que lo pasé yo cuando huí. Temiendo que me odiara por no habérselo contado. Estoy abriendo el último dossier con el nombre de la señorita Leillet cuando se abre la puerta y veo entrar a Alexandr.

—¿Cómo has podido? —le grito sujetando el dossier —Tu sabes por el infierno que pasé.

—Tessa, espera. Iba a contártelo pero tenía que solucionar unas cosas con Iov.

—¡Oh, Dios mío! Elena tenía razón, soy como una puta que le pagas por entretenerte a quien le pones un apartamento —estallo colérica —¿Cómo has podido después de lo que pasé?

¡Maldito seas! Yo no soy una pertenencia más que puedas comprar.

—Cielo, tranquilízate, no es así —dice dando un paso hacia mí. Su voz es ronca y masculina, pero ya no hace que todas las células de mi cuerpo se activen. Yo doy otro paso, pero apartándome de él.

—Ni se te ocurra acercarte a mí —casi siseo con el corazón desbocado —¿Y esto? Siempre creí que era mi culpa lo que paso ese día cuando dispararon. ¿Sabes la losa que fue para mí? Y luego resulta que tenías a una enferma mental trabajando para ti que se obsesionó conmigo y me lo OCULTASTE —grito lanzando el dossier de la señorita Leillet —Me hiciste creer que había puesto vuestras vidas en peligro por mi trabajo. Maldita sea, me sentí tan culpable que tuve miedo a hablar contigo y me marché, me marché dejando todo lo que quería atrás. ¿Te has parado a pensar por lo que tuve que pasar?

—Tessa, cariño, tranquilízate. No quería que nadie te hiciera daño —dice nervioso.

—¿Qué nadie me hiciera daño? Tú lo que eres, es un maldito gilipollas controlador —mi cuerpo empieza a temblar. Joder, necesito controlar todo esto. Odio perder el control.

—En ningún momento quise hacerte daño.

—Pues lo has hecho, joder —bramo de nuevo sin control.

Ya no puedo más, me siento derrotada, no puedo creérmelo. Y me he tenido que enterar por Elena. Confié tanto en él a mi vuelta que me descuidé y no vi las señales. Estúpido amor, me tenía totalmente cegada.

Alexandr permanece en la entrada, el silencio es absoluto y parece que solo se oyen nuestras fuertes respiraciones. El suelo está lleno de papeles del dossier que le he lanzado, esparcidos frente a él.

—Esto se acabó. Ya no puedo más —digo llevándome la mano al estómago.

Me acaban de volver las terribles ganas de vomitar de esta mañana. Un escalofrío recorre mi cuerpo. El tono de mi voz es amenazadoramente suave. En estos momentos he empezado a controlar la situación y ya ni quiero ni puedo gritar más. Estoy furiosa y triste con los puños fuertemente cerrados junto a mi cuerpo. Tengo que alejarme de todo esto.

Sin poder aguantar un segundo más, bordeo el escritorio y cuando me dirijo hacia la puerta Alexandr me agarra de la mano.

—¡Suéltame! No vuelvas a ponerme una mano encima —siseo.

—No voy a soltarte hasta que me escuches.

—No voy a escucharte, ahora ya no es el momento —respondo derrotada —. No quiero escucharte. Necesito alejarme de ti.

El hechizo se ha esfumado y la verdad ha aflorado explotándome en las narices. Esa psicópata acosadora de Elena lo ha conseguido. Me zafo de su mano y me dirijo a la puerta principal. Cerca de la puerta principal veo a Nikolái junto a Mijaíl, al verme llegar se apartan inquietos. No hay duda que han escuchado toda nuestra conversación.

—Señorita ¿quiere que la lleve a algún sitio? —pregunta nervioso Nikolái.

—No, no Nikolái. Necesito, neces...solo necesito salir de aquí —le contesto levantando finalmente la mirada del suelo.

—Yo la llevaré a donde usted necesite. Sé que no habrá ningún problema con el señor —insiste.

—Ya nos veremos Nikolái —le digo intentando forzar una sonrisa.

Salgo por la puerta y camino por los jardines hasta llegar a la puerta principal. En la garita se extrañan de que nadie me acompañe y cuando me están preguntando, observo que miran hacia atrás. Allí, en medio del camino está Alexandr, que les hace una señal e inmediatamente la puerta se abre.

Mi corazón atona mi mente con sus palpitaciones. Miro mis manos y tiemblan, me abrazo el cuerpo y empiezo a andar. Mis pasos al principio nerviosos se calman cuando entro a Clingendael. Instintivamente me llevan frente al jardín japonés, y allí sin pensar y después de ver que no hay nadie, me siento en uno de los columpios balancín que hay. No me doy cuenta del tiempo que llevo allí balanceándome y calmando mi mente hasta que me doy cuenta de que está empezando a oscurecer. Saco mi teléfono móvil para ver la hora, pero lo tengo sin batería.

No quiero volver al apartamento, así que me dirijo hacia casa de Jane, necesito hablar con ella. Paso más de una hora caminando hasta llegar a su puerta. Por el camino he pasado de la rabia al llanto en más de una ocasión, pero cuando estoy frente a ella sé que todo va a salir bien.

Jane me hace entrar enseguida a casa y me hace un té para que podamos hablar. Robert, al ver mi semblante, se retira a su despacho y nos permite hablar con tranquilidad.

## CAPÍTULO 20

Jane me deja un cargador para el teléfono móvil y empiezo a entender por qué me he quedado sin batería. Alexandr me ha estado llamando y dejando mensajes de voz hasta que se ha quedado sin batería. Respiro profundamente tras ver los mensajes, y sin escucharlos, bloqueo el número de Alexandr.

La tarde con Jane me tranquiliza. Cuando se acerca la hora de la cena, Robert va a la cocina y nos prepara una cena ligera para las dos. Le doy las gracias y con un gran cariño en su voz, me confirma lo que hace una hora ya me había dicho Jane.

—Puedes quedarte el tiempo que necesites en esta casa.

A las tres de la madrugada Jane me abraza, dándome un cálido achuchón antes de marcharse a la cama. Hemos hablado de lo que ha sucedido cuando he llegado a casa de Alexandr, de los dosieres que tenía en el cajón y sobre todo de cómo me siento. Jane nunca se había podido imaginar cómo me sentí cuando me marché a Colombia por intentar proteger a la gente que me importaba. Jane me prepara el cuarto de invitados y se va a descansar. Ya es tarde y ella mañana seguramente se tendrá que enfrentar a Alexandr, si aparece por la galería.

Me tumbo en la pequeña y confortable cama de invitados pero no puedo dormir en toda la noche. Mi cabeza es como una olla a presión. Voy hilando hechos en los que tenía que haber puesto más atención. Cuando oigo que Jane y Robert se levantan creo que he dormido escasamente una hora. Me levanto y tomo una infusión con ellos, mi cuerpo vuelve a estar revuelto. Ya lo he decidido y hoy empezaré a buscar un nuevo apartamento y un nuevo trabajo. Estoy convencida de que lo mejor es alejarme de ese engreído controlador.

Sentada en el sofá de Jane, busco apartamentos por la zona con su ordenador portátil en una de las tantas páginas web de alquiler de viviendas. Antes de la hora del almuerzo, ya tengo tres visitas programadas para el día siguiente.

He quedado en el centro a almorzar con Hans, pero antes tengo que pasar por el apartamento, ya que mi bicicleta se encuentra en el garaje. Jane, me ha dejado algo de ropa sobre mi cama así que decidida, salgo de casa y me encamino al “apartamento de Alexandr”. No tenía intención de entrar, pero, una vez allí, decido que no pasa nada por entrar un momento y en una mochila guardo algo de ropa, papeleo importante y el ordenador. Será el apartamento de Alexandr, pero yo siempre he pagado mi alquiler, así que, después de todo, puedo entrar hasta final de mes cuando dejaré de pagarlo. Me cuelgo la mochila al hombro y salgo con la bicicleta hacia el centro.

Hans escucha en silencio todo lo acontecido en el día anterior. Creo que cuando ve toda la frustración y la rabia de mi mirada, se apiada y me comenta que él saldrá de viaje por trabajo y estará fuera un par de días. Me propone que me vaya a su casa y ponga en orden lo que tenga que

poner.

—Yo siempre te apoyaré decidas lo que decidas —dice seguro de sus palabras.

Sus palabras de amistad hacen que finalmente la tristeza que llevo en el corazón salga evidenciada en una sola lágrima que rueda lentamente por mi mejilla.

Esa misma tarde hemos quedado Katia, Jane y yo en una *brasserie* del centro. Cuando Katia me ve, corre con los brazos abiertos hacia mí y me abraza con fuerza. Tomamos un té, sentadas en una de las mesas del fondo más apartadas del escaparate y de otros clientes. Jane nos cuenta que hoy han tenido un día bastante movido en la galería. Misteriosamente le han concertado una reunión con el departamento correspondiente con las oficinas de Zhurkov para solucionar el problema que tenía pendiente con ellos. Katia y Jane intentan distraerme durante todo el rato. Katia me informa que Alexandr estará fuera durante dos días y decidimos que Jane pedirá prestado el coche a Robert e iremos a por mis pocas pertenencias al apartamento.

En menos de una hora hemos terminado y nos despedimos con un abrazo las tres. Con un cigarro en la mano, intento calmar la ansiedad antes de subir a mi bicicleta. Añoraré trabajar con ellas. No estoy huyendo como una cobarde, pero la relación con Alexandr está acabando conmigo. Hay demasiadas cosas complicadas que la rodean y he decidido salir de ese círculo. Me monto a la bicicleta decidida, en ese instante solo quiero llegar a casa de Hans y empezar a preparar mi currículum vitae para mañana empezar a entregar por la ciudad, para buscar un nuevo trabajo fuera de su control.

Paso parte de la noche preparando un mapa con las galerías de arte de la ciudad y diferentes sitios donde podría trabajar, e imprimo varios currículums.

Al día siguiente me despierto temprano aunque estoy cansada, muy cansada. Creo que estoy acumulando estrés con todo lo que ha pasado, pero finalmente salgo a la calle, aunque nerviosa, con una sensación de libertad diferente. Estoy emocionada por no sentirme derrotada. No he sabido nada y tampoco he escuchado todos los mensajes de voz que me dejó antes de que lo bloqueara. Hace un día fantástico que me acompaña en mi nueva aventura y todo va a salir bien. Es lo que quiero y lo necesito.

Voy entrando a las diferentes galerías y dejando mi currículum. Voy tachando en mi lista cada una de las que voy visitando hasta la hora del almuerzo. He quedado a almorzar con el señor Van Doorn en un pequeño restaurante que hay a unos cincuenta metros de la galería, para despedirme y darle las gracias. Durante estos tres años ha sido como un segundo padre. Desde su papel de jefe nos ha cuidado y nos ha apoyado en todo momento. Y, aunque le sorprende mi decisión, la acepta.

—¡Oh! Teresa María, como voy a echar de menos que me vuelvas loco con tus proyectos. Tengo que pedirte perdón, pero Zhurkov me pidió que fuera todo estrictamente confidencial y sabes que yo en un año quiero retirarme. Fue una gran oportunidad y lo hice —explica con cariño mientras engulle su comida —pero siempre pensé que acabaríais juntos, y tú te encargarías de la galería. Me da mucha pena que no sea así.

Hablamos largo y tendido hasta que llega la hora de visitar uno de los apartamentos en los que he concertado una visita y nos despedimos en la puerta, con un cariñoso abrazo. Me pide que vaya de vez en cuando a visitarles, aunque también sabe que en estos momentos necesito

alejarme de todo.

Dos de los apartamentos que visito están mugrientos y muy viejos. Pero finalmente visito uno bastante decente, y tomo nota para tenerlo en cuenta. En varias ocasiones, mientras voy caminando por la calle, siento como si alguien me siguiera. Debo estar atenta, pero no dejo que eso interrumpa mis visitas.

Al tercer día, continúo ocupando toda la mañana con los currículums y por la tarde he quedado con las chicas en casa de Jane, para ir al apartamento. Todavía no me he acercado desde que fui a por mi ordenador portátil. Espero que después de bloquear todos los posibles teléfonos de Alexandr y bloquear totalmente el GPS, no me haya cambiado la cerradura.

Llego a casa de Jane y mi sorpresa es mayúscula.

—¿Sé puede saber de qué vais disfrazadas? —pregunto frunciendo el ceño.

—De ladrona —contesta Jane con una amplia sonrisa.

—De Lara Croft —contesta Katia con una mueca divertida.

Las miro a ambas y aunque no quiera, tengo que sonreír. Van vestidas de negro con mallas y camiseta totalmente de color negro.

—No vamos a robar nada —les informo levantando los hombros en señal de sorpresa — Vamos a por mis cosas. No nos vamos a llevar nada que no sea mío.

—¡Qué aburrida! —dice Jane apretando el cierre centralizado del coche para abrirlo y acercándose a él con gran sigilo mirando a ambos lados de la calle —¡Despejado! —grita lanzándose sobre el capó del coche y rodando de forma siniestra perdiendo el equilibrio.

Katia mira a ambos lados, abre la puerta trasera y con soltura se lanza al asiento trasero intentando esconderse.

Niego con la cabeza suspirando e intento no reír.

—En serio, no vamos a robar nada —digo subiendo al coche.

Cuando estoy intentando abrocharme el cinturón de seguridad, Jane me pasa la mano por detrás de la cabeza y grita.

—¡Agáchate!

Por inercia, me llevo las manos a la cabeza y me agacho rápidamente sobre mis rodillas. A los dos segundos miro a Jane que arranca el coche.

—Lo siento, no he podido evitarlo — dice con una amplia sonrisa.

Marc nos deja meter el coche hasta la puerta principal de la escalera del apartamento, y subimos cargadas con bolsas y una maleta que me ha prestado Jane. Cuando introduzco la llave en la cerradura, me doy cuenta de que funciona correctamente. Abro la puerta y entro a la cocina. Sorprendentemente Jane y Katia entran de puntillas sigilosamente. Me alegra ver que al menos ellas dos se lo están pasando bien y no me permiten con sus locuras que tenga que recordar la tristeza de tener que abandonar mi querido apartamento.

En menos de dos horas tenemos todas mis cosas en bolsas y maletas. Estoy nerviosa y me enciendo un cigarro mientras miro el precioso cuadro de Andrei colgado en el salón.

—¿Qué vas a hacer con el cuadro? —pregunta Jane a mi lado observándolo — Técnicamente es tuyo, te lo regaló por Sinterklaas.

—¡El cuadro se viene con nosotras! —exclama Katia subiéndose al sofá para intentar descolgarlo —¡Vamos chicas, ayudadme!

Hacemos varios viajes al coche para ir bajando las cosas. En el último viaje les pido que me dejen unos minutos a solas y es cuando veo que Jane abraza una sartén y Katia va cargada con dos botellas de vino.

—¿Se puede saber qué hacéis? —pregunto observándolas extrañada.

—Siempre he adorado esta sartén y me da igual que sea de Alexandr, me he vestido de ladrona y algo me llevo —dice casi ofendida saliendo por la puerta —Te esperamos en el coche.

—Puede que a la vuelta se nos pare el coche, tengamos que atravesar un desierto y necesitemos bebida —explica Katia muerta de risa por su ocurrencia, saliendo tras Jane.

Cuando se marchan, doy un último vistazo a todas las estancias rozando con cariño sus muebles, cerrando los ojos e intentando grabar cada espacio y momento que he pasado en mi adorado apartamento. Sin querer, varias lágrimas se me escapan de los ojos. ¡Maldito Alexandr! No podía haber dejado mi apartamento tranquilo. Con un gran desconsuelo e incapaz de controlar las lágrimas, dejo las llaves sobre la encimera y cierro la puerta de un portazo.

Descargamos parte de las cosas en un trastero que me ha prestado la familia de Hans, y me llevo a su casa una pequeña maleta y el cuadro de Andrei.

Continúo la semana buscando apartamento y trabajo. El viernes, cuando acudo a almorzar con Jane en la plaza cercana a la galería, noto que alguien me está siguiendo. Doy una vuelta de más para despistarlos y acorto el trayecto atravesando el *Passage* <sup>9</sup>

—¡Necesito que esto se pare ya! —exclamo airada —Te lo pido por favor.

—Lo siento señorita, solo cumplo ordenes —contesta inquieto Pyort —El señor Zhurkov no quiere que le pase nada. Algo tengo que decirle cuando me pregunte por usted.

—Pues dile que se vaya a la mierda y que continúe con su vida. Qué me deje tranquila —contesto marchándome cabreada y dejándole sin habla, allí plantado.

Llega el fin de semana y no me han confirmado ningún apartamento para visitar y nadie se ha puesto en contacto conmigo tras dejar más de cincuenta currículums por la ciudad. Cuando regreso de mi almuerzo, cierro la puerta. Me dejo caer contra ella y rompo a llorar desconsolada. Las cosas están costando más de lo que pensaba y cada mañana me cuesta más levantarme de la cama. Estoy totalmente desanimada y tan cansada que no tengo intención de levantarme de allí. Solo quiero cerrar los ojos y cuando vuelva a abrirlos, que todo se haya solucionado.

Paso el sábado en pijama deambulando por la casa. He creado una especie de triángulo de la Bermudas, pero en casa de Hans. Voy de la cama al sofá, del sofá a la cocina y de la cocina de nuevo a la cama todo el día. Además, me paso el día comiendo las combinaciones más

peculiares, lo que me provoca que luego tenga dolor de estómago. Hablo varias veces con Katia y Jane, les cuento mi terrible desesperación al no haber obtenido ninguna contestación de ninguna galería. Me piden que no me desespere y que continúe mirando, que algo aparecerá en algún momento. Intento ser positiva pero cada momento se me hace más cuesta arriba, estoy decaída y cansada.

El lunes, Hans me encuentra metida en la cama, agotada después de haber vomitado varias veces. Creo que he incubado algo que me está consumiendo, pero Hans no lo cree así, dice que no puedo pasarme cuatro días recluida en casa, sin que me dé el aire. También le confieso que he empezado a recibir contestaciones de los puestos a los que me presenté o las diferentes galerías en las que dejé el currículum y todas me rechazan sin dar una explicación. Es tan frustrante el no saber por qué. Hans almuerza conmigo y cuando se marcha al despacho, decido hacerle caso y salir a dar una vuelta a que me dé el aire. Voy caminando cruzando calles y avenidas sin rumbo fijo. Respiro el aire que llena mis pulmones y cada vez me encuentro mejor. Antes de que me dé cuenta, estoy en la entrada de Clingendael y voy caminando tranquila hasta llegar a los columpios. Hay un par de niños con sus padres jugando en la arena y yo me siento en uno de los que se balancean y los observo con curiosidad. Pierdo la noción del tiempo balanceándome y calmando mis pensamientos.

—Hola —oigo la voz ronca de Nikolái a mi espalda.

—Hola Nikolái —contesto sin girarme.

—¿Puedo sentarme? —pregunta señalando el balancín que hay a mi lado libre.

—Es un parque libre. Puedes hacer lo que te plazca —digo con desgana balanceándome suavemente con ambas manos agarrada a las cadenas que lo sujetan arriba.

—¿Cómo se encuentra? —pregunta inquieto.

—¿Estás espiándome para tu jefe? —pregunto ofendida.

—No, mi jefe no sabe que estoy aquí, pero me preocupa usted. Es una testaruda y siempre me ha puesto las cosas difíciles, pero la aprecio. Y todavía aprecio más lo que usted hizo por nosotros. Así que deje esa pose de estirada arrogante y contésteme —dice dejándome sin habla.

—¡Vaya Nikolái! Gracias —digo con un intento de sonrisa —Saldré de esta.

Hablo con Nikolái tranquilamente durante un rato. Me confiesa que ha pasado por allí cada tarde para ver si me encontraba bien, y que no pudo evitar reír cuando Pyort confesó que le había descubierto siguiéndome. Cuando llega el momento de despedirnos, doy un rápido abrazo a Nikolái y le digo que no se preocupe por mí, saldré adelante.

Durante los siguientes días, siguen llegando cartas de rechazo. Ya empiezo a sospechar que la mano de Alexandr está detrás de todo esto y hay momentos en los que tengo ganas de aparecer en su despacho y gritarle que me deje en paz.

Estoy sentada en la cama de la habitación de invitados de Hans cuando tras tocar a la puerta se asoma.

—¿Puedo entrar? —pregunta educado.

—Por supuesto, es tu casa —contesto con una mueca.

—Sé por qué te están rechazando en todas las ofertas de empleo y no puedes encontrar casa —dice turbado —Zhurkov está detrás de todo.

—¡Madre mía! Se le ha ido la cabeza. ¡Lo sabía! Aunque no quería creerlo. Lo siento Hans. Veré qué puedo hacer —digo abrumada por lo que me acaba de confirmar.

—No te preocupes. Toma —dice tendiéndome una nota escrita en un papel —Ve mañana a las diez de la mañana. Pregunta por Anne De Boer. No es un gran trabajo, pero podrás empezar a trabajar. Es Estatal, así que Zhurkov no podrá meter baza.

No puedo evitar dar un salto y abrazarme a él. ¡Me ha conseguido un trabajo!

—Del apartamento no te preocupes, algo aparecerá —concluye con una sonrisa —Puedes quedarte aquí todo el tiempo que necesites.

Es increíble como Hans siempre es capaz de solucionar todos los problemas. Los ve, los analiza y los soluciona rápido. Siempre encuentra una solución. Doy gracias por que sea mi amigo y sea tan buena persona. No sé qué habría hecho sin él todos estos años.

A la mañana siguiente me levanto muy animada, a pesar de que continúo con mis problemas estomacales. No he dormido, emocionada por el nuevo paso que voy a dar. Me arreglo con esmero y bajo a la cocina donde encuentro a Hans desayunando sobre la encimera de la cocina, con un café en la mano.

—Buenos días —dice con una amplia sonrisa —¿Preparada para comerte el mundo de nuevo?

—¡Preparada! —digo con una sonrisa apartándome de su café —Buenos días. Estás muy elegante, ¿adónde vas hoy? —pregunto con curiosidad.

—Muchas gracias, tú también estas muy guapa esta mañana —contesta ojeando el móvil —Tengo una reunión.

—¿Te das cuenta de que casi hablamos como un matrimonio? —digo riendo cuando se acerca y dándome un beso en la frente, me desea suerte.

—No eres mi mujer porque tú no quieres —dice orgulloso.

No puedo evitar reír.

—¿Tú y yo casados? No duraríamos ni un telediario —contesto preparando mi infusión.

—Cielo, yo duro mucho más que un telediario —dice engreído saliendo por la puerta.

—¡Fanfarrón! —grito a su espalda riendo.

—¡Suerte! —contesta cerrando la puerta de la entrada.

Llego al museo que me indica la dirección y sujeto mi bicicleta en la zona lateral. Es un museo bastante amplio de dos plantas con un edificio ArtDeco en el cual destaca su color ocre. Se accede a él a través de un túnel de cristal. El director y el arquitecto que lo construyeron, coincidían en la idea de que el arte elevaba a las personas, así que decidieron crear un espacio para la gente, evitando la impresión de elitismo y, consiguieron que el arte llegara a las personas

en esa época. El interior es espacioso y moderno. Alrededor del edificio principal se extiende un pequeño lago artificial que en invierno se suele congelar. He venido varias veces a visitar alguna exposición itinerante en sus instalaciones. Son notorias sus exposiciones de moda. Hace unos años tuvieron una exposición dedicada a Chanel con una gran cantidad de vestidos diseñados por la marca y en estos momentos tienen una exposición preciosa de Givenchy.

Entro decidida y en la recepción aviso que tengo una cita con Anne de Boer, quien enseguida acude a mi encuentro, mientras yo espero en su amplia zona de recepción.

Anne es una mujer elegante y guapa. Hablamos del trabajo mientras vamos paseando por las distintas salas y se sorprende de que haya visitado tantas veces el museo y sus exposiciones. No es un puesto de jornada completa, pero para empezar me conformo con las horas que me ofrecen. Terminamos en su despacho firmando el contrato y me informa que empiezo mañana mismo, estrechando mi mano. Estoy muy emocionada y aunque ser asistente en un museo no es el trabajo de mi vida, me ayudará a llegar a final de mes, hasta que encuentre otro empleo. Y la filosofía que tienen de trabajo me parece muy interesante.

Me subo a la bicicleta y acudo a visitar a Marcel. Cada día de esta semana he ido a visitarle. Hoy tengo que darle las buenas noticias y comprar unas bonitas flores para el salón de Hans. Mando varios mensajes, entre ellos a las chicas, que se alegran por mí. Quedamos para celebrarlo cuando terminen sus jornadas.

Tras pasar parte de la tarde charlando con ellas en un pequeño bar de Plein, riendo y pasándolo bien, le mando un mensaje a Hans, para que pase por allí a recogerme.

—¿Quieres que compremos cena? —le pregunto cuando nos subimos cada uno a nuestra bicicleta y guiñándole un ojo le indico—¡Invito yo!

—¿Thai? —pregunta esperanzado.

—De acuerdo —afirmo sabiendo que es su comida favorita.

Una vez en casa, sacamos los envases y los servimos en los elegantes platos de la vajilla de Hans.

—¿Qué te ha parecido Anne? —pregunta sospechosamente interesado.

—Me ha encantado. Es elegante, amable, vivaz, parece muy inteligente, guapa y está total e irremediabilmente enamorada de ti —contesto con una amplia sonrisa.

—Nos conocemos desde niños —dice ruborizado.

—Me da igual desde cuando la conozcas. Si la entrevista ha durado cuarenta minutos, veinticinco de ellos ha estado hablando de ti —confieso con una mueca divertida.

—Te lo dije muñeca...tú eres la única que se me resiste —dice fanfarrón riendo.

Aunque estoy nerviosa ante mi primer día, lo termino feliz por el trabajo que voy a realizar. Me he pasado el día conociendo las piezas importantes y guiando visitantes a través de sus salas.

Los días han cambiado, cada vez son más calurosos y llueve de manera menos abundante. Los cielos despejados y azules dominan esta última semana, concediéndome un grado más de

motivación ante mi nueva situación. Regreso del trabajo tranquilamente con mi bicicleta y saludo a Marcel con la mano. Su puesto está en el camino de regreso a casa de Hans, cosa que me gusta.

No han pasado ni dos días en mi nuevo puesto cuando Anne viene a mi encuentro, nada más cruzar el bonito puente de cristal de la entrada al museo.

—Tessa, hoy tenemos una visita especial. Necesito que la atiendas tú —dice nerviosa frotándose las manos —Tengo entendido que dominas bastante bien el ruso.

—Sí, claro. Dejo mis cosas en la taquilla y me pongo a ello. Dime qué debo hacer —contesto encaminándome a la zona de empleados con Anne pisándome los talones sin despegarse de mí.

—¿Sabes algo de ellos? ¿De qué zona del museo están más interesados? —pregunto atusándome el pelo y repasando el carmín de los labios para darles un poco más de color.

—Quieren conocer el museo y posiblemente consigamos una gran donación para celebrar alguna exposición para este año. Tú sé amable y haz todo lo que puedas. El director los está acompañando en la cafetería. Pero ya se dirigían a la recepción para esperarte —dice nerviosa hablando sin parar alrededor de mí —Tessa, puede que sea una gran cantidad de dinero.

—Anne, no te preocupes. Ese dinero será nuestro —le digo con una amplia sonrisa saliendo por la puerta batiente que da al pasillo de la recepción, guiñándole un ojo.

Camino decidida hacia la recepción, después de cuadrar hombros y estirar las mangas de mi chaqueta. Mis tacones repiquean contra el impoluto suelo. Es una gran oportunidad para afianzar mi posición en el museo, y solo llevo dos días allí. Me froto las manos.

Veo en uno de los laterales de la recepción al director, que al levantar la mirada y reparar en mi presencia, me hace una casi inapreciable señal para que me acerque.

—Caballeros, ella es la señorita García, una nueva incorporación al equipo. Les atenderá en todo lo que ustedes necesiten —dice atento despidiéndose de sus invitados.

No puedo creerlo. Abro la boca y los ojos de par en par...el gesto enseguida se me tuerce, no puedo evitarlo. No entiendo cómo no me he dado cuenta antes,... Hombre, ruso y posible benefactor del museo con una gran cantidad de dinero...

—Señores —digo seria tras un largo y ruidoso suspiro —Vengan conmigo. ¿Hay alguna zona en particular que deseen conocer más ampliamente o prefieren conocer el museo en general?

Empiezo a caminar apresurada hasta la primera sala. Alexandr me adelanta por la derecha y se coloca frente a mí, impidiéndome el paso. Me muevo a un lado y lo rebaso decidida sin frenar el paso, él se vuelve a mover y me bloquea de nuevo.

—¿Qué haces aquí? —siseo cabreada.

—Necesito que me dejes explicarte de una maldita vez —contesta sonriendo plenamente consciente de lo que provoca con esa inusual sonrisa. Es odioso.

—¿Te das cuenta que eres un psicópata acosador? —digo escudriñándole con la mirada.

—Bueno, pues empecemos nuestro *tour* —dice ignorando por completo lo que acabo de

decirle —¿Podrías ofrecérmelo en ruso?

—Hablas perfectamente el inglés. ¡No me fastidies! —digo apretando la mandíbula y deteniéndome en seco. Intento convencerme de que solo necesito respirar profundamente, aunque tenga ganas de golpearle con todas mis fuerzas. No está siendo justo y eso es algo que me irrita. Se está divirtiendo y no se esfuerza por ocultarlo. Tiene esa presuntuosa y descarada sonrisa en los labios que consigue ponerme inquieta.

—¿No eres capaz de entender que quiero que te alejes de mí? —protesto girándome frente a él.

—¿Y tú todavía no eres capaz de entender que me importa tres narices lo que tú quieras en estos momentos? —replica antipático acercándose a mi oído con esa voz ronca y masculina que suena increíblemente sensual cuando se enfada.

Mi respiración esta suavemente agitada y miro a Nikolái que me responde con un gesto de hombros, indicándome que él no puede ayudarme.

—Vamos, cielo. No tengo todo el día —dice insolente sin esforzarse por ocultarlo.

Alexandr empieza a andar delante de mí, con esa manera de andar tan segura y masculina que me desespera. Es odioso pero increíblemente atractivo y definitivamente solo está aquí para molestarme.

—No vuelvas a llamarme cielo —siseo a su lado.

Voy acompañándoles por las diferentes salas del museo. En varias ocasiones intento saltarme alguna y él descarado, pregunta por qué tengo tanta prisa, que quiere información de cada una de las salas.

—¿En serio? —pregunto cada vez más cabreada.

—Totalmente —sentencia con una medio sonrisita canalla.

—Prométeme que firmarás un cheque —digo parándome en seco frente a él.

—¿Lo quieres ya mismo? —contesta altivo.

—¡Sí! —exclamo sin poder contenerme.

—De acuerdo, tú quieres un cheque y yo quiero que me des cinco minutos. Vayamos a la cafería —resuelve agarrándome del brazo impaciente.

Resoplo muy hondo. Este hombre es frustrante y no va a parar. Caminamos hasta la terraza que hay en uno de los laterales de la cafetería y me abre la puerta, esperando pacientemente a que pase delante de él. Me agarra de la muñeca y pasa delante de mi abriéndose camino hasta la última mesa. Separa una de las sillas para que me siente y cuando lo hago, toma asiento frente a mí. Sus hombros se colocan estratégicamente para que nadie se acerque.

—¡Quiero el cheque! —exclamo enfadada.

—Y yo quiero la luna —dice irónico, pero cuando me ve resoplar añade —Bueno, me conformaré con que me des cinco minutos para hablar contigo.

Alexandr mete la mano en el bolsillo interior de su chaqueta y saca su talonario. Firma

uno rápido y me lo entrega, volviendo a guardarse el talonario en la chaqueta.

—Está en blanco —digo.

—Siempre me ha encantado lo observadora que eres, cielo. Pon la cifra que necesites —dice fanfarrón.

—¿Te das cuenta de que no puedes hacer eso? —digo pasmada.

—Tu rellena la cantidad, voy a pedir algo a la barra —dice resuelto dejándome su bolígrafo sobre la mesa.

Lo veo alejarse seguro y tranquilo. Varias mujeres que hay en diferentes mesas de la cafetería lo devoran con la mirada y yo no puedo dejar de asombrarme. Él lo sabe y al girarse, cuando regresa a nuestra mesa, les hace un pequeño guiño. ¡Será capullo prepotente!

—Bueno, ¿entonces cuánto me van a costar estos cinco minutos? —pregunta socarrón.

No puedo evitarlo, ya no puedo más y por debajo de la mesa le doy un puntapié en la espinilla.

—¡Auch! Querida, qué bruta que eres —exclama llevándose una mano a la pierna.

—Terminemos esto ya. ¿Qué puñetas quieres ahora? —digo categórica.

—De acuerdo —dice acercando su cuerpo a la mesa apoyando sus codos en las piernas abiertas y juntando sus manos a la altura de la barbilla. Siento decir esto, pero está realmente atractivo esta mañana —Quiero que me dejes explicarme. Quiero que me escuches y que razones. Que dejes atrás esta estúpida pataleta. Quiero que te des cuenta que nunca pretendí hacerte daño y...—empieza a enumerar.

Alexandr es interrumpido por el camarero que llega y coloca dos *cappuccinos* frente a cada uno de nosotros. El olor rápidamente llega a mis fosas nasales. No puedo soportarlo y me llevo la mano al estómago.

—Discúlpame —digo levantándome veloz de mi silla provocando que esta caiga sin cuidado contra el suelo.

Alexandr me mira asombrado mientras yo corro entre las mesas tapándome la boca dirigiéndome a los servicios de empleados. Llego hasta ellos, y entro precipitada dirigiéndome al baño. Justo en el momento que levanto la tapa del wáter no puedo contenerme más y tras varias arcadas empiezo a vomitar inclinada sobre él. No ha pasado un minuto cuando siento que Alexandr me agarra de la cintura y aparta mi pelo con una de las manos.

—Joder, Tessa. ¿Estás enferma? —pregunta preocupado.

—¿Qué haces en el baño de señoras? —pregunto sorprendida por su presencia.

—Preocuparme por ti. ¿Es que no lo ves?

—No es nada. Enseguida se me pasará —digo intentando respirar más pausadamente — Por favor, esto es asqueroso. No deberías estar aquí.

—Niko, tráeme una toalla húmeda —decide rápidamente sujetándome.

—Lo siento, últimamente el café me sienta mal —digo excusándome.

—Tranquila, no pasa nada —dice agarrando la toalla húmeda que le pasa Nikolái.

—¿Necesita que llame a un médico? —pregunta Nikolái a mi espalda.

—No, no. Nikolái, enseguida se me pasa —digo recuperándome mientras Alexandr me da pequeños toquitos con la toalla sobre la cara y la nuca.

Cuando ve que ya recupero el color y me encuentro mejor, se separa un poco de mí y se apoya contra la pared cruzando las piernas y los brazos.

—¿Te encuentras mejor?

—Sí. Discúlpame, no deberías haber entrado —digo un poco azorada por el momento vivido.

—¿Y perderme ese momento tan romántico en el que vomitas hasta la primera comida sólida que tomaste en tu vida? —dice guasón levantando una ceja, pero sé que está intentando quitarle hierro al momento tan bochornoso que acabo de pasar.

—Eres gilipollas —le digo intentando reprimir una pequeña sonrisa.

—Y tú encantadora —dice con un guiño.

Mira su reloj y añade.

—Tengo una reunión. El jueves cenamos juntos —sentencia extendiendo el cheque en blanco para que lo agarre.

—No voy a ir a cenar contigo. Recuerda que estoy enfadada —contesto exasperada —Y cenar es como una cita.

—De acuerdo. El jueves almuerzas conmigo. Me lo debes, yo he cumplido con el cheque, ahora te toca a ti. ¿Seguro que te encuentras mejor? —dice casi saliendo por la puerta.

—Sí, anda, márchate.

Nikolái me sonríe y sale tras él. Tiene que ser agotador su trabajo, nunca lo había pensado, pero seguir a todas horas a Alexandr tiene que ser extenuante.

Anne me mira asombrada cuando le digo que tengo dinero. Le digo que el cheque es de diez mil euros y se pone como loca a dar saltitos. Cuando Alexandr vea que sus cinco minutos le cuestan esa cantidad, se pensará otra vez dar un cheque en blanco.

Al finalizar mi jornada laboral, ya más tranquila, me paso a ver a Marcel. Siempre es agradable pasar un rato con él.

## CAPÍTULO 21

El jueves sigo sin encontrar un apartamento, pero ya no me desespero. Estoy convencida de que Alexandr está detrás. Cuando paso sobre las ocho de la mañana por el puesto de flores de Marcel camino al trabajo, aunque no tuviera intención de parar, me detengo a saludarlo. No se encuentra bien esta mañana. Me comenta que un té que ha tomado le ha tenido que sentar mal. Yo lo animo mencionándole mis últimos días y que enseguida se encontrará mejor. Debe de ser un virus que hay por el ambiente. Le prometo que a última hora pasaré a ver cómo se encuentra.

Cuando llego al trabajo Anne está esperándome emocionada, y me asegura que acaba de tener una charla de lo más agradable con el señor Zhurkov y que está muy interesado en apoyar a ciertos departamentos del museo. Yo la observo pasmada ante la facilidad que tiene Alexandr de embaucar a las mujeres con una simple conversación. Le dejo que me cuente el sonido de su voz masculina, el terrible encanto que desprende, etc. Oficialmente ya es una sierva fiel, a su servicio, y yo no puedo evitar suspirar negando con la cabeza.

Alexandr ha solicitado que por favor, me permitan acudir a un almuerzo con una información solicitada. Anne, nerviosa, me comenta que lo tiene todo preparado en una carpeta. Yo la observo incómoda. Seguro que Anne se ha pasado más de dos horas preparando toda la información, y yo sé que a Alexandr, esa información le importa un pimiento. Le aseguro que no debe preocuparse, que lo haré encantada y que intentaré que le puedan interesar los proyectos. Paso la mañana en su despacho. No deja de parlotear y darme consejos de cómo afrontar el almuerzo, pero tras recordarle que he trabajado con el señor Zhurkov, se tranquiliza.

A las doce menos cinco del medio día, avisan de recepción que ha venido un coche del señor Zhurkov a recogerme.

¡Es incorregible! —pienso para mí y, agarrando mi bolso y la carpeta que Anne me entrega, voy hacia la entrada. Junto a la puerta de entrada reconozco a Pyort de espalda.

—Hola Pyort —lo saludo a su espalda.

—Buenos días señorita —contesta con una pequeña sonrisa.

—No sonrías, Pyort —le digo pasando delante de él —Tu jefe es mas cabezón que un elefante.

—Yo no sonrío, señorita —contesta granuja.

Me abre la puerta trasera del vehículo y yo me acomodo. Otra vez estoy arriba de uno de los coches de Alexandr. Esto es un círculo que he de parar. Nos ocultamos constantemente información el uno al otro ¿Son mentiras? Ya no sé qué pensar. Lo único que quiero en estos momentos es tranquilidad y a su lado no lo voy a conseguir. Ya estoy en el camino y sé que pronto encontraré un apartamento y el equilibrio que ansío después de todo lo sucedido en este

último año.

—¿Quiere escuchar algo de música? —pregunta Pyort sacándome de mis pensamientos.

—Lo que prefieras, Pyort —le digo con una sonrisa apartando la mirada de la ventanilla, para mirarle a través del espejo retrovisor.

—Me alegra tenerla de vuelta, señorita —dice encendiendo la radio.

—Pyort, no estoy de vuelta —contesto un poco ofendida —He accedido a tener una reunión con su jefe, nada más.

—Bueno, sí. Ya se verá —dice con una mueca divertida y vuelve a concentrarse en el tráfico.

Estamos llegando al restaurante y ya me he arrepentido de haber cedido a su petición. Aunque supongo que cuando se haga efectivo el cheque, más se arrepentirá él.

Pyort estaciona en la puerta principal y bajo decidida a acabar con esto. En el momento en el que me abren la puerta desde el interior, veo que Nikolái se dirige hacia mí.

—Señorita —dice formal —El señor la espera arriba.

—Nikolái, sabes que conmigo no tienes que ser así de formal. ¿Qué? ¿Te ha mandado a ti para que no me arrepienta y vuelva a salir por la puerta corriendo de esta maldita reunión? —digo arqueando una ceja.

Nikolái hace un pequeño gesto y girándose lentamente añade. Parece que he dado en el clavo.

—Lo conoce usted más de lo que cree.

A esas horas el ritmo del restaurante es más bien escaso y nos encaminamos a la segunda planta. Todavía recuerdo como me sentí la primera vez que subí a la primera planta, eso era una señal de que ya estaba en el círculo cercano de Alexandr y eso me hacía feliz y confiada. Hoy, no sé que esperar de esta reunión.

Nos dirigimos al reservado y al fondo veo a Alexandr enfrascado en una conversación telefónica. Alza los ojos y cuando su mirada se encuentra con la mía, se despide rápidamente, finaliza la llamada y se levanta rauda a mi llegada, depositando suavemente la servilleta que tenía en su regazo sobre la mesa. Se le escapa una leve sonrisa granuja, cuando llego a la mesa. Siento su cercanía, mi respiración se agita ligeramente.

—Buenos días —digo ceremonial y dejándole claro añadido —Esto solo es una reunión de trabajo.

—Buenos días —dice de manera profesional, y pregunta —¿Te encuentras mejor?

—Sí. Esto es la información que has solicitado —digo dejando la carpeta tan bien documentada que ha preparado Anne para él, encima de la mesa, a su lado.

—Perfecto —añade sin mirarla y apartándola de la mesa.

—¿No te importa un pimiento, verdad? —digo ceñuda como si fuera obvio.

—Se lo pasaré al departamento correspondiente —dice levantando una ceja fijando sus

ojos en mí. Coge su copa de vino y le da un trago.

Un camarero se acerca hasta nuestra mesa. Alexandr se dirige a él con seguridad y empieza a pedir el almuerzo.

—¿Qué tal se encuentra tu estómago? ¿Te apetece algo ligero como una sopa? —pregunta gentil.

En varias ocasiones me mira fijamente para que confirme sus palabras. En el fondo, me conoce muy bien y sabe lo que habría elegido yo.

—Sí, gracias. Algo ligero, no estaré mucho tiempo —digo educada.

Tiene la mirada endurecida y la mandíbula totalmente tensa ante mi comentario. Creo que mi observación al camarero no le ha gustado. Pero a estas alturas me importan tres narices.

—Gracias, eso es todo —dice con un gesto al camarero —Más tarde decidiremos si, después de la sopa ligera, pasamos a un trozo enorme de pastel con triple de chocolate —añade irónico.

Alexandr se recuesta sobre su asiento y cruza sus manos a la altura de la barbilla. Me escudriña con descaro en silencio. Intento mantenerle la mirada, pero finalmente espero a que él diga algo, colocándome la servilleta y bajando mi mirada a ella. Le oigo resoplar bruscamente de nuevo, negando con la cabeza malhumorado.

—Pareces un toro resoplando así —comento irónica.

—¿Siempre vas a ser así de amable y complaciente? —pregunta divertido.

—Puedo serlo más, si me lo propongo.

—A estas alturas no lo dudo —responde con una mueca.

Me cuesta recordar si estoy enfadada o no lo estoy. Esto es una puta montaña rusa. Acabo de darme cuenta del inmenso control que tiene sobre mi estado de ánimo.

—Entonces, ¿hasta cuándo vamos a aguantar esta pataleta? —dice volviendo a tensar la mandíbula.

—No es una pataleta —Niego ofendida —Estoy en una nueva etapa de mi vida.

—¿Y cuánto va a durar? —pregunta irónico.

—Deja de tratarme como si mis sentimientos no fueran importantes. Maldita sea, Alexandr. Te he sacado de mi vida y estoy intentando recomponerla después de tu intromisión. No vengas a hablarme tú de sensatez, cuando tú eres el más insensato cuando te lo propones —contesto disgustada.

—¿Pero qué fue lo que hice tan mal? —pregunta perplejo.

—Te has quedado con mi apartamento y con mi trabajo. E hiciste que me sintiera culpable —digo empezando a cabrearme.

—Cuando desapareciste compré tu apartamento para que no lo perdieras y lo tuvieras cuando regresaras. Lo compré por ti, y como al principio no había nada claro, no te comenté que no tenías que pagar el alquiler cada mes —dice exasperado —El apartamento era para ti.

—¿Y qué hay del trabajo? —protesto.

—De todos era sabido que Johan Van Doorn se iba a retirar y con el proyecto estábamos invirtiendo mucho. Lo creas o no, me dedico a los negocios y comprar la galería se decidió solo como una transacción comercial. No voy pregonando a los cuatro vientos todas las empresas que adquiero. Son negocios —dice arrogante, pareciendo de lo más lógico.

Su explicación parece de lo más normal y me deja fuera de juego. Me fastidia que por ahora tenga razón en todo. Aunque debería habérmelo dicho.

—¿Qué hay de la señorita Leillet? ¿Por qué no me lo dijiste para dejar de hacerme sentir culpable por lo que paso?

—No sabía que eras la jodida mezcla de Matahari con Terminator —dice categórico y muy borde —¿Cómo iba a pensar que la dulce Tessa era capaz de cargarse a un tío de dos metros de un puñetazo en la nariz? Nunca pensé que te sentirías culpable por algo que era imposible que lo crearas tú. Yo llevo equipo de seguridad, ya te dije que estoy acostumbrado a amenazas por mi trabajo. Ni se me ocurrió pensar, ni por un momento, que alguien quisiera amenazarte y lo único que quise fue protegerte. ¡Que no te preocuparas por nada! —Vuelve a resoplar con brusquedad, no muestra ningún arrepentimiento de lo sucedido. Mi impavidez lo impacienta —Te quiero y nunca dejaría que te pasara nada.

Un silencio nos sobrevuela. Un silencio largo.

—Confíe en ti. Te conté todo, rompí todas las normas y confíe en ti —digo triste —Y tú no lo hiciste. ¡No me hagas creer que te importo lo más mínimo! Creí que habíamos quedado en ser honestos.

—Honestos y maduros—recita.

Cojo aire y lo dejo escapar despacio entre mis labios.

—¿Y qué esperas de mí? Me tuve que enterar de todo por alguien que me llamó tu furcia —suspiro alterada.

—No eres ninguna furcia. Elena es caprichosa e incorregible. De verdad que siento que te dijera eso, pero... ¿en serio crees que alguna vez te he tratado como tal? —pregunta ofendido.

—Siempre estás controlándolo todo. No lo entiendes. Yo quería algo normal, sencillo, un paseo juntos o unos tulipanes rojos. Para sorprenderme no necesito tanto. Nunca cuentas con mi opinión, nunca se escucha lo que yo digo —musito.

—¿Estás hablando en serio? —pregunta y juraría que hasta le divierte —. ¡Madre mía! Pero si mi personal te hace más caso a ti que a mí.

No puedo evitar sonreír. Ha vuelto a conseguir que olvide lo enfadada que estoy por sus acciones.

—Debo irme —digo recordando que estoy enfadada.

—Mientes fatal —susurra con dulzura con su masculina voz —No dejo de pensar en ti.

—Eres un embustero —digo escudriñándolo con los ojos.

—No, no lo soy. Pero hagamos un trato. Yo ya me he expuesto, si de verdad aún me

quieres y crees que esto merece la pena, me gustaría que mañana me concedieras una cita. Una cita tú y yo, siendo tú y yo. Intentaré ser más comprensivo con el férreo control de todo lo que te rodea —dice serio —Pasaré a buscarte a donde tú me digas.

—No necesito que vayas a buscarme. Podría ir yo —indico.

—Soy un caballero y si es una cita,...pasaré a por ti —dice fanfarrón levantando una ceja —¿Dónde quieres que te recoja?

—Pregúntale a Pyort, que para eso lo tienes persiguiéndome por toda la ciudad —le digo con una mueca dejando la servilleta sobre la mesa, decidida a irme.

Cuando ya me estoy alejando oigo a mi espalda.

—¿No vas a darme un beso antes de irte? —me pregunta sonriendo mientras yo lo miro incrédula.

Pyort, que está esperándome a la salida del Zhurkov, me observa en silencio. Le pido que me lleve a la galería. Ya estoy fuera de horario de trabajo, pero mi bicicleta esta allí. Luego volveré dando un paseo.

Subo a la bicicleta y voy paseando tranquilamente hacia el centro, realizando una pequeña parada en el puesto de flores de Marcel. Me sorprende no verlo nada más llegar y, pregunto a uno de sus ayudantes que va atendiendo a los clientes que llegan.

—No se encontraba muy bien y como por la tarde hay menos trabajo, se ha marchado a casa. Le diré que has preguntado por él.

Me vuelvo a subir a la bicicleta y voy callejeando tranquilamente sin dejar de pensar. En estos años que he conocido a Marcel, yo sí que hay días que me he encontrado mal, pero él nunca. Siempre ha sido fuerte como un roble. Aunque parece que hay un virus que a mí también me está afectando, ya que el malestar en el estómago no cesa e incluso diría que he perdido algún kilo por ello.

Es jueves y hoy el comercio abre hasta tarde en el centro de la ciudad, así que paseo tranquilamente por el centro comprando varias cosas que necesito. Los días cada vez son más largos y eso hace que las personas se animen y salgan a pasear y a comprar por la ciudad. Corre una leve brisa esa tarde, pero con una simple chaqueta, es suficiente. La ciudad está radiante, llena de flores con gran colorido y embriagador aroma.

Recibo un mensaje de Jane. Está paseando por el centro y decidimos tomar un té juntas. Es un simple hecho que adoro hacer con ella. Es la excusa perfecta para sentarnos, charlar de nuestras cosas y más ahora que no nos pasamos el día juntas.

Durante nuestro encuentro me comenta que ya está todo solucionado con el departamento correspondiente de Zhurkov y que el señor Van Doorn había tenido una pequeña charla con ella, pidiéndole toda la discreción que fuera posible. Yo le hablo de mi nuevo trabajo o de lo poco que llevo en él. Queda maravillada cuando le explico la exposición de vestidos de Givenchy que se encuentra actualmente en una de las salas. También le hablo de mi almuerzo con Alexandr y no puede evitar sonreír.

—El universo os ha unido y no permitirá que os separéis —sentencia riendo —Sois tan

iguales y tan diferentes los dos...

—Yo no puedo vivir así. No puedo estar pensando si me está engañando o no —le digo con una mueca.

—Él nunca te ha engañado, igual que tú tampoco lo hiciste. Vuestras vidas eran complicadas o lo siguen siendo, pero ya habéis puesto todo sobre la mesa. Ahora solo falta saber si realmente el amor que sientes por él es más fuerte que todas estas tonterías —comenta erudita.

Yo la miro sorprendida por sus palabras.

—No me mires así —continúa hablando —Sabes que ese hombre te adora, puede que esté de acuerdo o no con su forma de comportarse. Pero ese gilipollas controlador te quiere y nunca haría ninguna cosa por hacerte daño.

—¿Confiesa cuánto te ha pagado por decir esas palabras? —digo sorprendida de que por una vez, defienda a Alexandr.

—No me ha pagado, aunque pensaré en ofrecerle un trato —dice riendo —Ambas sabemos que existe una conexión inexplicable entre vosotros dos. Cuando él aparece tu cuerpo al instante sabe que se acerca y nota su presencia, habláis, os divertís y según confesaste la noche de Sinterklaas, en la cama supera cualquier imaginación que yo pueda tener —estalla en risas y cuando se percata de que la mesa de al lado nos observa, se tapa la boca con la mano —¿Qué más quieres? Depende de ti. ¿Sabes cuánta gente cada día pide encontrar un amor tan apasionado como el vuestro?

—Nunca pensé que te caía bien Alexandr —digo más sorprendida aún por sus palabras.

—Hay días que le lanzaría algo a la cabeza, pero simplemente hay que veros juntos para entenderlo.

—¿Eso significa que me das tu beneplácito para salir con él mañana? —pregunto con una mueca. La opinión de Jane es muy importante para mí.

—Creo que deberíamos dejar de perder el tiempo e ir a comprar un vestido para la ocasión y...lencería nueva —dice llamando al camarero pidiéndole la cuenta.

Vamos caminando entre las transitadas calles peatonales del centro, en busca de un vestido para mi cita del día siguiente con Alexandr. A Jane nada le parece lo suficiente bonito, o escotado, o elegante, o...a cada vestido le encuentra algo que objetar. Hasta llegar a lo que ella llama, “el vestido”. Elegante y sofisticado, pero a la vez simple. No puedo negar que es un vestido precioso, color rojo intenso de tirantes con unos pequeños adornos a la altura de las costuras. Por encima de la rodilla asimétrico. Es perfecto, no sé a dónde iremos, pero vayamos donde vayamos puedo utilizarlo. Cuando salimos cargadas con la bolsa de mi nuevo vestido, vamos directas al puesto de *frites* que se encuentra cerca y cenamos juntas sentadas en unos desvencijados taburetes del local.

—¿Qué vas a querer? —pregunta Jane haciendo cola tras la barra.

—*Frites* con salsa *saté*, cebolla y mostaza picante —confieso con una mueca. No puedo resistirlo, llevo parte de la tarde soñando con esa extraña combinación.

—No me extraña que luego tu estómago no esté en las mejores condiciones. ¿Estás

segura? —dice burlona.

—Segurísima —decido con una amplia sonrisa.

Jane me mira mientras como mis patatas llenas de salsa.

—Es increíble cómo puedes comer todo eso sin engordar.

—Sí que engordo, créeme que engordo, pero luego entreno y lo quemo todo. Aunque llevo unos días con un mayor apetito que tengo que controlar —digo con una mueca divertida.

Cuando llego a casa de Hans lo encuentro sentado en el sofá revisando cosas del trabajo, mientras tiene el canal de noticias de fondo. Me siento a su lado con una botella de agua y le pregunto qué tal su día. Parece que últimamente tiene bastante más trabajo. Le cuento lo sucedido con Alexandr y me escucha con atención.

—Debes hacer lo que te dicte el corazón —dice sensato y añade pasándose una mano por el pelo —Creo que no es un mal hombre.

—¿Por qué lo defendéis todos ahora? —pregunto sorprendida.

—Porque la explicación que te ha dado es sensata y lógica —sentencia.

—Creo que en el fondo lo sé. Pero llevo unas semanas que todo es diferente. Paso de la risa al llanto en un instante. Del enfado a la alegría en milésimas de segundo. Del negro al rojo...

—Ya lo he notado. Has tenido mucho estrés. Pasará —sentencia.

—Me he comprado un vestido —le cuento y le pregunto emocionada —¿Quieres verlo?

—A ver qué tal ese vestido —dice dejando un dossier lleno de papeles a un lado.

Saco el vestido de la bolsa y me lo sujeto sobre el cuerpo por encima de la ropa con una amplia sonrisa.

—¿Qué te parece? —le digo dando saltitos —¿Es bonito verdad?

—Muy bonito. ¿Esto quiere decir que mañana no volverás a dormir? —dice con una mueca haciendo de hermano mayor.

—Ohh, disculpa. No pensé que tendrías una cita. No te preocupes, mañana buscaré un lugar donde dormir —contesto azorada.

—Tessa, no. No lo digo por eso. Nunca traigo a mis ligues a casa —confiesa fanfarrón — Lo digo porque ese vestido poco te va a durar puesto, cuando terminéis de cenar. ¿Qué llevas en esa otra bolsa? —dice señalando con el bolígrafo la bolsa que queda en el suelo.

—Lencería —contesto sin poder evitar que se me escape la risa.

—¡Oh, no! —dice negando con la cabeza —Eso no me lo enseñes. No quiero saber lo que llevas puesto cuando estás con él.

—Generalmente no llevo nada —digo con una mueca divertida.

No puedo evitar reír abiertamente. Recojo mis cosas y tras darle un beso en la mejilla, me retiro a mi cuarto. Francamente estoy muy, muy cansada. Cuando voy por el pasillo recuerdo algo y me asomo otra vez al salón. Me apoyo en el arco de la puerta y le digo.

—¿Hans?

—Sí cielo —dice sin levantar la vista de sus papeles.

—Esta mañana he pasado a ver a Marcel y no se encontraba bien —digo preocupada.

—Será un virus, tú por las mañanas últimamente no te encuentras bien. Y por cierto, deberías ir al médico —añade sin levantar la mirada de sus papeles.

—Está tarde no estaba en su puesto —digo, y nada más terminar la frase veo que Hans levanta la cabeza y su mirada es de confusión —Marcel nunca está enfermo. Nunca lo suficiente para dejar su puesto de trabajo. Es el enlace de la información y estoy preocupada. Por favor, ¿podrías averiguar si está bien?

—No te preocupes, seguro que mañana está en su puesto de trabajo cuando vayas camino del trabajo. Pero descuida, que veré qué le sucede. Yo me encargo. Recuerda que tú ya estás fuera. No te involucres de nuevo —dice serio y aunque intenta disimular, veo la preocupación en sus ojos.

A la mañana siguiente paso por el puesto de flores de Marcel y tampoco lo encuentro. Ahora sí que empiezo a preocuparme. Mando un mensaje a Hans y le pido que cuando sepa algo que me avise para estar más tranquila. Contesta que no me preocupe, que él se encarga de todo y que disfrute de mi trabajo y sí no me ve antes, que me divierta en mi cita.

Paso una mañana muy entretenida conociendo más acerca de las exposiciones de moda que se celebran este mismo año en el museo. Incluso me atrevo a dar algún consejo que Anne toma de buen grado a la hora de la colocación de algunas piezas. Todo en el trabajo es nuevo y a la vez es emocionante. Es un trabajo que me agrada y disfruto. Anne va presentándose a gente a lo largo del día y almuerzo con ellos sentados en un pequeño comedor junto a las taquillas de empleados. No puedo evitar que las nauseas me vuelvan cuando siento un fuerte olor a coliflor hervida en la sala. Pido disculpas y me ausento marchándome a tomar el aire. Hace un día radiante, salgo al exterior y respiro profundamente. Aprovecho y me siento en una pequeña valla de ladrillos ocre que hay en la entrada, a unos metros de un carrito de helados que suele estacionar frente al museo en esa hora, que es la hora de salida de los colegios.

Saco mi móvil del bolsillo y mando un mensaje:

*“¿Me harías el honor de tomar un helado conmigo?”*

Lo envío y esperando la respuesta apoyo las manos sobre la valla y me estiro mirando al cielo, tras guardar de nuevo el móvil en el bolsillo. No han pasado ni dos minutos cuando siento que el sol desaparece.

—¿Qué sabor quiere, señorita? —dice Pyort con una mueca.

—Pistacho con chocolate —le digo con una sonrisa —Pero yo invito.

—¿Siempre va a encontrarme? —pregunta serio.

—Pyort, sabes a lo que me he dedicado. Y sois muy poco discretos —digo con una sonrisa —No te preocupes, no estoy enfadada y no le diré nada a Alexandr.

—Se lo agradezco señorita.

Pyort se sienta a mi lado y disfrutamos del helado al sol. Le pregunto por Petra y se le ilumina la cara.

—Ahora como entenderá, nos vemos menos —dice pesaroso.

Termino mi jornada laboral y me marchó a casa. Vuelvo a estar cansada y quiero descansar antes de ducharme y prepararme para mi cita con Alexandr. En otro momento hubiera estado tan nerviosa que no habría podido tumbarme en la cama preparándolo todo, pero el cansancio me vence, se me cierran los ojos y me tumbo un rato vestida.

Me despierto y giro sobre la cama mirando el techo, todavía adormilada. Despacio alargo el brazo y cojo el teléfono para mirar la hora. ¡Oh, madre mía! Me he dormido y llegaré tarde si no me pongo en marcha. Me incorporo rápidamente y corro hacia el cuarto de baño. Voy acelerada arreglándome el pelo y maquillándome después de ducharme. Oigo que tocan al timbre y corro hacia la ventana de mi habitación, debe ser Alexandr y yo todavía no he terminado.

—¿Alexandr? —doy un pequeño grito desde la ventana del cuarto de invitados de Hans.

—¿Tessa? No esperarás que te recite algo mientras te asomas al balcón. Eso ya es exigir demasiado —dice guasón mirando hacia la ventana donde estoy asomada.

—Nooo, entra. Enseguida bajo —digo riendo por su ocurrencia.

Termino de arreglarme y me miro en el espejo. Este vestido es precioso. Estoy contenta porque el maquillaje oculta la palidez de mi rostro de los últimos días. Busco un pequeño bolso de mano que me ha dejado Jane que hace juego con el vestido y pongo las cosas necesarias. Me repaso el carmín de los labios y con los zapatos en una mano y el bolso en la otra bajo las escaleras a la carrera.

—Cielo, si eres tú la que corre como si fuera una estampida de animales salvajes en la selva...no corras, tenemos tiempo —dice con calma.

Rio al escucharle. Cuando llego a la planta baja, me pongo los tacones y entro al salón donde se encuentra Alexandr, curioseando en la biblioteca de Hans.

—Hola —saludo con una sonrisa.

—Guauuu —dice girándose sobre sus talones y acercándose a mí, añade —Estás preciosa.

—Gracias —contesto con una sonrisa.

Alexandr saca de detrás de su cuerpo un bonito ramo de tulipanes rojos que tiende con una sonrisa.

—Dijiste que te gustaban los tulipanes rojos —dice con un guiño.

Lo miro asombrada. Son los tulipanes aterciopelados más bonitos que he visto en la vida. Se acerca y me da un corto beso en los labios. Me acompaña a la cocina donde encuentro un jarrón y los pongo en agua.

—¿Estás preparada? —me pregunta cuando observa que he terminado con las flores.

—¿Vas a decirme a dónde vamos? —le digo agarrando la mano que me tiende para que le acompañe.

—No —dice simplemente burlón —Es una cita y se supone que tengo que impresionarte.

—De acuerdo entonces. Vayamos allá —digo cerrando con llave la puerta principal de la casa de Hans y siguiéndole al coche.

Me sorprende ver que lleva el coche deportivo y que vamos a ir solos.

—¿Hoy no vienen tus hombres? —pregunto sorprendida.

—Hoy será un poco diferente —dice haciéndome una señal para que mire hacia atrás donde veo otro coche con dos de sus hombres aparcados en la acera de enfrente —Con este coche te conocí —añade mordiéndose el labio —Pero por favor, no te vuelvas a lanzar sobre él.

Alexandr, caballeroso, abre la puerta del acompañante y espera a que me acomode para cerrarla. Rodea el vehículo y se sitúa en el asiento del conductor. Se gira hacia mí y agarrando mi mano, lleva el dorso hasta sus labios y le da un beso.

—Estaba deseando tener una cita con usted, señorita García —dice con una mueca de lo más sexy.

Arranca el coche y veo que se dirige a la playa. No ha querido darme ninguna pista sobre a donde vamos a ir a cenar. Está de lo más misterioso. Lo observo cómo va conduciendo tranquilo y seguro, con la vista fija en la carretera. Me resulta atractivo hasta niveles insospechados. Esa seguridad con la que habla y controla cada situación es aplastante, para siempre terminar saliéndose con la suya. Hoy está increíble. Bueno, siempre lo ha estado, hasta cuando lo despertaba en mitad de la noche con mis pesadillas tras regresar de Colombia. Se gira y descubre cómo lo observo. Al verme me sonríe,... ¡Madre mía! Qué sonrisa tiene. No entiendo por qué no sonríe más. Su sonrisa es demoledora. Cuando llegamos a la playa y detiene el coche, acerca una mano a mi mejilla y me acaricia. Rezo para que no note que me arde la cara de lo nerviosa que me encuentro. Acerca sus labios y me da un tierno beso en los labios.

Salgo del coche precipitadamente y avergonzada cuando veo un aparcacoches abriéndome la puerta. Alexandr sale y se adelanta colocándose a mi lado, cediéndole las llaves de su coche. Creo que el aparcacoches recordará este momento el resto de su vida. Va a poder conducir un coche que jamás pensó que llegaría a conducir a pesar del sitio tan lujoso donde nos encontramos.

—Cuídamelo —le dice Alexandr.

—Lo haré señor. Lo haré —dice entusiasmado colocándose en el asiento del conductor y retirándolo de la entrada.

Alexandr me agarra de la mano, entrelaza sus dedos con los míos y entramos al ostentoso hotel que domina el paseo de Scheveningen.

—¿No has podido resistirte verdad? —pregunto maravillada por cada uno de los detalles —¿No has encontrado nada más opulento? —pregunto con una mueca haciéndole reír.

—No seas gruñona. ¿Alguna vez has cenado en el restaurante de la cúpula? Es espectacular —dice tirando de mi mano —Seguro que te encantará.

Enseguida tenemos a nuestro lado a una especie de botones que nos acompaña hasta el ascensor y sube con nosotros hasta la última planta. He oído hablar de esta sala, pero pensé que el restaurante lo habían cerrado, para utilizarla solo como salón para actos por su espectacular belleza. Pero Alexandr me abraza atrayéndome hacía él, muy seguro, aunque yo me resisto.

—Todavía no hemos ni cenado en nuestra primera cita —digo abriendo mucho los ojos intentando parecer seria.

Llegamos a la planta y tras recorrer unos pasos, ante nosotros se abre el salón más sublime, asombroso, maravilloso y todos los adjetivos que me vienen a la cabeza acabados en oso. Las pinturas sobre las paredes y techos son preciosas y sin darme cuenta, tiro de su mano acercándome a ellas. La cúpula de cristal con la enorme lámpara es colosal. Cuando me doy cuenta miro maravillada todos los detalles con la boca abierta y Alexandr a mi lado sonrío, contento por mi reacción.

—Pensé que esta zona había cerrado —digo apretando su mano emocionada.

—Solo la abren para las grandes ocasiones como la de hoy —dice fanfarrón con una mueca.

Al fondo, veo un par de músicos que toca una suave melodía con un imponente piano de cola y un chelo. A unos metros una mesa perfectamente decorada con dos camareros que nos esperan, perfectamente uniformados.

—Madam —dice uno de ellos apartándome mi silla.

Miro a Alexandr que en esos momentos se está sentando y sonrío.

—¿Si en la primera cita haces esto, qué vas a hacer en la segunda? —pregunto perpleja.

—Ahhh, ¿pero es que ya me he ganado una segunda? —dice burlón—. En la segunda te llevaré a comer una hamburguesa. Vale la pena disfrutar de la alegría de tu rostro desde que has entrado.

No puedo negar que me ha encantado la sorpresa, estoy un poco cohibida por tener todo el salón para nosotros. Los diferentes platos que nos han preparado para la cena son exquisitos. Hablamos y reímos durante la cena. Antes de que nos sirvan el postre, Alexandr se levanta de su silla y con una delicada inclinación extiende su mano hacía mí.

—Ya te lo dije. Yo no sé bailar estas cosas —digo azorada.

—¡Venga! —dice tirando de mi mano y apartándonos un poco de la mesa para que los camareros puedan terminar con su trabajo —Sabes que es mi excusa perfecta para poder volver a abrazarte.

Apoyo mi cabeza en su hombro y cierro los ojos dejándome llevar. Cuando oigo que un mensaje entra en mi móvil decido ignorarlo hasta que a los cinco minutos suena otro. Eso empieza a inquietarme. Entonces miro hacia la mesa donde se encuentra mi bolso con el teléfono móvil dentro. Alexandr se da cuenta de mi inquietud y me anima a que mire si es urgente, cuando el teléfono empieza a sonar estrepitosamente sobre la música del salón.

—Lo siento. Debe de ser algo urgente —digo soltándome de sus brazos y acercándome deprisa a la mesa.

Cuando he salido de casa, he puesto el teléfono móvil en silencio y solo pueden entrar llamadas de Jane o de Hans. Y ambos saben que estoy con Alexandr, no me llamarían si no fuera una urgencia. Abro el bolso y agarro el teléfono, los dos mensajes son de Hans que me pide que lo llame urgentemente. Eso me pone nerviosa e intento llamarlo enseguida. En la primera llamada no contesta, pero cuando el tercer tono de la segunda llamada suena, descuelga.

—¿Tessa? —dice serio —¿Estas con Alexandr?

—Sí. ¿Qué sucede? —pregunto inquieta.

—Necesito que vengas al hospital de inmediato —dice directo —Marcel está aquí y nos están haciendo unas pruebas. También te las tendrán que hacer a ti. No te preocupes, pero tienes que venir lo antes posible.

—De acuerdo. Estoy en la playa —digo palideciendo —Enseguida voy para allá.

—Alguien te estará esperando en recepción —dice y cuelga.

Alexandr se acerca y pone un dedo en mi barbilla, la levanta para que nuestras miradas se encuentren.

—¿Qué sucede?

—Debo marcharme —digo cogiendo mi bolso —Lo siento, he de marcharme.

—De acuerdo. Dime a dónde tengo que llevarte y te llevaré —dice intentando calmarme.

—No, Alexandr. No puedo, cogeré un taxi —digo bloqueada.

—Tessa, no te voy a cobrar, ¿dime a dónde tienes que ir? —dice serio.

—Al hospital, está a cinco minutos en coche.

—De acuerdo. Tranquila, no sé qué ha pasado, pero todo se solucionará —dice tirando de mi muñeca y llamando a Nikolái con su teléfono móvil —Niko, quiero que el coche nos recoja en la puerta y que alguien se ocupe de mi coche y lo lleve a casa. Estamos bajando.

Cuando salimos por la puerta del majestuoso hotel, frente a nosotros encontramos a Nikolái que me observa serio. Alexandr les indica que debo acudir al hospital urgente y no se demoran. Incluso en mi paralizada mente, veo a Mijaíl saltarse un semáforo. Alexandr agarra una de mis manos que descansa sobre el tapizado del asiento. Tengo las manos frías. Sé que algo no va bien, Hans nunca me habría llamado y pedido que acudiera a un hospital si no fuera grave. Mi cuerpo se estremece y Alexandr se saca la chaqueta de su traje y me aconseja que me la ponga sobre los hombros.

Llegamos al hospital y Mijaíl aparca en una de las puertas principales. Alexandr insiste en acompañarme, pero le pido tiempo. No sé qué está sucediendo e intento protegerlos. Nikolái me mira serio y me hace una señal con la cabeza. Con ese simple gesto me ha dicho mucho. Me ajusto la chaqueta de Alexandr sobre el pecho cruzando mis brazos sobre ella, para sujetármela y entro decidida por la puerta.



## CAPÍTULO 22

Nada más entrar y preguntar en recepción, un sanitario me espera y me pide que le acompañe indicándome una silla de ruedas. Lo miro extrañada y le indico que puedo caminar, pero me cede una mascarilla para la boca y la nariz, y nos dirigimos hacia la planta. Cuando abre una puerta batiente, no sé explicar la inquietante sensación de ser observada por tanto personal médico como en esos momentos se encuentran en esa zona del hospital. Dos médicos con el semblante muy serio y totalmente cubiertos por protecciones me miran y me hacen pasar a una sala.

—¿Dónde está el señor Van Doesburgh? —pido antes de sentarme.

—Estoy aquí —oigo a mi espalda y al girarme lo veo entrar también con una mascarilla sobre la nariz y la boca.

—¿Qué está pasando? —pregunto preocupada.

—Creemos que a Marcel lo han envenenado —dice a bocajarro —Tienen que hacerte unas pruebas, tú has estado en contacto con él.

—De acuerdo. ¿Qué tengo que hacer? —pregunto.

—Enseguida te sacaran sangre y comenzaran a hacerte varias pruebas.

Hans me observa aterrado. Me hacen cientos de preguntas y yo voy respondiendo a todas y cada una de ellas, aunque hay algunas que no entiendo. Me preguntan por vómitos, mareos o cansancio mientras me sacan sangre. Todo empieza a darme vueltas, oigo de fondo el sonido de pasos que van por el pasillo y de los médicos girando los papeles tras anotar mis respuestas. Levanto la mirada perdida hacia Hans, que sigue escuchando cada una de mis contestaciones. Quieren hacerme más pruebas y me tumban en una camilla, con lo que hacen salir a Hans de la sala. Todo pasa muy rápido y de pronto oigo como una enfermera me dice que ya me puedo incorporar y que enseguida vendrán los médicos de nuevo. Me siento sobre el borde de la camilla con las piernas colgando y agarro la chaqueta de Alexandr. Hace frío y el olor a él que desprende su chaqueta hace que me tranquilice. Oigo que la puerta se vuelve a abrir y miro en esa dirección.

—¿Cómo te encuentras? —pregunta Hans acercando una silla a la camilla.

—Bien, me encuentro bien. Estoy algo cansada, pero estoy bien. ¿No vas a decirme nada de Marcel? —pregunto inquieta.

—Enseguida vendrán los médicos con tus resultados. Seguro que no es nada —dice apartando la mirada —Me ha extrañado verte sin Alexandr.

—A mí también me ha extrañado que no me siguiera, pero supongo que ya tendrá a

personal de su equipo hackeando el sistema informático del hospital —digo con una sonrisa triste —Luego le mandaré un mensaje.

Nos quedamos los dos en silencio, un silencio que pesa y hace que el ambiente esté enrarecido. Nerviosa, juego con mis dedos entrelazados, que descansan en mis piernas. No sé si el tiempo pasa lento o a mí se me hace lento. Ya no sé qué hacer y me bajo de la camilla de un salto y empiezo a caminar por la sala.

—¿Desde cuándo estáis aquí? —pregunto inquieta.

En ese momento se vuelve a abrir la puerta y entran de nuevo los médicos con una enfermera.

—Señorita García, ya tenemos los resultados —anuncian y se dirigen a Hans —Señor Van Doesburgh.

Inmediatamente Hans se retuerce las manos y dice que esperará fuera.

—No. Prefiero que estés conmigo, no entiendo nada. Por favor, ¿puedes quedarte conmigo? —le pido agarrándole de la mano.

—Tenemos que decirle que las pruebas de envenenamiento han dado negativo.

—Gracias —digo en un suspiro y pregunto impaciente —¿Puedo ver a Marcel, ya?

—Bueno, en su estado sería mejor que descansara —dice uno de ellos.

—¿Mi estado? ¿A qué se refiere? —digo sorprendida.

—Está de muy pocas semanas, señorita García. Está usted embarazada —dice el mismo médico suavizando la expresión de su rostro.

—¿Quééé? Eso es imposible —digo abriendo mucho los ojos.

—Aquí tiene los resultados de su análisis de sangre. Le recomiendo que programe una cita con su ginecólogo —dice entregándome unos papeles —Si me acompaña, la llevaremos a la sala donde se encuentra su amigo. Pero recuerde, está muy débil y tiene que estar tranquilo. Posiblemente este durmiendo.

Abre la puerta y espera a que salgamos al pasillo con él. Yo estoy como en una nube ¿Embarazada? ¿Pero cómo es posible? Me pregunto mentalmente. Hans va muy callado a mi lado, está tan sorprendido y aliviado como yo. Y cuando estamos llegando a la habitación de Marcel, agarra mi mano y se gira hacía mí.

—Tessa, Marcel necesita que estemos tranquilos. Necesitas saber que su físico está muy deteriorado. Ha sido envenenado por una sustancia que no estamos seguros, pero no es contagioso. El problema es que nosotros podamos debilitar su sistema inmune, ya de por sí debilitado —habla muy seguro y yo lo escucho atenta. Hans agarra mis manos con las suyas y me pregunta mirándome a los ojos directamente —¿Me has entendido?

—Sí, sí. Te he entendido.

Pero lo que veo a continuación cuando me detengo en la habitación de Marcel, es algo para lo que no estoy preparada. Nos separa un enorme cristal. Está allí dentro tumbado, más bien hundido en la cama, rodeado de aparatos y con la parte de arriba del pijama abierta. Está

conectado a varias maquinas, no sé para qué sirven. Entonces sus ojos tropiezan con los míos. Se le ve cansado y yo levanto mi mano y lo saludo, vocalizando un “hola” con mis labios. Se le cierran los ojos, poco a poco. La imagen que estoy contemplando me parte el corazón. La piel de Marcel esta blanquecina y ha perdido todo el cabello. Se le ve exhausto cuando sale la enfermera de la habitación y al vernos allí nos saluda, y nos comunica que seguramente duerma un rato, que vayamos a descansar.

Quiero hablar, quiero respirar, pero no lo consigo. Estoy tan bloqueada por todo lo que está sucediendo que no consigo reaccionar. Hans agarra mi mano y me apoya contra la pared del pasillo apartándome del cristal que da a la habitación de Marcel. No puedo más y empiezo a sentir que me falta el aire, mi pecho sube, baja sin control y las primeras lágrimas empiezan a caer por mis mejillas cerrando los ojos.

—¡Eh!...Eh, Tessa. Cielo —dice Hans agarrándome de los hombros —Tessa, escúchame. Respira. Por favor, respira.

Pasa bastante tiempo hasta que vuelvo a controlar la respiración, pero no puedo controlar el dolor que siento al verlo allí. Mis lágrimas no dejan de correr por mi rostro.

—¿Saben ya qué ha podido pasar? —pregunto lagrimosa.

—Green que ha podido ser Talio y que se lo pusieron en el té de la mañana —contesta Hans.

—¿Habéis revisado ya todas las cintas de seguridad de ese día? —vuelvo a preguntar.

—No te preocupes, nosotros nos encargaremos de todo y encontraremos al culpable — Me pide Hans y me explica a continuación —Ya le están tratando con ferrocianuro férrico de potasio, esperemos que lo hayamos descubierto a tiempo. Los primeros síntomas eran muy confusos hasta que se le empezó a caer el pelo a puñados.

—¿Han dado ya con Vladimir Borovik? —pregunto y lo dejo pensativo —Le habéis vuelto a perder la pista, ¿verdad? Pide que busquen en las cámaras de seguridad a alguien con sus características. Juró venganza por lo de su hijo...

—Tessa, deberías irte a casa a descansar —dice sacando el teléfono móvil del bolsillo trasero de su pantalón.

—No me apetece estar sola y debo estar con Marcel —digo recuperando el control de mi respiración —¿Hans?

—Dime Tessa. ¿Qué estás pensando? —dice sentándose a mi lado junto a la maquina del café que hay al final del pasillo.

—Hans, el ferrocianuro férrico de potasio no va a funcionar —digo con la mirada perdida hacia la habitación de Marcel —No lo han envenenado con sulfato de talio, lo han hecho con algo radiactivo, algo como, polonio 210. Se está quemando por dentro. No tiene cura.

—¿Cómo sabes eso? —pregunta Hans sorprendido.

—Leí muchos informes sobre los Borovik y entre ellos, hace años, se les acusó de un robo y tráfico de polonio 210. Los síntomas son muy parecidos, pero uno tiene antídoto y el otro no —contesto y le aclaro —Es el arma predilecta para alguien frío y que quiere hacer sufrir, es

de manual. Alguien como Vladimir Borovik y él ha tenido acceso a la sustancia.

Hans se marcha dejándome en el pasillo. Saco un té de la maquina y vuelvo a situarme detrás del cristal de la habitación de Marcel. Parece cansado de seguir luchando a pesar de estar con los ojos cerrados descansando. Es tarde cuando miro la hora de mi teléfono móvil. No puedo evitar que se me escape un suspiro y un inicio de sonrisa cuando veo un mensaje de Alexandr.

*“Sabes que puedes contar conmigo para lo que necesites. Llámame. Te quiero. Alexandr”*

Decido contestarle. Es tarde, pero así lo verá en unas horas cuando se levante.

*“Gracias. Sigo en el hospital, hablamos mañana. Te quiero. T”*

La cantidad de personal médico que a esas horas andan por los pasillos se ha visto reducida notablemente. La planta se encuentra sumida en un casi absoluto silencio, solo rota por los sonidos de algunas de las maquinas que asisten a los enfermos. Hans está en una salita que tienen para uso del personal, sin despegarse del teléfono. Estoy distraída en una incómoda silla frente a la habitación de Marcel con un vaso de té entre las manos, cuando noto que mi teléfono móvil vibra dentro del bolsillo de la chaqueta de Alexandr.

—Buenas noches, cielo —oigo la voz de Alexandr al otro lado de la línea adormilado.

—Buenas noches, Alexandr. ¿Qué haces despierto a estas horas? —pregunto preocupada por que haya podido despertarlo en mitad de la noche con mi mensaje.

—¿Sigues en el hospital? —pregunta entre lo que creo que es un bostezo. Seguro que está en la cama intentando despejarse, pasándose la mano por los ojos. Es lo que siempre hacía cuando lo despertaba en mitad de la noche por culpa de mis pesadillas.

—Sí. Siento haberte despertado —digo sacándome los zapatos y subiendo mis pies a la silla abrazándome las rodillas.

—No pasa nada, cielo. ¿Estás bien? —pregunta con algo de inquietud en su voz.

Pasan unos segundos en los que pienso qué decir hasta que finalmente, la voz sale de mi garganta.

—No. No estoy bien —contesto sin contener las lágrimas.

—¿Van Doesburgh está contigo? —pregunta ya más despejado, impaciente.

—Sí, sí. No te preocupes. Es Marcel...—No puedo ahogar un sollozo —él,...no es justo.

—Shhh, Tessa, cariño, tranquilízate —me chista para que me tranquilice —Está en el hospital, veras como todo sale bien.

Permanece al teléfono más de veinte minutos hablando conmigo. Me escucha atento a cada palabra que le digo, a cada explicación que le doy, permitiéndome que me desahogue y que saque una mínima parte de dolor que llevo dentro. Cuelgo cuando vuelve a aparecer Hans por el pasillo y se dirige hacia mí.

—¿Cómo estás? —dice guardando su teléfono móvil en el bolsillo trasero del pantalón.

—Estoy bien —contesto levantando la mirada hacia él —¿Sabes algo más?

—Sí, efectivamente creemos que ha podido ser obra de Borovik —dice serio — Te voy a poner seguridad hasta saber qué está pasando.

—No necesito más seguridad, sabes que no me va a pasar nada —digo, y confusa pregunto —¿Habéis avisado ya a su familia?

—Marcel no tiene familia. Su mujer y su hija murieron hace unos años en un accidente de coche y sus padres fallecieron hace mucho.

Lo miro incrédula, jamás me había parado a pensar en su familia hasta ahora. Aunque tengo que decir en mi defensa que siempre fue un trato exclusivamente profesional el que habíamos tenido. ¿Cómo era posible que una persona tan buena y atenta, que siempre tiene una palabra amable con los demás hubiera pasado por eso y hubiera salido adelante? Últimamente había empezado a tener más trato con Marcel, iba más a menudo a por flores a su puesto, y ya no era solo un tema laboral. Lo veía sonreír a sus clientas, con una atención distinguida y gentil.

En varias ocasiones me levanto a ver si Marcel está despierto. Una enfermera con semblante afable se acerca a mí y me dice.

—Señorita, hacemos todo lo que podemos con su amigo.

—Gracias —digo sin poder contener las lágrimas de nuevo en mis ojos.

Estoy allí apoyada en el cristal sin quitar la vista de Marcel cuando oigo unos pasos a mi espalda que vienen hacia mí, por el pasillo.

—Hola cielo —dice acercándose a mí y abriendo sus brazos.

En un reflejo rápido me lanzo a ellos y empiezan a caerme las lágrimas de nuevo mientras intenta que me calme.

—¿Qué haces tú aquí? —pregunto sorprendida todavía entre sus brazos —¿Y cómo te han dejado pasar?

—He venido porque sé que me necesitas en estos momentos, y nadie me habría podido impedir el paso —dice satisfecho.

—Y yo doy fe de ello —oigo decir a Nikolái a su espalda.

—Gracias —digo más calmada.

—Le hemos traído esto, señorita. Por experiencia sé que los de las maquinas no tienen muy buen sabor —dice Nikolái ofreciéndome un vaso de café.

—Gracias chicos, pero el café no me sienta muy bien últimamente —digo con una mueca.

—Lo sé, por eso le hemos traído una infusión —dice orgulloso —Le vendrá bien. Y aquí tiene algo para comer.

Son todavía las seis de la mañana y la verdad es que no tengo mucha hambre, pero sí que me tomo la infusión. Alexandr se sienta a mi lado y escucha atentamente lo que le cuento entre susurros. Me comenta que tras hablar conmigo por teléfono, se ha duchado, ha despertado a Nikolái y se han venido. No pasan ni dos minutos cuando aparece de nuevo Hans, que lleva toda la noche pendiente de las investigaciones que se están realizando. Cuando llega hasta nosotros, por primera vez no se sorprende en absoluto de la presencia de Alexandr a mi lado.

—Zhurkov —dice estrechando primero la mano de Alexandr y luego la de Nikolái.

No me quiero separar de la habitación de Marcel pero vamos por unos minutos a la sala desde donde está trabajando Hans toda la noche. Ya se ha abierto una investigación, y están pendientes de los resultados de las últimas pruebas a Marcel y la identificación de Borovik en las grabaciones de seguridad. Es el principal sospechoso. Entre Hans y Alexandr me convencen de que es el momento perfecto para que vaya a casa, me dé una ducha y descanse un poco. Hans permanecerá en el hospital y nos avisará ante cualquier cambio que sucediera. Finalmente cedo y con el cambio de turno de guardia del personal médico, cuando hay más movimiento, me marchó con Alexandr y Nikolái. Antes paso a ver a Marcel, que continua con fiebre muy alta y sudoraciones. A su lado se encuentra una enfermera con un paño, pasándoselo por la frente. Me acomodo en el asiento junto a Alexandr que en todo momento me pasa una mano por los hombros, intentando reconfortarme. Pasaremos por casa de Hans y cogeré ropa, tanto de Hans como mía, e iré con Alexandr a su casa. Voy por casa de Hans como una autómatas, metiendo la ropa en las bolsas. Alexandr me espera junto con Nikolái en la entrada. Éste último se ha tomado muy en serio las advertencias de Hans con la seguridad hasta que encuentren a Vladimir Borovik.

Nos dirigimos hacia casa de Alexandr cuando pasamos por un supermercado y profiero.

—¡Por favor para!

—¿Qué sucede? —pregunta Alexandr sorprendido por mi imperiosa necesidad de entrar a un supermercado.

—Necesito entrar al supermercado —digo y me incorporo en el asiento —No tardaré nada.

—Tessa, cielo. ¿Qué necesitas? —pregunta Alexandr comprensivo a la vez que extrañado agarrando mi mano.

—Solo será un momento, por favor —digo suplicante a Alexandr.

—De acuerdo, te acompaño —dice desabrochándose el cinturón de seguridad.

—¡NO! —exclamo con más ímpetu del que hubiera deseado —Por favor, solo será un minuto. Desde aquí puedes verme.

—¿Vas a comprar tabaco? —pregunta juicioso.

—Enseguida regreso —digo abriendo la puerta y entrando al supermercado.

A ese supermercado específico he entrado en varias ocasiones y sé que tienen una sección de parafarmacia. Tras coger un test de embarazo voy a la caja y lo pago mirando hacía el coche donde me espera Alexandr, de pie junto a la puerta trasera. Lo guardo en el bolso y salgo de nuevo a su encuentro. Alexandr me observa expectante, pero subo y me acomodo en el asiento sin decirle nada. El coche vuelve a arrancar y nos dirigimos a su casa.

Bajo del coche apesadumbrada, mi mente no me deja tranquila y bulle sin control. Me dirijo mecánicamente hacia las escaleras cuando el señor Cherkesov nos abre la puerta. Siento a mi lado a Alexandr, que me sigue en silencio cargando con mi bolsa en una de las manos. Subo las escaleras despacio y en silencio. Estoy tan cansada mental y físicamente que ya no puedo

más.

—¿Alexandr? —digo deteniéndome al final de la escalera.

—Necesito estar un momento a solas —digo con tristeza.

—¿Estás segura? —pregunta cariñoso en un susurro.

—Sí.

Entramos en su habitación y me quedo junto a la puerta.

—Avísame si necesitas algo —dice acercando los labios a mi sien para darme un delicado beso —Dejaré la bolsa en el vestidor. Descansa un rato antes del volver al hospital.

Alexandr sale de la habitación y cierra con delicadeza la puerta tras él. Yo me descruzo el bolso, lo dejo sobre la cama y saco de él el test de embarazo. Me dirijo al cuarto de baño. Nunca me he hecho uno, así que ansiosa leo las instrucciones que sigo al pie de la letra tras lo cual lo deposito en una superficie plana. Suspiro, el tiempo no pasa y decido darme una ducha rápida, para ver si me tranquilizo.

No han pasado ni los cinco minutos cuando ya estoy fuera de la ducha secándome con una de las inmensas y mullidas toallas de Alexandr. Cojo el test y lo miro con timidez. No puedo ocultar por un momento una amplia sonrisa en mi rostro. Es positivo y aunque mi mente ya lo sabía desde los análisis médicos, mi corazón no se había permitido sentir la alegría hasta que no he visto el resultado de ese modesto test de embarazo. Me visto con unos vaqueros y una camiseta, no puedo dejar de observar el resultado. Me siento en el borde de la cama durante un par de minutos cuando de manera inerte y sin pensarlo, salgo de la habitación y me dirijo a la planta baja. Alexandr seguro que está en su despacho. Me dirijo hacia allí y toco tímida a la puerta. Dentro está Alexandr con cuatro de sus hombres reunidos.

—¿Hola? —digo tímida —No sabía que estabais reunidos.

—No es nada —dice Alexandr levantándose de su sillón —Dime, cielo.

—¿Podría hablar un momento contigo? —pregunto en un susurro.

—Por supuesto. Luego continuamos, chicos —dice a modo de solicitud para que salgan de su despacho.

Los cuatro se levantan y salen del despacho. Alexandr, que ha ido tras ellos, cierra la puerta y se dirige a mí.

—¿Te encuentras mejor? —pregunta acercándose más a mí —Ven, siéntate.

—Prefiero permanecer de pie —digo sorprendiéndole.

—¿Pasa algo?

—Tengo algo que contarte. Dijimos que seríamos honestos y nos contaríamos las cosas —digo intentando coger aire.

—¡Dios mío Tessa, estás asustándome! —dice observándome.

Alexandr se apoya en el borde de la mesa y cruza las piernas a la altura de los tobillos, con las palmas de las manos apoyadas sobre la oscura madera a los lados de su cuerpo.

—Tú dirás...

—Todavía no lo entiendo, no sé que ha podido suceder —digo tímidamente mirándome las manos. Estoy realmente nerviosa.

—Tranquila, sea lo que sea lo solucionaremos —dice con ternura.

—Sabes que últimamente he estado...—No encuentro las palabras para expresarme.

—Más rara de lo habitual...—dice Alexandr con un intento de sonrisa.

—Sí, puede ser. Por favor no digas nada hasta que termine de decirlo.

—De acuerdo. Adelante —me apremia. Creo que lo estoy poniendo nervioso por mi titubeo.

—Últimamente por las mañanas no me he encontrado muy bien, e incluso ciertos olores han provocado que me encontrara mucho peor. ¿Recuerdas lo que sucedió el otro día en el museo? —pregunto en un suspiro.

—Sí. ¿Quién podría olvidarlo? —dice con una mueca intentando rebajar la tensión que siento.

—Pues ayer cuando llegué al hospital, me hicieron un sinfín de preguntas y pruebas por cómo me había estado sintiendo y por mi cercanía durante estas últimas semanas a Marcel, cuando acudía a su puesto a por flores.

—¿Estás enferma? —pregunta preocupado Alexandr descruzando las piernas e incorporándose.

—No, precisamente. No sé cómo te lo vas a tomar...—digo llevándome la mano al bolsillo trasero del pantalón —Estoy embarazada.

Alexandr por un momento se queda paralizado observando el test que levanto en mi mano frente a él. Yo entro en pánico pensando que no se lo va a tomar nada bien. No reacciona hasta que pasan unos segundos, y veo que en su rostro aparece la sonrisa más amplia que nunca le he visto.

—¿Estás segura? —pregunta asombrado.

—Segurísima —contesto con una pequeña mueca.

En solo dos pasos, recorre la distancia que hay entre los dos y llevando sus manos a mi cara, me agarra dándome el beso en los labios más tierno que jamás me haya dado.

—Un bebé —dice apoyando su frente en la mía. Está tan sorprendido por la noticia que apenas puede hablar.

Me abraza durante varios minutos, dándome besos con tanto cariño que yo, finalmente saco toda la tensión que tengo acumulada en el cuerpo. No puedo dejar de lloriquear.

—¿Y ahora qué sucede? —pregunta preocupado.

—No sabía cómo ibas a reaccionar y estaba nerviosa, y con Marcel en el hospital todavía no sé que sentir. Es todo tan confuso. Siento una felicidad extrema, pero a la vez una pena que desgarrar mi corazón a cada momento —digo intentando calmarme.

—Shhh, tranquila —chista para que me calme —Debes descansar mínimo un par de horas. Comemos algo y nos vamos al hospital.

—No lo entiendes. No puedo dormir, mi mente no deja de pensar en Marcel —confieso triste mirándole a sus intensos ojos azules.

—Ven conmigo —dice agarrándome de la mano y librándome de su abrazo —Cogeré el teléfono móvil e iremos al salón.

Por el camino le pide a la señora Cherkessov una manta y me pide que me tumbe. Se tumba a mi lado en el *cheslong* y me cubre con la manta abrazándome.

—Tranquila y descansa. Yo estoy aquí y no permitiré que nada malo te pase —dice acunándome entre sus brazos hasta que caigo rendida mientras se me cierran los ojos.

Me despierto de súbito presa del pánico y cubierta de sudor, sin saber por unos segundos dónde estoy. Suspiro de alivio cuando me doy cuenta de que estoy sana y salva en el salón de Alexandr. Me incorporo intentando calmar mi respiración cuando oigo a Alexandr acercarse presuroso, se pone en cuclillas frente a mí y levanta mi cara con su mano en mi barbilla.

—Lo siento. He gritado, ¿verdad? —digo con una mano tapándome el rostro.

—No pasa nada, ha sido solo un mal sueño. Siento haberte dejado sola —dice abrazándome —¿Quieres volver a tumbarte?

—¿Qué hora es? —pregunto impaciente —Debería estar con Marcel.

—Espera, comamos algo e iremos al hospital. Hace un rato he hablado con Hans cuando Nikolái le ha llevado su bolsa con sus cosas —dice agarrando mi mano.

Vamos hasta la cocina donde veo que la señora Cherkessov da instrucciones a otra persona del servicio. Cuando me ve entrar se apresura a abrazarme con un bonito gesto.

—Señorita Tessa, le he preparado su sopa preferida. Le he pedido a Olga su receta secreta —dice animosa y cómplice.

Me siento al lado de Alexandr que no deja de observarme a cada paso que doy. Toma una copa de vino, mientras que a mí me ha servido agua. La señora Cherkessov sirve los cuencos con sopa y cuando el fuerte olor a especias llega a mi nariz, mi estómago da un salto y tengo que salir corriendo al baño. Alexandr, va detrás de mí y cuando estoy vomitando me agarra con fuerza. Cuando se van las náuseas, me dejo caer en el suelo del baño y le murmuro.

—Lo siento.

—Cielo, tranquila. Pronto pasará. Estarás bien —dice acercando una toalla que ha humedecido a mi cara.

Finalmente la señora Cherkessov nos prepara unos bocadillos, el mío de tofu con especies de pizza que sabe que me vuelve loca y en una bolsita prepara un par de *muffins* para más tarde.

Han pasado cuatro horas desde que abandonamos el hospital por la mañana cuando nos volvemos a subir al coche para regresar. El camino lo hago totalmente en silencio y Alexandr lo respeta, aunque agarra mi mano y la acaricia suavemente con su pulgar. Entramos por un lateral

como nos ha aconsejado Hans, él sigue allí. Cuando entramos al pasillo donde se encuentra Marcel, me sorprende la cantidad de seguridad que en esos momentos se encuentra entremezclado con el personal médico. Hans nos ve cuando alguien de seguridad nos para y viene hacia nosotros. Está confirmado, Vladimir Borovik fue visto cerca del puesto de Marcel el día que este enfermó, aunque parece que ha vuelto a salir de esta zona de Europa y no lo han podido volver a localizar. Marcel ha sido envenenado con la sustancia radioactiva que suponíamos y no se puede hacer nada por su vida, solo intentar paliar los dolores. En el hospital no se han encontrado rastros de polonio 210, así que se cree que lo ingirió con el té de la mañana. No es contagioso, pero se le mantiene aislado por su propia seguridad.

Llego hasta el cristal de su habitación y lo veo allí tumbado tan desvalido y solo que me parte el alma. Vuelvo a saludarlo con una sonrisa triste, apoyando una de mis manos en el cristal. Alexandr habla con Hans y se apartan de mí cuando Hans les enseña unos documentos. Yo veo a una de las enfermeras salir de la antesala que precede a la habitación de Marcel y me acerco apresurada a ella.

—¿Cómo está? —pregunto con lágrimas en los ojos intentando que no caigan por mi rostro.

—Señorita...—dice mirándome a los ojos.

—Está consciente. He visto que abría los ojos. Por favor, ¿podría entrar dentro? —suplico casi en un sollozo —Somos su única familia y ambas sabemos...

La enfermera me observa detenidamente y me pide que espere. Tras unos momentos que me parecen eternos, uno de los médicos se acerca y me avisa de que su estado ha empeorado y temen lo peor. Lo sé, no hay más que ver el rostro de Marcel, pero no quiero que estos últimos momentos esté solo.

—Señorita, él no la va a reconocer. Sufre una fiebre muy alta con delirios.

—Por favor —suplico.

Finalmente entro primero en una antesala donde hay gorros, batas, botines, mascarillas y guantes. Cada persona del personal médico que entra a la habitación de Marcel debe seguir el mismo protocolo, el mismo que estoy realizando yo en estos momentos.

Abro la segunda puerta que da directamente a la habitación. Me voy acercando a él despacio, la fiebre le ha aumentado. Le pongo una mano alentadora sobre la suya y se la aprieto un poco. Intento intercambiar con él una mirada tranquilizadora, pero creo que no lo consigo. Tiene la mirada perdida y no sé por qué empiezo a hablar.

—Hola Marcel. No sé si podrás oírme, pero estoy aquí. No estás solo, igual que tú nunca me dejaste cuando fueron a por mí y dejaste tu puesto para avisarme con esas flores negras de que corría peligro. Te quiero dar las gracias por todo lo que he aprendido de ti, que no ha sido poco —digo con una pequeña sonrisa y acariciando su mano con mi mano enguantada —Adoro ir a que me prepares las flores y me hables de sus significados. Y que charlemos últimamente de mis cosas, ¿sabes? Tenías razón, he vuelto con Alexandr, tú siempre me decías que había perdido la cabeza por ese hombre y cuando decidí abandonar, tú me apoyaste. Y, ¿sabes algo más? Estoy embarazada, has tenido que ponerte tú enfermo para darme cuenta de lo que me estaba

sucediendo. Está mañana se lo he dicho, tenía miedo de decírselo, pero está muy contento con la noticia —cada vez me cuesta más mantener las lágrimas en los ojos y mi voz se entrecorta.

—¿Tessa? —pregunta en un quejido.

—Sí, soy yo —digo ya sin control en el llanto —Marcel, estoy aquí y siento lo que ha sucedido. Siento no haberlo hecho mejor.

Su mirada cansada llega a la mía. Continúo sujetándole la mano e intento sonreír a pesar del llanto.

—Estaba seguro de que vendrías y que estarías conmigo...—dice en su último suspiro.

Las maquinas hacen un sonido diferente, un pitido agudo y yo miro al techo intentando reprimir el llanto, cuando el personal médico entra a la habitación y me piden que suelte su mano. Me cuesta respirar, pero me aparto. Sé que se ha ido, pero también sé, que Vladimir Borovik pagará por la dolorosa y terrible muerte de Marcel.

Decido volver a casa de Alexandr con él. Nadie habla durante el trayecto, nadie dice nada. Todos respetan mi dolor. Me duelen los ojos de tantas lágrimas que he derramado. Ya no me quedan más. Voy en silencio con las manos en el regazo esperando que el coche se detenga para salir de allí.

—Cariño —oigo la voz de Alexandr y noto como me desabrocha el cinturón de seguridad —Cariño, hemos llegado.

Alexandr ha bajado por su lado del coche y se encuentra junto a la puerta de mi lado extendiendo su mano hacia las mías. Entro sonámbula a la casa. El señor Cherkesov abre la puerta y me hace un gesto con la cabeza que yo respondo de la misma manera. Voy caminando por la entrada hasta llegar a las escaleras. Pyort aparece tras una puerta y con una triste mirada hace el mismo gesto con la cabeza imitando al señor Cherkesov. Sé que solo ha salido a mi encuentro para indicarme que me acompaña en mi dolor. Mis ojos vuelven a llenarse de lágrimas y aprieto mis labios con furia para intentar contenerlas. Todo el personal que me tropiezo hasta llegar a las escaleras me presenta sus respetos por la pérdida de mi amigo. Cojo una gran bocanada de aire y la suelto lentamente en un terrible suspiro cuando empiezo a subir las escaleras. Alexandr me acompaña en silencio hasta la habitación, pasando varias veces su brazo por mi espalda.

—Cariño, deberías intentar dormir un rato —dice finalmente cuando llegamos a la habitación, mientras me siento en una esquina de la cama con la cabeza gacha.

—¿Te importa si me doy una ducha antes? —pregunto en un susurro.

Alexandr me acompaña al cuarto de baño y me ayuda a sacarme la ropa, no lo hace de manera salvaje y apasionada, lo hace con un cariño y una ternura extrema. Y deposita dos mullidas toallas cerca de la ducha.

—Avísame si necesitas algo. Voy a avisar a Hans de que ya estamos en casa — dice entornando la puerta tras salir.

Me meto en la ducha y empiezo a frotarme la piel con el aromático gel de Alexandr. Al principio delicadamente, pero cuando me doy cuenta, lo estoy haciendo frotando enérgicamente la piel con rabia. El agua corre caliente por mi cuerpo y yo fricciono la piel aún con más fuerza. Es tan grande la desesperación que siento que transforma el rictus de mi rostro en rabia incontrolada. No puedo más y doy un fuerte puñetazo a los azulejos del baño. El dolor es tan grande que doblo mi cuerpo sujetándome la mano. La puerta se abre bruscamente ante el ruido del golpe. Alexandr entra raudo y me ve agarrándome la mano de la que cae sangre al suelo, mezclándose con el agua mientras allí estoy yo, sin dominar el llanto. No se saca ni los zapatos y entra a la ducha parando el agua. Saca su brazo y agarrando una toalla me enrolla en ella. Frota mis brazos secándome con delicadeza y cuando creo que ya no puedo más me abraza acunándome en su pecho. Alexandr saca un pijama del vestidor y el también se cambia de ropa. Coge su teléfono móvil de la mesita y oigo que le pide a Nikolái que llame al médico urgentemente.

Por suerte no me he roto nada y tras la visita del médico y vendarme la herida, me acurruco en la cama y apoyada contra el cuerpo de Alexandr, finalmente consigo tranquilizarme y dormir.

El funeral de Marcel se produce días después en la más estricta intimidad.

## CAPÍTULO 23

Durante los días siguientes, permanezco recluida en la cama. No solo estoy triste, estoy muy cansada. Para mí, acudir al funeral de Marcel fue todo un logro. Tengo cerca todo lo que necesito por ahora, la enorme cama y el cuarto de baño, al que corro con asiduidad durante estos días con terribles náuseas. Hay momentos en los que Alexandr me sigue corriendo al baño. Le digo que no es necesario, pero creo que me ve pasarlo tan mal, que se apiada de mí sujetándose para que no me desplome.

A los pocos días tengo cita con mi ginecóloga y sorprendentemente veo que Alexandr esa mañana no va a trabajar. Va a acompañarme. Días atrás tuvimos una terrible discusión sobre el médico que llevaría mi embarazo, pero al final cedió para que cogiera cita con mi doctora y no la que él creyera que era la mejor.

—¿Estás nerviosa? —pregunta apretando mi mano sentado a mi lado en la consulta de la doctora.

—Creo que sí —confieso azorada.

La doctora me indica que estoy de muy pocas semanas. Hace una ecografía en la que apenas se puede apreciar nada. Veo a Alexandr mirando el monitor con el ceño fruncido sin ver claramente lo que indica la doctora, pero cuando nos da una copia de la ecografía, la coge con delicadeza y se la lleva al corazón. La doctora me dice que todos los síntomas son habituales y que no me preocupe por las náuseas, que pasarán. Esto último creo que tranquiliza más a Alexandr que a mí. Me receta varias vitaminas y me pide que no descuide mi alimentación. Todo lo que dice es muy simple, aunque en algún momento que miro a Alexandr, éste está atendiendo con el ceño fruncido. No dudo que a la siguiente revisión, venga con Helga para que tome notas por él de todo lo que dice la doctora.

En el trabajo me han dado unos días libres, y con la tristeza que llevo en el alma por lo sucedido con Marcel, lo prefiero. No me apetece en muchos momentos salir de la cama por las mañanas. Alexandr intenta estar en casa el máximo tiempo posible, pero tiene reuniones y trabajo que atender. Hay momentos en los que noto su desesperación en la cara.

El viernes, tras vomitar varias veces, decido no bajar a desayunar. Alexandr se ha marchado y me quedo en la cama. Paso media mañana entre mensajes de las chicas y cerrando los ojos cansada. La señora Cherkessov me sube una infusión que deja sobre la mesa junto a unas tostadas. A la hora de almorzar oigo un alboroto en la planta baja, pero no me preocupa, me tapo y sigo durmiendo. Alexandr entra en el cuarto y pregunta si estoy despierta, le respondo con un simple sonido de garganta.

—Tienes visita —le oigo decir desde la puerta y tras esto, oigo que susurra —Perminova, no haga que me arrepienta de esto.

Frunzo el ceño, ¿ha dicho Perminova? ¿Katia está aquí? Incorporo un poco la cabeza cuando la veo dar un pequeño golpe a Alexandr en el hombro.

—No sea gruñón, jefe —Alexandr la deja pasar tras un suspiro pasándose la mano por la nuca.

Katia entra decidida al cuarto. Llega hasta la cama y en un susurro de rodillas en el suelo me mira y me pregunta:

—¿Me haces un hueco?

Definitivamente, como Alexandr continúe en la puerta va a despedirla de inmediato.

—Muévete. Ponte tú en su parte de la cama —dice alocada.

Me muevo dejándole hueco, se saca los zapatos y se mete en la cama.

—¿Qué te ha sucedido en la mano? —pregunta preocupada.

—Rabia mal gestionada —contesto observándola con las manos bajo la almohada — ¿Qué haces tú aquí en un día de trabajo?

—Alexandr está preocupado. Imagina lo preocupado que está que me ha traído a su casa y me ha dejado entrar en su habitación —confiesa con una mueca alocada —¿Crees que si hago fotos de esta habitación y las vendo se molestará?

—Te arrancarí la cabeza —digo con una sonrisa imaginando lo cabreado que se pondría Alexandr si viera su intimidad profanada.

—Sí, eso mismo he pensado yo. ¿No está demasiado oscuro aquí? —pregunta observándome.

—Me gusta la oscuridad —digo con voz cansada.

—Tessa, estamos en primavera, hay que aprovechar la luz del sol. Luego en octubre te quejarás de las pocas horas de sol —dice intentando convencerme.

—¿Quieres que llame a Alexandr para que nos abra las cortinas? —pregunto con una mueca.

—Nooo —contesta divertida —Si me ve en su cama no podré volver nunca a Rusia a ver a mi familia.

Katia se levanta de un salto y abre las cortinas. Al principio cierro los ojos y parpadeo ante la claridad, pero pronto me acostumbro.

—¡Caray con el lecho de amor que tiene el jefazo! —exclama silbando mirando con detenimiento la habitación. ¿Qué hay detrás de esa puerta?

—Un armario —respondo incorporándome.

—¿Y de esa? —pregunta señalando.

—El vestidor y aquella es el cuarto de baño —contesto antes de que pregunte.

—No me extraña que no salgas de esta habitación, yo podría vivir tres años sin necesidad de salir —dice contemplando la habitación —Y...esa camaaa. No me extraña que te haya dejado

embarazada.

—Pues no —la corrijo con una mueca —Aparentemente fue en mi apartamento, el viernes después del “Día del Rey”, vomité varias veces y la píldora perdió efecto o eso nos explicó la doctora, es lo que puede haber pasado.

—Caray con el jefazo gruñón y las reconciliaciones —dice con una amplia sonrisa.

—¿Se puede saber qué haces? —pregunto cuando está abriendo un armario.

—Cotillear —dice con una mueca —Tú te pasas la vida aquí, pero para mí es como entrar en Disneyland París.

—Anda, bajemos al salón —digo saliendo de la cama —No quiero que Alexandr entre, ordene que te secuestren y te abandonen en Siberia.

Sin mirarme en el espejo me recojo el pelo en una coleta baja y la dirijo por la planta hasta llegar a las escaleras. Katia no deja de cuchichear y hacer observaciones. Cuando descendemos el último escalón oigo que la puerta principal se abre y descubro a Jane que pasa seguida de Pyort. Jane da unos pasos acelerados y me abraza. Tras unos segundos, les pido que vayamos a la cocina. En la barra encontramos a Alexandr hablando con la señora Cherkosov sobre las comidas y cuando me ve fuera de la cama, sonrío y saluda a las chicas con un movimiento rápido de cabeza.

—Veo que has salido de la cama —dice con una sonrisa acercándose a mí y dándome un corto beso en los labios. Además desde que sabe lo del bebé siempre deposita su mano en mi barriga a modo de caricia.

—O salía de la cama o Katia vendería todos tus secretos de alcoba a cualquier revista de cotilleos —digo con una sonrisa mirando la cara de terror de Katia.

Alexandr la mira con el ceño fruncido levantando una ceja, expectante a que conteste a mi observación.

—¡Oh! Jefe, no le haga caso, está turbada por nuestra presencia —dice con un gesto de mano, intentando quitarle hierro al asunto.

—Toma —dice Alexandr tendiéndome una taza con una infusión —He estado investigando. Es infusión de jengibre con menta. Te vendrá bien para las náuseas.

—Gracias —contesto sorprendida llevándome la taza a los labios.

—Debo marcharme. ¿Estarás bien? —pregunta inquieto.

—Sí, márchate. Estaré bien. Gracias por traerlas —digo mirando a las chicas.

—Seguro que pasáis un rato agradable. Sí necesitáis algo, avisa a Pyort. Volveré pronto —dice dándome un beso en los labios y saliendo por la puerta —Señoritas, pórtense bien.

Katia y Jane aceptan de buen grado una taza de infusión y nos acomodamos en el salón desde donde podemos disfrutar de unas magníficas vistas a la terraza a través de los enormes ventanales. Me cuentan de buen grado la visita de Alexandr a sus despachos y de lo incómodo que se sentía. Ambas me vuelven a felicitar por el embarazo y les cuento cómo lo llevo, o intento llevarlo por ahora.

—¿Qué buscas? —pregunto a Katia que se ha levantado y observa el salón.

—¿Zhurkov no tiene nada de alcohol en esta gigantesca casa? —pregunta burlona —Esta infusión está de vicio, pero necesita algo de alegría.

—Ese armario —le indico con una mano —Si la botella no está abierta, ni se te ocurra tocar nada.

—¡Ohh! Este hombre tiene de todo —dice dando un gritito al abrir las dos grandes puertas del armario donde se encuentra el bar.

—¿Vas a echarte vodka? —pregunta Jane sentada a mi lado.

—No, creo que probaré este *Sake* con delicado aroma de ganache de vainilla de nuez de arce y natilla de pera aromatizada. Suave textura semi-seca, y un terminado levemente acentuado —dice pomposa con una delicada botella en las manos y sirviéndose en su infusión.

Pasamos unas horas relajadas en las que no dejan de mostrarse maravilladas con la casa de Alexandr. La señora Cherkosov nos prepara un almuerzo ligero y tras éste, ambas tienen que marcharse. Me despido con un fuerte abrazo de ellas en la puerta cuando suben al coche con Pyort.

Cuando se van, vuelvo al salón con la *tablet* hasta que aparece Hans como casi cada dos, tres días. Me informa de cómo va la investigación y charla un rato conmigo preocupándose por mi aspecto desmejorado y pálido. Me asegura que encontrarán a Vladimir y que pagará por lo que hizo. Que su terrible crimen no quedará impune, pero eso ya lo sé yo. Hay algo que me ha empezado a rondar por la cabeza. Cuando se marcha, subo a la habitación para ducharme y adecentarme un poco. Después espero a Alexandr en el salón buscando información en la *tablet*. No me he estado preocupando de nada más que del dolor que sentía, y tengo que cambiar mi actitud.

Alexandr se sorprende al verme esperándole en la barra de la cocina tomando una infusión cuando llega a casa.

—Hola cielo —dice sorprendido —¿Cómo te encuentras?

—Mejor —contesto en un susurro —Gracias por pedirle a las chicas que vinieran.

—De nada —dice acercándose y abrazándome —Es viernes, ¿te apetece hacer algo especial?

Decidimos quedarnos en casa y estar tranquilos después de lo sucedido esta última semana.

Pasan los días y aunque voy controlando las náuseas de la mañana, Alexandr me mira preocupado. Una mañana, tras caer tumbada, agotada en el suelo del cuarto de baño, insiste en que debería volver a comer carne, piensa que puede que lo esté pasando tan mal por falta de alguna vitamina. Se obceca en ir a un nutricionista y al final, para que esté más tranquilo, acepto. Esa misma semana acudimos de nuevo a la ginecóloga donde nos emocionamos al escuchar el sonido del latido de nuestro bebé. Alexandr le hace todo tipo de preguntas nervioso ante los nuevos cambios que vamos a sufrir.

La nutricionista convence a Alexandr que es posible un embarazo totalmente sano y sin

riesgos con una vida vegetariana, así que con una dieta específica salimos de allí. Cuando llega a casa va directamente a hablar con la señora Cherkesov. Se está poniendo en un plan protector imposible después de que le comentara a la doctora que había pensado en volver al trabajo.

—No tienes necesidad de trabajar —exclama indignado.

—Tengo un contrato de tres meses que debo acabar —digo con calma.

—¿Por qué no vuelves a la galería? —dice cogiendo un botellín de agua de la nevera y ofreciéndome uno a mí.

—¿Estás hablando en serio? —contesto ofendida —Debo ser responsable. No puedo ir de un lado a otro sin rumbo fijo.

—Ese es el problema, vuelve a la galería y encárgate de ella —sentencia resuelto.

Los días van pasando y yo regreso al trabajo en el museo a pesar de las reticencias de Alexandr. Pyort se encarga de llevarme y traerme cada día y le pido que, aunque tenga que dar alguna vuelta de más, que no pase por delante de donde estaba el puesto de flores de Marcel.

Uno de los días llego pronto a casa y me encierro en el salón con la tablet. Estoy en un callejón sin salida y no encuentro manera de averiguar el paradero de Vladimir. Todo rastro se corta en Róterdam, y con Pyort conmigo no tengo mucho margen de movimiento. Necesito pensar y allí dentro no podré hacerlo. Salgo por la puerta principal cuando oigo a Nikolái a mi espalda.

—¿Tessa, puedo ayudarte en algo?

—No, Nikolái, solo pensaba salir a dar un paseo. Necesito moverme —digo pensando rápido.

—Te acompañaré. Dame dos minutos que coja el arma e iré contigo —dice decidido sin darme opción a réplica.

Vamos caminando hasta llegar a Clingendael. Nikolái sabe que me gusta acudir allí y es un sitio que me relaja. Gran parte del trayecto lo hacemos en silencio pero cuando ya estamos balanceándonos en la zona de niños, me habla.

—¿Estás preocupada por algo? —dice serio.

—No, no. Todo va bien —digo mirando al frente.

—Recuerda que un día te dije que podrías contar conmigo...

—Nikolái, necesito ir a Bélgica, pero no me dejáis ni respirar —le corto impaciente —y me estoy rebanando los sesos para saber cómo daros esquinazo.

Nikolái me mira atónito.

—¿Lo sabe el señor Zhurkov?

—Nikolái...

—Déjeme ayudarla. ¿Puedo saber para qué necesitas ir a Bélgica? —dice en un gran suspiro.

—Tengo un contacto en Róterdam. Me ha dado un nombre en Bruselas, pero no hablará conmigo sino es en persona. Él puede darme información de dónde está Vladimir —confieso.

—¿Y por qué esa información no se la pasa a Van Doesburgh? —pregunta mirándome detenidamente.

—Ambos sabemos que las cosas no funcionan así. Si Vladimir no quiere que lo localicen, nadie lo hará. Tenemos que intentar que salga de su escondite. Y eso solo conseguiré hacerlo si llego hasta él —digo mirándole a los ojos.

—¿Te das cuenta de que si lo haces, irán a por ti? No puedes presionar a un hombre como Borovik sin unas consecuencias —sentencia muy serio.

—Lo sé, sé que la única forma de que salga es que vaya contra alguno de nosotros, pero también sé, que de todas formas lo volverá a hacer tarde o temprano —digo balanceándome —Sé que Alexandr no lo entenderá, pero ambos sabemos que Vladimir irá a por mí tarde o temprano. Mejor adelantarme a sus planes.

—De acuerdo. Yo la llevaré a Bruselas, pero acudiré a la reunión con usted —dice levantándose del balancín tras mirar el reloj para que volvamos a casa.

Cuando llego a casa, hablo con Alexandr y le comento lo de mi viaje a Bruselas. Al principio frunce el ceño, pero cuando le digo que podría irme con Nikolái, se queda más tranquilo y cede. Alexandr tiene una semana bastante liada de trabajo y no nos hace mucho caso cuando sabe que iré acompañada con alguien de su equipo. Incluso nos alienta a que vayamos en el helicóptero. Así que cuando llega el sábado, Nikolái y yo nos montamos en el helicóptero y nos marchamos temprano. Una vez allí tenemos un coche reservado que Nikolái conduce con mis indicaciones. Ya le dije que no fuera un vehículo de alta gama, sé que en el barrio donde hemos quedado tenemos que pasar desapercibidos.

No conozco bien Bruselas, pero llegamos sin contratiempos. Nikolái aparca cerca de la dirección y vamos caminando. En todo momento vamos en alerta y antes de entrar en el portal, Nikolái se asegura de que no hay gente que nos esté siguiendo. El contacto que me dieron en Róterdam es un traficante de armas de poca monta que lo único que quiere es dinero para prostitutas y droga. Al principio cuando vemos que nos recibe medio desnudo y soñoliento, pensamos que hemos hecho el viaje en balde, pero cuando agarra una lata de cerveza abierta de una mesita de lo que se puede suponer es el salón, comenta varias cosas que nos hace sospechar, parece que sí que sabe más de lo que aparenta. Me cuesta poco negociar con él, está más interesado en su dosis diaria que en otra cosa, así que nos da datos de cómo salió Vladimir de la zona. Obtenemos un contacto en Kiev que nos puede informar de más cosas, tras ofrecerle más drogas y dinero.

Nikolái se dirige a mí cuando vamos hacia el coche de nuevo.

—Tessa, tú no puedes ir a Kiev —sentencia severo.

—¿Dime por qué no puedo hacerlo? —contesto ofuscada.

—Es peligroso y estás embarazada. Mi deber es cuidarte y no permitiré que lo hagas —dice categórico.

Durante el trayecto de regreso a La Haya, Nikolái me pide paciencia, encontraremos la

manera de llegar a Vladimir. Me ofende que me excluya de todo a partir de aquí, pero me asegura que conoce a las personas idóneas para llegar a él y eso me calma. Cuando llegamos a casa, Alexandr está en el jardín para recibirnos.

—¿Qué tal ha ido todo? —pregunta primero mirándome a mí y luego a Nikolái que parece más serio de lo normal.

—Muy bien. Pero algo cansada —le digo dándole un beso —¿Cenamos?

Alexandr me pasa un brazo por el hombro y como ya va siendo habitual lleva su otra mano a mi barriga, todavía plana y la deja allí unos momentos.

—¿Y cómo se ha portado mi pequeña princesa? —pregunta sonriente.

—¿Cómo sabes que va a ser una princesa y no un gruñón como su padre? —pregunto divertida.

—Porque tiene el mismo carácter que la madre. Te domina como quiere por las mañanas —dice guiñando un ojo.

Van pasando los días y las molestias de las mañanas van desapareciendo, pero van apareciendo otras. Ahora tengo hambre a todas horas, me siento más pesada, y ya no corro al baño por las náuseas, ahora lo hago por las ganas de hacer pis a todas horas. Desde los primeros días Alexandr quiso que hiciéramos fotos de cómo evolucionaba la curva de mi barriga y cada dos semanas hacemos el mismo ritual. Con el paso de las semanas, mi contrato con el museo termina y negocio duramente un nuevo contrato para la galería e incluso instalarme definitivamente en su casa, a pesar de llevar viviendo en su casa desde que nos enteramos de que estaba embarazada.

—¿En serio me vas a poner todas estas condiciones? —pregunta Alexandr burlón.

—Todas y cada una de ellas. Tendrás que confiar en mi buen juicio a la hora de llevar la galería e invertir en ella —digo con una sonrisa —Si yo soy la que va a llevarla a partir de ahora, me comprometeré al doscientos por cien, pero no puedes estar mareándome todos los días con tus comportamientos de psicópata acosador.

—Solo me preocupo por ti —dice riendo y añade burlón —¿Algo más?

—El Monet —digo señalando el cuadro —Me encantaría que de vez en cuando se lo prestaras a la galería para que todos pudieran apreciarlo.

Alexandr se cruza de brazos acomodándose en su sillón de ejecutivo y tras levantar una ceja y observar mi reacción, cede. En el fondo no hay tantas cosas que quiera cambiar del contrato que me ofreció desde el principio. En todo momento ha sido muy generoso y me deja total libertad para ir decidiendo cosas en la galería junto al señor Van Doorn, hasta que éste se jubile.

En casa es diferente, ya he trasladado todas mis cosas y poco a poco voy quitándole espacio de su enorme vestidor. Estamos esperando a que la doctora nos informe si es una princesa como está convencido Alexandr, para decidir qué hacer con su cuarto. Aunque todavía es pronto para ocuparnos de esas cosas. Cada vez que hemos acudido a la doctora, no lo hemos podido saber al estar girado. Alexandr vuelve a insistir en que es una niña y que es tan tozuda

como yo y no quiere girarse para que lo sepamos. No puedo evitar reír con sus ocurrencias.

—Por favor, puedes dejar de mirarme —le digo realmente ofendida cuando me observa comer.

—Es que es increíble cómo te puede caber toda esa cantidad de comida en el estómago —dice con una sonrisita.

—Recuerda que como por dos —contesto.

—Cualquiera diría que llevas un jugador de hockey de dos metros ahí dentro —comenta jocoso.

Agarro un trozo de pan y se lo lanzo a la cabeza. Cada día estoy adquiriendo más puntería.

—Te lo he dicho mil veces, pero no me escuchas —le digo levantándome de la mesa — Cuando estoy nerviosa como y, no me estoy saltando nada de la dieta de TU nutricionista —le recuerdo señalándole con el dedo acusatoriamente.

—Y yo te he dicho mil veces que yo conozco otros métodos más divertidos para que relajes la tensión—dice acercándose rápido por detrás cuando me ve salir cabreada —Cielo, no te enfades.

—Es que tengo hambre a todas horas —digo con una mueca infantil —Y con los nervios y desde que dejé de fumar, me da por comer.

—Yo sí que te voy a quitar los nervios, querida —dice fanfarrón cogiéndome en brazos y subiendo las escaleras camino a la habitación.

Mi nueva vida con Alexandr se ha vuelto estable y él ya no frunce tanto el ceño, casi siempre que está por casa va con una sonrisa en su rostro y su comprensión con mis cambios de humor y su paciencia es infinita. Definitivamente soy feliz a su lado.

Finalmente la doctora nos informa que efectivamente Alexandr tenía razón y, de que será una niña. Antes de que me dé cuenta, Alexandr pone todo en funcionamiento contratando a decoradores especializados en habitaciones para niños, que ni yo misma sabía que existían.

Cada semana que pasa mi barriga va creciendo junto a nuestro bebé pero, tras las náuseas matutinas, el apetito descontrolado y los cambios de humor, me encuentro mucho mejor.

Camino siempre que puedo y muchos de los días Alexandr me acompaña en mis paseos, incluso cuando él no puede y Nikolái está libre, viene conmigo a pasear y me pone al corriente de todo lo que avanzan nuestras pesquisas con Vladimir. Tras Kiev, su rastro nos llevó a una pequeña localidad cerca de Moscú. Está siendo complicado y los avances son lentos, aunque muy seguros. Ambos sabemos que estamos cerca y nos mantenemos en alerta por la llegada de nueva información. Voy facilitándole toda la información a Hans, quien preocupado por mi notable estado de gestación, me pide que no me altere. Darán con él y dejaremos de preocuparnos por Vladimir Borovik.

Hoy cuando salgo a andar en mi paseo matutino para sentirme más ágil, siento que hace un día maravilloso de verano y decido salir a dar una vuelta en la bicicleta que tanto echo de menos. Me visto cómoda y voy al garaje donde guardé mi bicicleta hace ya demasiadas semanas.

Me monto en ella, aunque me cuesta un poco al principio guardar el equilibrio con esta incipiente barriga. Empiezo a circular maravillada por los jardines. Cómo echo de menos esta sensación de libertad que te da la bicicleta. No puedo evitar una gran sonrisa y mirar al cielo animada por el momento.

—¿Pero tú quieres que me dé un infarto? —oigo desde la casa y freno la bicicleta sobresaltada.

Alexandr ha salido de su despacho por la puerta de su terraza. Está mirándome con el ceño fruncido y las manos en las caderas.

—¿Qué te pasa ahora? —pregunto.

—¿Se puede saber qué haces subida a ese trasto? —pregunta cabreado.

—Estoy haciendo algo de ejercicio y estoy embarazada, no enferma. Aquí en Holanda, incluso las embarazadas van con sus bicicletas. Deja de enfadarte por todo y darme estos sustos —respondo cabreada subiéndome de nuevo a la bicicleta y empezando a circular por la propiedad.

—¿Es que nunca vas a hacerme caso? —pregunta boquiabierto con Nikolái y Mijaíl a su espalda.

—No, si son tonterías como esas —grito alejándome de ellos.

A pesar de los muchos enfados con Alexandr, estoy muy feliz. Hemos encontrado el equilibrio perfecto en este nuevo hogar que estamos formando. Ya no tengo molestias y trabajo cada día en la galería, siempre acompañada en todo momento por Pyort, que junto a Alexandr, es quien más sufre mis antojos. Llevo una semana que solo me apetece comer stroopwafels [10](#) recién hechas, y en verano es difícil encontrar el puesto en las calles de la ciudad. Pyort me ha acompañado cada tarde de esta semana a comprar una galleta para tomar con el té de la tarde, así aprovecho para evitar los calambres que me dan últimamente en las piernas. Una de las tardes Pyort me acompaña hasta el edificio Zhurkov paseando para tomar el café de la tarde como siempre hacíamos cuando trabajaba allí con Alexandr. Entro saludando en la recepción y cuando Anderson me ve llegar, enseguida acude a mi encuentro. Subo a la planta 37 y paro delante de Helga que me pregunta cómo estoy y me indica que puedo pasar. Toco a la puerta y escucho la voz de Alexandr dándome paso.

—¿Pero se puede saber por qué vienes hasta aquí? Yo puedo ir a la galería —dice apretando la mandíbula y acercándose uno de los sillones que hay frente a su mesa. Me agarra las bolsas y las deja sobre la mesa.

—La doctora dijo que tenía que andar y eso intento hacer —dijo sentándose agarrando la barriga en el movimiento.

Alexandr me observa con mirada cariñosa y una leve sonrisa aparece en su rostro cuando me oye quejarme de la enorme barriga.

Ya pasamos el verano y con la llegada de las lluvias, preparamos todo para la llegada del bebé. Alexandr tiene a más del setenta por cien de su personal en alerta por si se me adelantara el parto.

—Tengo que hablar contigo —le informo mientras olfateo su café hasta que me lo quita de las manos y me entrega mi infusión—Son dos cuestiones casi sin importancia.

—Tú dirás —dice apoyándose en el borde de la mesa y cruzando las piernas a la altura de los tobillos con una sonrisa expectante.

—Sabes que últimamente he tenido mucho tiempo libre —comento tímida —Y he estado investigando algo...

—Sí...—contesta mirándome fijamente sin saber a donde quiero ir a parar.

—He estado siguiendo los pasos de Luis, el chico que me ayudó en Colombia, ¿le recuerdas? —continuo.

—¿A dónde quieres ir a parar? —pregunta receloso.

—Me encantaría poder ir a verlos...—digo esperanzada —Luis ha salido de las calles y ahora tiene un trabajo lícito y su hermano va a ser papá también...

—Lo hablaremos cuando no estés embarazada. Y ¿lo segundo?...—me apremia con la mirada.

—Ya sé que tú no eres de animales en casa, pero yo soy de las que piensa que cada familia debería tener un miembro peludo en casa como parte de la familia —digo al principio muy decidida, para terminar la frase en casi un susurro.

—¿Quieres un perro? —pregunta levantando una ceja sorprendido.

—Sí, o un gato —digo animada por su pregunta —Vayamos y dejemos que ellos nos elijan a nosotros.

—Si es lo que quieres, le pediré a Helga que investigue a dónde podemos ir —dice dando un sorbo a su café —Pero les haremos una casa fuera, nada de animales en el salón.

—No es necesario, toma —le digo alargando mi mano y enseñándole un papel con la dirección del albergue más cercano y levantándome de la silla despacio le informo —No cierran hasta las seis. Vayamos.

—¿Ahora? —pregunta sorprendido.

—Ahora, antes de que cambies de parecer —le digo guiñándole un ojo.

Finalmente adoptamos a dos, no son ellos los que nos eligen a nosotros, es nuestra pequeña princesa la que salta descontrolada ante dos de las jaulas del recinto, así que los adoptamos.

Esa noche la paso, inquieta. El bebé ya puede nacer en cualquier momento y me cuesta encontrar una posición cómoda para descansar. Intento no moverme pero finalmente despierto a Alexandr.

—¿Estás bien, cielo? —pregunta con voz soñolienta acercándose a mi espalda y abrazándome con cariño.

—Sí, son estos terribles ardores que no me dejan dormir —digo agarrándome a su brazo.

—Tienes que dejar de comer stroopwafels con caramelo antes de ir a la cama, cielo — dice volviendo a cerrar los ojos —Ven aquí.

Alexandr, con su ironía hace que olvide lo horroroso del momento siempre, y consigue que sonría. Me pide que me gire y que me apoye en él. He descubierto que es como mejor duermo y el bebé se calma cuando siente que está cerca de él. Alexandr siempre ha tenido ese poder mágico conmigo. Solo su presencia ya me calmaba y parece que a nuestra hija le pasa lo mismo.

Tras desayunar con Alexandr quedo con él a la hora del almuerzo en el centro. Ante el inminente nacimiento de nuestra pequeña esta semana ya no iré a la galería, pero he quedado en el centro con Hans para comprar algunos detalles ante la proximidad de las fiestas de Navidad. Parece que va a nevar y Alexandr me pide que lleve cuidado con las placas de hielo. Para despedirse, como cada día me da un delicado abrazo y un apasionado beso, me guiña un ojo y sale de casa seguido por cuatro hombres de su equipo.

Hoy siento que mi cuerpo está bastante pesado, pero le pido a Pyort que me lleve al centro. Realizo varias compras entrando y saliendo a varios establecimientos. Hans se une a mí una hora antes del almuerzo y nos sentamos en una cafetería del centro para hablar tranquilamente. Siento que está nervioso pero me comenta que son pequeños asuntos que tiene que resolver en el trabajo. Terminamos nuestra infusión y decide acompañarme cargando junto con Pyort con mis bolsas, camino del Zhurkov donde he quedado con Alexandr.

La multitud que hay en esos momentos en la calle se agolpa contra nosotros y pierdo a Pyort de vista. Miro a mi alrededor, no puedo encontrarlo con la mirada ante tanta gente que acude a almorzar y a realizar sus compras para las fiestas navideñas.

De repente siento que alguien me agarra del cuello por detrás y pone algo sobre mi estómago. Es tan rápido que no lo he visto venir. Siento en mi oreja un rancio olor a alcohol que me produce náuseas. Y cuando oigo su voz, me paralizó. No puedo moverme, intento buscar con la mirada a Pyort o a Hans entre la multitud, mientras me cubro la barriga como puedo con los brazos. Vladimir me lleva a empujones hasta casi chocar contra una pared. No puedo casi respirar y creo que acabo de romper aguas. Vladimir empieza a sisear escupiendo las palabras. No deja de mover su arma al aire, y apuntarme a la cabeza y a la barriga aleatoriamente. No puedo moverme, estoy paralizada cuando veo que Hans se acerca, saca un arma y apunta hacia nosotros.

—¿Qué vas a hacer Van Doesburgh? —dice con una risa perversa salida de sus entrañas —Si te mueves la mataré. Tira el arma.

—Hans, no lo hagas. Me va a matar de todas formas, no lo hagas —le suplico cuando veo que Hans empieza a agacharse para dejar su arma en el suelo.

Las lágrimas han empezado a rodar por mi cara y no dejo de cubrirme con mis brazos, protegiendo a mi bebé. Sé que Vladimir va a matarme, él ya no tiene nada que perder. Yo hice que perdiera a su hijo, que sigue encerrado en una cárcel de máxima seguridad.

—Deja de llorar, puta —brama y levantando rápido el arma, cuando Hans está dejando la suya en el suelo, apunta y dispara.

Un grito de horror atraviesa mi garganta y rompe entre la multitud que huye despavorida. Vladimir alza el arma y me da un golpe en la cabeza con la culata para que me calle. Me llevo una de mis manos a la frente, me ha hecho una herida por la cual en estos momentos corre la sangre. No dejo de llorar cuando vuelve a encañonarme con su arma en la barriga. Oigo sirenas que se dirigen al centro y veo gente correr. Vladimir sabe que no saldrá de ésta y ha venido a por nosotros.

—Suéltala —oigo la voz fuerte de Nikolái frente a nosotros.

A los pocos segundos veo llegar corriendo a Alexandr que me mira asustado. En ese momento Vladimir vuelve a disparar sobre el cuerpo de Hans que permanece inmóvil en el suelo.

—No voy a soltar nada. Voy a matar a esta zorra —grita cubriendo su cuerpo con el mío.

—Sabes que en el momento le disparas, voy a matarte —replica hosco Nikolái y repite — Suéltala Vladimir.

No dejo de mirar a los ojos a Alexandr mientras las lágrimas siguen corriendo por mi rostro. ¿Cómo he vuelto a meterlo en este lio de nuevo? No quiero que le pase nada y menos a nuestro bebé. Son segundos que parecen horas. No dejo de mirarlo e intento no llorar. Dios mío, le quiero tanto. En ese instante comprendo que Vladimir ya no tiene nada que perder y sabe que no saldrá vivo de aquí y está decidido a matarme a mí antes. No dejo de pensar en lo vivido junto a Alexandr durante este año y las lágrimas no dejan de caer mezclándose con la sangre de la herida. Sé que en cualquier momento Vladimir disparará y todo habrá terminado.

—SU EL TA LA —brama Nikolái.

—Nikolái, dispara —digo casi en un susurro sorprendiéndome a mí misma.

—¿Quééé? —oigo a Alexandr.

—Cállate puta —exige Vladimir apuntándome con el arma en la nuca.

Vuelvo a mirar el cuerpo de Hans inerte en el suelo. Y mirando de nuevo a Alexandr con gran tristeza vuelvo a decir.

—Nikolái, ambos sabemos que va a matarme. Al menos dispárame tu —digo respirando pesadamente por las contracciones que estoy sufriendo.

Nikolái no baja el arma en ningún momento, no me quita los ojos de encima cuando vuelvo a suplicarle.

—Por favor, dispárame. Hazlo tú, he roto aguas y tengo contracciones. No puedo más —veo a Alexandr palidecer.

—Señorita, no puedo hacerlo —dice nervioso.

—Sí que puedes, Nikolái. Salva a mi bebé. Dispárame —le pido intentando contener el llanto —Confío en ti, dispárame.

—No puedo —dice resignado.

—Vamos a morir, puta —Oigo en mi nuca la risa incontrolada de Vladimir.

—Lo siento Alexandr, espero que sepas lo mucho que te quiero —le digo mirándolo a los

ojos, a continuación miro fijamente a Nikolái y le grito —Hazlo, maldita sea. Hazlo, el bebé está de camino y ya no puedo más. Dispara. Por favor Nikolái, confío en ti, dispara. ¡Dispara!

—Señorita no se mueva —susurra Nikolái mirándome fijamente a los ojos.

El ruido de la detonación es ensordecedora, veo el fogonazo y a continuación un fuerte dolor que hace que caiga con fuerza hacia atrás con Vladimir. Mis manos protegen a mi bebe cuando todo se convierte en gritos y carreras. Ya solo siento a mi bebé, se mueve nervioso. Se me cierran los ojos, son solo instantes y todo se hace negro.

## Epílogo

Nieva en el exterior. Han pasado cuatro años de ese diecinueve de diciembre. Ese diecinueve de diciembre que me cambio por completo la vida.

Creo que me enamoré de ella en el mismo instante que la vi salir del bosque y abalanzarse sobre mi coche. Cuando su mirada tropezó con la mía y nuestras almas se reconocieron al instante. Sabía que era ella la persona que iba a poner mi mundo patas arriba, y el tiempo no hizo más que confirmármelo.

Tengo un partido de golf esta mañana. No es que no me apetezca ir, es que tengo mucho trabajo que hacer en el despacho. Finalmente he accedido a jugarlo porque sé que reportará innumerables beneficios a nuestras empresas. Anoche me acosté tarde y esta mañana Nikolái me ha dado una paliza en el gimnasio, creo que no hay nadie que pueda con él, siempre se adelanta a todos mis movimientos. Suena el teléfono y descuelgo desde el mando del volante.

—Zhurkov —contesto.

Antes de que obtenga contestación miro al frente y veo que algo se abalanza sobre mi coche. Salgo del coche sobrecogido y miro delante, mi mirada se cruza con la del ser más adorable que he visto en mi vida, aunque veo enfado y rabia en sus ojos. Yo no puedo dejar de mirarla allí en el suelo. Espero no haberle hecho ningún daño, aunque veo un raspón en su brazo que me preocupa. Intento ayudarla a levantarse pero no entiendo porqué cuanto más amable soy, más cabreada se siente ella. Está tan bonita con el pelo en una coleta y su ceño fruncido, que no puedo dejar de mirarla. Debo llevarla a un hospital por si tiene algo más que el simple arañazo de su brazo. Está realmente enfadada porque se le ha estropeado el teléfono en la caída. Nota mental, descubrir cómo se llama y enviarle uno nuevo para poder verla sonreír. La observo, no puedo quitar mis ojos de ella y sin darme cuenta sonrío, no he podido evitarlo. Cuando la he ayudado a levantarse mi alma a dado un vuelco. No entiendo el enfado que tiene. ¡Dios mío! Acaba de golpear mi coche, ni mi sonrisa ni mi exclusivo coche tienen poder sobre ella. No sé cómo reaccionar. Vuelve a intentarlo Alexandr, me digo a mí mismo. Preséntate a ver si ella te dice su nombre y puedes saber quién es. Vuelve la llovizna y parece que tiene prisa. Se da la vuelta y desaparece dejándome allí como un bobalicón. Vuelvo al coche y llamo inmediatamente a Nikolái. No han sonado ni dos tonos cuando contesta. Le digo que necesito que encuentre a una persona, pero después de decírselo, me doy cuenta de que no tengo ningún dato sobre ella.

Hoy hemos tenido varias reuniones y hemos acabado en el Zhurkov cenando. Las reuniones

han ido bien, aunque se ha hecho bastante tarde. Suena un relámpago y parece que vaya a llover. Muevo la cortina y me asomo a través de la ventana para mirar al cielo. Oigo a alguien charlar bajo la ventana, es una pareja que acaba de salir del restaurante y esta subiéndose a sus bicicletas para marcharse. El restaurante está a punto de cerrar. La mujer pasa junto a una farola y mira hacia atrás para despedirse de su acompañante. Mi pulso se detiene, es ella. Es la chica del domingo. Bajo decidido las escaleras del restaurante seguido de dos de mis hombres y acudo corriendo a la caja. La camarera se sorprende ante mi presencia, creo que no la había visto nunca. Le tiembla la voz cuando se dirige a mí. Levanto una ceja sorprendido y pregunto.

—Acaba de salir una pareja de aquí. ¿Son clientes habituales?

Dmitry se acerca a la caja y contesta por ella, ya que se ha quedado paralizada.

—Es el señor Milavanov y ella es la señorita García. Tienen un catering programado para la *Galerie Van Doorn* para dentro de unos días y Olga se está encargando de todo.

Entro decidido a la cocina y busco a Olga con la mirada.

—Ya era hora de que un día te dignaras a aparecer por la cocina —me recrimina cariñosa.

—Olga —contesto con una sonrisa y le doy un abrazo.

—Sabes que conmigo tu sonrisa no causa efecto, te conozco desde que no llegabas a la mesa —dice escudriñándome con la mirada. Nunca le he podido esconder nada.

—Olga, ¿qué es lo que se está preparando para la *Galerie Van Doorn*? —pregunto directo.

Olga se sorprende por mi impaciente necesidad de conocer el evento y todos sus detalles. Me sorprende saber que van varios conciudadanos rusos y tras comentarme que ella irá a la inauguración de la exposición, la sorprendo pidiéndole que me consiga invitaciones para el evento.

—¿Irás acompañado? —pregunta cuando ya estoy saliendo por la puerta batiente de la cocina.

—Sí, alguien encontrará que me quiera acompañar —digo despreocupado.

—Seguro que no tienes ningún problema —oigo a mi espalda a Olga en tono recriminatorio —Estoy deseando que sientes la cabeza.

El coche ya me está esperando fuera, subo y le pido a Nikolái que busque toda la información que pueda conseguir de la señorita García. Lo único que sé de ella es que trabaja en la *Galerie Van Doorn* de aquí de La Haya. Mirando por la ventana pienso que también sé que no puedo apartarla de mi mente.

El día de la famosa exposición ha llegado y me miro al espejo antes de salir de casa. Cómo es posible que tenga nervios por volver a verla. Cuando entro en la galería se crea una gran expectación, no sabía que iba a haber prensa y seguro que si Nikolái llega a saberlo, hubiera

intentado que desistiera en mi empeño. La busco con la mirada nada más entrar, no la veo por ningún sitio pero debe estar allí. Olga me ha dicho que es la encargada de la exposición. Saludo a varias personas que se acercan del consulado y Olga finalmente me presenta al dueño de la galería y es entonces cuando la veo entrar riendo por la puerta que da a una especie de jardín. Realmente tiene una sonrisa adorable. Mi desilusión viene cuando la veo junto al cabrón de Borovik. ¿Qué hará una persona como ella con un miserable como Sergei? Cruzo una mirada con Nikolái que se da cuenta de lo mismo que yo.

Finalmente, cuando consigo que nos presenten, ambos parecemos enfadados con el mundo. Joder, le envié un teléfono al día siguiente e intentó rechazarlo. Nunca en mi vida, ni en los negocios, nadie se me ha resistido tanto. Cuando se acerca la hora de marcharnos, no puedo evitar buscarla con la mirada y como no la encuentro en la planta principal, subo a la primera planta. Allí esta ella, riendo sin parar y admirando el cuadro más extraño que he visto nunca. Pero parece que a ella le produce calma, según le dice a su acompañante. Lo mira con ojos llenos de admiración y comenta que lo echará mucho de menos. Desde ese mismo instante sé que debo comprar ese cuadro. Sin darme cuenta hago un ruido y se gira. Sus ojos miran a los míos. No parece que le agrade mi presencia, me estoy volviendo loco. No entiendo que le sucede conmigo pero todo lo que hago o digo parece que le moleste. Es imposible hablar con ella...

Al día siguiente convoco una reunión especial y urgente con dos de mis departamentos. Necesitamos invertir en arte, necesitamos un nuevo proyecto y sobre todo necesito verla cada día. Ojala me mirara a mí como lo hacía con ese cuadro que acabamos de adquirir, con esa sonrisa y su vista clavada en cada uno de sus detalles. Cuando lo manden, intentaré mirarlo de nuevo y tratar de ver lo que ella ve en él.

La veo llegar con el pelo húmedo. No debería hacerlo, con este tiempo cogerá un resfriado. En la reunión, me sorprende ver como domina la situación. Me marchó de allí pensando en que pronto volveré a verla y pronto pasaré tiempo con ella. La veo en la recepción del edificio, parece agobiada, aunque la recepción es bastante amplia, Anderson me avisa de que ya está aquí. Me bajo las gafas de sol y la veo allí rodeada de gente...no puedo evitar sonreír. La espero en mi despacho,... tarda demasiado.

—Niko. Necesito que me localices a la señorita García de inmediato. Hace cinco minutos que debería estar en mi despacho —digo confuso.

—Señor, está subiendo por las escaleras —dice atónito a los pocos segundos.

—¿Por las escaleras? —repito incrédulo.

—Así es, señor —dice burlón.

La espero en la recepción de la planta, esto no me lo puedo perder. Pero cuando la veo frente a mí con la mirada perdida y asustada, no puedo evitarlo y dejo de marearla ofreciéndole un vaso de agua. Lo va a necesitar.

Quiero verla cada mañana con esa sonrisa que la hace brillar. Ese mismo fin de semana la vuelvo a ver con Borovik y Almeida, no puedo creer que vaya con ese tipo de gente y le pido a la

chica nueva que hay en el departamento, ¿cómo se llama? Nunca recuerdo su nombre, Perminova, Katia Perminova que pida que la sustituyan en el proyecto. No quiero que mis negocios se vean mezclados con esos corruptos e indeseables. No es algo que haga de buen gusto. La señorita García, preparó una muy buena presentación, pero debería elegir mejor sus amistades.

Después de sustituirla, tropiezo uno de los días en la galería con ella y se me parte el alma al ver la tristeza que hay en sus ojos. Mira hacia la reunión, resignada. No puedo dejar de observarla y hago más caso a lo que sucede fuera de la reunión que dentro. No puedo evitarlo, debo hablar con ella, y cuando veo que agarra su bolso y se marcha, decido detener la reunión. Su compañera, la señorita Lessing, nos informa dónde puedo localizarla, pero la cosa se tuerce más de lo que ya está. ¡Madre mía! Tiene más carácter que yo. No se acobarda ante las situaciones adversas y eso me atrae. Me atrae mucho.

Nikolái y Mijaíl se quejan cuando les obligo a asistir un sábado por la mañana a un taller de cerámica conmigo. No puede estar enfadada eternamente y no discutirá conmigo delante de los niños. Veo que a la señorita Lessing le divierte la situación y aunque la señorita García se niega en un principio, finalmente nos permite quedarnos a realizar el taller con ellos. Terminamos justo después de convencerla para que vuelva al proyecto, subo al coche y Niko me mira divertido ante los rechazos que estoy sufriendo por su parte.

Con el proyecto, consigo que me acompañe a Londres. No tiene nada que ver con su parte del proyecto, pero puede que llegue a impresionarla y estando solos, consiga acercarme a ella. Se la ve tan feliz cuando paseamos por las calles de Londres, que no puedo evitar cambiar dos reuniones para volver a verla sonreír al día siguiente.

Oímos golpes en la puerta de la suite cuando estamos terminando de concretar el plan para el día siguiente. Mijaíl sale a abrir la puerta. Es ella, ¿le sucederá algo? Pienso dándome un vuelco el corazón. Acudo raudo a la puerta cuando la veo. Su semblante ha cambiado, está cabreada, más bien ofendida y me da una increíble charla de moralidad en el trabajo. Me deja sin palabras hasta que me recupero, no puedo dejar que crea que sus palabras me afecten y le contesto. Tengo que reconducir rápidamente esta situación. Cuando se marcha y vuelvo a entrar, mis hombres que han oído todo, intentan disimular, pero finalmente Mijaíl decide opinar.

—Señor, creo que se ha tropezado con alguien con más carácter que usted —dice haciéndome sonreír.

—Lo que no sabe, es que usted sí que estaría dispuesto a arrancarse la ropa y correr desnudo hacia su cama para estar con ella —apunta Nikolái burlón.

Cuando reconduzco la situación todo mejora. Agradezco trabajar con ella y aunque es testaruda, es divertida y muy inteligente. Los días van pasando y yo intento encontrar métodos para que no me vea solo como su jefe gruñón. Incluso me sorprende cuando la abuela Sophia viene a visitarnos y queda prendida de su belleza y su forma de ser. No puede ser, creo que por primera vez en mi vida me he enamorado de alguien. Necesito saber en todo momento que está

bien, no puedo permitir que le suceda nada malo, y no dejo de recordar la tristeza en sus ojos, de cuando me miró al principio, cuando la aparté del proyecto.

No quiero pasar por el calvario que pasó mi padre cuando mi madre falleció y sintió que el alma se le rompía en mil pedazos. Siempre he intentado que nadie me importara tanto como para preocuparme de esta manera.

Hoy se ha empeñado en llevarme a comer a un sitio perdido por mitad del campo. Nikolái está francamente cabreado con sus alocadas proposiciones, pero cuando se lo ordeno, lo organiza todo y salimos en excursión en bicicleta. Sí, en bicicleta. Creo que no he subido a una desde que tenía cinco años, pero a Tessa se la ve tan emocionada e ilusionada que no puedo negarle nada. Definitivamente, si no fuera con ella, nunca habría descubierto sitios tan pintorescos como éste. Estamos en mitad del campo almorzando y las gallinas se pasean bajo nuestra mesa, mientras la observo comer y reír. Estoy totalmente seducido por ella. Me muerdo el labio intentando contenerme en el restaurante, y no abalanzarme sobre ella y besarla. Pero una vez en su casa, no puedo más y la beso. Tessa responde a mis besos y yo no me detengo. Quiero y necesito estar con ella.

Los días se van sucediendo y cuando uno de los días alguien dispara contra nosotros, creo morir. No puedo permitir que por mi culpa le suceda nada. Tras lo sucedido intento protegerla y que se quede en casa. Sé que en casa estará segura, pero se niega a permanecer encerrada a pesar de lo cabezón que me pongo. Nuestra relación se va afianzando y a pesar de las grandes reticencias y desconfianzas de Nikolái va conquistando nuestros corazones con su forma de ser.

Nos vemos casi cada día y realmente soy feliz. Nunca he podido decir esas palabras estando con alguna mujer, pero con ella, sus locuras y sus impertinencias de vez en cuando, soy feliz. Todo se rompe el día que engaña a Pyort y acude a una reunión con Sergei Borovik y Carlos Almeida. No entiendo como es tan inconsciente y se lo hago saber. No puede volver con ese tipo de compañías. Me ha cabreado mucho su actitud y se lo digo, pero ella no cede y me hace ver que puede cuidarse ella sola. Jamás pensé que encontraría a nadie tan testarudo como yo y ahí la tengo, encerrada en el cuarto de baño cabreada conmigo, por hacerle ver lo inapropiadas de sus relaciones laborales con Sergei Borovik y Carlos Almeida.

Tengo trabajo en Moscú y esa misma noche decido salir. No me apetece, pero al fin y al cabo son negocios. Me tropiezo con Iov y su familia, entre ellos su hermana Elena que empiezo a creer que tiene una obsesión enfermiza con estar conmigo. En un momento dado miro el teléfono. No puedo dejar de sonreír, es Tessa la que me escribe. Ha dicho que me quiere. A mí, al tipo gruñón y huraño que todo el mundo teme. Y ella acaba de escribirme que me quiere. Esta mujer saca lo mejor de mí, pero cuando voy a llamarla para decirle que yo también la amo, llegan los fotógrafos y tengo que esperar. No quiero que ningún paparazzi oiga la conversación. Se hace muy tarde y decido regresar antes a La Haya para estar con ella. Es cuando me llega información de fotografías sacadas de contexto de la noche anterior. Intento contactar con Tessa pero me es imposible. Y mi corazón se paraliza cuando Pyort nos cuenta que la ha perdido de

vista y que Sergei le ha dado una terrible paliza. Gracias a Dios, Pyort nunca se apartó de ella. Cuando aterrizamos y la vuelvo a ver, juro que Sergei pagará por lo que le acaba de hacer. Está rota en mitad del salón de su minúsculo apartamento y no quiere verme. Está tan dolida que no oculta sus lágrimas frente a nosotros y en ese momento creo que estoy a punto de morir, al verla sufrir de esa manera. La vida vuelve a apartarnos, pero antes intento que tenga todas las atenciones necesarias. La quiero y sé que volveremos juntos. Solo necesita darse cuenta y olvidarse de la pesadilla que ha vivido.

Cuando la veo a través de las puertas giratorias de unos grandes almacenes, no puedo evitar sonreír. La he echado de menos. Hablamos y la vuelvo a ver sonreír. Cede ante mis proposiciones y paso una de las mejores fechas de mi vida, nunca imaginé retrasar una reunión por permanecer en la cama por la mañana con una mujer. Pero es que con ella todo es diferente. Quiere que volvamos a hablar de algo, pero yo intento evitarlo todo lo que puedo, seguro que no es tan importante como ella cree, y no quiero perder ni un solo instante a su lado.

Intento cubrir con mi cuerpo el suyo cuando nos damos cuenta que estamos sufriendo un atentado y que el coche que conduce Pyort está volcado sobre el asfalto. Nikolái no puede contactar con él y decide bajar del coche. Nos están disparando y pide que salgamos de allí para distraerlos y que él pueda ayudar a Pyort. Mijaíl acerca el coche al de Pyort y Nikolái baja cubriéndose. Es arriesgado pero si conseguimos que sigan a nuestro coche será más fácil sacar a Pyort de allí. Antes de que Mijaíl acelere, veo que Tessa me mira triste y me dice en un susurro que lo siente. Se baja antes de que Mijaíl vuelva a ponerse en marcha y la pierdo cuando la veo cubrirse junto a Nikolái. ¿Qué demonios está sucediendo allí? ¿Qué va a hacer? Es una inconsciente, va a conseguir que nos maten. Le pido a Mijaíl que regrese, pero me dice que es imposible, que intentaremos despistar con nuestra salida del escenario. Nos siguen tres motocicletas que disparan al vehículo. Mijaíl circula rápido y consigue derribar a dos de ellas. La policía ya ha llegado cuando nos metemos al hospital. Mijaíl tiene una herida en el brazo y esperaremos allí a Nikolái, así es como lo ha organizado. Veo llegar a la puerta un coche bastante destrozado por los golpes, es Pyort. Tessa está a su lado y ayuda a un herido Nikolái que permanece semi inconsciente. Veo que las puertas se cierran y miro a los ojos a Tessa. No está herida, pero parece aterrada al verme. Corro hacia ella y grito su nombre, pero ella ya no está.

Han pasado ya dos meses y Nikolái sigue investigando dónde puede estar Tessa. Sé que si no quiere que la encuentren, no la encontraremos. Nikolái ha descubierto con quien se entrenó para saber luchar como lo hizo. Cuando la encuentre, tras ver que está bien y atraparla en mis brazos para volver a sentir su piel, va a tener que explicarnos muchas cosas. Dos de mis hombres le deben la vida y no descansan mirando cintas de seguridad y llamando a contactos que jamás pensé que tendrían. Yo me refugio en el trabajo, incluso los fines de semana. Echo de menos tener a esa cabezota por casa, aunque hay momentos en los que me enfada no haber sabido ciertas cosas que me ha ocultado. En esos momentos Nikolái vuelve a aparecer para recordarme que se descubrió para ayudarnos, y mi enfado disminuye. Necesito saber dónde se encuentra, si

está bien. No quiero recordar esa mirada de terror cuando huyó en mitad de la noche.

No puedo creerlo, Nikolái no duda en anunciarme que cree sospechar donde se encuentra Tessa, después de buscarla tres meses sin descanso. Ha perseguido a Van Doesburgh y a todos sus contactos como un perro de presa y finalmente cree que ya tiene a Tessa localizada. Está en Colombia y me pide ir antes para asegurarse. Nos avisará cuando esté seguro. Cuando Nikolái llama y confirma que la ha visto, me cuesta respirar. Está bien. ¿Cuántas noches he pasado en vela sin saber dónde podría estar? Preparo el avión de la compañía y con varios de mis hombres acudo a donde Nikolái nos indica, él nos estará esperando allí. Vive en uno de los barrios más pobres de la ciudad y con mayor índice de criminalidad, así que intentamos ser discretos el día que llegamos. Ella no está, pero decido esperarla dentro. Mis hombres ya han registrado la casa y han encontrado un compartimento escondido con pasaportes falsos, dinero en efectivo y un arma.

Cuando oigo la llave en la cerradura estoy más nervioso que cuando tenía cinco años y jugué mi primer partido de fútbol como titular. Voy a volver a verla. No es tonta, y nada más entrar se percata de que hay alguien dentro. Entra despacio y cuando la veo, se me para la respiración. Creo que tiemblo por primera vez en mi vida. Está allí frente a mí y yo no quiero otra cosa que estrecharla entre mis brazos y besarla hasta que ya no me queden fuerzas. Pero para mi sorpresa, ella no se acerca, permanece seria y alejada de mí hasta que llega Nikolái y lo abraza. Está abrazando a Nikolái y a mí me mira en la distancia. De camino a Europa de nuevo, nos cuenta muchas de las cosas que ya sabíamos y otras que no. Me sorprende lo valiente que ha sido y lo mal que lo debe de haber pasado sola. Cuando llegamos a La Haya y aterrizamos, ve a Pyort y lo abraza. Yo observo dolido tras ellos. Intento no apartarme de ella, quiero saberlo todo, que me explique y sobre todo, quiero saber que está bien. Esa misma noche escucho el final de la historia junto a Nikolái. Sé que ha sido totalmente sincera y que no debo culparla, ella lo arriesgó todo por nosotros. Pero cierta desconfianza se adueña de mí.

Durante unos días y para que no se vaya a la galería y tenga que permanecer en el edificio, la mareo en repetidas ocasiones. Primero la obligo a asistir a todo tipo de reuniones sin sentido para ella en diferentes plantas del edificio, y con su terror a los ascensores la tengo subiendo y bajando escaleras todo el día. Obligo a Nikolái a descubrir cómo es posible que finalmente pueda acudir a todas las reuniones sin dejarse el hígado por las escaleras. Entonces la veo por las cámaras atemorizada, parando en las diferentes plantas hasta llegar a la que le solicitan a través de diferentes mensajes de los que siempre estoy yo detrás. Creo que me estoy comportando de manera injusta con ella, hasta que una tarde me da plantón y a la primera de cambio se marcha a la galería. Decido cargarla de trabajo del que nunca nadie quiere realizar y le lleno el despacho de cajas con dossieres. Mi sorpresa es enorme cuando empieza a trabajar y no se queja. Sabe que lo ha hecho mal, pero yo tampoco me estoy comportando de manera muy adulta.

Tenemos nuestros buenos momentos y nuestros bajos, y muy bajos momentos, en la relación. Creo que cuando Marcel enferma y nos enteramos de su embarazo hay un punto de

inflexión. El dolor que siente al perder a su gran amigo hace que todos nos unamos ante su pérdida y la apoyemos hasta que decide, poco a poco, salir adelante. Todo lo hace por nuestro bebé. Sé que va a ser una niña desde que me lo anuncia, asustada por mi posible reacción. Y mi corazón creo que estalla en ese momento de alegría, aunque luego me aterre no estar preparado para ser padre. Estoy tan nervioso que hay días que no puedo dormir y la observo como duerme plácidamente a mi lado. Lo ha pasado mal en los primeros meses del embarazo, pero ya casi en el último trimestre nuestra princesa se hace notar con patadas a todas horas. He descubierto que por las noches, si dejo una de mis manos sobre su vientre, se calma y deja de moverse. Eso hace que Tessa pueda descansar y no esté agotada todo el día.

Se acerca el día del nacimiento que está previsto unos días antes de la Navidad. Todo ha pasado muy deprisa y hoy he quedado con Tessa para comer en el centro. Es adorable verla con su nueva y torpe forma de moverse con ese vientre tan redondo. El coche para en la puerta del Zhurkov cuando oímos a gente gritar y que alguien dispara un arma. ¡Dios mío! Es Vladimir, la tiene agarrada contra su cuerpo y casi le clava el arma en la nuca. Pyort ha reducido a uno de los atacantes que va con Vladimir, pero no ha podido hacer nada más. No puedo creerlo, Van Doesburgh esta desangrándose en el suelo tras haberle disparado y Tessa no deja de llorar muy pálida intentando proteger su vientre en todo momento. Se oye a la policía que llega cuando Vladimir vuelve a disparar sobre Van Doesburgh. Todos sabemos que en cualquier momento disparará sobre Tessa. Veo en sus ojos que sabe que va a matarla y se despide de mí, no puedo creer lo que está sucediendo. Me cuesta respirar cuando Tessa empieza a pedirle a Nikolái que dispare. ¡Dispara! Grita tras un momento de discusión entre ellos. Su rostro esta desencajado y las lágrimas no dejan de correr por su rostro. Ante mi asombro, Nikolái finalmente dispara tras susurrarle algo a Tessa.

—Noooooo —escucho mi grito corriendo hacia ella.

Ha caído inmóvil al suelo contra Vladimir, protegiendo su vientre. Nikolái le quita el arma a Vladimir y le da un golpe con el codo dejándolo inconsciente.

—Rápido señor, deme su bufanda —me pide sujetando a Tessa —No se preocupe, no le he dado en ninguna zona vital. La bala ha vuelto a salir y es la que está desangrando a Vladimir.

Nikolái actúa rápido y taponar la herida con la bufanda.

—¡Dios mío Nikolái! ¿Pero qué has hecho? ¿Cómo has podido dispararle? —pregunto atónito sujetando la cabeza de Tessa entre mis manos, inconsciente.

—Señor, ella me lo pidió. Lo habíamos hablado muchas veces. Me dijo que disparara, sabía que si no lo hacía yo, Vladimir la mataría a ella y al bebé —dice sorprendiéndome.

Creo que se ha vuelto loco. Pero me ayuda a subir a Tessa a una camilla cuando la policía se abalanza sobre él.

—Señor, no se preocupe por mí. Van a detenerme. Usted encárguese de la señorita. Las contracciones las tenía bastante seguidas, el bebé está a punto de nacer.

Ese diecinueve de diciembre de hace ya cinco años, pensé que iba a perder a dos de las personas más importantes que hay en mi vida.

Tras uno de los setos del jardín, veo a la pequeña Sophia abrigada con su gorro y guantes rojos lanzar bolas de nieve sobre Nikolái. Esta hija mía tiene la misma puntería que su madre y le da a Nikolái de pleno en varias ocasiones. Sophia es la debilidad de Nikolái y sé que cuando crezca, no solo voy a ser yo el que sufra con sus salidas, pienso riendo para mis adentros.

—Papi... Papi —la oigo gritar en el exterior corriendo hacia la ventana desde la cual estoy mirando.

Abro la puerta de la terraza y se lanza a mis brazos. Sophia nació finalmente por cesárea. Ese día fue eterno para mí, hasta que las subieron a las dos a la habitación. Tessa estaba inconsciente y a mí me pusieron en los brazos a nuestra hija, que lloraba alzando sus puñitos para obtener atención. Cuando la cogí y la acune se tranquilizó. Era tan pequeña y rubita que no podía dejar de mirarla embobado en mis brazos. A la semana, a Tessa le dieron el alta y se recupero totalmente de sus heridas.

No puedo dejar de sonreír, cuando con la pequeña Sophia en mis brazos veo aparecer tras ella a Tessa con nuestro hijo de dieciséis meses. Está empezando a andar, pero con la nieve no controla sus movimientos. Me acerco a ellos y tras darle un dulce beso a Tessa, lo agarro en mi otro brazo y los llevo dentro de casa. Estamos a cinco grados bajo cero y hace frío en el exterior. Junto a nosotros entran a casa Ramona, una cerda vietnamita que adoptamos en el albergue de animales. Según Tessa, cuando Ramona la miro con sus chispeantes ojos azules, Sophia dio un salto en su vientre y, a ver quién discute con una embarazada de lo que puede llegar a sentir durante ese periodo. Generalmente las familias tienen de mascotas a un perro o un gato, nosotros tenemos una cerda vietnamita llamada Ramona y una gallina llamada Paula. Todavía recuerdo cuando Tessa les compró una cama con calefacción a cada una y se empeño en que durmieran dentro de casa. Al principio, la señora Cherkessov se enfurecía con ella, y no entendía el cariño de Tessa por ese cerdo que paseaba por su cocina haciendo graciosos sonidos. Hoy en día, le teje jerséis de lana para que no coja frío, según la señora Cherkessov.

Por fin vamos a ir a Colombia. Después de tanto insistir, Tessa ha conseguido convencerme de ir a visitar a la gente que tanto la ayudó durante su estancia allí. No se lo podía creer cuando le confirmé que iríamos. Tessa está feliz.

Poco a poco hemos formado una gran familia a la que adoro y con la que intento pasar el máximo tiempo posible. Yo sigo encargándome de mis negocios y finalmente Tessa se centró en la galería, y cuando Johan Van Doorn se jubiló, ella paso a hacerse cargo de ella. Aún estando embarazada de nuestro segundo hijo, el pequeño Alexandr, no dejó de acudir a su puesto de trabajo por mucho que yo insistiera.

En el interior de la casa, ya se encuentran nuestros invitados para la celebración del cumpleaños de Sophia con un almuerzo. Su adorado padrino Hans y su nueva tía Anne acaban de entrar por la puerta. Al oír su voz, Sophia se revuelve en mis brazos para que la deje correr a los suyos, sabe que le trae algún regalo. Jane llega cinco minutos más tarde. Ella también ha tenido un bebé y las carreras y los gritos no cesan en casa cuando se juntan. La señora Cherkessov ya

nunca se queja de lo vacía que se encuentra la casa.

—Te das cuenta de que Ramona se está comiendo los muebles de diseño —digo confuso mirando hacia el salón.

—Eso es porque tienes una cerdita con muy buen gusto —me responde divertida con una sonrisa.

La abrazo por detrás y no puedo dejar de sonreír cuando veo el salón lleno de personas contentas con la celebración del cumpleaños de Sophia. Hay globos y regalos por todo el salón y ella corretea feliz junto a unos y otros.

Cuando llega la noche y tras asegurarme de que los niños duermen en sus cuartos, me meto en la cama junto a mi querida mujer. Sí, he dicho mi mujer. Finalmente conseguí que se casara conmigo al año de nacer Sophia.

Tessa se ha dormido y yo me acurruco a su lado abrazándola pasando sobre su cintura uno de mis brazos.

—Buenas noches, cielo —le digo con una sonrisa cerrando los ojos.

—Bonitos sueños, cariño —contesta medio dormida pegando su cuerpo al mío.

Sonrío, porque todos mis sueños, ya se han cumplido.

## Agradecimientos

Por ayudarme a que Lo Que Debí Contarte haya llegado a tus manos, tras la publicación de mi primera novela, me gustaría dar las gracias a:

Mi familia; Mi madre, por cada libro que me compró cuando todas la niñas pedían juguetes. Esos libros me enseñaron que la magia existe y a creer en mis sueños. A mi hermana mayor, por estar siempre a mi lado, creer en mí y volcarse en mis proyectos. A mi hermano porque nos hace la vida más divertida y a mi hermana pequeña por ayudarme a levantarme cuando caigo y hacer que la vida sea una constante aventura a su lado. Yo no hubiera llegado hasta aquí sin vosotros.

En especial me gustaría dar las gracias a:

Merce por leer y comentar cada línea que te mandaba, por tus comentarios y anotaciones, haces que las correcciones sean mucho más divertidas contigo. Espero algún día poder devolverte todo lo que haces por mí.

A María, Ana y María Dolores por siempre ver la parte positiva de la historia, por vuestra paciencia y aconsejarme a cada momento con mis dudas y mis prisas. Gracias por vuestro sentido del humor. Os quiero muchísimo.

A Carolina, por estar siempre dispuesta con una sonrisa y una palabra amable a echar una mano con la corrección y ayudar en mis momentos de prisas, sea el día o la hora que sea. Gracias por todo tu apoyo.

A Begoña, por ser esa encantadora y admirable roca en la cual los personajes se apoyan para que sus vidas no corran peligro...tú haces que la vida de los personajes y la mía propia sean mucho más bonitas y divertidas.

A Joselyn y a Rachel por hacer que mis personajes sean mucho más adorables, como vosotras sois.

A María Dolores, por nuestras comidas cada tres/cuatro años como si no pasara el tiempo, por tu amistad y creer inmediatamente en mí. Gracias por el cariño que siempre me das.

A Alex, porque hiciste que luchara por mis sueños y siempre creíste en mí.

A Alexandr por sus comentarios y consejos.

A Vicente por hacer que las distracciones sean mucho más divertidas contigo, impulsarme cuando caigo y estar siempre, estemos donde estemos.

Gracias a todas y cada una de las personas que me escriben en las diferentes redes sociales, sea la hora que sea, y que cada día con sus palabras, me dan fuerzas para dar un pasito

más y me animan a seguir escribiendo. A todos los que empleáis parte de vuestro tiempo en compartir cada publicación, comentar y valorar la novela, ¡GRACIAS!

Darle las gracias a Cecilia, por todo lo que haces, tanto por las escritoras como con las lectoras, por tu cariño y tus sabios consejos sin pedir nada a cambio, eres única. A China, por tu cariño y por tu paciencia con las portadas (quiero tulipanes rojos, ahora negros, ahora acerca la imagen, ahora con más claridad...) eres increíble. Siento que tengo las portadas más bonitas que pueda tener esta historia, no sé qué más puedo decir que no sepas. Gracias, sé que llegarás lejos. A Yesse, por darle una oportunidad a Alexandr, hacerme reír y animarme con sus bellos comentarios. A Pili, gracias por darme esa oportunidad y por tus encantadoras palabras, sabes lo mucho que te lo agradezco. A Adriana, qué decirte a ti,...doy gracias por nuestras charlas y comentarios, las risas y consejos, los finales alternativos que le ofreces a la novela, eres bella y doy gracias por haberte conocido.

No olvido a la ciudad de La Haya, los que me conocéis sabéis que para mí es mi hogar.

A todos y cada una de las personas que estén leyendo este libro, que han llegado hasta aquí y han hecho que estos personajes puedan cobrar vida. A todas las personas que le dieron a la historia y a mí una oportunidad y la leyeron. Ojalá hayáis disfrutado de su lectura tanto como lo hice yo escribiéndola.

*Para saber más en*

*Twitter: @C\_G\_DeLaCruz*

*Facebook : C.G. De La Cruz*

1. Alimento típico y popular de Colombia hecho de harina de maíz con forma de pequeñas tortas redondas y aplanadas.
2. Postre hecho con hielo raspado, fruta fresca y leche condensada o diferentes almíbares.
3. Así denominan a los cruasanes.
4. Droga psicoactiva, también llamada “droga de la violación”. Esta droga produce amnesia.
5. Primeras flores que brotan para indicar que el invierno ha llegado a su fin.
6. Lago situado frente al conjunto de edificios donde reside el parlamento holandés, el Binnenhof.
7. Triángulo de hojaldre relleno de manzana y en ocasiones también con pasas.
8. Un inmenso jardín de millones de bulbos en flor con más de cien especies diferentes. Este parque se encuentra situado precisamente en el único bosque que irónicamente no fue talado para el cultivo de flores.
9. Especie de zona de compras cubierta en el centro de La Haya con gran cantidad de tiendas y restaurantes.
10. Galleta redonda originaria de los Países Bajos elaborada con dos especies de gofres redondos, muy finos, rellenos de caramelo.